



El SECRETO *de*
TOLEDO

Jaime García Simón



Círculo Rojo
EDITORIAL

Una muerte en extrañas circunstancias en mitad de un impresionante apagón general de luz, en el casco histórico de Toledo. Un amenazante mensaje de Catalina Sánchez, conocida bruja toledana del medievo, encontrado en la inédita acta inquisitorial que leía el fallecido. Una serie de pistas en forma de acertijos hacia una supuesta verdad oculta, que explicaría el porqué de los escalofriantes acontecimientos que desencadena la lectura de ese escrito en la Ciudad Imperial, poniéndola en jaque. Una conocida guía turística llamada Martina, que junto a Dorian, agente del CNI, recorrerán iglesias, sinagogas, túneles, monasterios, la Catedral... para desenmarañar un misterio ancestral. El tiempo apremia, y la oscuridad creciente ampara el peligro que se cierne sobre la población, *“Cuando el mal se acerque dañino, con mal será repelido...”*

El secreto de Toledo

Jaime García Simón

El secreto de Toledo

Jaime García Simón

Círculo Rojo

Primera edición revisada: marzo 2019

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

A Cayetana

*Tu felicidad, mi meta última,
tu compañía, mi bien más preciado,
tu vida, el sentido de la mía.*

*Persigue tu felicidad sin vacilación,
y siéntete capaz de todo,
puesto que lo eres.*

Toledo, martes, 22 de marzo de 1616

La mañana toledana amaneció ennegrecida, las nubes copaban el cielo de la que había sido hasta hacía poco sede primada del imperio de España. En 1561 Felipe II había decidido trasladar la Corte a Madrid, la nueva capital imperial, abocando a Toledo a un periplo de decadencia y pérdida de peso político y social que dejó seriamente tocadas a industrias como la textil. Por este motivo, la ciudad entró finalmente en un periodo depresivo muy parejo a la propia historia de España. El día era frío y desagradable, el aire del invierno saliente aún se resistía a abandonarles. Era martes y, como cada martes desde tiempos ancestrales, se celebraba en la plaza de Zocodover el mercado más importante de Toledo. La plaza bullía de gente gritando de un lado para otro sobre el barro de las últimas lluvias, todos intentaban comprar algo, ya fueran alimentos o algún animal (cerdos para engordar, burras para trabajar, gallinas ponedoras, mulas, caballos...). Los compradores intentaban reducir al máximo el precio de la compra regateando hasta la extenuación y alegando que eran tiempos difíciles, pues el desencanto económico y social que atravesaba Toledo era bien conocido por todos. No obstante, si la coyuntura era negativa, lo era tanto para los compradores como para los vendedores, argumento utilizado por estos últimos para intentar rebajar lo mínimo posible la valía de sus artículos.

Ese día de mercado parecía de lo más habitual, pero en el subconsciente colectivo subyacía una excitación intrínseca, como si todos sintieran que aquella jornada iba a ser especial. Aquel día pasaría a la historia de Toledo en forma de efeméride, porque tendría lugar un acontecimiento a causa del cual toda la población de la comarca estaba alterada. Tras la correspondiente sentencia del Tribunal de la Santa Inquisición, la famosa Catalina Sánchez

iba a ser ajusticiada mediante la hoguera en ese mismo lugar, la mítica plaza de Zocodover. Había sido acusada de actos de brujería por unas doscientas cincuenta personas, y condenada por ello. La noticia atravesó el Imperio de lado a lado en cuanto fue conocida, pues los rumores sobre las capacidades de dicha mujer para comunicarse con los fallecidos a través de los seres del averno estaban muy extendidos. Además, muchos de sus clientes eran de alta alcurnia. Por todas estas razones, Toledo ese día parecía un hormiguero, había mucha más gente de lo normal. Los mandatarios, sirviéndose del tirón de la supuesta bruja y del día de mercado, quisieron otorgar notoriedad al acto y aprovechar, de paso, para dar un pequeño empujón a la empobrecida población, cuyos ciudadanos estaban cada vez más desencantados.

Llegó la hora, eran las siete de la tarde. En la plaza de San Vicente — donde se encontraba asentada la Inquisición por aquel entonces—, tres verdugos caminaban por los lúgubres y húmedos pasillos de las mazmorras de la sede toledana en dirección al calabozo donde se hallaba recluida Catalina, atada de pies y manos con unos pesados grilletes. La habían metido en la celda más alejada porque Catalina provocaba temor a todo el mundo, creían que en cualquier momento podía realizar alguna clase de conjuro demoníaco que los pondría en peligro, eran tiempos de mucha superstición. De pronto se detuvieron, les había parecido oír como si alguien estuviese hablando por allí abajo, se miraron unos a otros expectantes y salieron corriendo hacia el final del pasillo oscuro, donde se encontraba la presa. La sorpresa fue mayúscula cuando, estando a solo unos metros, tuvieron la impresión de ver salir de entre los barrotes una sombra corpórea que los dejó paralizados. Cuando se recompusieron vagamente de la visión, se fueron acercando a la celda pasito a pasito —ya sin tanta seguridad—; encontraron a Catalina en el centro de la celda y de espaldas a los barrotes, de rodillas, con los brazos extendidos a modo de plegaria o ritual y la cabeza gacha. Aquello no hizo sino asustar aún más a los crédulos inquisidores, que no paraban de hacer la señal de la cruz una y otra vez sobre su rostro. Tras unos segundos de indecisión, se dispusieron por fin a abrir la puerta. Se movían despacio y con mucha cautela, la supuesta bruja estaba liberada de sus grilletes y podía resultar peligrosa. Fueron abriéndola poco a poco e introduciéndose lentamente para colocarse a su alrededor. Cuando uno de los tres hombres alargó el brazo para agarrar el de ella, Catalina levantó de improviso la cabeza y la giró hacia él clavándole su aterradora mirada, lo que impresionó

al verdugo haciéndole retroceder. Sin embargo, los otros dos aprovecharon su distracción para abordarla por el otro costado y la agarraron con fuerza, acto seguido la levantaron y la hicieron salir de la celda. Cuando la sacaron, el primero de los verdugos —el que se había asustado, que estaba aún junto a la pared con la cara lívida— vio en el suelo una especie de papel. Al recogerlo se dio cuenta de que había algo escrito en él, lo cerró rápidamente sin querer saber de qué se trataba y se lo echó a un bolsillo.

Justo antes de subirla al carro que la trasladaría desde la sede de la Santa Inquisición hasta su atroz destino en la plaza de Zocodover, la reclusa tenía que firmar en el registro de la institución, en un documento donde quedaría reflejado el día y la hora en que salió de allí para ser ajusticiada. También contenía el documento todo el proceso de enjuiciamiento, incluidas las declaraciones de los muchos testigos que habían jurado ante el tribunal haberla visto llevar a cabo rituales satánicos en las puertas de la iglesia de San Andrés. Catalina solía ir a esta iglesia cada tarde, al caer el sol, para robar agua bendita y a continuación depositar en sus esquinas unos ochavos o monedas a modo de cebo para los seres del más allá, a los que se proponía invocar. Después trazaba un círculo mágico con el agua bendita, colocaba varias velas negras y rezaba una oración a santa Marta. Una vez consumado el ritual de protección, invocaba a los demonios, quienes aparecían representados casi siempre en forma de cerdos, aunque algunos testigos afirmaron que en contadas ocasiones se habían aparecido en forma de lobos, perros o gallos. Los cerdos se aparecían con los ochavos en la boca y queriendo atacar a Catalina, pero los testigos afirmaban que estaba fuertemente protegida con sus oraciones dentro del círculo de agua bendita. Una vez aplacada su fiereza, les preguntaba todo lo que le habían encargado sus clientes, normalmente querían información sobre un ser querido que había fallecido. Catalina se había hecho famosa por ese contacto directo con los demonios que a todos aterraba.

Le dijeron que firmase el acta de su caso, como mandaba el protocolo. Solían manchar un dedo de los presos con una tinta oscura y posarlo sobre el documento a modo de firma, ya que en aquel entonces casi nadie sabía leer ni escribir, o como mucho hacían una X. Pero Catalina, mirando fijamente a los ojos del inquisidor encargado del registro, se llevó el dedo índice a la boca y lo mordió —sin inmutarse por el dolor que debía causarle—, produciendo una herida de la que brotó sangre en abundancia. Ante la atónita mirada de

los allí presentes —que no se atrevían tan siquiera a pestañear—, posó su dedo ensangrentado en el documento y lo firmó. Tras dejar su huella en el papel —junto con un pequeño reguero de sangre—, acercó la mano al acongojado burócrata hasta tocarle la cara trazando una hilera de sangre muy roja que atravesaba su mejilla izquierda. Al notar el contacto, el hombre salió de su perplejidad y de un golpe seco le apartó la mano al tiempo que se limpiaba de la cara el sello de la sangre maldita.

—¡Lleváosla de una vez! —gritó.

Los verdugos respondieron cogiendo en volandas a Catalina y subiéndola a una jaula que estaba situada sobre un carro portado por dos temibles caballos negros, que parecían sacados del mismo infierno. Mientras la alzaban Catalina rompió a reír escandalosamente ante la turbación de todos los presentes.

Justo antes de partir tan esperpéntica expedición hacia Zocodover, el verdugo recordó el hallazgo de ese extraño papel en el suelo de la celda de Catalina. Metió la mano en su bolsillo para sacarlo y entregárselo al registrador con el fin de que lo adjuntase al acta del caso como pertenencia de la bruja. Al comprobar que se trataba de un texto que bien podía haber sido elaborado por la temida hechicera, el registrador —sin querer ver tan siquiera lo que ponía— lo incorporó rápidamente a los demás pliegos del caso y cerró el legajo de documentos con violencia. Trataba nerviosamente de atarlo con una cuerda cuando pudo oír, en la lejanía, las risotadas de la embaucadora, que parecía burlarse de él. Posteriormente lo metió en un viejo armario que hacía las veces de archivo inquisitorial, lugar del que no saldría hasta cientos de años más tarde, siglos después de la disolución del Santo Oficio.

El carro con la jaula en la que iba Catalina ya atravesaba las calles abriéndose paso en el crepúsculo del frío día. Las pocas gentes que había por esa zona miraban con recelo la escena, santiguándose muchos de ellos a su paso, puesto que todos temían a la poderosa bruja. La calle se iba iluminando a medida que dos andrajosos encendían con ayuda de un largo palo ardiente en su extremo multitud de antorchas que hacían las veces de alumbrado público. Se sumaban así a las muchas que ya portaba el gentío que empezaba a agolparse alrededor del carro de Catalina para seguir a tan sombría comitiva. Sobre todo niños y algunos curiosos que, al abrigo de la creciente

muchedumbre, se animaban a insultar a la bruja, la cual parecía no prestar atención alguna. Se encontraba arrodillada en el centro de la inmundada jaula de dos metros cuadrados y parecía concentrada, a pesar de los fuertes golpes que daba la jaula cuando las ruedas de madera del carro pasaban por encima de alguno de los muchos baches de la más que irregular calzada toledana.

Algunos ya se atrevían incluso a escupirle y el tono de los improperios iba aumentando, tanto en volumen como en significado. Las antorchas abarrotaban las calles cercanas a la famosa plaza, testigo mudo de cientos de actos, ya fueran festivos o atroces, como los ajusticiamientos públicos. A poco menos de cien metros de la plaza había tanta gente que los impresionantes caballos negros apenas podían abrirse paso entre la multitud alborotada. Se estaban empezando a poner nerviosos e incluso hacían amagos de alzarse sobre sus patas traseras. Los mozos a duras penas podían contenerlos y el carro con la jaula de Catalina daba fuertes sacudidas hacia uno y otro lado mientras la población vaciaba su ira sobre ella tirándole piedras, boñigas o basura, aferrándose a los barrotes con palos para agredirla o, incluso, orinando sobre ella.

Entretanto, la noche se volvió desapacible, se había levantado un viento inquietante y en el horizonte se adivinaba una tormenta eléctrica que nadie entendía de dónde había salido. El cielo se cerró por completo y empezaron a caer unas gotas escasas y gordas que presagiaban un gran aguacero. Tuvieron que acudir desde la plaza cuatro soldados para sacar a la gente de encima de la comitiva, pues de lo contrario no llegaría a su destino. Tiraron al suelo a dos o tres que estaban agarrados a los barrotes propinándoles sendos golpes con los mangos de sus fabulosas espadas toledanas. Al final consiguieron crear un perímetro de seguridad alrededor de la carreta que les permitiese continuar avanzando hasta la plaza cercana. La lluvia ya caía en abundancia cuando el carro hizo acto de presencia en Zocodover, atestada de gente de lo más variopinta y sedienta de sangre. Los rayos iluminaban la tétrica escena mientras el gentío enfervorecido redoblaba su creciente odio hacia la bruja, un odio que era directamente proporcional a su miedo. Llegaron, por fin, al centro de la plaza, donde los mozos desengancharon los caballos para atarlos a un poste lateral. Los verdugos, mientras tanto, se disponían a sacar a Catalina de su confinamiento para conducirla a la pequeña plataforma de madera de unos dos metros y medio de altura construida para la ocasión. Al cadalso o patíbulo —como de denominaba a estos tablados que se levantaban

para un acto en concreto, como en este caso, una ejecución de pena de muerte — se accedía desde una escalera portátil que acoplaban por detrás para subir a la presa, amarrarla a un poste y volver a bajar. Después quitaban la escalera y prendían fuego a los cientos de quilos de leña amontonados en la parte inferior del pedestal.

La muchedumbre allí congregada no dejaba de insultar a Catalina, a pesar de que seguramente tiempo atrás muchos de ellos habían ido en su busca y reclamado su ayuda, para unas u otras cosas. Pero en esa ocasión se trataba de dejar claro ante todo el mundo —y, sobre todo, ante el Tribunal de la Inquisición— de qué lado estaban. Así mitigaban cualquier posible sospecha, por pequeña que fuese, que pudiera recaer sobre ellos y su posible relación con el «monstruo» (la cual podría motivar una denuncia). Subieron a Catalina casi a rastras hacia su fatal destino. Uno de los verdugos la golpeaba con un látigo para que se moviese, pero ella parecía incapaz de hacerlo, los golpes recibidos durante el trayecto y toda la funesta energía desatada hacia su persona parecían haber minado definitivamente sus ánimos. Arrastrándose y cabizbaja llegó a lo alto de la plataforma, sobre la que apenas cabían ella y los tres verdugos que la portaban. Comenzaron a atarla al poste donde la abandonarían a su suerte, pero la tormenta se recrudecía con un aire endemoniado salido de no se sabía dónde; tendrían que esperar un poco a que la lluvia se calmase para poder prender la hoguera. La dejaron allí arriba, sola, expuesta a la mirada inclemente de la abarrotada plaza.

—¡Quemad a la bruja! —gritaban algunos.

—¡Mandadla al infierno! —decían otros.

De pronto la lluvia casi se detuvo y los verdugos aprovecharon rápidamente para encender la hoguera. El fuego enseguida cogió vigor gracias al potingue incendiario que le echaron y se acercaba peligrosamente a Catalina, que llevaba un rato aletargada y medio caída, a pesar de seguir amarrada al poste. En ese instante se irguió adoptando una posición y una actitud orgullosas, como a todos tenía acostumbrados. Se apartó la larga y húmeda melena morena de la cara para que la gente la pudiera ver bien, y fue mirando a los ojos, una a una, a las personas más cercanas con un semblante desafiante, chulesco y amenazador. Muchos no le aguantaron la mirada, se sentían intimidados. De pronto comenzó a sonreír, cosa que no hizo sino inquietar aún más a los desconcertados toledanos, que no entendían cómo en esa extrema situación parecía sentirse tan cómoda. La sonrisa inicial se

convirtió en una atronadora carcajada que enmudeció y estremeció a la plaza entera, porque coincidió con el momento en que el fuego comenzó a abrasarla prendiendo la parte baja de su túnica negra hecha jirones. La gente contemplaba la escena atónita, un escalofrío recorría sus mortales cuerpos de arriba abajo con cada una de esas risotadas soltadas al viento, que atravesaban la plaza de un lado a otro intimidando por doquier. Daba la impresión de que el sonido flotaba y se mantenía en el ambiente de manera imposible.

De repente Catalina dejó de reír y cambió su semblante chulesco por uno aún más aterrador, absolutamente serio. Los rasgos de su cara se volvieron mucho más graves y agresivos, algunos de los presentes en las primeras filas instintivamente se sintieron amenazados, presas de una sensación que no sabrían describir. Comenzaron a recular sin quitarle ojo a la bruja, que parecía mascullar alguna cosa entre dientes, en voz baja. Mientras tanto, algo estaba empezando a suceder a su alrededor. A lo lejos se oía a los lobos aullar como locos, los caballos y otros animales que había en la plaza parecían inquietos, como si presagiasen que algo terrible se avecinaba. Incluso se escucharon bandadas de pájaros huyendo despavoridas, cuando a esas horas solían estar tranquilos durmiendo en las copas de los árboles. La gente en la plaza estaba inquieta, se miraban unos a otros murmurando, sin saber qué hacer. Señores, caballeros, clérigos, inquisidores y pueblo de a pie se encontraban acongojados ante tamaña incertidumbre.

De pronto, todo el mundo calló porque empezaron a escuchar lo que parecía ser el rumor lejano de caballos que se aproximaban al galope en dirección a la plaza de las Bestias. Al mismo tiempo, el tono de la oración o invocación que recitaba Catalina iba aumentando... La gente miraba a sus espaldas intentando descifrar por dónde se aproximaban aquellos jamelgos que daban la impresión de venir por diferentes direcciones. Los escuchaban cada vez más cerca, los caballos relinchaban de manera temible a lo lejos, podían intuir su velocidad y poderío por el estruendoso sonido que provocaban. Un tsunami terrible y letal que avanzaba por cada una de las calles que confluían en la plaza de Zocodover los estaba rodeando.

Repentinamente, seis brutales caballos negros con seis enormes caballeros, también de negro, y sus seis grandes espadas en las manos entraron al unísono por las calles aledañas como seis flechas, atropellando, acuchillando y aniquilando a todos los que encontraban a su alcance. La gente empezó una

estampida aterrorizada. Catalina ya gritaba su letanía con una extraña voz grave que, a todas luces, no era la suya habitual, alzando los brazos a la noche toledana que se teñía de sangre y gritos mientras ella ardía casi por completo. El fuego de la hoguera formaba una espiral a su alrededor y sobre ella, elevándose más de diez metros. En ese momento, ella misma también comenzó muy poco a poco a levitar, elevándose envuelta en llamas para asombro de todos los presentes, que seguían mirándola sin dar crédito a la dantesca escena que veían sus ojos, y dejando por un momento incluso de vigilar a las seis bestias que iban arrasando por donde pasaban a sus espaldas.

Zocodover se convirtió progresivamente en el más puro infierno ante los ojos de los toledanos y forasteros allí presentes. Los gritos y las carreras se sucedían, algunos se acuclillaban, incapaces de mirar lo que ocurría a su alrededor. Otros se quedaban hipnotizados mirando cómo las bestias se les acercaban al galope, sabiéndose sin opción ni de intentar huir, hasta que eran embestidos y lanzados por los aires. Los soldados ni siquiera hicieron ademán de intentar luchar contra esos seres del inframundo que estaban desatando el caos. Los inquisidores se aferraban a la gran cruz que les colgaba del cuello totalmente obnubilados, rezando todo cuanto sabían y teniendo claro que habían cabreado a quien no debían.

Por aquel entonces, Catalina ya se alzaba a más de cinco metros flotando en mitad de la noche, envuelta en llamas que la consumían girando a su alrededor. Su conjuro estaba acabando con buena parte de la gente que había en la plaza gracias a la intervención de aquellos seres que no eran de este mundo. Seguía gritando aquella oración ininteligible una y otra vez, hasta que de pronto se detuvo y se dirigió a la multitud con voz clara:

—Esto es solo el principio, la expiación cae sobre vosotros como el martillo sobre la espada y esta sobre el yunque. Habéis sembrado la semilla del mal en vuestro pueblo y hoy recogéis sus frutos entre lágrimas; y no será la única vez, volveré... —Catalina cayó desde lo alto, inerte, encima de la colosal hoguera y murió abrasada. La bruja había sido silenciada para siempre, o eso creían.

Tan pronto como Catalina desapareció en la hoguera, los seis caballos y sus seis jinetes hicieron lo propio por las calles por donde habían venido, para nunca más ser vistos. Se evaporaron como por arte de magia dejando tras ellos un reguero de sangre y destrucción sin parangón, cientos de muertos, algo nunca antes visto, algo de otro mundo.

En aquellos tiempos se decía que si un caballero negro con un caballo también negro entraba en una ciudad era para traer desgracias y sinsabores, como epidemias y muertes, y en ese caso bien pudieron contar los supervivientes que así había sido.

Toledo, miércoles 22 de julio de 2015, 23:30 h

—Nadie olvidaría en Toledo, ni en ningún otro lugar del reino e incluso más allá, lo acaecido en la aciaga noche en que la Inquisición decidió ajusticiar a Catalina Sánchez por brujería aquí, en esta misma plaza de Zocodover que están ustedes pisando —explicaba Martina a sus clientes, que visitaban Toledo—. Como tampoco olvidarían la amenaza que antes de morir lanzó a la ciudad, maldición que, por otra parte, nunca se ha cumplido hasta ahora; estando ya en 2015 es de suponer que no hay tal peligro. Supongo que Catalina lo dijo antes de desfallecer y morir para asustar más todavía a la ya aterrorizada población y de esa manera ser recordada y perdurar en el tiempo.

»Como tantas otras historias, en realidad no se puede asegurar qué hay en ella de auténtico y qué de leyenda. Yo, a título personal, pienso que si estos mitos han llegado hasta nuestros tiempos contándose generación tras generación, aunque no se puedan encontrar pruebas, es que algo de reales tendrán. Lo que sí les puedo asegurar, muy señores míos, es que aquí donde empezamos hace una hora y media, acaba esta maravillosa visita guiada, nuestra ruta Toledo mágico. Espero que les haya gustado, ya que llevamos a cabo cada ruta con la máxima pasión. También espero volver a verlos en cualquiera de las demás rutas que ofrecemos, ¡muchas gracias y buenas noches! —dijo a modo de despedida Martina, una de las guías de turismo de la empresa Rutas de Toledo, entre los aplausos de más de treinta personas, que ya se sentían encandiladas por el encanto de esta milenaria ciudad y la magnífica explicación de la guía.

Martina tenía veintiocho años y era toledana de pura cepa, había estudiado la carrera de Historia por pasión. Pasión por descubrir qué ha pasado en el mundo para que ahora sea tal como lo conocemos. Ansiaba conocerlo todo

sobre las sociedades antiguas, qué nos ha llevado a ser hoy como somos, el discurrir de las cosas. Un día, en el instituto, antes de decantarse por esta licenciatura, leyó en algún lugar una definición que le encantó y de alguna manera terminó de empujarla a decidirse por esta pasión en vez de otras alternativas que a priori habrían parecido elecciones más sensatas: «Los estudiantes de Historia son rastreadores del pasado.» Esta manera de llamar a la profesión de historiador le resultó excitante, incluso atractiva. Le recordaba a las viejas películas de Indiana Jones que devoraba de niña. Se dio cuenta de que era un compendio entre observación, estudio e imaginación. Esta última parte le parecía la más emocionante, ya que a través de ella, en su cabeza era capaz de reconstruir una y otra vez antiguas civilizaciones milenarias ya extintas. Solo allí podía verlas, estaban en su mente. Recopilaba los datos mediante el estudio y después recreaba las civilizaciones gracias a su ingenio, para intentar desenmarañar la madeja de los tiempos pasados, que nos ayudan a entender no solo el presente, sino el futuro.

Por estas razones Martina eligió ser historiadora, pero no se sentía profesora. No se veía a sí misma encerrada tantas horas en un claustro luchando con adolescentes enfervorecidos, con las hormonas disparadas y su poco o nulo interés por la historia, por nuestro pasado, aunque hubiera excepciones. No, la pedagogía no era lo suyo, a Martina le gustaba el trabajo de campo, estar a pie de calle. «¿Qué mejores calles y qué mejores rincones que los de Toledo para descubrir a los miles de personas que pasan a diario por esta ciudad?», pensaba. Toledo parece sacada de otro tiempo e impuesta por las mejores artes toledanas, es decir, por arte de magia, aquí y ahora. Es un espectáculo cognitivo y un suculento tesoro que no deja de sorprender con nuevos descubrimientos año tras año.

Martina trabajaba para Rutas de Toledo, una fabulosa empresa integrada por personas autóctonas que cuentan y sienten las historias que relatan, como difícilmente podría hacer alguien de fuera. Disfrutaba y se sentía privilegiada al poder pasear a diario por estas hermosas calles, explicando sus curiosidades y misterios, sus historias y mitos. Hechos acaecidos hacía cientos de años en otro mundo, se podría decir, en un mundo mucho más salvaje y bárbaro, forjado a base de golpes como las mundialmente reconocidas espadas toledanas. El pasado increíble de la Toledo de las tres culturas, la espectacular Toledo.

Al margen de las rutas guiadas, lo que terminaba de llenar a Martina y

hacerla sentirse realizada como persona —además de como historiadora—, era el trabajo que llevaba a cabo para el ayuntamiento, concretamente para el Consorcio de Toledo. Consistía en investigar cualquier tipo de nuevo vestigio encontrado, normalmente cuando se hacían obras en edificios, ya que en Toledo no se puede mover una piedra sin que surja debajo algo fascinante. Cuando esto sucedía, inmediatamente llamaban a Martina para que procediese a su catalogación y estudio junto con un pequeño equipo de arqueólogos. De esta manera habían encontrado cantidad de objetos de antiguas civilizaciones, incluso anteriores a la romana. Parece ser que los romanos fueron los primeros en crear infraestructuras en esta zona, por así decirlo, más tarde lo harían musulmanes, cristianos y judíos, a partir de los restos romanos en algunos casos, hasta llegar a nuestros tiempos. Estos vestigios arqueológicos suelen encontrarse bajo tierra por estratos (los más profundos son los romanos, inmediatamente después se encuentran los musulmanes, los cristianos y los judíos) y comprenden enseres de las distintas épocas, vasijas, armas, joyas, monedas y tantas otras cosas, auténticos tesoros todos ellos. Por eso el trabajo de Martina era de lo más excitante. Nunca sabía lo que le podía deparar el día siguiente, incluso en varias ocasiones habían encontrado momias en las criptas subterráneas de las iglesias. Pero lo siguiente que le tocaría vivir en los próximos días era algo que nunca podría haber imaginado.

Martina se dirigía hacia su casa caminando por las callejuelas empedradas tras despedirse de los miembros de su última visita del día en Zocodover. Esquivaba a los limpiadores que vertían agua a diario por las calles dejándolo todo impecable para la nueva jornada. Ya era casi media noche y al día siguiente, de nuevo comenzaría temprano con sus rutas guiadas, a las diez de la mañana. Aunque era verano —supuesta temporada baja en Toledo—, de cara al fin de semana venían muchísimos turistas a la ciudad, lo que provocaba un ambiente de trabajo frenético tanto para las oficinas de turismo como para las empresas de rutas guiadas, el comercio y la hostelería. Una bendición, sin duda alguna, para toda la ciudad y sus alrededores.

Martina era de estatura media, alrededor de 1,75 metros, y de complexión delgada, pero no en exceso, su cuerpo era esbelto y un poco fibrado. Tenía una buena definición muscular debido al *running*, que practicaba con pasión

cada vez que su atareada vida se lo permitía, y a las clases de yoga que en ocasiones tomaba en el gimnasio. Su cabello castaño tirando a rubio era absolutamente liso y lo potenciaba con reflejos que la hacían parecer más rubia. Llevaba una media melena por los hombros, de corte recto y moderno, que habitualmente se recogía en una coqueta cola dejando delante uno o dos mechones que, cuando se combinaban con su elegante y fino cuello al descubierto, le otorgaban un aspecto de lo más sexi. Se podría decir que era una muchacha bastante atractiva.

En su tiempo libre —aparte del deporte, indispensable para ella— también le encantaba leer. Leía todo cuanto caía en sus manos, sobre todo novelas de intriga o históricas, por supuesto. Su escritor predilecto (como el de seguramente la mayoría de las personas de nuestro planeta en la actualidad) era el galés Ken Follett. El novelista de Cardiff la había conquistado años atrás, primeramente con *Los pilares de la tierra*, novela que marcó un antes y un después en la vida de Martina en lo que a la literatura se refería. Un punto de inflexión que le hizo incluso ver la vida desde un prisma diferente. Desde el optimismo y la fe de saber que las personas, por difíciles que sean las circunstancias que las rodean, son capaces de sacar lo mejor de sí mismas y conseguir todo aquello que se propongan en la vida. A partir de ese libro se dio cuenta de que solo tenemos un límite en nuestras vidas: el límite que nosotros mismos nos imponemos, ya sea por miedos o inseguridades, pues somos capaces de todo lo humanamente posible, tan solo hay que ir con convicción y la mejor de las actitudes a por lo que uno desea, una y otra vez, sin parar, hasta conseguirlo. Este libro le hizo comprender que las personas tienen muchas versiones de sí mismas, tanto físicas como de estado de ánimo. La clave es intentar alcanzar la mejor versión posible de uno mismo. De esa manera, por el camino de la constante mejoría, de la incesante evolución, se van abriendo puertas que antes parecían cerradas a cal y canto, liberando y potenciando nuevas capacidades que retroalimentan a la persona para seguir mejorando en pos de conseguir sus objetivos en la vida. *La caída de los gigantes* y *El invierno del mundo* también le parecieron magníficos.

Martina vivía en un piso de alquiler de unos 100 metros cuadrados y tres habitaciones, en una primera planta sin ascensor del casco histórico de Toledo, en la calle Juan Labrador, a dos calles en paralelo del Alcázar. Aunque sus padres residían cerca, en la zona de fuera de las murallas, ella hacía tres años que había decidido independizarse y qué mejor sitio para vivir

que al lado de su trabajo como guía e historiadora.

Cuando se estaba acercando al piso atravesando la pequeña plaza de la Magdalena —donde había gente cenando relajadamente—, y a punto ya de encarar la calle del mismo nombre, contigua a la suya, de pronto se puso a vibrar en sus vaqueros ajustados su nuevo iPhone dorado. Solo vibraba, ya que había quitado el sonido para que no la molestase durante el trabajo. Tras el pequeño sobresalto inicial, por lo inesperado, enseguida lo sacó de su bolsillo para contemplar el rostro de una persona que reclamaba su voz y su amor, pero a quien Martina había decidido (hacía solo un par de días) no volver a ofrecérselos más.

Era Marcos, su recién estrenado exnovio. Había mantenido una relación seria con él durante dos años y medio, pero su inmadurez unida a sus... podría decirse que inexistentes expectativas de vida, habían llevado a Martina a plantearse que podía y debería buscar algo mejor para la suya. Marcos era muy atractivo, popular y deseado por muchas chicas. Sin embargo, perdía todo ese encanto cuando se le conocía bien, porque en el trasfondo personal era demasiado conformista y muy poco o nada ambicioso. Martina lo quería, al menos eso pensaba, pero sabía que con el tiempo esa atracción que sentía hacia él, quizá más física que profunda, desaparecería como consecuencia de lo insípido de su persona.

Martina sentía que necesitaba a su lado a alguien que la hiciese soñar con conseguir la luna, una persona llena de proyectos de futuro ilusionantes. Alguien con quien enrolarse en esta aventura loca de la vida sabiendo que iba a ser un viaje de lo más interesante y enriquecedor. Alguien con quien, al volver la vista atrás siendo ya ancianos, sintiera que había merecido la pena vivir y acompañarle en sus mil y una facetas. Como un buen libro, que te atrapa tanto que cada página que pasa te sabe mal, porque sabes que estás un poco más cerca del final, pero a la vez te niegas a parar de leer porque estas disfrutándolo tanto que podrías pasar toda la eternidad leyéndolo. Eso era para Martina el amor verdadero, un torbellino de sensaciones y experiencias en forma de loco viaje con el compañero idóneo para tal travesía existencial. Esta era una definición muy alejada de lo que sentía por Marcos, así que —no sin pena— detuvo la llamada, como también detuvo las emociones que amenazaban con aflorar, mientras veía el rostro de Marcos en la pantalla del iPhone, que seguía vibrando en su mano. Finalmente pudo controlarse, restableció el sonido del móvil y lo metió de nuevo en su bolsillo, se secó los

ojos humedecidos y continuó su camino.

Se encontraba ya bajando por la calle Juan Labrador, apenas a dos o tres calles de la oficina de Rutas de Toledo, ubicada en Sixto Ramón Parro. Anduvo sola por la calleja oscura hasta llegar a la altura de su piso. Cuando se disponía a abrir la puerta y estaba sacando las llaves de la pequeña mochilita que llevaba al hombro, su iPhone de nuevo comenzó a vibrar (y esta vez también a sonar). Otra vez le causó un pequeño susto, aunque enseguida lo que le vino a la cabeza la hizo suspirar de desolación, convencida de que era Marcos insistiendo para volver con ella. Por el contrario, al sacarlo del bolsillo comprobó con alivio que se trataba de Lucía, su mejor amiga (que, como buena confidente, estaba al corriente de los amargos momentos sentimentales por los que estaba pasando Martina). Descubrir que se trataba de su querida amiga instantáneamente le cambió la cara, suavizando su gesto e incluso haciéndola sonreír levemente. Lucía era su mejor amiga desde la infancia, también vivía extramuros, todavía en casa de sus padres y en el mismo barrio que los de Martina. Al independizarse le insistió mucho para que se fuese con ella a su piso de alquiler, pero se negó. Lucía trabajaba en el negocio familiar cercano a su vivienda, una importante tienda de cosméticos y productos profesionales de peluquería. Su sueño era ahorrar todo lo posible para comprar un terreno a las afueras donde construirse un maravilloso chalet con piscina y todas las comodidades. Esa era la ilusión de su vida y trabajaba muy duro para conseguir hacerla realidad, no en vano algún día heredaría el negocio familiar levantado por su madre, que ya empezaba a hacerse mayor.

Lucía tampoco tenía novio en la actualidad, como Martina, en realidad hacía mucho tiempo que no tenía una relación demasiado seria con ningún chico. Era una persona con las ideas claras y luchaba por lo que quería sin dejar que nada la apartase del camino. Solía decir que los chicos no hacían más que distraerla de su verdadero objetivo, que era prosperar en la vida, por eso solo había mantenido relaciones esporádicas con algunos. Martina le decía que eso se debía a que no había encontrado ninguno que realmente mereciese la pena y del que se hubiese encandilado completamente. También pensaba para sus adentros que no se comprometía porque cuando era una adolescente tuvo una tormentosa relación con un chico del instituto del que estaba realmente enamorada y que la trató fatal engañándola en varias ocasiones. Creía que su amiga estaba traumatizada por esa experiencia y que

era la causa más que probable de que se hubiese cerrado por completo al amor.

El caso es que Lucía era rematadamente vitalista, con solo ver que se trataba de ella mejoró el estado de ánimo de Martina. Le proporcionaba alegría e ilusión. Siempre estaba haciendo planes de futuro para las dos, fantaseaba con hacer increíbles viajes juntas, a la aventura a través de Europa, cuando fuera económicamente autosuficiente. Cogerían su todoterreno y una mochila, y durante un par de meses recorrerían el viejo mundo. Visitarían lugares increíbles como París, Londres, Berlín, Roma, Venecia, Moscú o Dubrovnik. Aprovecharían para conocer los escenarios de las temibles guerras mundiales, así como enclaves naturales maravillosos como los acantilados de Dover en el Reino Unido, o la isla de Saint Michel, que es una isla rocosa situada en la desembocadura del río Couesnon, en Francia, donde fue construido un fabuloso santuario en honor del arcángel San Miguel. También visitarían Noruega para, además de ver los fiordos, asomarse a «El púlpito» (*Preikestolen*), una gigantesca plataforma de roca que sobresale de la montaña como si de un balcón natural se tratase, asomándose al abismo, muy cerca de la ciudad de Stavanger. Solía decir que en algún momento de su vida vería las cataratas del deshielo de Islandia y un sinfín de lugares más que de momento solo existían en su imaginación. También soñaba con atravesar Estados Unidos de punta a punta por la Ruta 66, al volante de una autocaravana, con conocer la Polinesia y un larguísimo etcétera. Definitivamente, su amiga Lucía le alegraba la vida y en ese momento le hacía más falta que nunca, por eso no dudó un instante en cogerle el teléfono.

—Dime, cariño —respondió bromeando Martina.

—¿Qué haces, preciosa?, ¿has terminado ya de patear Toledo? —le devolvió la broma Lucía.

—Por hoy sí, creo que debo de llevar más de treinta quilómetros en mis sobrecargadas piernas, ¿sabes? Me vendría muy bien uno de tus famosos masajes.

—No es momento de masajes, es momento de ir a tomar una copa para levantarte el ánimo, ¿qué te parece si vamos a la terraza del Carlos V a cenar, tomar algo y lo que surja...? —sugirió Lucía.

—Pues me parece tentador, pero tengo que madrugar para la ruta de las 10 y estas salidas imprevistas contigo suelen ser peligrosas.

—Venga, Martina, por favor. Tengo ganas de airearme y estoy segura de

que a ti te vendrá genial, con la brisa fresquita que corre en verano en la terraza y esas vistas de ensueño y, quién sabe... quizá encuentres a un maravilloso príncipe azul que ha llegado a la ciudad de turismo y te hace olvidar definitivamente al insulso de Marcos —concluyó con gracia Lucía.

—Estoy yo para príncipes en estos momentos... —alegó incrédula Martina—. Creo que me voy a tomar un respiro con los hombres por un buen tiempo, necesito aclarar mis ideas con respecto a lo que espero de una pareja seria.

—¿Pues qué vas a esperar...? Que esté bueno, que tenga pasta y, si es posible, que sea interesante, esto último no iba con Marcos, la verdad —respondió Lucía riendo.

—Me encanta como lo simplificas todo, ojalá fuese tan sencillo. Para ti con que tenga pasta ya es casi suficiente —bromeó Martina—, pobre Marcos, me acaba de llamar y le he colgado, no se lo he cogido. Me da pena... aunque lo tengo claro, Luci.

—Pues si lo tienes claro, ¡claro está! Y esta noche salimos, paso por tu casa y nos vamos a la azotea del Carlos V, en media hora estoy allí. ¡Date prisa, preciosa! —Lucía colgó dando por acabada la llamada e impidiendo una posible réplica por parte de su amiga. De esa manera zanjaba a su favor la discusión acerca de la salida. Martina se quedó sonriendo medio enojada, medio complacida, pensando en la caradura y el desparpajo de Lucía.

Subió corriendo las escaleras aún con las piernas cargadas, quería darse una ducha exprés y ponerse algo mono para acudir a la terraza de la quinta planta del hotel Carlos V, donde la gente solía ir bastante arreglada. El hotel se encontraba cerca de Zocodover, prácticamente pegado al Alcázar, que se alzaba imponente justo en la calle paralela de detrás y podía observarse desde la terraza en todo su esplendor. Para Martina, esa azotea era un sitio mágico, desde allí se divisaba Toledo entera iluminada, lo consideraba uno de esos rincones imprescindibles si se visitaba la ciudad. Cenar allí y tomar una copa departiendo con buenos amigos mientras disfrutaba de las vistas, con la Catedral Primada justo enfrente, constituía una experiencia muy bonita y agradable. En ocasiones, al llegar al hotel el aforo ya estaba completo y había cola en la entrada, entonces la gente tenía que esperar a que saliera alguien para poder entrar (excepto los que se alojaban en el hotel, a quienes evidentemente se les permitía el acceso).

Martina se había dado una refrescante y renovadora ducha rápida, y ahora

se hallaba frente al espejo secándose con la toalla mientras observaba su delicado y precioso cuerpo desnudo, se sentía bien al contemplarlo. Comenzó a aplicarse crema hidratante por todo el cuerpo mediante un suave masaje para que la piel la absorbiese mejor, recorrió con sus manos los brazos, los pechos, el estómago, las piernas, los muslos. El masaje le hizo recordar que estaba falta de cariño, pues comenzaba a excitarse cuando de repente sonó el timbre y la despertó de aquel momento tan íntimo fruto de varias noches de soledad. Se envolvió en la toalla y fue corriendo, pero con cuidado de no resbalar, a abrir la puerta a su amiga, que había llegado antes de lo previsto.

—¿Quién es? —preguntó Martina por el interfono.

—Soy yo, ¿vamos? —la apremió Lucía.

—Sube un momento, aún no estoy lista, te has adelantado. —Martina pulsó el interruptor y la puerta de la entrada se abrió con ese pitido estridente que hacen los sistemas de apertura a distancia; volvió al cuarto de baño apresuradamente cogiendo por el camino una tanga rosa preciosa y un colorido vestido veraniego de Custo. En cinco minutos se arregló el pelo con la ayuda de un poco de espuma moldeadora. Salió de casa y bajaron andando en dirección al Carlos V.

Al llegar a la entrada del hotel había varias personas esperando, pero el relaciones públicas de la terraza enseguida les abrió el paso, como las conocía las invitó a entrar con el brazo extendido. Eran clientas asiduas, de Toledo y guapas; además, por si fuera poco, Martina era una de las guías de turismo más valoradas y reconocidas, todos consideraban que tenía mucha proyección, sin olvidar el significativo trabajo que realizaba para el ayuntamiento. Se podría decir que era un importante activo para la ciudad. Así mismo, muchos clientes acudían a la terraza gracias a la recomendación que Martina les hacía durante sus rutas de los mejores rincones nocturnos.

Atravesaron el *hall* del hotel hasta llegar frente a los ascensores que se encontraban al fondo a la derecha. Algunos clientes se volvían al cruzarse con las dos preciosas mujeres. Entraron en el ascensor y subieron hasta la terraza. Al salir causaron bastante expectación, ya que esa noche los varones eran numerosos, estaban tan guapas que incluso algunas mujeres las miraban. No en vano, a Martina el vestido de Custo le quedaba como un guante: ligero como una pluma y adherido suavemente al contorno de su voluptuoso cuerpo.

El vestido tenía un tirante fino en tonos malva y le tapaba escasamente hasta mitad del muslo, lo completaban unos tacones cómodos en los mismos colores, atados mediante un bonito cordón al tobillo. Esa noche Martina estaba especialmente despampanante, pero Lucía no se quedaba atrás: llevaba un top blanco ajustado y de escote generoso que enseñaba también el ombligo, unos vaqueros oscuros vueltos por la parte de abajo y unos preciosos tacones veraniegos, también blancos, todo ello acompañado de su larga melena morena al viento. Era difícil no volver la mirada a su paso.

El lugar parecía completamente lleno, pero, por suerte, Lucía reparó en una mesita alta con tres taburetes alrededor que había en una esquina pegada al borde de la terraza, desde la cual podrían disfrutar de unas vistas dichasas; se dirigieron inmediatamente hacia allí saludando a todo el mundo al pasar. Mientras se acomodaban en los taburetes, Lucía no dejaba de cotorrear diciendo que si allí estaba fulanito, que si mira qué chico tan guapo, que si esa noche había buen ambiente. Martina, como siempre le pasaba al contemplar la panorámica de Toledo —su Toledo del alma— de noche e iluminada, estaba emocionada. No lo podía remediar, estaba enamorada de la ciudad. La sentía suya propia, con sus callejones, sus coquetas plazas, sus iglesias y sinagogas, su majestuosa catedral que iluminada parecía un cohete que podía salir disparado hacia el cielo en cualquier momento. Aquel escenario vivo, herencia de otras épocas, estaba cargado de energías ancestrales y de un magnetismo que recorría su cuerpo de arriba abajo seduciéndola como el mejor de los amantes. Sin duda, Toledo constituía una visión única.

—¿Ya estás otra vez, Martina? ¿Siempre que venimos te tienes que poner así? Es de locos... —le recriminó Lucía sonriendo, sabía de sobra la pasión por la ciudad que corría por las venas de su amiga.

—Lo siento, Luci, puede que hoy esté más sensible de lo normal —respondió Martina soltando una disimulada lagrimita, que motivó que Lucía acercase con discreción su taburete para cogerle la mano sin llamar la atención de las personas que estaban a su alrededor, evitando así que el delicado estado de ánimo de Martina trascendiera.

—No debes estar triste, preciosa. Tendrías que sentirte feliz al pensar que estás de nuevo en el buen camino, ahora podrás buscar y conocer por fin a una persona que se entregue a ti en cuerpo y alma, como tú a esta ciudad, sin reticencias. Alguien que de verdad te llene y te haga subir al cielo cada día.

Alguien como tú realmente mereces (cosa que Marcos no era), alguien que esté a tu altura; porque tú, amiga mía, no eres una cualquiera, eres una persona extraordinaria y, antes o después, encontrarás quien te merezca y te haga justicia —afirmó Lucía asiéndole con fuerza la mano que quedaba en el pequeño hueco entre las dos al tiempo que la miraba a los ojos, a muy poca distancia una de otra. Después le limpió la humedad de los ojos con mimo maternal y terminó dándole un sentido y reconfortante beso en la mejilla, que junto con aquellas bonitas palabras hizo sentir mucho mejor a Martina.

—Gracias, Luci... Gracias —respondió Martina sin que hiciera falta añadir nada más, su mirada agradecida ya decía el resto.

Al momento llegó un guapo camarero, moreno y muy sonriente, que las saludó y les preguntó qué iban a querer tomar. Ambas pidieron un Martini mezclado, con una proporción aproximada de 60 % de blanco y 40 % de rojo, una rodaja de limón y unas aceitunas pinchadas en un palillo. Nada había más delicioso para ellas. Para cenar pidieron una pizza vegetal con atún y gambitas pequeñas y una maravillosa ensalada de la casa con perdiz. Difícilmente podían deleitarse más: la cena, el enclave y su amistad convirtieron aquella noche en una auténtica maravilla.

Aurelio llevaba más de treinta años viviendo en su antigua casa de Toledo, un edificio herencia de un tío suyo, soltero y sin descendencia como él. El inmueble se ubicaba en la misma plaza de Zocodover, centro neurálgico de la ciudad desde años inmemoriales, ya en la Edad Media se la conocía como la plaza Mayor. Zocodover significa «mercado de las bestias». Fue en la época musulmana cuando tomó este nombre y llegó a su máximo esplendor, ya que la función primordial de la plaza a lo largo de su historia fue siempre el comercio, tanto de animales de todo tipo como de alimentos los martes de mercado. Se trataba del mercado más importante de la ciudad y se celebraba desde hacía siglos. En la actualidad se seguía haciendo los martes, pero se había trasladado a las inmediaciones del Paseo de Merchán o de la Vega.

El edificio de Aurelio se encontraba haciendo esquina al principio de la calle Comercio, sobre una caja rural. De hecho, la placa con el nombre de la calle estaba en su fachada. El inmueble constaba de una planta baja y cuatro alturas más. En la planta baja estaba la caja de ahorros. La primera y la segunda planta las tenía acondicionadas para alquilarlas a los miles de turistas

que abarrotaban Toledo a diario. En la tercera era donde tenía establecida su vivienda y la cuarta era una especie de trastero. Cada planta constituía un piso de unos 90 metros cuadrados independiente de los demás, que se comunicaban mediante una escalera comunitaria a la que se accedía por un lateral del edificio. La fachada era de un tono salmón claro, y contaba con dos balcones por altura, uno en cada cara del edificio que, al hacer esquina, daba a dos lados. Los balcones tenían una bonita baranda de seguridad de elegante forja negra redondeada por la parte inferior, con una especie de hoja grande en las esquinas. La parte superior de la estructura de cada balcón de la primera planta tenía un arco decorativo en blanco con figuras humanas a los costados y en el interior, al estilo de las casas señoriales. Estos arcos hacían juego con unas pequeñas repisas, también blancas, que separaban cada altura de la siguiente. La decoración de la parte superior de los balcones de la segunda y tercera planta estaba realizada igualmente en blanco y con figuras de personas, pero ya no en forma de arco sino recta. La cuarta planta —ya sin balcones, pero con ventanas más pequeñas— mantenía esta última decoración encima de las ventanas y además contaba con varias formas verticales a sus costados que recordaban a columnas romanas, y disponía de una especie de claraboya redonda, también decorada.

Era un bonito inmueble del que Aurelio se sentía muy orgulloso. El hombre ya contaba más de setenta años y padecía fuertes molestias en la cadera fruto de una dura juventud laboral. Aquella noche se disponía a cenar unas verduras asadas al horno, una buena copa de vino y algo de carne a la plancha. Sin embargo, antes quería subir un momento al trastero para depositar su caja de herramientas en su lugar habitual, junto a un pequeño banco de trabajo donde hacía sus pinitos como manitas. No en vano, cuantas más cosas de su propiedad supiese reparar por sí mismo, más rentabilidad le sacaría, pues se ahorraba el dinero que hubiese supuesto llamar a algún técnico. Por la mañana había estado arreglando unos desperfectos en la primera planta para dejarla a punto antes de la llegada de los clientes alrededor de las doce. Normalmente solía tener las dos casas alquiladas incluso antes del fin de semana. En ese momento sus clientes ya estaban perfectamente acomodados en los apartamentos y muy satisfechos con su alojamiento. Aurelio se sentía feliz al ver a la gente disfrutar de su hogar y de su ciudad.

Subió por el último tramo de escalera en dirección al trastero con cuidado

de no tropezar, la iluminación en ese tramo era escasa —para ahorrar— y debía andar con precaución puesto que una caída sería nefasta para su maltrecha cadera. La puerta del trastero se abrió con el habitual chirrido de bisagras que necesitan ser engrasadas, o cambiadas, pues estaban realmente viejas. Las últimas reformas de la casa no habían alcanzado al trastero por falta de presupuesto, por lo que este se encontraba en peor estado que el resto del inmueble.

Aurelio entró con la caja de herramientas asida con fuerza por su mano izquierda, dirigiéndose hacia el banco de trabajo. El trastero estaba lleno de objetos antiguos del anterior dueño de la casa, que se encontraban repartidos por distintos lugares del inmueble antes de la reforma que llevó a cabo Aurelio para adaptarlo a los nuevos tiempos cuando pasó a su poder. Había candelabros viejos, mesitas de noche que harían las delicias de un anticuario, jarrones pomposos de un metro de altura, viejas alfombras enrolladas que en su día decoraron los salones, armarios, un gran mueble de comedor tipo *buffet* y un espejo con marco de madera cuyo reflejo resultaba algo inquietante. Finalmente, también descansaba en aquel lugar una especie de armario que daba la impresión de ser incluso más antiguo que todo lo demás, y que ya se encontraba en el trastero cuando Aurelio adquirió el inmueble y lo reformó. El anterior propietario había sido un acérrimo coleccionista de antigüedades, muchas de las cuales ya habían sido vendidas por Aurelio. Estas eran algunas de las que quedaban, junto con otras que había reubicado en el edificio una vez restauradas; él no era un apasionado del arte —aunque sí de la historia y sus curiosidades—, era cuestión de tiempo que se deshiciese de todas las que no volviese a acomodar. Solo era preciso encontrar un buen comprador, ya que ese tipo de piezas estaban muy bien valoradas.

Aurelio depositaba la caja de herramientas en su lugar junto al banco de trabajo, en una pequeña leja anclada en la pared, cuando de pronto escuchó un chasquido seco que le hizo volverse con rapidez. Se quedó mirando fijamente el fondo del trastero donde estaban todos aquellos muebles de madera, de vez en cuando soltaban algún crujido que conseguía asustarlo, aunque eso no era demasiado complicado, Aurelio era de susto fácil. Le gustaba darle vueltas a la cabeza y tenía una gran imaginación que a veces afloraba elucubrando escenas de lo más indeseables. Ideas que enseguida intentaba quitarse de la cabeza. Se decía que vivir tantos años en soledad le

había llevado a volverse un poco paranoico pero, no sabía explicar por qué, en ocasiones, sobre todo cuando subía al trastero, experimentaba sensaciones de lo más extrañas que le hacían recelar. Como si algo oscuro morase allí, entre los muebles antiguos, en la penumbra, latente, acechante...

Martina y Lucía seguían disfrutando de su espléndida cena bajo la luz de la luna veraniega. Departían como si hiciese meses que no se veían, con risas y bromas de ida y vuelta, mientras saboreaban su tercer Martini y despachaban con gracia y desparpajo a los moscones que se iban acercando, nada mejor para subir la autoestima. En ese momento, Martina intentaba llevarse a la boca una de las aceitunas de la sabrosa bebida, con tan mala suerte que se deslizó por el palillo hasta caer —empapada del dulce vermú— en su precioso vestido de Custo Barcelona, dejando tras de sí, un más que visible rastro de licor. Enseguida se levantó, como accionada por un resorte, y echó a andar en dirección a la barra para pedir quitamanchas en espuma. Al llegar se encontró a un hombre un poco más alto que ella con una camisa blanca entallada que dejaba entrever su ciertamente musculado torso. Vestía unos pantalones vaqueros marrones que parecían elásticos y terminaban en pitillo. Sus zapatos eran unos comodísimos Pikolinos blancos a juego con la elegante y a la vez moderna camisa, que llevaba con los puños vueltos, dejando al descubierto un magnífico reloj negro y brillante, de esfera amplia y redonda. En la otra muñeca portaba una preciosa pulsera de aspecto *hippie* con cuatro trenzas en tonos tierra que confluían a su vez en un cordón más grueso, otorgándole un toque juvenil. Su pelo era castaño tirando a rubio, rasurado por los costados y con un poco más de volumen arriba, donde estaba peinado con algo de gomina y la raya al lado. Lucía una espesa y cuidada barba corta que a ojos de Martina le daba una imagen realmente atractiva. El conjunto en sí fue lo que la sorprendió. Tal y como se apoyó en la barra se lo encontró justo al lado, a punto de tocarse, mientras un camarero le daba una botella de Muga con dos copas que él cogió con elegancia.

De repente se volvió hacia ella y sus miradas se encontraron a menos de un metro, en aquel instante sintieron que todo se paraba a su alrededor como por arte de magia y que todos los interrogantes de sus vidas encontraban respuesta, todo cobraba sentido al ver cómo el destino se materializaba ante sus ojos, al contemplarse el uno al otro. Martina encontró en esos ojos pardos

verdosos el infinito. Un torbellino de sensaciones que encendieron una llama en su alma. De haberla dejado tomar el control sobre sí misma, la habrían lanzado directamente a sus brazos, sin tan siquiera hablar, para entregarse por completo. Pero lo más excitante fue que ella sabía perfectamente que a él le ocurría lo mismo. Incluso deslizó sus ojos por sus labios sedientos de besos, comiéndoselos con la mirada. Fue como si el milagro de la vida, del mundo y de estar vivos a la vez en el mismo sitio, hubiese jugado sus bazas para juntarlos allí, en ese preciso instante. Como si todo estuviese preparado por una providencia superior. Tras unos cinco segundos sin poder quitarse la vista de encima mutuamente, una camarera les sustrajo de la peculiar situación:

—Aquí tienes, Martina, frótalo antes de que seque, de lo contrario no habrá manera humana de limpiarlo —dijo rompiendo el encanto.

—Gracias. Enseguida lo haré —contestó Martina, ruborizada por la conexión experimentada con aquel desconocido, los mofletes enrojecidos y el corazón palpitando por la excitación.

Entonces se creó uno de esos silencios incómodos, que el chico quiso deshacer apresuradamente dejando las copas y la botella de Muga abierta sobre la barra y volviéndose de cara a Martina con la mano derecha estirada al tiempo que decía afablemente:

—Hola, mi nombre es Dorian —su tono de voz sonó agradable y sincero mientras sus manos entraban en contacto suavemente, estremeciéndolos por dentro al unísono, como si sus emociones se unificaran transmitiéndose de un cuerpo a otro, de un alma a otra, con sus corazones acelerándose a la par.

—Encantada —dijo Martina sin pensar y sin poder evitarlo—. Mi nombre es Martina.

—Martina. Precioso nombre, como no podía ser de otra forma. ¿Martina, crees en el destino? —le preguntó enigmáticamente el tal Dorian.

—Qué otra cosa nos podría haber traído a este día y a este lugar, después de millones de años de evolución. En un mundo con miles y miles de kilómetros dentro de un sistema solar inexplorado infinitamente mayor. Un planeta colgado de no se sabe dónde, en perfecto equilibrio con no se sabe qué, como por arte de magia, y que a su vez pertenece al espacio en sí mismo, del cual no conocemos más que el horizonte hasta donde alcanzan nuestros primitivos ojos. Somos milagros independientes que andan, hablan, piensan y sienten... y que coinciden en el mismo lugar, en la misma época y a una edad

parecida. ¿Qué otra cosa puede llevar a tan peculiar situación que no sea el destino? —respondió ella dejando clara la magnífica inteligencia que albergaba aquel maravilloso exterior.

—Vaya, esa respuesta es mucho más de lo que podría haber llegado a esperar. Ha sido exquisita, como tú. Y como este vino que iba a saborear con un amigo, si te apetece podemos tomarlo todos juntos. Creo que no hay mayor vínculo afectivo y a la vez cultural que compartir un buen caldo; y si es aquí, con estas vistas, esta compañía y en este momento tan especial, la experiencia puede ser verdaderamente insuperable.

Martina sonrió complacida, su nuevo amigo resultaba realmente encantador, parecía tener modales de otra época, de cuando los valores y el honor estaban por encima de cualquier otra cosa.

—Normalmente no acepto invitaciones de desconocidos, pero por esta noche voy a saltarme esa regla, a la vista de lo cortés que has resultado ser conmigo. Estoy allí con mi amiga Lucía —accedió Martina señalando el sitio donde estaba Lucía, que los miraba intrigada intentando averiguar lo que ocurría—, llama a tu amigo y trae dos copas más —concluyó antes de volverse contundentemente.

Aurelio se disponía a abandonar el trastero tras depositar la caja en su lugar. Encaraba la salida cuando inesperadamente escuchó tras él tres fuertes golpes que lo dejaron lívido. Había sonado como si alguien aporrease una puerta de madera, se volvió espantado y tambaleándose, quejándose de la cadera por haber tenido que girarse de forma inesperada y en mala postura. Pero su preocupación en ese momento iba más allá de su maltrecha cadera.

—¿Qué diantres ha sido eso? —se dijo a sí mismo al tiempo que, con los ojos abiertos al máximo, miraba y remiraba el fondo del lúgubre trastero repleto de antiguallas y polvo por doquier.

Lo recorrió de un lado a otro, intentando descifrar de dónde procedía semejante sonido. Lo único que pudo comprobar fue cuan tétrico y escalofriante podía llegar a ser aquel lugar. Estaba a punto de darse por vencido en su afán de comprender la situación cuando distinguió anonadado un sutil movimiento en medio de la penumbra del fondo. Al acercarse un par de metros con toda la precaución posible, pudo confirmar que se trataba de la puerta de aquel armario extraño que ya moraba allí cuando él se hizo cargo de

la casa, el que parecía más antiguo que todo lo demás; se acababa de abrir por sí solo de manera extrañísima. La situación empezaba a superar a Aurelio, que comenzaba a estar realmente asustado. Miró en dirección a la puerta con intenciones de salir corriendo de allí y pedir ayuda. Pero, pensándolo con frialdad, se dio cuenta de que eso podía ser contraproducente para su negocio de alquiler, así que centró de nuevo su atención en aquel siniestro armario y se dirigió directamente hacia él.

Tras un cuarto de hora de plática, los cuatro jóvenes no podían estar más cómodos saboreando aquel maravilloso Muga Reserva Selección Especial de 2010. El vino ofrecía un tono rojo cereza muy intenso, era directo en la nariz, profundo y bien definido. Lo acompañaron de un plato de ibéricos, con un chorizo y un lomo fabulosos, pero donde destacaba un jamón de esos que se deshacen al echártelo en la boca, con un aroma a calidad que tan solo olerlo ya alimentaba. Para rematar les sirvieron un queso viejo de oveja magnífico, acompañado por una extraordinaria compota de frutos rojos cuyo dulzor maridaba a la perfección con el vino. Lucía se dio cuenta de que el amigo de Dorian, Izan, sin ser tan atractivo como el primero, también resultaba interesante, amén de ser igualmente agradable y jovial. La noche estaba resultando muy amena.

—Y bien, ¿qué os trae por Toledo este fin de semana? —preguntó Martina jugando con su vino mientras encaraba sugerentemente los ojos de Dorian durante unos segundos, para después terminar mirando a Izan y de esa manera intentar disimular un poco su inusitada atracción. Su mano movía la copa dejando a la vista en los laterales del cristal la lágrima de aquel caldo tan especial.

—Bueno, estamos aquí por motivos de trabajo —contestó Izan en primera instancia— somos...

—Somos policías —le interrumpió Dorian mirándolo fijamente, como si hubiese estado a punto de desvelar algo que no debía decir—, estamos aquí por motivos de seguridad, nada importante, se podría decir que es algo rutinario, una especie de congreso donde nos reunimos varios compañeros de toda España.

—¿Policías? —se sorprendió Lucía—. Nunca lo hubiera dicho.

Martina observó algo extraño en la forma en que Dorian cortó a Izan, pero

no le dio mayor importancia. En ese momento se encontraba flotando en mitad de una inmensa alborada de fuegos artificiales, deslumbrada por aquella persona que acababa de conocer, pero que de alguna manera la hacía sentir como si se conociesen de toda la vida. Era como un *déjà vu* y por nada del mundo quería apartarse de aquellas hermosas sensaciones.

—Bueno, las personas encontramos la plenitud personal en las profesiones más insospechadas, ¿verdad? —preguntó Dorian—. ¿Y vosotras a qué os dedicáis?

—Yo soy empresaria, se podría decir. Regento un negocio familiar de cosméticos y material de peluquería. Está aquí, en Toledo, pero fuera del casco histórico. Las dos somos toledanas, del mismo barrio. Somos amigas de toda la vida, aunque ahora Martina vive muy cerca de aquí porque se independizó hace unos años. Ella es... —comenzó a decir Lucía.

—Ella es alguien a quien le gusta explicar su vida por sí misma y que le dejen hablar —la cortó Martina riendo mientras daba un pequeño golpecito cómplice a su amiga, que se desternillaba de risa, seguramente un poco afectada ya por los Martini y el vino—. Soy guía turístico de la ciudad —explicó.

—Sí, pero no una guía cualquiera. Se trata de la mejor de las guías, es famosa en Toledo, en serio —apuntilló Lucía.

—Lucía, por favor, no seas exagerada, no es para tanto, simplemente intento hacer mi trabajo lo mejor posible.

—No seas modesta, todo el mundo queda encantado con las rutas guiadas de Martina. Tiene un don para contar la historia de forma amena y atrayente. Posee innumerables reseñas favorables en la oficina de turismo, más que nadie. La gente se enamora de Toledo tras un par de paseos con mi buena amiga Martina. La pasión que siente por la historia y, más concretamente, por el pasado de Toledo la lleva a recrearse de manera extraordinaria en sus explicaciones, que no son sino el fruto de una exhaustiva investigación vitalicia que se ha autoimpuesto para desempeñar su oficio de la mejor forma. De esta manera, su pasión impregna también a los turistas sembrando la semilla de la curiosidad por el conocimiento histórico y cultural, que termina germinando en ellos para el resto de sus vidas. Esta clase de maravillas consigue Martina en sus rutas. En otros tiempos se diría que se trata de un conjuro llevado a cabo mediante las artes toledanas. —Soltó una carcajada mientras cogía con confianza la mano de su amiga y la apretaba

afectuosamente, concluyendo su explicación de lo que todo el mundo sentía y comentaba tras compartir una visita con Martina.

—Gracias, Luci, gracias —dijo en voz baja la aludida, un poco avergonzada por escucharla hablar de ella en esos términos, aunque agradecida de que lo hiciese con ese cariño. Sabía que aquello era lo que, al parecer, hacía sentir a las personas con las que compartía su pasión por Toledo. Era de lo que más orgullosa se sentía, poder llegar a tocar y potenciar el alma de las personas. Transmitirles de forma positiva su amor por lo que hacía y de alguna manera servirles de inspiración en su vida, ¿qué más se podía pedir?

—Pues yo estaría encantado de asistir a una de esas maravillosas rutas —dijo Dorian mirándola con ternura—, solo dime qué tengo que hacer o a dónde tengo que ir. Por lo pronto, me encantaría escuchar una breve explicación de boca de tal experta sobre lo que mis ojos contemplan ahora mismo. Soy consciente de que no puedo entenderlo porque no conozco la intrahistoria de la ciudad ni de los fabulosos monumentos iluminados que admiramos desde este sublime lugar.

—¿Estás seguro de lo que le has pedido? —comentó Lucía de broma—. Espero que no tengas prisa ni que madrugar mañana, porque has abierto la caja de Pandora... —culminó riendo de forma simpática y volviendo a apretar la mano de Martina mientras la miraba. Ella, con una amplia y sincera sonrisa, miraba a Dorian mientras escuchaba a su amiga, estaba encantada con la sugerencia.

—De acuerdo, si es lo que deseáis —accedió con una actitud sumisa y una sonrisa picarona que a Dorian le resultó muy sexi.

Cogió su copa de Muga, se levantó con elegancia y caminó despacio hasta llegar al extremo de la terraza, que apenas distaba un par de metros de donde se encontraban sentados; a continuación, dándoles la espalda de forma enigmática, se apoyó en silencio en el muro blanco de la terraza ante la atenta mirada de los otros tres, que no hacían sino observarla sin romper el encanto del momento. Se dejó envolver por la magia de las vistas de Toledo iluminada en mitad de la noche y soltó un suspiro de absoluta admiración y pleitesía antes de empezar.

—Mucha gente que me acompaña cada día en mis visitas me hacen una pregunta reiterativa. ¿Sabéis cual? Me dicen que si no me canso de enseñar todos los días lo mismo, la misma ciudad, los mismos monumentos. Y, mi

respuesta, siempre es idéntica: «Trabajar en esta ciudad es un lujo, una suerte». Vosotros mismos lo podéis comprobar desde aquí. Creo que pocos lugares pueden compararse a esta ciudad mágica. Mirad en primer plano la Catedral Primada de Toledo, ahí, iluminada y apuntando al cielo con soberbia, como si fuese la dueña del resto de monumentos, destacando con fuerza. Una catedral que inicia su construcción en el siglo XIII y que, prácticamente hasta el siglo XVI, continuaron añadiendo detalles como pueden ser sus vidrieras que, desde aquí mismo, podéis observar. Dentro alberga un gran tesoro artístico y patrimonial con obras de genios como El Greco, Goya... y la gran Custodia de Enrique de Arfe. Tiene tanto que mostrar que yo, como mínimo, permanezco un par de horas en su interior con mis grupos. Al entrar en el edificio, parece que te introduces en otro mundo, uno espiritual y colorido, en el que, con ese juego de luces y color que irrumpe a través de sus vidrieras, nos transporta a una atmósfera celestial. Claramente, uno de los objetivos del gótico, la luz»

»A la derecha podéis observar otro de los monumentos característicos del skyline toledano: la Iglesia de San Ildefonso, también conocida como los Jesuitas, ya que ésta fue su casa. A los visitantes les encanta subir a sus altas torres —las únicas, junto al resto de la fachada, orientadas hacia la Catedral, como símbolo de desafío de sus poderes enfrentados—, para contemplar desde allí sus exclusivas vistas. Según cuenta la historia, debajo de este edificio estaba la casa de nuestro patrón San Ildefonso, obispo visigodo Toledano»

»Y lo más impresionante, si os dais la vuelta, aquí detrás está el Alcázar. Nos encontramos tan cerca de él, que parece ser un gigante que nos acecha. Se trata del punto más alto de la ciudad, y por consiguiente más fácil de defender, motivo por el cual, desde la época romana, ahí se emplazaba el castellum romano, también estuvo la alcazaba árabe, el palacio de Carlos V. Tras la Guerra Civil quedó destruido y de ahí que, lo que contemplamos ahora, sea una reconstrucción de posguerra. Desde aquí, podéis observar además, la cantidad de luces pequeñas, que al otro lado del río iluminan el valle. Son los famosos cigarrales de Toledo, antiguas casas de labranza. Muchas de ellas han sido restauradas, y a día de hoy, son restaurantes y lugares donde se celebran bodas y eventos. Imaginad las vistas de las que disfrutaban al otro margen del imponente Tajo.

Como veis, la ciudad es un vergel patrimonial que os animo a conocer con todo detalle. Yo estoy encantada de trabajar aquí. Toledo es un libro de historia del arte abierto. Resulta imposible aburrirse de pasear por sus callejuelas, entre mitos y leyendas, acompañando a todos aquellos que se aventuran a visitar la ciudad. Más bien es un privilegio.

Aurelio se desplazaba timorato en dirección a ese armario perturbador que de pronto había decidido por sí solo abrir una de las hojas que custodiaban su interior. El armario medía aproximadamente un metro noventa. La madera oscura de la que estaba hecho se encontraba en bastante buen estado, aunque ennegrecida por algunas partes. La puerta constaba de dos grandes hojas que lo cubrían por completo. La hoja que se había movido sola se había abierto hasta formar aproximadamente un ángulo de setenta y cinco grados, pero desde donde se encontraba él no lograba ver lo que tenía en el interior. La iluminación era escasa, ya que solo había un punto de luz encima del lugar donde estaba instalado el banco de trabajo. Cuanto más se alejaba de este y se acercaba al otro extremo del trastero, donde se hallaba el armario en cuestión, peor visibilidad tenía. Se encontraba ya a apenas dos metros cuando se detuvo, dudando sobre cuál debía ser la forma de proceder. Estaba asustado y lo último que deseaba era llegar hasta el armario y terminar de abrirlo, pero sabía que era exactamente lo que demandaba la situación. Así que cogió aire, lo expulsó cerrando los ojos un instante y avanzó hasta coger con la mano derecha la puerta y terminar de abrirla. Por fin pudo ver el interior del armario, que contenía lo que sospechaba, nada.

En ese instante se escuchó un chasquido que atemorizó de nuevo a Aurelio, como si el pestillo de una puerta se hubiera abierto de golpe, e inesperadamente descubrió una rendija de varios centímetros en el fondo del armario que formaba lo que parecía ser un compartimento secreto o doble fondo, cuya existencia desconocía totalmente. Asombrado hasta las trancas y aún más intrigado, metió con mucha cautela los dedos en la pequeña abertura para abrir el desconocido escondrijo, que pasaba desapercibido, perfectamente camuflado por el veteado de la madera. Al abrirse el pesado armario en dos, mediante unas bisagras colocadas en el interior, encontró lo que parecía ser un segundo mueble, pero este era muy diferente, parecía mucho más antiguo e interesante. Se dio cuenta de que el primero

simplemente servía para ocultar la existencia del segundo.

No se trataba de un mueble guardarropa, ni nada por el estilo. Le sonaba haber visto algo similar durante uno de sus viajes, en una farmacia antiquísima donde había grandes muebles repletos de pequeños cajoncitos de madera en los que, al parecer, se guardaban los medicamentos (que más que medicamentos serían plantas, ungüentos caseros y demás remedios rudimentarios de épocas inmemoriales). Este nuevo armario tenía un aspecto parecido. Estaba repleto de pequeños compartimentos de unos treinta centímetros de ancho por unos diez de alto. No eran grandes como los de la antigua farmacia, lo que llevó a Aurelio a pensar que podía tratarse de alguna especie de archivador primitivo, absolutamente arcaico. Los cajoncitos no disponían de tiradores ni embellecedores, la manufactura era muy tosca y poco rematada. Los cajones tenían unas pequeñas aberturas en los laterales, seguramente para introducir un dedo y poder estirar de ellos para sacarlos; pero la pregunta que enseguida se lanzó Aurelio a sí mismo fue: «de ser así... ¿qué tipo de archivos o documentos contendrá?». Su curiosidad de historiador aficionado había empezado a aflorar, por lo que enseguida se dispuso a abrir alguno. Tiró de uno de los cajones y al hacerlo encontró en su interior un legajo de papeles muy antiguos, aunque relativamente bien conservados. Al leer lo que ponía en la cubierta, Aurelio se quedó definitivamente abrumado.

—No puedo creerlo, esto es... esto es... increíble... —dijo suspirando por la grata sorpresa.

—Es absolutamente conmovedor escuchar a alguien hablar con tanta pasión y sabiduría sobre un lugar. Denotas la magia de Toledo en cada una de tus palabras, no me extraña que los turistas queden encandilados con tus explicaciones —alabó Dorian, que admiraba ya tanto la belleza exterior como la interior de Martina. Aquella que irradiaba con cada una de sus frases, cargadas de pasión y de una espiritualidad muy poderosa—. Mañana durante el día tenemos que trabajar, pero por la noche podría hacer alguna de tus rutas, ¿cuál me recomiendas? —preguntó.

—Pues quizá te interese la de Toledo mágico que comienza a las diez de la noche. Es una ruta nocturna en la que paseamos por callejones olvidados, bajo cobertizos y muros que encierran los siglos de misterios que ha

acumulado Toledo. Conoceremos casas encantadas, magos, hechiceros y brujas que aquí practicaron sus artes. También entraremos en un subterráneo y os contaré las viejas anécdotas que encierra. Estoy segura de que te encantará —propuso Martina.

—Suenan muy apetecibles, seguro que será muy interesante. Me parece impresionante que esta ciudad sea tan parecida a como debió ser hace unos cuantos cientos de años. Es como un viaje en el tiempo, algo culturalmente delicioso —comentó Izan.

—Desde luego, debe ser sumamente interesante desde el punto de vista histórico —secundó Dorian.

—En efecto, para el estudio histórico Toledo es un auténtico vergel —confirmó Martina mientras su amiga Lucía asentía con la cabeza—. De hecho, yo soy principalmente historiadora, es lo que he estudiado. Por eso complemento mi trabajo de guía de turismo colaborando con el ayuntamiento, bueno, más bien trabajo para el Consorcio de Toledo. El Consorcio es el órgano administrativo encargado de la gestión del Real Patronato. Fue creado en el año 2000 y se encarga de velar por la correcta actuación con respecto a los recursos históricos —explicó con ahínco.

»Básicamente lo que hace nuestro equipo de historiadores, arqueólogos y artesanos (vidrieros, tallistas, ceramistas, carpinteros, herreros...) es identificar, catalogar y restaurar los muchos elementos históricos y monumentales, y la ciudad en sí misma de manera integral. El Consorcio se ocupa de la homogeneidad y estado de las calles, plazas y jardines, de la ordenación de fachadas y edificios, etcétera. Así como de todos los objetos que cada año aparecen en Toledo debido a las obras en inmuebles —continuó Martina frente a la atenta mirada de sus tres contertulios—. En estos casos, normalmente lo que ocurre es que al remover el subsuelo surgen todo tipo de maravillas. Entonces automáticamente se detienen las obras, por ley, hasta nueva orden, y el Consorcio se encarga de tomar las medidas necesarias para proteger el hallazgo, y de llegar a un acuerdo satisfactorio con los propietarios. Hay bajos de ciertas casas en Toledo que han pasado a ser exposiciones abiertas a diario al público, porque durante unas obras se encontraron en ellos baños romanos o musulmanes, o restos judíos, visigodos o cristianos. Algunos han sido comprados por el Consorcio con el fin de reformarlos y adecuarlos para explotar su potencial cultural y turístico. En otros casos se han subvencionado las obras. En general, se proporciona el

apoyo necesario para conseguir mejorar y potenciar el patrimonio histórico.

—Debe ser muy excitante tu trabajo, nunca sabes qué es lo que puede ocurrir al día siguiente —dijo Lucía.

—Y tanto que sí —asintió Izan sonriendo.

—Es una profesión alucinante, la verdad —siguió hablando Martina—, hemos llegado a encontrar desde cuerpos momificados en criptas olvidadas a termas romanas, pasando por pozos antiquísimos, baños ancestrales y cuevas legendarias; en fin... no se me ocurre una mejor labor a la que me podría dedicar, os lo aseguro.

—Estos... estos documentos... parecen las actas reales del Sagrado Oficio sobre sus enjuiciamientos y actos de fe. ¡Esto es... impresionante! —exclamaba Aurelio abriendo cajones compulsivamente. Se daba cuenta de que lo que había encontrado —que llevaba tanto tiempo allí, frente a sus narices, sin él saberlo— era algo colosal. Tenía en sus manos las actas, con las fechas y toda la información detallada, de muchos de los procedimientos que había llevado a cabo la Santa Inquisición en la Edad Media, allí, en su ciudad. Con los registros de entrada y salida de los presos, las declaraciones juradas de los denunciantes, los resúmenes de los juicios, las sentencias, etc. Se dijo a sí mismo que tenía que estudiarlos bien para determinar qué periodo abarcaban, aunque, en cualquier caso, el hallazgo tenía un valor cultural incalculable. Aurelio ya se estaba relamiendo pensando en la repercusión que tendría y el espaldarazo que esos archivos supondrían para su negocio. Podrían ser expuestos allí mismo, en su edificio, pero antes tendría que mostrárselos al Consorcio para que les diesen el mejor tratamiento y estudio posibles.

Aurelio seguía montando en su cabeza su propio cuento de la lechera mientras continuaba abriendo uno a uno los muchos cajones y miraba por curiosidad los nombres de los enjuiciados. Algunos le sonaban, seguramente habría casos célebres de personas relevantes. Tenía al menos siete u ocho abiertos cuando, de súbito, sintió cómo una leve ráfaga de aire que provenía de su espalda pasaba por su nuca provocándole una sensación extraña, como si hubiera una ventana abierta. Pero allí lo único abierto, y no del todo, era la puerta de entrada al trastero, de donde estaba seguro que no procedía aquel extraño soplo. Aurelio se giró raudo hacia su espalda, alarmado, pero no

había nada. La escasa luz se apagó de sopetón. Si no fuese por lo sugestionado que estaba ya a esas alturas, juraría haber sentido —a pesar de hallarse en la más absoluta oscuridad— algo pasar por su lado. Al quedarse a oscuras, Aurelio inició de forma automática un titubeante desplazamiento en dirección al banco de trabajo, sobre el cual se encontraba el tubo de luz, se concentró en eso, sin prestar atención a nada más, por inquietante que fuese la situación. Se dirigía hacia allí cuando adivinó unos movimientos —que, evidentemente, no eran suyos— en la zona del armario archivador de la Santa Inquisición toledana, por lo que apretó el paso hasta por fin topar literalmente con el banco de trabajo. Alzó las manos hasta llegar al tubo defectuoso, que con sólo tocarlo volvió a funcionar sin que tuviera siquiera que apretarlo.

Al encenderse de golpe y pasar de la más absoluta oscuridad a tener la luz a escasos centímetros de sus ojos, Aurelio sufrió un deslumbramiento momentáneo que le impidió centrar la mirada en un punto fijo. El lugar al que miraba —y que intentaba enfocar sin éxito— era el armario, por supuesto, de donde parecían haber surgido aquellos extraños ruidos durante el apagón. En cuanto pudo fijarse bien se quedó absolutamente perplejo al comprobar que en ese momento solo había un cajón abierto —en vez de los siete u ocho de antes— y que, además, el que estaba abierto era uno diferente de los que él había estado mirando. La situación estaba tomando un mal cariz de forma clara y alarmante ante los ojos temerosos de Aurelio, quien al ver aquello comprendió definitivamente que, fuese lo que fuera la energía que por allí merodeaba, quería mostrarle algo que guardaba ese dichoso cajón. La simple imagen de verlo abierto en solitario resultaba sobrecogedora, no sabía por qué. Aurelio comenzó a acercarse de nuevo al armario, llegó frente al cajón, pero le quedaba casi a la altura de los ojos y no conseguía ver lo que contenía. Tendría que ponerse de puntillas para poder ver algo antes de meter las manos. Estaba realmente amilanado, no hacía más que mirar a todos lados mientras se alzaba apoyándose en el mueble. Por fin vio que se trataba de otro de esos archivos de la Inquisición, el cual agarró con mucho cuidado y sacó hasta ponerlo frente a él. Abrió la desgastada tapa dura que lo resguardaba para leer la primera página:

—«Juicio por brujería a Catalina Sánchez». ¡¡¡Catalina Sánchez!!!, seguramente la bruja más famosa de Toledo. ¡Es fabuloso! —exclamó con el vello de los antebrazos erizado de la emoción, no entendía qué estaba ocurriendo en esa mágica noche toledana, nunca mejor dicho. Se apresuró a

cerrar el cajón donde había reposado la joya histórica que portaba ahora en la mano con sumo cuidado y que pretendía bajar a su casa para estudiarla mejor. Algo le querían decir, la cuestión era qué...

Bajó las escaleras sintiéndose liviano, tras apagar la luz del trastero y cerrar la puerta. Depositó el legajo, que pesaba lo suyo, en la mesa de su despacho. Encendió una tenue lamparita de pie que tenía justo al lado, y a continuación el flexo de la mesa para iluminar de forma directa el hallazgo. Contenía un gran número de hojas, donde seguramente se encontrarían las delaciones de los doscientos cincuenta testigos que juraron ante el Santo Oficio en contra de Catalina, refrendando sus oscuras artes. Se sentó en su sillón ejecutivo marrón colocado frente a la puerta, a través de la cual se podía ver todo el pasillo que atravesaba la casa. En ese momento estaba en penumbra y resultaba inquietante, sobre todo en aquel contexto. Lo miró de reojo con intención de levantarse para ir a cerrar la puerta, pero la curiosidad pudo más y le hizo bajar la vista de nuevo hacia los papeles, dejándola abierta. Volvió a abrir el tomo con sutil destreza. Salía de él un polvo que se podía apreciar claramente a la luz del flexo. Se sentía como si hubiese encontrado una cápsula del tiempo que lo teletransportase a otra época, a un mundo totalmente diferente.

—«Juicio por brujería a Catalina Sánchez» —volvió a leer regodeándose. El contenido era difícil de interpretar debido al trazado exagerado de las letras y, sobre todo, al vetusto vocabulario que empleaba (tan diferente al actual), pero por lo que podía entender ponía:

Viernes, 26 de febrero de 1616

Catalina Sánchez, acusada por doscientos cincuenta testigos directos de actos de brujería y herejía. Se la condena a morir en el fuego purificador, aun no habiendo confesado, para así limpiar su alma de la degeneración demoniaca que sufre, liberando a su vez a la sociedad toledana del mal que en estos tiempos impíos asola nuestra comunidad...

El texto seguía unas cuantas líneas más y después, justo debajo, había unas firmas de lo que parecían un doctor y un obispo, seguramente las autoridades que llevaron el caso. Más abajo aparecía la fecha en que la presa salió de la sede de la Inquisición el día de su ajusticiamiento: el martes 22 de marzo de 1616; y, justo debajo, la marca de su dedo, pero no parecía hecha con tinta

sino con alguna otra sustancia. Aurelio pasó a la siguiente página deleitándose con cada detalle. Se dio cuenta enseguida de que se trataba de la declaración de uno de los testigos donde explicaba concienzudamente cómo y dónde había visto los actos impuros de la acusada. En la hoja aparecía el nombre del denunciante y su marca, como en los posteriores cientos de documentos que recogían todo lo referente al caso de la malograda Catalina. Aurelio continuó pasando hojas sin encontrar más que montones de sandeces en forma de delaciones de la gente terriblemente inculta de la época hasta que, de pronto, al pasar una página descubrió un papelito doblado que le llamó la atención. En un primer momento lo miró con inquietud, seguidamente levantó la vista hacia el pasillo turbador y decidió cerrar la puerta antes de desvelar el contenido del papel. Intuía que llevaba algo escrito en su interior porque se podían apreciar leves trazos de tinta a contra luz.

Cerró la puerta —lo que le hizo sentir más tranquilo— y se volvió a sentar, no sin quejarse de su cadera deteriorada. Una vez acomodado de nuevo, volvió la vista hacia el papelito y, tras unos segundos de indecisión, lo cogió sin pensárselo más y lo desplegó con cuidado para no dañarlo. Se le pasó entonces por la cabeza que los del Consorcio no estarían muy de acuerdo con el hecho de que revisara todo aquello por su cuenta. Sabía lo cuidadosos que eran con el material histórico que encontraban. A veces, incluso antes de ver de qué se trataba, lo llevaban a sus laboratorios para depositarlo en las condiciones idóneas para su conservación y estudio. Pero Aurelio sabía que se encontraba ante algo extraordinario, y pensaba que su actuación estaba totalmente justificada tras lo que acababa de vivir y sentir en el trastero. Algo fuera de lo normal estaba pasando y le había llevado a ese momento, en ese lugar, y con ese tesoro en sus manos.

Desplegó la hoja con delicadeza, ya que se desmenuzaba un poco por las esquinas al tocarla, y la posó en la mesa intentando alisar las dobleces que tenía, debidas a haber estado tantísimo tiempo plegada. Se trataba de un pequeño manuscrito dividido en dos partes diferenciadas. La primera daba la impresión de ser una estrofa escrita en verso, porque su escritura no ocupaba toda la línea, sino que estaba en el centro de la hoja. Tenía pinta de poema o algo por el estilo, pero al leerlo se dio cuenta de que no era lo que esperaba en un principio.

Cuando el mal se acerque dañino,

*con mal será repelido,
las calles serán pintadas,
con la sangre de mi enemigo.
A la oscuridad entrego mi alma
antes de mi noche eterna,
para levantarme de entre los caídos
y hacer pagar a los vivos.
Aunque corran y se escondan,
aunque huyan o lo intenten
no hay salida, ya estoy aquí,
el mal ha vuelto de entre el olvido.*

Justo cuando acabó de leer en voz alta esas últimas palabras, con el vello erizado por completo, un extraño sonido se produjo en la planta de arriba, en el trastero. A medida que leía aquellas líneas se había dado cuenta de que no se trataba precisamente de poesía, ni de nada agradable que se le asemejase. Más bien, era algo oscuro. Se le pasó de inmediato por la cabeza que tal vez no debería haber leído aquellas palabras. A todas luces debían ser de la bruja y podían esconder algo maligno. Cuanto más resonaban en su mente cada verso, más convencido estaba de que se trataba de un conjuro que no parecía tener un objetivo provechoso. Se sentía cada vez más nervioso, no debería haber leído nada escrito por aquella gran hechicera ancestral tan poderosa.

Algo se movía en la planta superior. Escuchó claramente cómo se abría la puerta del trastero. Aurelio estaba totalmente atemorizado, se daba cuenta de que con su torpeza quizá había liberado de manera involuntaria una energía lúgubre y perniciosa. Las pulsaciones le estaban subiendo por momentos, sentía incluso que le costaba respirar cuando oyó que ese algo se aproximaba a su vivienda bajando por las escaleras. No podía moverse de su sillón, tan solo acertó a desabrocharse los botones superiores de la camisa con la intención de respirar con más facilidad. Estaba entrando en un estado de pánico absoluto.

El sonido de los pasos que descendían por las escaleras de pronto cesó. Aurelio sudaba y sudaba mientras, al no escuchar nada, se hacía ilusiones de que todo hubiese acabado. En unos pocos segundos le dio tiempo a pensar que no debería haber metido las narices donde no le llamaban. Todo lo que había pasado esa noche le había resultado muy extraño, tendría que haber

sido más precavido. En ese instante la puerta de su domicilio se abrió sutilmente con un quejido. No podía verla porque la de su despacho continuaba cerrada, privándole de la visión del pasillo y de la entrada. No obstante, sabía que algo había penetrado en la casa, lo percibía, estaba en el pasillo. Para desgracia suya, la puerta del despacho también comenzó a abrirse muy lentamente, pronto podría contemplar el pasillo y descubrir quién había entrado en su casa, posiblemente atraído por las diabólicas palabras del conjuro que había recitado en voz alta. De pronto, la luz se apagó...

Martina estaba apoyada en la barandilla de la terraza del Carlos V admirando la ciudad mientras conversaba con Dorian. Lucía e Izan hacían lo propio un par de metros más allá. Súbitamente una extraña brisa, por lo inesperada, hizo acto de presencia mientras la iluminación de la ciudad Imperial comenzaba a apagarse por fases ante sus narices, hasta quedar Toledo sumida en la más completa oscuridad. Martina no daba crédito. Hacía años que no veía un corte de luz de tal magnitud en Toledo, y mucho menos lo había contemplado nunca desde esa perspectiva. Los murmullos de asombro de la gente no se hicieron esperar. Todos se levantaron y fueron a asomarse al borde de la terraza mirando en dirección a la Catedral para ver qué ocurría.

En ese instante escucharon unos sonidos inquietantes no muy lejos de allí, que les hicieron volver la vista hacia la plaza de Zocodover. Por el estruendo, que iba en aumento, se intuía que algo se estaba acercando en su dirección por una de las calles aledañas a la plaza. Debía estar atravesando la plaza Magdalena y se estaba adentrando ya a toda velocidad en la calle del mismo nombre que desembocaba en otra placeta, junto al Carlos V. Todos los presentes se arremolinaron en la esquina de la terraza que daba justo allí, a la plaza Horno de la Magdalena. Asombrados, comprobaron que por la calle se aproximaba un haz de luz extraño, junto a lo que, por el sonido, parecía un caballo al galope. El relinchar de aquel ruidoso caballo dejó a todos estupefactos y mirándose unos a otros. Debía venir muy aprisa por el tremendo rumor que percibían. En ese instante se dieron cuenta de que por otras zonas de la ciudad también se oían esos sonidos y, además, desde su altura se veían en la lejanía otros puntos iluminados moviéndose por entre las callejuelas de Toledo. Cuando la gente ya estaba absolutamente

desconcertada, el caballo pasó al galope de forma portentosa por delante de ellos, atravesando la plaza para desembocar en la cuesta de Carlos V, junto al majestuoso Alcázar, y seguir su camino ascendente. Resultó ser una imagen fantasmagórica, una visión que parecía irreal. Se trataba de un caballero vestido escrupulosamente de negro que portaba una extraña antorcha de luz tenue, casi blanca, a lomos de un exagerado caballo, también negro, una mala bestia, a juzgar por los sonidos que emitía y el estruendo de las pisadas de sus brutales patas sobre el adoquinado, que parecía ir partiendo la calzada a su paso.

—No. No puede ser —susurró Martina al verlo pasar a toda velocidad en dirección a la calle del Alcázar—. Esto... esto es una locura.

—¿Qué ocurre, Martina? —preguntó Dorian preocupado—, ¿qué está pasando? —Justo al pronunciar esas palabras su teléfono móvil comenzó a sonar, igual que los de muchas de las personas que se miraban unas a otras alarmadas aquella extraña noche en la terraza del hotel.

Aurelio se encontraba frente al pasillo de su vivienda con la luz apagada, la única y escasa claridad procedía de la preciosa luna llena que aquella noche se colaba por la ventana de su despacho. La puerta se había abierto completamente y ahora nada lo separaba del intruso, a quien a duras penas veía erguido al final del pasillo, inmóvil, aterrador. Aurelio respiraba con dificultad, estaba sufriendo un ataque de pánico en toda regla que no le permitía saciar de aire sus pulmones. Mantenía los ojos muy abiertos sin poder evitar sentir que se acercaba su final. De repente, la espantosa silueta comenzó a desplazarse en su dirección. Para cuando llegó a la puerta del despacho y pudo verla en mitad de la penumbra, su corazón ya había dicho basta ante aquel tormento; sufrió unas breves convulsiones y se quedó inmóvil, con sus aterrorizados ojos abiertos aún. Aurelio murió de puro miedo.

En la terraza del Carlos V muchas personas atendían su teléfono. Izan y Dorian hacían lo propio, con un lenguaje corporal que denotaba cierto nerviosismo. Otros hablaban entre ellos, comentando asustados lo que acababan de ver. De repente, la iluminación comenzó a volver a la ciudad

Imperial tal y como se había ido, por sectores. Martina, sobrecogida y agarrada de la mano de Lucía, no articulaba palabra, tan solo observaba cómo a su alrededor la ciudad volvía a encenderse e intentaba encontrar una explicación lógica para lo que acababa de suceder.

—Señoritas —anunció Dorian con semblante serio, tras terminar la llamada que había recibido—, Izan y yo debemos irnos en este momento.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó asustada Lucía.

—No lo sé, pero lo que acabamos de presenciar ha sido muy extraño, ¿tienes alguna idea de a qué se debe, Martina?

Martina parecía ensimismada en sus pensamientos y tardó en contestar, no lograba encontrar una explicación lógica.

—¿Martina? —volvió a preguntar Dorian.

—Parecían los caballeros negros de la historia de Catalina Sánchez —susurró Martina.

—¿Cómo? —preguntó Izan sin entender nada.

—Catalina Sánchez —repitió Martina confusa.

—¿La bruja? —gritó enseguida Lucía.

—¡Sssshh! ¡No alces la voz, Lucía! —dijo acallándola Martina—. Sí, la bruja Catalina, la más importante de Toledo en la Edad Media. He contado su historia cientos de veces en mis rutas, incluso esta misma noche. Antes de ser quemada en la hoguera por actos brujeriles, Catalina lanzó como venganza un conjuro sobre Toledo. Mientras era devorada por las llamas en mitad de Zocodover, unos brutales caballos negros, montados por grandes caballeros vistiendo armaduras negras, irrumpieron en la plaza y mataron a cientos de personas. Nunca se ha podido demostrar a ciencia cierta la veracidad de la historia. No hay ninguna referencia escrita directa, pero sí alguna indirecta. Se dice que lo que ocurrió en Zocodover fue algo demoniaco y por eso nadie nunca se atrevió a dejar constancia escrita sobre ello. Pero algunos escribas de la época, mediante pequeñas alusiones en sus actas de sociedad, en ocasiones dejaron entrever que algo así pudo haber ocurrido realmente. Además, en la antigua documentación de Toledo se tiene constancia de que hacia el 1616, año en que fue ajusticiada Catalina, hubo un enterramiento colectivo muy numeroso, aunque nunca se ha encontrado una explicación de su causa.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con lo que hemos visto? —dijo Izan puntilloso.

—La historia cuenta que, antes de morir, la bruja lanzó una amenaza sobre Toledo diciendo que solo era el principio, y dejando entrever que volvería —respondió Martina.

—Y crees que esos caballeros. No puede ser, es solo una leyenda —dijo escéptico Dorian.

—¿Quién te ha llamado? —le preguntó Martina cambiando de tema—, ¿algún compañero?

—Sí, varios compañeros dicen haber visto caballeros similares por otras partes de la ciudad —contestó Dorian extrañado.

—¿Eran seis en total? —preguntó de forma enigmática Martina.

—¿Cómo lo sabes? —respondió sorprendido el policía.

—Los caballeros de la matanza de Zocodover también eran seis.

Con auténtica cara de estupefacción y sin pronunciar ni una palabra más al respecto, Dorian se metió la mano en el bolsillo para sacar una tarjeta con su número de teléfono personal y entregársela a Martina.

—Tenemos que irnos, ha sido un auténtico placer... Aquí tienes mi teléfono, por favor, llámame mañana —dijo mientras miraba fijamente a los ojos a Martina, demorándose más tiempo que el que sus palabras requerían. Se giró hacia Lucía para darle un beso en la mejilla a modo de despedida, luego volvió a encarar a Martina, se acercó y le dio otro a ella. Beso que no hizo sino ruborizar a ambos, puesto que, al rozarse sus mejillas, sus labios — muy cercanos— se atrajeron como imanes. Les costó mucho reprimir el impulso que ambos sentían, pero no era ni el momento ni el lugar adecuado, y menos con la insólita situación que acababan de vivir. Izan también se despidió de ambas y se marcharon.

La noche había resultado de lo más singular. A Martina le costó mucho conciliar el sueño, no podía dejar de pensar en Dorian. Pero, sobre todo, no podía dejar de pensar en ese extraño apagón repentino que había sumergido a Toledo en un halo misterioso. Tanto como aquellos temibles caballeros de otra época salidos de no se sabía dónde que habían atravesado al galope las calles de la ciudad.

Jueves, 23 de julio de 2015

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa. Eran las nueve y media de la mañana y Martina, aún somnolienta, se encontraba desayunando en una agradable terraza cercana a su casa, en la plaza de la Magdalena. De camino a Zocodover, había parado ahí para tomar su habitual café acompañado de media tostada con tomate rallado y jamón york. Lo primero que le preguntó el camarero nada más verla entrar en el bar, fue si sabía lo que había ocurrido la noche anterior. Martina le contestó que sí, que incluso había visto a aquellos extraños caballeros pasar por la calle en dirección al Alcázar. Pero eso no era todo, cuando se sentó en una mesa de la terraza escuchó a dos mujeres de avanzada edad —que estaban sentadas a su lado y habían llegado juntas desde Zocodover— comentar que había pasado algo en un edificio de la plaza, al principio de la calle del Comercio. Una le decía a la otra que estaba lleno de policías por todas partes, al parecer habían encontrado a una persona fallecida.

Martina no daba crédito. Su primera ruta del día —Toledo Monumental— empezaba a las diez de la mañana allí mismo, en ese lugar había emplazado a las personas que previamente reservaron la ruta. Ver que habían encontrado una persona muerta no sería la mejor de las maneras de comenzar. Acabó rápidamente la tostada, apuró el café, se levantó y se fue derecha a Zocodover para intentar enterarse de lo sucedido. Llegó hasta la plaza atravesando la calle del Barrio Rey que desemboca en su mismo centro. Enseguida giró la cabeza hacia la izquierda, donde comenzaba la calle del Comercio. Justo en esa esquina había aparcadas varias patrullas de la policía local, otra de la policía nacional, un par de A6 totalmente negros —cristales incluidos— y una furgoneta funeraria. La zona había sido debidamente acordonada

abarcando un perímetro de unos diez o doce metros desde de la fachada de la casa. Tras el cordón policial, algunos curiosos madrugadores ya merodeaban por los alrededores intentando, como ella, averiguar qué diantres había pasado. Martina llegó hasta la cinta policial, ya no podía aproximarse más. Creía conocer al propietario del inmueble, sabía que era un hombre mayor que alquilaba su propiedad a los turistas, aunque no recordaba su nombre. Varios policías locales custodiaban la entrada del edificio.

—¿Sabe qué ha ocurrido? —le preguntó a una señora con cara de consternación.

—Al parecer uno de los inquilinos de la vivienda escuchó un tremendo grito proveniente de la planta donde vivía Aurelio. Alarmado, subió hasta su casa para llamar a la puerta, pero nadie abría, así que alertó a la policía. Ellos han forzado la entrada y se lo han encontrado muerto, y me ha parecido oír a uno decir que «en extrañas circunstancias»...

Martina tragó saliva con dificultad, se quedó perpleja y horrorizada. En silencio intentaba digerir tan amarga noticia matutina cuando, de pronto, su sorpresa no hizo sino aumentar. De la puerta trasera izquierda de uno de los Audi negros salió Dorian con semblante serio, seguido de Izan; otros tres hombres se apearon del otro coche. Todos iban trajeados y parecían muy concentrados, por lo que no se percataron de la presencia de Martina mientras entraban en el edificio acordonado. Dorian iba el primero y los demás lo seguían, daba la impresión de ser el jefe del grupo. Martina pensó entonces que quizá Dorian no había sido del todo preciso cuando afirmó que eran policías, pues no parecían unos policías al uso, sino algo más. Debían pertenecer a alguna brigada especial o de inteligencia.

Una mano se posó en su hombro y la sacó inesperadamente de sus cavilaciones. Era David, uno de sus compañeros de Rutas de Toledo, que sorprendido por la escena le preguntaba qué pasaba. Tras explicarle Martina cuanto sabía, los dos se desplazaron —aún impresionados— hasta la parte opuesta de la plaza, cerca de donde los turistas pueden tomar el Zocotren, un agradable trenecito que hace un recorrido panorámico por la ciudad. Ese era el punto de encuentro acordado con los visitantes para su ruta.

La policía no sabía muy bien cómo interpretar la escena que se habían encontrado en la casa de Aurelio. Al ver los antiguos documentos de la Santa

Inquisición donde se hablaba de la bruja Catalina, Dorian se quedó muy impresionado. Sin comentar con los demás la historia que Martina les había contado a él y a Izan, hizo llamar inmediatamente al responsable del Consorcio, y pidió que avisaran también a Martina. Su intención era tratar de encontrar una explicación lógica y plausible a los recientes acontecimientos.

Durante la ruta, Martina había estado más distraída de lo normal. Le costaba concentrarse en sus explicaciones, no podía quitarse de la cabeza los inusuales acontecimientos de la pasada noche, tenía un mal presentimiento. Cuando faltaban aproximadamente unos veinte minutos para finalizar la ruta de Toledo Monumental, y mientras los admirados turistas se deleitaban con la belleza de la fachada principal de la Catedral de Santa María o Primada de España, su móvil empezó a vibrar en su bolsillo. Lo sacó un instante para comprobar quién era. «Te necesito, llámame cuanto antes...», Arturo, su jefe en el Consorcio, le había mandado un escueto WhatsApp.

Tras acabar la ruta, a eso de las doce, Martina se fue derecha a la casa del malogrado Aurelio, donde Arturo y un policía local la esperaban en la puerta. La saludaron al verla y cuando se acercó levantaron la cinta policial de manera galante para que le fuese más sencillo acceder por debajo.

—Hola, Martina —le dijo el policía, que la conocía.

—Vamos, te estamos esperando —la apremió Arturo—. Están a punto de hacer el levantamiento del cadáver, pero antes querían que vinieses, espero que no seas muy impresionable.

A Martina se le hizo un nudo en el estómago al escuchar la insinuación de Arturo y apenas podía hablar mientras subían por la escalera en dirección a la tercera planta.

—¿Por qué me has requerido? —dijo turbada.

—Ahora lo verás, aunque en realidad no he sido yo —comentó Arturo.

Cuando llegaron a la puerta de la vivienda, había varias personas que ocupaban la entrada, al verlos se hicieron a un lado para permitirles el acceso. Se adentraron por un largo pasillo que, al parecer, iba enlazando con las diferentes estancias de la casa. En el pasillo había muchos más policías: escribían informes, guardaban objetos en pequeñas bolsitas, tomaban fotos por todos lados, buscaban huellas dactilares en los pomos de las puertas y un sinfín de procesos más. Martina dedujo que el cadáver debía encontrarse al final del pasillo, porque la gente acumulada allí, no permitía ver lo que había detrás. Se estaba poniendo muy nerviosa, ella nunca había visto una persona

fallecida en mitad del lugar del suceso; además, no sabía cómo había pasado. Mientras se acercaban se le pasó por la mente que si el cadáver presentaba heridas importantes y mucha sangre posiblemente se desmayaría. Al llegar a la puerta, el policía que la acompañaba les dijo que esperasen un momento mientras él iba a avisar de su llegada. Martina se quedó con Arturo y el policía se abrió paso entre las siete u ocho personas que tenía delante.

—¿Qué está pasando, Arturo?, estoy muy asustada...

—En realidad, aún no lo saben, por eso te han llamado.

Justo al pronunciar esas palabras, el policía volvió seguido de Izan y Dorian, que con rostro sereno pero serio le tendió la mano para saludarla.

—Hola, señorita Martina, siento que nos veamos en estas circunstancias —dijo cortésmente Dorian transmitiéndole normalidad y calma.

—Hola, Dorian, yo también lo siento. ¿Qué es lo que necesitáis de mí? —preguntó Martina.

—Tu sabiduría —respondió él sin dudar un segundo—. Hemos encontrado a un hombre muerto. El fallecimiento parece deberse a causas naturales, todo apunta a una parada cardiorrespiratoria, pero... ¿producida por qué? Esa es la cuestión. Debió sufrir un ataque de pánico terrible, algo le produjo un miedo atroz... —señaló—. Ahora tienes que ser fuerte, ¿de acuerdo? —le dijo Dorian antes de cogerla de la mano para conducirla hasta la pequeña habitación donde estaba Aurelio.

Cuando Martina por fin lo vio no pudo evitar echarse una mano a la cara tapándose la boca. El gesto de su rostro desencajado por el más puro miedo le produjo una gran impresión. Parecía que los ojos se le iban a salir de las cuencas de lo abiertos que los tenía, la boca se había quedado congelada en un grito.

—El pobre debió morir gritando. Un grito terrible que escuchó el inquilino de abajo —comentó Izan.

Tenía las manos clavadas sobre la mesa como si fueran garras, las uñas a punto habían estado de arañar la madera de la fuerza que hizo. Sus hombros, un poco elevados, denotaban aún más el pánico sufrido, igual que la mancha que había en el suelo, bajo la silla. Martina superó poco a poco la primera impresión, agarrada en todo momento al brazo de Dorian para sentirse segura.

—¿Qué...? ¿Qué estaba revisando? —preguntó intentando centrarse en otra cosa y apartar sus ojos de aquel rostro que nunca podría olvidar.

—Eso es lo extraño, parece un acta inquisitorial, y justo encima hay una misteriosa nota manuscrita; ¿a que no adivinas de quién?

—Catalina.

—Exacto. ¿Qué está pasando, Martina?

—¿De dónde ha salido?, nunca antes se había visto nada igual.

—Eso es justamente lo que ha dicho Arturo —confirmó Dorian, Arturo asentía en un segundo plano—. Aún no lo sabemos a ciencia cierta, pero creemos que la respuesta está en el trastero, hemos encontrado entre las antiguallas un armario viejo con un doble fondo que estaba abierto, en él había muchas más actas como esta. Debían llevar ahí escondidas cientos de años, hasta que anoche Aurelio las encontró, ¿pero cómo? —se preguntó.

—Entonces, crees que lo que ocurrió ayer realmente puede tener alguna relación con lo que ha pasado aquí, ¿me equivoco? —se aventuró a indicar Martina.

—No te equivocas. Pienso que en teoría sí, recuerdo tu historia, Martina, pero pensándolo fríamente creo que es imposible. Tiene que haber una explicación mucho más racional y la encontraremos. En cualquier caso, debéis llevaros el legajo del acta inquisitorial del caso de Catalina y ese extraño escrito para estudiarlos concienzudamente. Esta noche nos reuniremos para compartir lo que hayamos descubierto e intentar sacar alguna conclusión.

—Perdone, señor. —Un policía forense interrumpió la conversación—. Hemos encontrado en el trastero restos de madera calcinada, incluso ese viejo armario está ennegrecido debido a alguna fuente de calor externa. Lo mismo pasa en el centro de la estancia, el suelo está parcialmente abrasado. Hay restos de ceniza arriba, en la escalera, y también en el pasillo, aunque en menor medida. Algo debió producir unas poderosas llamaradas durante un corto espacio de tiempo; si hubieran durado más, todo el inmueble habría ardido.

Dorian no supo qué decir ante esa revelación, tan solo miró a Martina, que tenía igualmente cara de estupefacción; después volvió a observar el rostro de terror absoluto de aquel pobre hombre, preguntándose si era posible que hubiese visto lo que intuían.

Martina cogió el archivo inquisitorial y se dirigió junto a Arturo directamente a los laboratorios del Consorcio. Antes de ponerse a estudiar el hallazgo, llamó a sus compañeros de Rutas de Toledo para pedir el resto de la

jornada libre. Aquel día había tomado un cariz muy inesperado.

Tras toda la tarde estudiando el increíble archivo del caso de Catalina Sánchez, Arturo y ella se dirigieron al hotel Abad. Estaba justo enfrente de la Puerta del Sol, Dorian y sus compañeros se hospedaban allí y les habían citado a las ocho. Entraron y preguntaron en recepción por los agentes, enseguida los acompañaron a una acogedora sala de reuniones donde ya estaba todo preparado. En la sala aún no había nadie, se sentaron a esperar. Martina se sirvió un poco de agua, estaba algo nerviosa, tanto por el tema a tratar en la reunión en sí, como por volver a ver a Dorian. Aun en aquella situación tan poco romántica, le seguía atrayendo muchísimo, no podía remediarlo.

El jefe de policía de Toledo entró en la sala, justo detrás suyo lo hicieron Dorian e Izan, saludaron afablemente a Martina y a Arturo y tomaron asiento.

—Bueno, antes de nada —comenzó Dorian mirando a Martina—, la otra noche te dijimos que éramos policías, pero no era exactamente cierto, no somos policías sino agentes del Centro Nacional de Inteligencia —dijo disculpándose con la mirada—. Estábamos colaborando con los compañeros de Toledo en un asunto secreto cuando nos hemos encontrado con este extraño caso. De momento, podemos confirmar que Aurelio murió de un ataque al corazón, lo que no sabemos es qué se lo produjo —siguió explicando el apuesto joven—. Todos están al corriente de la historia que me contaste sobre Catalina Sánchez, Martina. Hemos descubierto que la muerte de Aurelio seguramente se produjo a la misma hora que el apagón en Toledo. Apagón que, por otro lado, ni los técnicos ni las autoridades competentes saben explicar. Lo mismo pasa con esos insólitos caballeros que atravesaron las calles con antorchas en las manos. Nadie vio por dónde llegaron ni por dónde se fueron. Es todo... surrealista como poco —finalizó Dorian, incrédulo.

—Quizá parezca surrealista, pero todo empieza de alguna manera a encajar —dijo Martina tomando la palabra—. He revisado las actas de la Inquisición, si había alguna duda de que la historia de Catalina fuera un cuento de hadas, queda totalmente despejada. Hasta ahora pensábamos que podía ser cierta, pero nunca habíamos tenido pruebas absolutamente irrefutables como estas. En el archivo se encuentran todos y cada uno de los

testimonios que declararon en su contra, que fueron ni más ni menos que doscientos cincuenta. Hay constancia de la fecha en que entró en las mazmorras de la Inquisición toledana, del tiempo que estuvo en ellas, de las torturas que le infligieron para que confesara (sin conseguirlo), y también tenemos el informe del juicio con su veredicto final. En fin, todo.

»Evidentemente es real, todo concuerda: el tipo de papel, la escritura de la época, no hay ninguna duda —siguió con su exposición Martina—. Lo único que no sabemos a ciencia cierta es lo que ocurrió realmente en la plaza de Zocodover durante su ajusticiamiento. Pero, déjenme que les diga algo. Todos vimos esos extrañísimos caballeros la pasada noche, y también asistimos al corte de luz, y ahora la muerte de ese hombre. En mi opinión, todo indica, por increíble que parezca, que el conjuro que acabó con tantas personas en 1616 es real, y el mal ha vuelto a ser liberado como predijo la bruja Catalina antes de morir; porque este debe ser el conjuro original —afirmó contundentemente colocando el papel en el centro de la mesa—. Aurelio, al leerlo en voz alta, liberó su poder y cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde, la vio.

—¿De verdad cree todo eso? —dijo en un tono de lo más escéptico el jefe de policía—. No es posible, por el amor de Dios. ¿Estamos hablando de brujas?

—Jefe, hasta el momento no hemos encontrado ninguna otra explicación. A todos nos cuesta creerlo, pero no debemos descartar ninguna hipótesis —dijo Izan apoyando a Martina.

—No se preocupen, si mi intuición es cierta pronto saldremos de dudas —continuó Martina.

—¿Cómo?, ¿a qué se refiere? —preguntó intrigado el jefe de policía.

—La última vez que el conjuro fue usado contra Toledo para desatar el caos se cobró varios cientos de víctimas. Si el conjuro es real, la muerte de Aurelio solo ha sido un daño colateral, creo que lo peor aún no ha empezado, señores. Pienso que el mal ha vuelto a Toledo en busca de venganza. Se pregunta usted por dónde se fueron esos caballeros y por qué nadie los vio irse. Yo se lo diré: porque no se fueron, están aquí, entre los muros de la ciudad, aguardando el momento de llevar a cabo la represalia de Catalina. Creo que hizo un pacto con el diablo.

—Si todo eso es así, tal como imaginas, ¿qué crees que podemos hacer, Martina? —preguntó Dorian.

—¿Qué se yo? No sé de nadie que haya luchado antes contra algo así, debemos mantener los ojos bien abiertos. Alertad a todos vuestros hombres (sin decirles nada de esto para que no cunda el pánico), que estén preparados en todo momento. Aunque bueno, pensándolo mejor, quizá podamos hacer algo. Como podéis ver —dijo señalando el papel donde estaba escrito el maleficio—, bajo el supuesto conjuro hay unas cuantas líneas más. No estoy segura, pero juraría que se trata de una especie de acertijo, podría ser una pista. Puede que la bruja quisiera decirnos algo más en estas líneas, debo estudiarlas con más profundidad, pues de momento no les he encontrado sentido alguno. A parte de esperar, es lo único que podemos hacer.

—De acuerdo —accedió Dorian—, es un principio. De momento esperaremos, según transcurran los acontecimientos si es necesario nos volveremos a reunir. Ni una palabra a nadie de esto, si saliese a la luz podría sembrar el caos y resultar fatal para el turismo de la ciudad. Mantenga a todos sus hombres en máxima alerta —dijo dirigiéndose al jefe de policía—, ojalá estemos equivocados...

Con esas palabras se dio por finalizada la reunión clandestina. Todos se levantaron y comenzaron a despedirse, Dorian se acercó a Martina.

—¿Te apetece cenar conmigo? Sé que no es el momento idóneo, pero allí podríamos hablar más tranquilos —le dijo en voz baja.

—De acuerdo, nos vemos en la calle Alfileritos, a las diez.

—¿Cómo? ¿Dónde está esa calle? —preguntó desconcertado. Martina ya se daba la vuelta con una sonrisa en la boca.

—¿No eres del CNI? Investiga... —zanjó ella el juego mientras se alejaba dejándolo con un palmo de narices.

Los fines de semana por la noche el guarda de seguridad del Museo de Santa Cruz era distinto del habitual. Entre semana el turno lo hacía un hombre mayor de Toledo que estaba a punto de jubilarse, llevaba casi cuarenta años ininterrumpidos como guarda en aquella majestuosa joya arquitectónica del renacimiento español. Fue el primero en trabajar allí, unos cuantos años después de que se creara el actual museo en 1961. Estaba enamorado de aquel lugar, lo consideraba su casa. El Cardenal Mendoza mandó construir el edificio para albergar un hospital a principios del siglo XVI, el hospital de la Santa Cruz. En la actualidad era un magnífico museo,

filial del Prado, que albergaba —de manera permanente en unos casos e itinerante en otros— colecciones de arqueología y bellas artes con obras de artistas como El Greco, y también piezas de artes industriales.

El guarda nocturno de los fines de semana apenas tenía treinta años, era un joven rebelde y desgarbado. Llevaba tres años trabajando en el museo, seguramente enchufado por alguien de arriba, nadie se explicaba qué hacía allí, ni sus propios compañeros. Era originario de Parla, en la periferia de Madrid, y provenía de una familia de clase media. Sin haber terminado sus estudios universitarios se marchó de España buscando, según él, «el sentido de la vida». Sus padres, decepcionados, le decían que tenía muchos pájaros en la cabeza. Tras varios años recorriendo Europa y parte de África con los recursos que la vida iba poniendo en su camino, volvió a España, más perdido aún si cabe. Estuvo sin hacer nada hasta que alguien le brindó la oportunidad de realizar aquel trabajo de fin de semana que, aunque no le entusiasmaba lo más mínimo, le permitía desarrollar su vida con cierta normalidad. Además, tenía la esperanza de que el veterano guarda nocturno se jubilase en breve para poder ocupar definitivamente su puesto durante muchos años. Eso si no lo despedían antes por despistado, vago o inútil.

Era jueves y no le tocaba trabajar, pero le habían llamado de la empresa unas horas antes para decirle que su compañero estaba indispuesto y tuvo que ir a sustituirle. A las diez de la noche el joven guarda se disponía a empezar su imprevista jornada muy malhumorado, no acabaría hasta las seis de la mañana. Estaba molesto porque no iba a poder ir de fiesta a Malasaña con sus amigos, como había previsto en un principio. Se paró un momento en la puerta del museo para terminar de escribir un agresivo WhatsApp repleto de emoticonos enojados a uno de sus amigos, que se mofaba de su mala suerte por tener que trabajar esa noche. Cuando lo hubo enviado, abrió la puerta, echó un vistazo al interior del museo, suspiró y entró cerrándola tras de sí, como cada noche que trabajaba.

Caminar en mitad de una oscuridad casi total por aquellos inmensos pasillos de la planta inferior, repleta de historia ancestral hasta en su misma estructura, no le conmovía lo más mínimo, tampoco la ingente cantidad de piezas de incalculable valor que atesoraba. Le daba igual pasar al lado de rudimentarias cerámicas de la Edad de Bronce, enseres íberos antiquísimos, bellas estatuas romanas, mobiliario medieval u obras maestras del Renacimiento español y europeo. Lo único que lograba remover algo su

interior era el miedo que le producía encontrarse solo por la noche en el interior de aquel gigante de piedra y argamasilla. Por eso se colocaba sus imprescindibles Pioneer y los conectaba al iPhone para escuchar música *indie* mientras hacía las rondas nocturnas.

Dorian llevaba varios minutos siguiendo a pies juntillas las indicaciones de su iPhone para llegar a la calle Alfileritos. En la misma puerta del Hotel Abad giró a la derecha para subir los treinta escalones que lo bordeaban. Una vez arriba, torció a la izquierda por la pendiente de la calle Cristo de la Luz hasta atravesar la puerta del mismo nombre, situada a la izquierda de la mezquita de Cristo de la Luz —esa puerta, de origen musulmán, anteriormente era conocida como Puerta de Valmardón (Puerta de Bab al-Mardun) y es del siglo X, la más antigua fechada en la ciudad—. Tras seguir por esa calle unos pocos cientos de metros, fue a desembocar directamente a la calle Alfileritos; para su sorpresa, al levantar la vista del móvil se encontró a Martina frente a él, sonriendo en la puerta del restaurante Alfileritos 24.

—¡Por fin! Creía que tendría que ir a buscarte —soltó a modo de bienvenida Martina.

—Veo que no has sido muy mala conmigo y me has citado cerca del hotel —dijo Dorian sonriendo mientras le daba un beso en la mejilla.

Dorian echó un vistazo a la fachada del restaurante y le llamó la atención una cruz que había en la pared, tenía un pequeño tejadillo encima y, justo debajo, unas rejas que parecían custodiar algo valioso. Al asomarse descubrió que no era así, solo había unas bonitas flores. A la derecha de la cruz había una leyenda escrita sobre un azulejo: «La bordadora arrojó el alfiler ante la Virgen... y surgió el amor. Y en este mismo lugar se vieron todos los días a la misma hora».

—Es curioso, ¿verdad? —dijo Martina sin poder evitar explicarle la historia—. Se trata de una conocida leyenda toledana en la que una bella doncella bordadora que trabajaba en Zocodover se clavó por accidente un alfiler. Debido a la infección, estuvo varios días sin poder trabajar, durante ese tiempo siempre venía a rezarle a la Virgen, Mater Dolorosa de entonces, para que la ayudase a sanar. Al final se curó y como ofrenda entregó el alfiler causante del mal a la Virgen. Lo que no sabía era que sus momentos de rezos y devoción estaban siendo observados por un distinguido y apuesto hidalgo,

extrañado ante tanto fervor. Un día, él no pudo aguantar más la curiosidad y le preguntó a qué se debía tanta oración. Ella se lo explicó y así surgió la atracción entre ellos. A lo largo de sucesivas citas en ese mismo lugar se enamoraron y María la bordadora acabó casándose con él. Desde que tuvo lugar ese famoso enlace tan desigual, las jóvenes de Toledo tomaron la tradición (que dura hasta hoy día) de echar alfileritos a la Virgen con la esperanza de que las ayude a encontrar pareja. Hay varias leyendas sobre esta Virgen, pero esta es la que más me gusta. Este edificio, ahora rehabilitado como restaurante, antiguamente era un hospital y, como ves, esa Virgen Dolorosa ya no está aquí, fue trasladada a la iglesia de San Nicolás, justo al lado. ¿Ves esos barrotes? —dijo Martina señalando hacia un punto a unos pocos metros de allí. Se acercaron un poco para asomarse—. Aquí se siguen haciendo las ofrendas de alfileres a la Virgen.

—Es una historia preciosa, ¿cuánto conocimiento cabe en esa bonita cabeza? —preguntó Dorian a modo de broma.

—Aún no lo sé —contestó riendo Martina—. ¿Tienes hambre? —y antes de que Dorian contestase continuó—: pues acompáñame.

Martina se giró y entró en el restaurante Alfileritos 24. Tenía un gran portón de madera cuyas dos hojas se encontraban abiertas completamente. Dorian quedó muy sorprendido al entrar, nunca hubiera esperado que en aquel rincón de esa callejuela secundaria de Toledo hubiese un lugar tan bonito. Tuvo la sensación de entrar en el *hall* de un hotel, todo era muy moderno contrastando con la seguramente antiquísima piedra de las paredes. El asombroso lugar contaba con dos alturas que giraban alrededor de un espacio central abierto desde la planta baja, a modo de patio interior *cool*. Desde casi todas las alturas podía uno asomarse hacia ese espacio interior apoyándose cómodamente en unas barandillas de acero y cristal blanco que daban la impresión de cambiar de color debido a unas luces *led*. El suelo era de madera oscura, como una parte de la propia estructura del edificio que elevaba cada altura con vigas rústicas. Alguna planta contaba, incluso, con una techumbre lateral de la misma madera que, en contraposición al resto de materiales modernos, dotaba de armonía al conjunto.

Una mujer morena muy simpática saludó amigablemente a Martina y después a Dorian. Les pidió que la acompañaran hasta la segunda planta, donde les invitó a sentarse en una coqueta mesa para dos vestida con un impecable mantel blanco. Estaba pegada a la baranda que daba al patio

interior. Pidieron una botella de tinto y un plato de jamón mientras les traían la cena.

—Y bien, ¿se te ha ocurrido alguna idea respecto a la posible pista de Catalina? —preguntó Dorian sin más preámbulos mientras servía el delicioso vino.

—En realidad aún no. Pero tengo que encontrarla cueste lo que cueste. Si realmente nos quería decir algo, hay que saber qué era. He traído la hoja —añadió mirando a su alrededor para asegurarse de que estaban a salvo de miradas indebidas—, si me descubrieran sacando esto del laboratorio no sé lo que harían; por suerte, Arturo me deja hacer y deshacer a mi antojo.

Sacó el valioso documento del plástico donde lo guardaba para su mejor conservación.

—Ves, aquí lo tengo; por más vueltas que le doy, no le encuentro sentido —comentó con cara de frustración la joven.

Dorian se lo acercó con cuidado para poder leerlo mejor.

—Ahí, bajo el conjuro —le indicó Martina con el dedo.

*Teñido de sangre cuenta su leyenda,
principio de todo, antes y ahora.
Anclado cual gigante soporta valiente,
multitud de envites
enraizado en la historia.
Por donde no se pisa
camina fresca y libre la verdad,
oculta al tiempo,
a la espera del curioso destinado.*

—Ufff. Es complicado. ¿En qué fecha se escribió esto? —preguntó Dorian confuso.

—Debió ser alrededor de 1616, poco antes del ajusticiamiento de Catalina —respondió Martina.

—Habría que tener claro el contexto de la época e imaginar cual debía ser el objetivo de estas enigmáticas palabras.

—El contexto está claro: una Toledo cada vez más decadente desde que Felipe II trasladase la Corte a Madrid, y en pleno apogeo de la Santa Inquisición —explicó Martina.

—Peligrosa combinación, pobreza, hambre, oscurantismo y barbarie.

—Totalmente.

—Teñido de sangre cuenta su leyenda... —recitó pensativo Dorian.

—Habla de algo en concreto porque dice «su leyenda», la leyenda de algo —reflexionó en voz alta Martina.

—¿Y no puede ser de alguien? —preguntó Dorian.

—No lo creo. En un principio yo también lo sopesé, incluso pensaba que podía referirse a un objeto, pero si te fijas en la penúltima frase dice: «Por donde no se pisa camina fresca y libre la verdad.» Por donde no se pisa. Esto da a entender que habla de algo que habitualmente suele ser pisado, o por donde las personas suelen pasar. Una persona no se suele pisar. Un objeto puede ser, pero no le veo sentido. Eso me lleva a pensar que se trata de un lugar concreto, ¿pero cuál...? —Sorbió un buen trago de vino para ahogar su frustración.

—«Anclado cual gigante soporta valiente, multitud de envites enraizado en la historia.» Sí, puede ser, parece que las pistas son sobre un lugar, que, por otro lado, debe encontrarse en la ciudad de Toledo, ¿me equivoco? —continuó animado Dorian.

—Eso creo yo también, porque Toledo debía ser para Catalina su pequeño mundo. No creo que saliese mucho de aquí, seguramente habla de un lugar de la ciudad. He pensado en todos, el Alcázar, la Catedral. Zocodover es de los primeros lugares que se me ocurrieron, por lo de «principio de todo». Seguramente la primitiva ciudad se erigió alrededor de la plaza, pero el resto no creo que concuerde en nada —explicaba justo cuando un camarero se acercó con la cena. Al verle callaron disimuladamente.

—Bueno, Martina, cuanto más nos obcequemos más difícil será que demos con la respuesta. Intentemos abrir un paréntesis mientras cenamos y así refrescaremos nuestra sobrecargada mente, ¿te parece?

—Me parece fenomenal —dijo Martina con las mejillas sonrojadas, consciente de la forma en que la miraba Dorian.

El guarda de seguridad seguía con su rutinaria jornada, su trabajo consistía básicamente en que ninguna alarma de seguridad sonase mientras él estuviera allí, es decir, que nadie se colase para robar. Cada hora y media, más o menos, salía de la pequeña garita de que disponían los guardas para darse una

vuelta por el recinto. Desde allí monitorizaban las cámaras que, repartidas por el edificio, grababan todos los rincones del museo. Lo que solía hacer habitualmente el joven en cuanto iniciaba su ronda era salir directamente al patio para dar buena cuenta de un cigarrillo previamente aderezado. Con el discernimiento un tanto desmejorado, iniciaba entonces su recorrido por aquel maravilloso enclave artístico y cultural.

Bien sabía el chico que aquel lugar había sido en su origen un hospital medieval, no podía ni imaginarse las muchas situaciones que a lo largo de los siglos habrían presenciado aquellas paredes. Tantas energías almacenadas. A medida que se le ocurrían ese tipo de ideas, se iba volviendo más y más paranoico mientras caminaba por esos inmensos pasillos pasando entre piezas de incalculable valor. Enormes tapices ancestrales que narraban legendarias batallas, cerámicas rudimentarias, pinturas inimitables, esculturas. Siempre que recorría la planta baja se quedaba embobado admirando la belleza del artesanado de madera de las crujías y pensaba en el esfuerzo que habría conllevado realizar semejante techo, hasta a él le gustaba. Cuando llegaba al cruce de los pasillos no podía evitar mirar tras de sí, y luego en todas direcciones. Sentía que en cualquier momento iba a ver algo indeseado, pero enseguida intentaba quitarse la idea de la cabeza. En un lugar como aquel, solo toda la noche y casi en penumbra, si se dejaba llevar por el miedo se podía volver loco. Por eso cogía sus cascos y volvía a poner a todo volumen a The Strokes antes de continuar su ronda. Por suerte, no vio una figura que — desde un rincón oscuro al final de uno de los pasillos laterales— lo miraba directamente con ojos de absoluta ira, sed de sangre y venganza.

Las botellas de vino se sucedían distendiendo cada vez más a los dos comensales. Según iba aumentando su embriaguez, aumentaba el deseo que sentían el uno por el otro. En un par de ocasiones sus manos se habían rozado accidentalmente sobre la mesa provocando una sensación de excitación máxima en ambos. A Martina se le erizaba el vello al entrar en contacto con la piel de Dorian. Se sentían como dos adolescentes enfervorecidos, ansiosos por desfogarse. Martina se disculpó un momento para ir al baño. Se levantó algo mareada y tras un par de pasos echó la vista atrás para comprobar que Dorian la seguía con la mirada sonriendo. Aplacada la necesidad fisiológica que la había llevado hasta allí, metió las manos bien enjabonadas bajo el grifo

de agua fresca del cuarto de baño. Las palabras del manuscrito de Catalina retumbaban en su mente, una y otra vez.

*Teñido de sangre cuenta su leyenda,
principio de todo, antes y ahora.
Anclado cual gigante soporta valiente,
multitud de envites
enraizado en la historia.
Por donde no se pisa
camina fresca y libre la verdad,
oculta al tiempo,
a la espera del curioso destinado.*

—Teñido de sangre... principio de todo... anclado, soporta envites... — musitaba mirando fijamente el chorro de agua que brotaba del grifo con los ojos muy abiertos—. ¡Claro, es eso, ya lo tengo! —gritó entusiasmada, asustando sobremanera a una mujer que entraba al servicio justo en ese momento.

Volvió corriendo exaltada a la mesa donde la esperaba Dorian.

—¡Creo que ya sé a qué lugar se refiere Catalina! Mira —le dijo nerviosa sacando de nuevo la hoja—: «teñido de sangre cuenta su historia» se puede referir a infinidad de lugares aquí en Toledo, puesto que durante cientos de años ha habido batallas por todos lados en la ciudad. Pero lo de «principio de todo antes y ahora» en referencia a Toledo, ¿qué crees que puede ser?

—¿El principio de Toledo?

—Sí, ¿cómo crees que empezó a surgir la población de Toledo? Te daré una pista. Los primeros asentamientos de esta zona se encontraron gracias a las excavaciones del Consorcio en unos yacimientos arqueológicos en el Cerro del Bú, al otro lado del río —explicó Martina—, y se han datado entre dos mil y dos mil quinientos años antes de Cristo, ahí es nada. La ciudad de Toledo que hoy conocemos fue un importante asentamiento carpetano hasta la conquista del imperio Romano, quienes se piensa que fueron originariamente sus fundadores y la llamaron *Toletum*. Bien, ¿cuál crees que fue la primera infraestructura que construyeron los romanos al llegar aquí?

—¿Infraestructura? ¡Claro! ¡Lo dices por el río, te refieres al puente! Sin él no podían hacer nada —exclamó eufórico Dorian.

—¡Premio! Un puente de madera, primeramente, que fue reconstruido muchas veces debido a distintas batallas e inundaciones —expuso su deducción Martina—, hasta acabar siendo lo que es hoy, el Puente de Alcántara. «El principio de todo» en Toledo, «antes y ahora». Ese «ahora» creo que se refiere a que tenemos que buscar algo que nos quiere mostrar, y el principio de nuestras averiguaciones comienza aquí —concluyó exhausta por la emoción.

—Todo esto resulta... increíble. ¿Qué querrá enseñarnos? —preguntó Dorian.

—Inquietante, diría yo más bien —apuntilló ella—. Pronto lo sabremos. Por cierto, ¿tienes una cuerda? —preguntó inesperadamente mientras alzaba el brazo para pedir la cuenta.

—¿Cómo...?

Ya eran la una y media de la madrugada y el guarda devoraba hambriento un bocadillo de salchichón, queso y tomate sentado en su garita. Todo estaba en calma, como siempre, en el tiempo que llevaba trabajando en el museo nunca había tenido el más mínimo problema. Su móvil empezó a sonar y a vibrar repentinamente con un ruido de trueno que lo asustó. Se trataba de una *app* que recientemente se había descargado y que le avisaba si había llovido en las inmediaciones. Tras el susto, leyó el mensaje: «precipitación a unos tres kilómetros de distancia, setenta y cinco por ciento de intensidad, área del sesenta por ciento».

—Parece que se aproxima una buena tormenta de verano —dijo mientras accedía al mapa de la *app* que mostraba la posición de las nubes y la dirección del viento, indicando claramente que la borrasca se dirigía hacia Toledo.

Tras terminar de cenar, lio otro de sus cigarrillos de la risa para salir a la puerta del patio a fumárselo plácenteramente mientras veía llegar la tormenta, en el cielo estallaban los primeros fozonazos. El rumor de los truenos ya se dejaba intuir en la lejanía. El aire se movía inquieto agitando las ramas de los olivos y sacudiendo los rosales. El guarda contemplaba cómo empezaba a encenderse el cielo cercano, le encantaba asistir a la llegada de una tormenta. Le hacía sentir un nerviosismo agradable. Las primeras gotas empezaron a caer mientras su móvil sonaba a cada poco con una nueva notificación de

lluvia, eran tantas que tuvo que quitarle el sonido. La lluvia, por fin, hizo acto de presencia en toda su grandeza, seguida de unos relámpagos y truenos que daban pavor. El guarda flipaba admirando semejante espectáculo en su estado de bienestar artificial hasta que, por sorpresa, un relámpago dejó entrever una silueta nada agradable en el balcón de la segunda planta, en medio de uno de los arcos. La situación perdió toda la gracia para el joven, que —lejos de ir a ver de qué se trataba— se alejó reculando hacia el interior del museo y cerró la puerta tras de sí a toda prisa, asustadísimo. Después de cerrar a cal y canto se asomó por una de las ventanas altas que daban al jardín, pero aquello que creía haber visto ya no estaba por ningún lado. Empezaba a dudar si su imaginación le habría jugado una mala pasada. Tenía la percepción claramente alterada. Ante la duda, se fue corriendo hasta la garita y se cerró por dentro, así consiguió sentirse más seguro, fuera real o no lo que había visto.

Llegaron al puente de Alcántara en el coche de Dorian y lo dejaron en el lado de la ciudad. La lluvia caía en abundancia en esa zona, pero el grueso de la tormenta parecía golpear más arriba, en el casco histórico de Toledo. Desde su posición el cielo enfurecido resultaba sobrecogedor. A Martina se le pasó por la cabeza dejar su peculiar búsqueda para el día siguiente, pero le resultaba imposible irse a su casa sin descubrir antes si su elucubración estaba en lo cierto. Por eso ya se encontraban caminando entre la lluvia y el viento en mitad de aquel puente medieval. Dorian llevaba al hombro una cuerda que le habían facilitado en el hotel, así como una linterna.

—¿Me puedes explicar qué es exactamente lo que pretendes hacer? —preguntó Dorian a Martina, ella no había terminado de contarle la deducción a la que había llegado con respecto a las palabras del manuscrito de Catalina.

—«Por donde no se pisa camina fresca y libre la verdad, oculta al tiempo, a la espera del curioso destinado» —respondió Martina—, ¿por dónde no se pisa un puente?

—¿Por dónde no se pisa un puente?, ¿pues por dónde va a ser?, por los laterales, por las barandillas... —dijo Dorian algo irritado por tanto secretismo.

—Sí, ¿pero cuál es la zona que no se pisa y está fresca?

—Oh, Dios, ¿no querrás...? Sí, quieres. ¿Quieres que me descuelgue con

la cuerda hasta la parte de debajo del puente? —preguntó turbado el joven.

—Exacto. Sé que no es la noche más apropiada, pero tenemos que descubrir si estamos en lo cierto.

—Pero, Martina, no tenemos el equipo necesario para esto, creo que es una imprudencia.

—No te pasará nada, Dorian. Te ataremos con esta cuerda a la farola de aquí al lado. Solo tendrás que descender unos metros y mirar con la linterna en la parte inferior del puente —explicó ella para que se calmara.

—¿Y qué esperas encontrar? No lo veo nada claro.

—No lo sé, Dorian. No tengo ni idea de lo que puede haber. Si no quieres hacerlo bajaré yo —dijo Martina tirándose un farol.

—Está bien, tú ganas. Pero lo haremos con cuidado —cedió Dorian.

—¡Por supuesto! —Martina sonrió satisfecha por haberse salido con la suya.

Tras varios minutos atando minuciosamente la cuerda a la farola que estaba justo encima de la parte central del puente, sobre el arco inferior más grande, Dorian se amarró por la cintura. Martina, entre tanto, no quitaba ojo a la extrañísima tormenta eléctrica que azotaba la parte más alta de Toledo.

—¡Adelante! —exclamó Dorian una vez preparado.

Tan solo dejó unos dos metros y medio de cuerda para el descenso, que Martina iría soltando poco a poco para que la bajada fuese lo menos brusca posible. Al alcanzar esos dos metros y medio se quedaría colgado y tendría que apañárselas como pudiese para conseguir revisar con la linterna la zona inferior del puente. Dorian esperaba no haberse equivocado con la longitud de la cuerda y que no fuese ni muy larga ni muy corta. El agente de inteligencia pasó por encima del pasamanos y miró a Martina.

—¿Y cómo sabes que lo que buscamos no ha sido destruido o encontrado antes en alguna obra de reconstrucción? —preguntó antes de descolgarse.

—La última reconstrucción que se conoce de este puente es anterior a la fecha en la que creemos que Catalina pudo dejar algo —contestó firmemente Martina.

—Bueno, pues vamos allá. Agarra fuerte la cuerda mientras me descuelgo, pero cuidado con las manos.

—No te preocupes.

Dorian salió a la parte exterior del puente sin poder reprimir un suspiro de tensión por la altura. Se quedó colgado de los brazos intentando buscar

puntos de apoyo más abajo. Soltando la mano derecha encontró una piedra que sobresalía un poco, un metro o más por debajo de su posición. Se agarró a ella con una mano y luego bajó despacio con la otra, con las piernas suspendidas en el aire, lo que le dio mucha impresión. Como mucho le faltaba un metro para estar descolgado del todo.

—Martina, cuidado, voy a dejarme caer, ¿de acuerdo? Aguántame lo que puedas, ya queda poco.

—Vale, estoy preparada.

Se soltó completamente hasta parar de manera brusca, la ayuda de Martina suavizó el descenso, pero aun así el tirón fue violento y se hizo daño en la cintura.

—¿Estás bien? —gritó Martina.

—Sí, perfectamente... —aseguró a media voz Dorian, acallando su molestia abdominal—. Bien, voy a encender la linterna, a ver qué tenemos aquí.

El agua que caía dificultaba mucho su visión, por lo que intentó colocarse bajo el puente para refugiarse un poco. La longitud de la cuerda resultó ser la idónea, sobrepasaba el puente en un metro aproximadamente. Esto le permitía tomar impulso y balancearse para colocarse debajo agarrándose con las manos a las piedras que sobresalían un poco. Una vez allí, se puso la linterna en la boca para poder sujetarse con las dos manos y tratar de aguantar el mayor tiempo posible, escudriñando con la mirada cada rincón del antiquísimo Puente de Alcántara. Pero no conseguía ver nada fuera de lo normal. Soltó una mano para coger la linterna y poder recorrer con su haz de luz cada centímetro de piedra, cada recoveco. Aun así, no acertaba a ver ningún lugar potencialmente válido para esconder algo. Ni oquedades, ni inscripciones, nada. Empezaba a dolerle la mano con la que estaba agarrado a la pared, por lo que decidió cambiarla por la que sujetaba la linterna. Al hacerlo, la luz dejó de iluminar la zona de búsqueda bajo el puente por un momento, y en ese instante, por casualidad, vio algo en lo que no había reparado antes.

—¡No te lo vas a creer...! —exclamó Dorian entusiasmado—, creo que tengo algo. En la otra parte del ancho del puente hay una piedra que parece resplandecer en la oscuridad. ¡Brilla un poco!

—¿En serio...? —preguntó Martina emocionada.

—¡Tengo que subir para volver a descolgarme por el otro lado, tira de la

cuerda, voy para arriba! —le pidió él con el ánimo renovado.

Tras volver a atar la cuerda en la farola del otro costado y descolgarse hacia el abismo, Dorian se encontraba frente a frente con aquella roca maravillosa que al ser iluminada con la linterna debía almacenar parte de la luz recibida. De esa manera marcaba un lugar inequívoco debajo del puente, probablemente para ayudar a que lo encontrasen.

—Debe estar impregnada de algún tipo de sustancia que retiene la luz que recibe y la hace brillar en la oscuridad. Es una gran idea. Así por el día por mucho que alguien buscase no podría dar con el lugar exacto, porque aparte de eso no se ve nada especial en ella —explicó mientras la tocaba con el dedo suavemente. Martina se asomaba todo lo que podía para no perder detalle.

—Entonces, ¿no hay nada?, ¿no tiene un hueco donde esconder algo? —preguntó desconcertada.

—Parece que no, es como las otras, solo que brilla. Está adherida con el mismo material alrededor.

—¡Trata de raspar ese material! —se le ocurrió a Martina de pronto.

—De acuerdo —accedió Dorian intentando sacar de su bolsillo las llaves del coche con tanto cuidado como podía, no quería que cayeran en la oscuridad más profunda del majestuoso Tajo nocturno con su rumor incesante.

Comenzó a raspar con cuidado por uno de los lados de la piedra, cuya forma era vagamente cuadrada.

—Está muy duro, apenas puedo raspar nada —dijo con los primeros lados que probó—. Espera, parece que hay una junta en la que el material se deshace más fácilmente. Sí, es como yeso o algo así —añadió excitado—, ¡he encontrado el extremo de una cuerdecita!

—Tira de ella con cuidado de que no se te caiga, sea lo que sea —casi suplicó Martina.

Siguió raspando con la llave hasta que hizo una importante hendidura alrededor de la piedra que brillaba. La cuerdecita ya colgaba unos cuatro o cinco centímetros cuando se disponía a tirar de ella.

—¡Lo tengo, Martina! ¡Es una especie de saquito! —gritó Dorian muy satisfecho. Al tirar salió enseguida, casi sin dificultad, sacando consigo los restos de esa especie de yeso que lo ocultaba.

—Intenta que no se moje. ¡Sube rápido y vamos al coche!

El guarda seguía en su garita sin ninguna intención de salir a hacer su siguiente ronda. No hacía más que mirar las cámaras de seguridad del museo. Estaba verdaderamente sugestionado. De pronto contempló pasmado cómo, en el fondo del pasillo de la planta baja, aparecía sin más una especie de esfera luminiscente de la que brotaban pequeños rayos energéticos. La esfera se desplazaba hacia el cruce de pasillos flotando muy despacio. Se levantó sobresaltado de su silla con ruedas echándola bruscamente hacia atrás para agacharse y colocar su cara casi pegada a la pantalla. No daba crédito a lo que veía. La esfera era de un blanco angelical y a duras penas se apreciaba su movimiento. La imagen resultaba increíble e hipnótica a través de las pantallas. El guarda, sin quitarle ojo, manoseaba torpemente su móvil intentando buscar el número de la central de la empresa de seguridad para la que trabajaba, sin conseguirlo. La esfera ya se encontraba en la confluencia de pasillos, de pronto se detuvo. Pasados unos cinco o seis segundos, se produjo un fuerte fogonazo y se dividió en seis luces más pequeñas que salieron disparadas a toda velocidad en diferentes direcciones, como fuegos artificiales que dejaban un pequeño rastro luminiscente a su paso. En ese momento, la luz —no solo del museo, sino de la ciudad entera— se apagó de nuevo.

Las luces de emergencia, las balizas de seguridad del suelo, las pantallas y las cámaras de vigilancia, todo se quedó sin energía. El guarda no podía ni respirar por el miedo, debía estar sufriendo un ataque de ansiedad porque sus pulmones no encontraban aire suficiente para llevar a cabo su tarea. Al margen del sonido de la lluvia y los truenos, un ruido rompió el silencio en mitad de la calma tensa y la oscuridad que se habían apoderado del edificio, como un golpe lejano que retumbando llegó a impactar en la psiquis del desquiciado chaval. Con los ojos desorbitados y temblando se llevó al oído el teléfono sin dejar de mirar hacia fuera de la garita por los cristales, la visión era absolutamente fantasmal y tenebrosa, una auténtica pesadilla. Para más inri, el teléfono no conseguía cobertura para llamar, puede que a causa de la tremenda tormenta que seguía descargando su ira sobre Toledo. Tenía que salir de allí.

—¡No puedo creerlo! ¡Otra vez no! —protestó Martina ya resguardada

junto a Dorian en su coche, cuando vio cómo Toledo volvía a sumirse en aquella inquietante oscuridad, al igual que la noche anterior.

—Pero ¿qué coño está ocurriendo? —preguntó Dorian pasmado mientras ambos miraban el cielo estallar una y otra vez con brutal potencia sobre Toledo.

—Tenemos que ver lo que contiene esto —dijo Martina volviendo la mirada al saquito misterioso que habían encontrado y dejando por un momento de lado lo que pasaba en la ciudad—, hay que encontrar respuestas.

Sin más preámbulos abrió con delicadeza aquel pequeño continente de lo recóndito. Metió con cuidado los dedos y sacó otro papel que parecía antiquísimo y estaba minuciosamente doblado. Al desplegarlo comprobó que se trataba de otro manuscrito.

El primer paso habéis dado en la senda de la verdad, destinados sois para tal empresa desde antes de ser engendrados. El mal destruirá el mal, volviendo una y otra vez hasta acabar su cometido. Terribles bestias del otro mundo serán sus verdugos, adquirirán formas inimaginables de almas viejas y oscuras. Pobre del que se encuentre en su punto de mira, pues nada podrá hacer. ¿Por qué?, seguid el camino que os marco para liberar la verdad que, oculta y a salvo, espera a la persona adecuada. Ella dos caras tiene, una que mira a la ciudad y la otra a la Vega del Tajo. Soñada por Wamba en un principio, protegidas sus murallas por Santa Leocadia en estos infaustos tiempos. Pasa sin pagar pues el portazgo ya no te cobrarán...

8,4
1, 15, 3, 14, 15

1, 15, 4, 22, 15, 10, 2, 7
24, 15, 14, 15, 4, 5, 3, 15

—¿Es otro acertijo? —preguntó Dorian.

—Eso creo. Al parecer a nuestra Catalina le gustaba jugar...

—¿Entiendes algo de lo que dice? Yo no tengo ni idea, pero la primera parte me pone los pelos de punta, ¿de qué estará hablando? —añadió Dorian cariacontecido.

—Creo que sí. A medias al menos... —afirmó dubitativa la joven historiadora—. La primera parte habla del supuesto conjuro y de su efecto. Lo de las bestias es, ciertamente, bastante inquietante, pero lo que dice de

hallar el camino a la verdad oculta es muy interesante. No sé de qué verdad habla, ¿la verdad sobre qué exactamente...? La segunda parte está algo más clara, en principio. Habla de algo que tiene dos caras y unas murallas, es decir, se trata de una edificación —explicó la chica—. Dice que una cara o, mejor dicho, una fachada, mira a la ciudad y la otra a la Vega del Tajo. Eso indica que se ubica de cara a las zonas más bajas de la ciudad, en el noroeste, cerca de los terrenos llanos e inundables por el río. Por allí se encuentran la Basílica de Santa Leocadia y la Ermita del Cristo de la Vega con su famosa escultura, más allá de la Basílica de San Juan de los Reyes, pero creo que se refiere a la Puerta del Cambrón. Todo encaja. Además de por su ubicación, Wamba fue el rey visigodo que se cree que la construyó en un principio. Luego los musulmanes la adaptaron a sus necesidades y en el siglo XVI los cristianos la dedicaron a la patrona de la ciudad, Santa Leocadia. Incluso hay una imagen tallada de esta santa presidiendo la puerta por la parte de dentro. De ahí lo de «sus murallas protegidas por Santa Leocadia». Además, el portazgo es una expresión utilizada en la antigüedad: cuando las gentes que venían de los montes de Toledo entraban por esa puerta se les cobraba algo así como un impuesto de paso por entrar con sus mercancías, eso era el portazgo. Hay una inscripción en una losa incrustada en la pared que se refiere al momento en que este impuesto fue derogado y se dejó de cobrar —explicó concienzudamente Martina.

—¿Y esos números?

—Esa es la mitad que desconozco. ¡Vamos a la puerta! —propuso ella llena de energía.

Dorian arrancó el coche rápidamente en mitad de la lluvia. Mientras avanzaban rodeando el casco histórico de Toledo para llegar cuanto antes a la puerta del Cambrón, ambos se quedaron callados mirando con preocupación la estampa de la ciudad bajo aquella prodigiosa tormenta; estaba sumida en la más absoluta oscuridad, salvo por la luz de los rayos.

Al fin se decidió a salir. Tenía que atravesar el pasillo para acceder a la puerta principal, por donde pretendía escabullirse sin miramientos. Una vez fuera, volvería a intentar contactar con la central. Se encontraba en el pasillo casi completamente a oscuras. De tanto en tanto, unos leves destellos de claridad se colaban, seguramente por las ventanas del patio interior, hasta los

pasillos. En otras ocasiones los fogonazos eran potentes y el siniestro lugar se iluminaba algo más nítidamente. A duras penas diferenciaba las cosas que se iba encontrando frente a él. Andaba con las manos hacia delante para no tropezar con ninguna joya arcaica de las que allí había. Se aproximó a la pared de la izquierda en la que se apoyaba a cada paso. De ella colgaban inmensas alfombras de tiempos absolutamente diferentes al nuestro, aunque transcurrieran en el mismo lugar. De repente, un ruido le hizo detenerse. Miró hacia delante intentando ver algo, donde se encontraba el cruce de pasillos del que parecía proceder el sonido. Se trataba de un tintineo, como si alguien arrastrase algo metálico. El sonido se acercaba poco a poco, los destellos de los relámpagos se sucedían. «Algo se aproxima a la intersección», afirmó para sus adentros muy seguro el joven empleado al tiempo que se pegaba todo lo que podía al tapiz de la pared, muerto de miedo. En ese momento pudo intuir —atónito, sin tan siquiera respirar— cómo, unos pocos metros por delante de él, un ser salido de no sabía dónde —con aspecto humano aunque tenebroso— atravesaba el crucero procedente de la izquierda y hacia la derecha. Arrastraba ruidosamente unas cadenas de reo por el suelo.

Un destello le ayudó a ver aquella cosa que caminaba de manera inusual. Llevaba las manos colgando, como inertes, a ellas se encontraban enganchadas las largas cadenas que arrastraba, de un par de metros al menos. Los pies no se despegaban del suelo, se deslizaban torpemente por el pavimento. Llevaba la cabeza tan agachada hacia delante que parecía mirar exageradamente al suelo. Se detuvo en mitad de la intersección quedándose inmóvil de forma absolutamente aterradora. El guarda de seguridad reprimió un grito visceral que a punto estuvo de brotarle de manera natural. Se pegó aún más a la pared, como si intentase traspasarla o mimetizarse con ella. Fueron segundos de puro pánico, que se incrementó cuando se dio cuenta de que aquella cosa estaba alzando la cabeza muy despacio. Como si buscase algo. Su cabeza se quedó completamente quieta cuando la puso derecha, hasta que, de pronto y de forma vertiginosa, la movió en la dirección donde se encontraba el aterrado joven, que rezaba para que la luz de un inoportuno rayo no dejase al descubierto su posición.

Tras unos interminables segundos, el ser volvió a mirar al frente, momento que el muchacho aprovechó para esconderse detrás de dos tapices que estaban colgados y pegados a la pared. Algún ruido debió hacer porque llamó la atención de aquella cosa, que se giró y comenzó a avanzar hacia donde

estaba escondido con mucha más agilidad que antes. A esas alturas, al pobre guarda ya le caían lágrimas por las mejillas debido a la tensión y la impotencia de no saber cuál sería su destino aquella sombría madrugada. No ayudó mucho que el extraño ser se detuviese delante de él en mitad del pasillo, como si lo estuviese buscando. Al tenerlo más cerca se dio cuenta — mirando por un pequeño agujero que tenía el viejo tapiz que lo ocultaba— de que, si bien tenía aspecto de persona, los ruidos que emitía eran profundos como los de un animal. Sentía que aquella cosa no era de este mundo.

Finalmente se volvió dándole la espalda y continuó su camino. El chico esperó un poco para estar seguro de que se había ido y salió de su escondite, sigilosamente se asomó a la confluencia de pasillos mirando a todos lados despavorido. Después puso su atención en el final del pasillo que tenía frente a él, donde estaba la puerta de salida, pero algo se aproximaba desde allí. Era como una silueta de la que emanaba una aureola de luz blanca y que emitía un sonido muy característico, lloraba. Enseguida se agazapó bajo una gran pieza de cerámica para esconderse de nuevo. Con la cara pegada al fresco suelo bajo la estructura que sostenía la cerámica de la Edad de Bronce, vio claramente cómo llegaba aquella cosa. Estupefacto comprobó que se trataba de una doncella completamente vestida de blanco que flotaba de manera inexplicable cerca del suelo. Su vestimenta era una especie de camisón de otra época, largo hasta los tobillos, que resplandecía como toda ella. No se le veían los pies, se desplazaba deslizándose, y lloraba, lloraba amargamente, de sus ojos brotaban lágrimas de sangre. Un escalofrío atravesó de arriba abajo el cuerpo del guarda de seguridad cuando pasó justo a su lado. En ese momento vio que la aparición llevaba en la mano derecha un cuchillo de grandes dimensiones de donde goteaba sangre, la misma que brotaba de sus muñecas mientras lloraba y lloraba. Pasó de largo, perdiéndose por aquellos pasillos encantados mientras el sonido de su llanto se iba alejando.

El chico —que aún no había podido despegar la cara del suelo por la espeluznante visión que acababa de contemplar y la asfixiante situación— se preguntaba si esa noche sería su final y por qué. Algo diabólico se había colado en su mundo en esa fatídica madrugada. Sentía que, si no conseguía salir de allí rápidamente, algo horrible le ocurriría. Asomó despacio la cabeza y, por lo poco que vio con ayuda de los relámpagos, creyó que estaba todo despejado. Corrió por el pasillo de su izquierda hacia la puerta de salida principal con cuidado de no tropezar ni hacer ruido. Para su desgracia,

cuando llegó a ella un fuerte destello de luz le permitió ver que había un ser plantado delante, bloqueando la salida. Vestía muy oscuro y llevaba una de esas desconcertantes máscaras de la fatídica peste en forma de gran pico de ave que usaban allá por el siglo XVII los médicos para no contagiarse. También portaba un sombrero redondo y oscuro que le cubría la cabeza, y un bastón largo en la mano. El chico se quedó boquiabierto justo delante de él, aquel ser lo escrutaba impertérrito de arriba abajo. Dejando el pánico de lado y guiado por el más puro instinto de supervivencia, el joven echó a correr hacia el claustro huyendo de la puerta donde estaba aquella cosa, quieta, pero siguiéndolo con la mirada mientras huía.

Cuando llegó al claustro, y sin haber tenido tiempo de recuperarse del terrible último trance, se encontró con lo que parecía un extraño monje que paseaba tranquilamente por el patio en mitad de la más terrible tormenta que jamás había visto. Andaba por el jardín como si tal cosa hasta que se percató de la presencia del chico y se lo quedó mirando amenazadoramente desde la lejanía. De repente sacó las manos de las anchas mangas de su hábito y las estiró hacia abajo con las palmas abiertas por completo. Comenzó a levantarlas despacio hasta que de debajo de su túnica surgieron dos grandes y temibles lobos rabiosos que rugían y enseñaban los dientes, preparados para atacar. El chico no esperó a ver más y echó a correr, en esta ocasión escaleras arriba, hacia la segunda planta. Tras él, el maléfico monje daba la señal a los lobos para que salieran disparados a por su presa. Ya subía los peldaños de dos en dos con los lobos acercándose cuando, al girar por segunda vez a la izquierda en la magnífica escalinata del claustro, se topó de frente con la doncella que lloraba sangre gritando con el cuchillo en la mano amenazante. Casi le dio un paro cardíaco al verla de repente iluminada en medio de la oscuridad de la escalera. La esquivó como pudo hasta llegar arriba llorando desesperado. Escuchaba a los lobos subir rugiendo tras él.

El joven corría ahora por los pasillos superiores en casi total penumbra, topándose con todo cuanto encontraba en su camino. De pronto, salido de no sabía dónde, el ser de las cadenas lo agarró con fuerza inhumana por la muñeca, un fuerte chasquido indicó que se la había roto por completo. Aún con la muñeca rota consiguió zafarse de él, gritaba de dolor tirado por el suelo. Se levantó y siguió corriendo con los lobos ya casi encima, hasta llegar al final de ese pasillo, una barandilla de madera que daba a un amplio espacio

abierto desde donde se veía el cruce de pasillos de la planta inferior. Siguió corriendo sin parar por puro miedo, aun sabiendo que caería desde una gran altura. Los lobos saltaron para atraparlo en el mismo instante que el chico rompió a la carrera los barrotes de madera para caer al vacío. Mientras descendía fue consciente de que todo se acababa para él y, como si el mundo entero se hubiera parado, le dio tiempo a pensar en los muchos errores que había cometido en su vida, ahora se daba cuenta, arrepentido, de que la había desperdiciado. También tuvo tiempo de ver a una extraña mujer, de pelo oscuro largo como su vestido, que estaba junto a los barrotes mirándolo con semblante duro pero sereno mientras se precipitaba a la planta baja. Pensó que podía ser la muerte que había venido en su busca. Con ese triste último pensamiento en la mente, se estampó contra el suelo del espacio central donde confluían los pasillos de la planta inferior del Museo de Santa Cruz de Toledo.

El sonido de una llamada de teléfono rompió el silencio que dominaba el interior del coche de Dorian mientras se acercaban pensativos a la Puerta del Cambrón.

—Sí, dime —contestó imprudentemente Dorian que conducía.

—¿Dónde estás? —le preguntó Izan preocupado.

—Tranquilo, estoy con Martina, estamos bien. ¿Qué hay del nuevo apagón?, ¿sabes algo?

—Los técnicos no han encontrado el problema aún, ni la explicación. Tal como ocurrió ayer —comentó Izan.

—De acuerdo, mantenme informado, no tardaré demasiado.

—Vale, hasta ahora. Tened cuidado.

Dorian aparcó el coche justo en el costado izquierdo según se mira la fachada externa de la Puerta del Cambrón, casi con las cuatro ruedas encima de la acera, que era muy amplia. Estaban a punto de salir del coche cuando de pronto la iluminación de la ciudad volvió a funcionar como por arte de magia al tiempo que la tormenta comenzaba a amainar. Sin mediar palabra, se miraron el uno al otro como pensando al unísono, con una sola conciencia, si todo lo que estaba ocurriendo tendría realmente relación con las misteriosas palabras de la famosa bruja toledana. Aunque aún no tenían ninguna prueba definitiva —al margen del increíble hallazgo de los manuscritos y las actas,

que en ningún caso eran concluyentes—, los dos se estaban dejando llevar por sus sensaciones, y estas no hacían más que emitir señales de alarma. Cuando se apearon la lluvia ya casi había cesado y la iluminación volvía a ser la habitual. Martina sacó el papel de Catalina con muchísima delicadeza mientras contemplaba orgullosa la joya histórica que daba entrada a la judería.

—Aquí la tienes, la famosa Puerta del Cambrón, llamada así por las cambroneras que crecían a su alrededor. Aunque antes se la conoció también como Puerta de los Judíos, porque está junto al antiguo barrio hebreo; o Puerta de Santa Leocadia, obviamente por la Santa que preside la fachada del frontal interior —dijo atravesando la edificación de un extremo al otro seguida por Dorian. Al llegar a la fachada interior de la muralla señaló la imagen tallada que preside dicha puerta.

—Parece mentira que llevemos en las manos un escrito realizado hace unos cuatro siglos en referencia a un lugar construido mucho antes incluso —reflexionó Dorian mirando ensimismado la edificación mientras intentaba calcular el valor histórico de todo aquello.

—La construcción primigenia data de mucho antes, diría yo. Rondará los mil años, es fenomenal —contestó ella gustosa, supurando pasión cultural por todos los poros de la piel.

—¿Y qué crees que quiere mostrarnos Catalina?

—No lo sé, el lugar que indica es incuestionable, pero estos números. Vete tú a saber —respondió Martina impotente, revisando una y otra vez los números sin conseguir descifrar el mensaje que ocultaban.

8,4
1, 15, 3, 14, 15

1, 15, 4, 22, 15, 10, 2, 7
24, 15, 14, 15, 4, 5, 3, 15

—Ocho más cuatro, doce. ¿Doce qué...? No creo que sean fechas, no tengo ni idea. Números de... Números... Números... —repetía a media voz con la mirada perdida en el infinito.

—A ver, ¿me dejas el manuscrito?, volvamos a leerlo —dijo Dorian cogiéndolo con cuidado—, esta parte, la del acertijo.

*Ella dos caras tiene, una que mira a la ciudad y la otra a la Vega del Tajo.
Soñada por Wamba en un principio, protegidas sus murallas por Santa*

Leocadia en estos infaustos tiempos. Pasa sin pagar pues el portazgo ya no te cobrarán...

—«Pasa sin pagar pues el portazgo ya no te lo cobrarán.» Termina con esta frase y seguidamente pone la extraña numeración, sin nada de por medio, ¿crees que los números podrían estar relacionados con esa frase? —preguntó intentando encontrar alguna conexión no perceptible a simple vista.

—Como poder, supongo que sí. El problema es, ¿qué relación? —cavilaba la joven historiadora.

—Espera... Antes me has hablado de una placa que estaba en la pared, ¿dónde se encuentra? —preguntó Dorian intrigado.

—Está en el interior. Acompáñame.

Atravesaron la puerta interior volviendo sobre sus pasos y se introdujeron de nuevo en el patio cuadrado del lado izquierdo, en mitad de cuya pared estaba la losa con esa famosa frase conocida por todos en Toledo. Dorian se la quedó mirando mientras la alumbraba con la linterna de su iPhone, pues allí la luz escaseaba.

—Si te fijas —dijo mirando los números del manuscrito— hay primero dos números separados por una coma. Después otra serie de números que parece independiente de los primeros dos y luego dos series más. Apostaría que cada serie de números forma una palabra —afirmó.

—Cuatro palabras. Podría ser, cuatro palabras que nos indicasen algo en concreto —comentó animada Martina.

—¡El abecedario! —sugirió Dorian—, podrían indicar las posiciones de las letras en el abecedario.

—¡Puede ser! —dijo ella emocionada.

Intentaron descifrar el misterio con esa clave, pero al ver que las dos primeras palabras que surgían no tenían sentido desistieron.

—¿HD AODVOJBG? —recitó Martina desencantada—, pensemos otra cosa.

—Pero el alfabeto medieval era diferente, ¿no? —recordó Dorian.

—Sí, así es, pero de todas maneras hay algo que no me cuadra. Un momento. —Martina se acercó mucho a la losa de la inscripción—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho —dijo contando de izquierda a derecha, desde la primera letra hasta la que hacía ocho—: E, uno, dos, tres, cuatro, ¡L!, puede tener sentido, EL... Uno, dos, tres... S. Uno, dos, tres... A. Uno, dos,

tres... L. Uno, dos, tres. V ¡A, D, O y R...! ¡EL SALVADOR! —gritó Martina—. Y las otras palabras son —contó otra vez las letras—: ¡SANTA CATALINA! —gritó aún más fuerte, emocionada—. Esto está empezando a convertirse en una auténtica aventura de lo más interesante —concluyó sonriendo ampliamente.

—Es... Es ciertamente sorprendente... —dijo Dorian impresionado—. ¿Qué es «El Salvador»?

—Es una vieja iglesia, hay quién dice que es la más antigua de la ciudad. Data del siglo XI, aproximadamente. En ella se han llegado a encontrar restos romanos, además de visigodos y, por supuesto, musulmanes. En sus tiempos fue una importante mezquita, por eso está orientada hacia la Meca. Tras su conversión al culto cristiano en 1159 la modificaron creando sobre todo varias capillas, como la de Santa Catalina en el siglo XV. Pero ¿sabes qué es lo más interesante, Dorian? —inquirió Martina disfrutando del momento de intriga.

—¿Qué es lo más interesante?

—La iglesia del Salvador sufrió varios incendios, el peor en 1822, tras el cual quedó casi completamente destruida. ¿A que no sabes qué fue lo único que se salvó? —le preguntó sonriendo.

—¡La Capilla de Santa Catalina! —respondió seguro de sí mismo el agente del CNI.

—¡Exacto! Tenemos que ir allí sin falta, algo debe aguardarnos ahí; pero eso ya será mañana, ha sido una larga noche, ¿no crees?

—Sin duda. Larga y muy peculiar.

Viernes, 24 de julio de 2015

La melodía del teléfono móvil extrajo a Martina de su placentero sueño. El volumen iba en aumento a medida que transcurría el tiempo sin que lo cogiera. Martina se desperezaba dando vueltas sobre su cama, tomando conciencia poco a poco de que aquel sonido no era su alarma habitual sino una llamada entrante. Girando sobre sí misma se acercó a la mesita de noche, donde tenía el teléfono cargando. Al agarrarlo y mirar la pantalla vio que se trataba de Dorian, se le aceleró el pulso haciendo que se despertase aún más rápido.

—¿Sí? —preguntó sentándose rápidamente en el borde de la cama.

—¿Martina?, siento despertarte tan pronto, pero tenemos un problema, ven al Museo de Santa Cruz, por favor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó angustiada.

—Cuando vengas te lo explicaré, ahora nos vemos —dijo Dorian antes de colgar.

Martina, sorprendida, se levantó de prisa de la cama y se puso unos vaqueros y una camiseta blanca que tenía a mano. Aún estaba aturdida por el sueño, pero también preocupada. Miró su reloj, tan solo eran las siete y media de la mañana. Algo grave debía haber sucedido para que Dorian la reclamase tan temprano.

Bajó por las escaleras de la Puerta de la Sangre dejando atrás Zocodover, y al pasar junto a la estatua de Cervantes, Martina vio los coches de policía estacionados frente al Museo de Santa Cruz. El estómago le dio un vuelco porque le recordó enseguida a la escena vivida en la casa de Aurelio. Al acercarse a la pequeña escalera de la entrada aún se alarmó más, pues vio que la zona de nuevo estaba cercada con cinta policial, signo inequívoco de que

debía haber, cuanto menos, heridos. Dorian la vio llegar desde el interior y salió inmediatamente a recibirla con preocupación manifiesta en el rostro.

—Creo que cuando dijiste que pronto saldríamos de dudas estabas en lo cierto, Martina.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la chica preocupada.

—Esta noche ha habido un asesinato, hemos encontrado al joven guarda de seguridad muerto en la intersección de pasillos de la primera planta del museo. Al parecer se precipitó desde el piso superior.

—¿Quéee...? —respondió sobrecogida.

—Como lo oyes. Las encargadas de la limpieza que vienen a las siete de la mañana lo han encontrado sin vida.

—No me lo puedo creer... ¿Y las cámaras? —preguntó astutamente.

—Las cámaras dejaron de funcionar durante el apagón, como todo lo demás, pero antes y después grabaron varias cosas impresionantes. Ven conmigo, te lo enseñaré. —Dorian echó a andar en dirección a la entrada, pero Martina no lo seguía—. ¿Qué pasa?, ¿no vienes?

—Preferiría no verlo —dijo ella tímidamente.

—Tranquila, esta vez no lo verás, lo han tapado con una manta, no quiero que pases otro mal trago.

—En ese caso, vamos allá. —Lo siguió al interior.

Ambos entraron por el gran portón principal, a su izquierda había dos chicas que lloraban desconsoladamente, eran dos de las encargadas de cobrar los *tickets* de entrada y velar por la seguridad de las piezas durante los horarios de visita. Después se adentraron en el museo traspasando las puertas de cristal con apertura automática. Al encarar el gran pasillo que llevaba a la intersección, Martina pudo ver el bulto que se hallaba en el suelo; había varias personas a su alrededor, algunas de ellas mirando hacia la planta superior. Siguieron avanzando por entre la policía forense que intentaba tomar nota de absolutamente todo lo que pudiese resultar relevante en la escena del supuesto crimen. Al pasar al lado del fallecido Martina intentó no mirar, pero los ojos se le iban una y otra vez hacia la fatídica escena. Observó que bajo la manta térmica había un gran charco de sangre y comprobó que la barandilla de la planta superior estaba destrozada.

—¿A dónde vamos? —preguntó a Dorian.

—A la sala de los vigilantes de seguridad, al fondo del pasillo, donde tienen las cámaras de grabación.

Al final de ese pasillo Martina vio unos cristales en la pared que debían ser de la sala de la que hablaba Dorian. Salieron de la estancia por una puerta que había tras una cortina negra para introducirse a través de otra en la sala de vigilancia, donde había tres personas más, Izan entre ellos.

—Por favor, chicos, ¿nos podéis dejar un momento a solas? —pidió Dorian.

—Por supuesto —dijo Izan—. Hola, Martina —saludó mientras salía.

—Hola, Izan —dijo Martina cortésmente.

Cuando se quedaron solos Dorian comenzó a manipular los botones que controlaban las grabaciones de las cámaras del museo.

—Mira, Martina, aquí podemos ver cómo el chico entra a su hora a trabajar y se despide de los encargados del museo durante el día. El muchacho se llamaba Bruno, era de Parla. Durante las primeras horas no ocurre nada, vemos cómo Bruno hace su trabajo, cada cierto tiempo sale a dar una vuelta por el museo, y nada más. Pero a eso de las dos de la madrugada, coincidiendo con la llegada de la tormenta, se puede apreciar que el chico vuelve del patio asustado, algo tuvo que ocurrirle o tuvo que ver. Y mira lo que pasa unos veinte minutos después... —dijo Dorian señalando la pantalla mientras dejaba de hablar y pasaba la grabación en modo rápido para que Martina viese la extraña bola de luz que apareció flotando como por arte de magia en el pasillo de la entrada.

—Pero ¿qué diantres es eso...? —preguntó ella alucinada.

—Esperaba que me lo dijeras tú. Diría que es una especie de esfera energética; al cabo de un momento se divide en seis luces más pequeñas que salen despedidas en todas direcciones.

—¡Es impresionante!

—Pues, justo después, el museo, como la ciudad entera, se apagó y las cámaras no pudieron seguir grabando lo que ocurría.

—Parece de película. Entonces, si no se grabó lo que ocurrió, ¿cómo sabéis que es un asesinato? —preguntó intrigada Martina.

—Los forenses han descubierto que tiene una grave herida en una muñeca. Alguien se la rompió antes de morir —respondió Dorian.

—¿No se pudo haber fracturado la muñeca en la caída?

—Sí que se la podría haber roto en la caída, por supuesto. Pero no de esta forma. Según las marcas que le han quedado en la piel, sus huesos han sido aplastados por la presión de algo que parece una mano. Una rotura por

impacto contra el suelo es muy diferente, según afirman los doctores. Creemos que fue empujado al vacío, o quizá él mismo saltó por puro pánico en medio de una huida aterradora. En cualquier caso, forzado por algo que lo perseguía... —terminó su exposición Dorian.

—Y, si no me equivoco, estás pensando en... —insinuó Martina.

—No es que lo esté pensando, es que lo sabemos —confirmó el agente del CNI—. Mira lo que grabó la cámara cuando la electricidad volvió a fluir por el edificio.

De nuevo la cámara captaba el pasillo, pero esta vez con el cuerpo en el centro, desde lejos ya se apreciaba que el chico estaba muerto. Era una imagen desagradable, pero lo más inquietante fue una silueta oscura que surgió de la nada tras él y se fue desplazando despacio hasta salir del encuadre de grabación de la cámara.

—¿Era... ella? ¿Catalina? —preguntó temerosa Martina.

—¿Quién si no? —afirmó consternado Dorian—. Tenemos que continuar con las pistas de Catalina inmediatamente. Será mejor que llames a tus jefes de Rutas de Toledo y les pidas dos o tres días libres. Te quiero aquí, a mi lado —dijo con rotundidad, aseveración que hizo sonrojar a Martina, que se lo quedó mirando fijamente—, al menos hasta esclarecer todo este turbio asunto —completó él la frase queriendo cambiar el tono de lo que acababa de decir.

—Está bien, deja que haga un par de llamadas, la primera a mis jefes y la segunda a un viejo amigo.

Los dueños de Rutas de Toledo no salían de su asombro cuando Martina les explicó la grotesca historia en la que se había visto implicada. La ciudad estaba de bote en bote, los hoteles al cien por cien de ocupación. Los visitantes demandaban rutas guiadas sin cesar y ellos estaban bajo mínimos porque era en verano, cuando los guías se tomaban unos días de vacaciones, en la supuesta temporada baja que no lo era tanto. Aunque les suponía un gran problema de gestión de recursos humanos dar unos días libres a su mejor empleada, se los concedieron sin reticencias debido a la importancia de la situación. Cuando escucharon que hasta el momento había dos personas muertas en extrañas circunstancias, incluso se les pasó por la cabeza suspender sus actividades culturales unos días, por seguridad. Pero Martina les pidió que no lo hicieran y que siguiesen con su rutina habitual, de lo contrario todo saldría a la luz. El caos y el pánico tomarían la ciudad de Toledo si se daba a conocer que la más famosa empresa de rutas cerraba por

un peligro que nadie entendía. Podía ser el final del turismo en la ciudad. Les pidió calma, paciencia y confianza en la gente que estaba trabajando día y noche en aquel insólito caso.

—¿Matías? Hola. Sí, soy Martina. Necesito un favor, ¿nos podemos reunir en la puerta de la Iglesia del Salvador en más o menos media hora? Muchas gracias, luego te explico. —Matías era un conocido de muchos años que llevaba la mitad de su vida trabajando en la vieja Iglesia del Salvador.

—Como te dije, la Iglesia del Salvador sufrió un gran incendio en el siglo diecinueve, tras el cual la capilla de Santa Catalina quedó casi intacta milagrosamente. Hacia allí es a donde nos lleva la última pista que tenemos de esta misteriosa bruja —le comentaba Martina a Dorian entre jadeos de tanto subir y bajar las cuestas de las intrincadas calles de Toledo en dirección a la plaza del Salvador, donde estaba la iglesia homónima—, pero me temo que hay un problema, esa capilla es privada y el acceso es restringido, aunque creo que con un poco de suerte hay alguien que nos podrá ayudar.

Por fin llegaron al lugar y se detuvieron frente a la Iglesia del Salvador, que aún estaba cerrada dada la temprana hora. Su austera fachada no hacía sospechar a simple vista la impresionante historia que atesoraba, pero mirando detenidamente la torre construida sobre un alminar musulmán se podían apreciar las cenefas visigodas que hacían del edificio un auténtico cóctel de culturas. Por una calle adyacente se aproximaba caminando tranquilamente un hombre de mediana edad, de complexión más bien delgada y pelo casi completamente cano.

—¡Hola, Matías, buenos días! —le dijo Martina mientras se acercaba.

—¿Qué te traes entre manos tan temprano, querida Martina? —respondió afectuosamente el hombre mientras le daba un par de besos paternales.

—Mira, Matías, te presento a un buen amigo. Se llama Dorian, trabaja para el CNI.

—¿El CNI? —preguntó sorprendido el hombre—, ¿y qué quiere el CNI de un viejo ratón de biblioteca como yo? —volvió a preguntar irónicamente, mientras sonriendo le daba un sincero apretón de manos.

—Verás, Matías, es difícil de explicar. Será mejor que entremos y te lo cuento todo. No te lo vas a creer.

Martina y Matías estuvieron un buen rato sentados en los viejos bancos de

la iglesia mientras ella le relataba con todo detalle los insólitos acontecimientos de los dos últimos días. La joven puso mucho énfasis en hacerle entender la importancia de mantener la historia en absoluto secreto. A Matías le cambiaba el gesto afable del rostro por otro más bien de estupor a medida que iba conociendo los pormenores de la situación. Durante esos minutos Dorian se dedicó a pasear tranquilamente por la iglesia, admirando los restos históricos de las diferentes culturas que allí se establecieron. Sobre todo los arcos de herradura árabes apoyados sobre columnas originariamente romanas y visigodas. También le llamó la atención una pilastra visigoda tallada con secuencias de la vida de Cristo, estaba al lado del presbiterio, muy cerca de donde Martina y su amigo departían.

—¿Es bonita, verdad? —le preguntó Matías a Dorian al ver que admiraba ensimismado tal joya histórica.

—Sí, en realidad sí que lo es. Debe ser muy antigua, ¿verdad?

—En efecto. Creemos que debe ser de finales del siglo VI o principios del VII. Es la pieza más valorada de la iglesia. Como ves, fue reutilizada en tiempos musulmanes como soporte de uno de los arcos. En Toledo la reutilización de materiales siempre ha estado a la orden del día: columnas, capiteles, piedras de muros, etc. —explicó Matías.

—Volviendo al tema que nos concierne —intervino Martina—, el motivo de venir aquí, como ya habrás deducido, es que necesito entrar en la Capilla de Santa Catalina. Como ya te he explicado, la última pista indica claramente dicho lugar, así que necesito entrar ahí... —dijo seriamente.

—De sobra conoces mi gran aprecio hacia ti pero, como también sabes, la capilla es propiedad privada de una familia y sin su consentimiento no puedo abrir de ninguna manera la cadena que cierra sus puertas —explicó Matías contrariado.

—Pero, Matías, puede que la vida de algunas personas dependa de que nos abras la puerta en este momento. Hasta ahora ya han muerto dos personas, y creemos que esto no ha hecho más que empezar —suplicó Martina.

—Martina, yo confío en ti, pero si descubren que te he abierto la capilla sin permiso me echarán del trabajo sin remisión —alegó Matías cariacontecido.

—¡Abre la capilla, Matías! —ordenó de pronto una voz grave que procedía de la puerta de la iglesia—, sigues siendo tal fiel como siempre, por

eso mi familia te aprecia tanto. Soy Antonio, descendiente del conde de Cedillo y uno de los dueños de la capilla —se presentó aquel hombre mayor que había aparecido inesperadamente.

—¿Don Antonio...! ¿Está usted seguro? —preguntó Matías.

—Sí, como dice esta apuesta joven, hay vidas de personas en juego, sí, por supuesto que lo estoy. No sé de qué va todo esto, pero por lo poco que he escuchado si tú, Matías, confías en ella, yo también. Si tan importante es para vosotros, abrid.

—De acuerdo, enseguida —dijo Matías levantándose liviano del banco.

—Muchas gracias, señor. Mi nombre es Martina y este es Dorian —le dijo agradecida.

—¿Y qué es exactamente lo que buscan? —preguntó don Antonio.

—En realidad no lo sabemos. Es una larga historia, una serie de pistas nos han traído hasta aquí, y debemos continuar buscando respuestas.

—¿No tendrá algo que ver con los dos últimos sucesos trágicos en la ciudad? —preguntó don Antonio dejando asombrados a Martina y a Dorian.

—¿A qué se refiere exactamente? —dijo Dorian disimulando.

—A los dos fallecidos. El que han encontrado esta mañana y el de la pasada noche. Aurelio, creo que se llamaba el primero. ¿Me equivoco? —dijo don Antonio mientras Matías terminaba de abrir la gran puerta de rejas que protegía la entrada a la capilla.

—No, señor. No se equivoca, está usted bien informado —dijo Dorian preocupado, al comprobar que las noticias sobre lo que estaba sucediendo en la ciudad ya corrían por sí solas.

—Tengo buenas fuentes —respondió Don Antonio riendo.

—Ya podemos entrar —afirmó Matías una vez abiertas las rejas y la puerta de cristal posterior para facilitarles el acceso.

—Adelante, señores, están en su casa —dijo don Antonio invitándolos a entrar con un gesto de su mano algo temblorosa.

Martina abría la comitiva, era la primera vez en toda su vida que accedía a la Capilla de Santa Catalina y resultó una experiencia muy especial. El suelo era de rombos blancos y negros, frente al altar reposaban dos hileras de bancos. La capilla era muy coqueta y se veía muy bien cuidada. Tras el altar se alzaba un precioso retablo dorado considerablemente alto y ostentoso para ser una capilla privada. En lo alto había una imagen del Cristo crucificado y debajo, justo detrás del altar, otra que debía ser de Santa Catalina; Martina se

dirigió decididamente hacia ella.

—¿Puedo? —preguntó a don Antonio, pidiendo permiso para manipular la imagen de Santa Catalina.

—Por supuesto, pero, por favor, tenga cuidado.

Martina asintió con la cabeza y, con mucha precaución, agarró la imagen girándola sobre sí misma para estudiarla detenidamente. Miraba todas sus hendiduras y recovecos con calma, intentado encontrar un lugar donde se pudiese haber escondido algo durante tantos años sin ser visto. Tras darle un par de vueltas de arriba abajo escudriñando todos sus lados, desde la cabeza al soporte donde apoyaba sus piernas talladas, la dejó de nuevo en su lugar con claros signos de frustración. Dio varios pasos atrás y, girando sobre sí misma, se puso a mirar todo cuanto había en aquella bonita capilla, hasta llegar al techo y a las dos ventanas que había cerca del mismo.

—¿Esta es la única imagen de santa Catalina que hay en la capilla?

—Que yo sepa sí —dijo Matías—, hay alguna referencia a ella en forma de pintura, pero como imagen es la única. ¿Verdad, don Antonio?

—Así es, no hay otra —confirmó este.

—Ufff. Esto se está complicando. —Martina se dejó caer en uno de los bancos, desencantada, para después ponerse de rodillas en el que tenía delante, apoyar los codos encima y llevarse las manos a la cara.

Al ver el gesto sincero de ofuscación y sufrimiento de Martina al no encontrar lo que buscaba, y con el único afán de ayudar a esclarecer la verdad, don Antonio se le acercó despacio y serenamente hasta sentarse a su lado.

—¿Sabe?, desde años inmemoriales mi familia ha ayudado tanto como ha podido a las gentes más desfavorecidas. Así como a hacer cumplir las ordenanzas de Dios apoyando a las buenas personas en su labor por y para los ciudadanos de esta gran población. Te preguntarás por qué te digo esto ahora, igual que me preguntaba yo esta mañana el porqué de mi impulso de venir un día cualquiera a la capilla sin motivo alguno. Pues bien, todo me resulta mucho más claro en este momento. En mi familia hay una ordenanza que ha pasado de generación en generación a modo de leyenda, o al menos eso creía hasta hoy. Resulta que, hace ya unos cuantos siglos, una gran amiga de la familia pidió a mis antepasados que la ayudaran a guardar una nota que, si bien en principio no parecía ser gran cosa, según esta amiga resultaría de importancia capital para una persona que vendría en su busca siglos después

—contó don Antonio dejando boquiabiertos a todos los presentes, sobre todo a Martina.

—¿Cómo dice? —suspiró Martina—. No se referirá a...

—Sí, a Catalina Sánchez. Era una gran colaboradora en los asuntos de la familia. Tenía grandes habilidades de difícil explicación que durante años ayudaron en diversas cuestiones a mis antepasados —confirmó don Antonio.

—Me deja usted a cuadros, se lo aseguro —aseveró Martina.

—No me extraña, también yo estoy muy sorprendido. Catalina Sánchez creía mucho en el destino, ¿y qué otra cosa nos puede haber juntado esta mañana aquí de forma tan inesperada? Saben, al contrario de lo que se dice sobre ella acerca de que era una despiadada bruja y todo eso, yo tengo entendido que era una gran mujer —continuó don Antonio.

—Pues debo decir que, por el momento, las pruebas indican lo contrario, muy a mi pesar —dejó caer Martina—; pero hay algo que nos oculta y que nos está dejando descubrir poco a poco, mediante escuetas pistas. Aunque más que pistas parecen acertijos y nos tienen muy desorientados. En la última mencionaba claramente a santa Catalina. ¿Sabe algo acerca de eso? —preguntó finalmente.

—Es posible. Antes no iba mal encaminada revisando la imagen de santa Catalina. Si, como dice, la última pista la nombraba, era lógico que buscarse en ella. Pero quizá no ha examinado la pieza como debía.

—¿Qué intenta decirme? —preguntó excitada Martina al escuchar su insinuación.

—Vuelva a coger la imagen —propuso aquel intrigante hombre, con una sonrisa en el rostro que contagió a Martina.

La cogió rauda, pero con precaución. En esta ocasión la llevó hasta el altar, donde la depositó para poder examinarla mejor, a la espera de que don Antonio le dijese algo más, cosa que no fue del todo necesaria.

—Un momento —dijo intrigada—, hay una rendija casi inapreciable en la parte baja de la imagen, en la base, ¡y la recorre completamente formando una circunferencia!

—Eso es —adujo don Antonio—. Ahora, con mucho cuidado, acueste la imagen sobre el altar haciendo que el soporte donde descansa sobresalga de este quedando liberado de toda carga.

Martina enseguida hizo lo que le decía, intuía lo que tendría que hacer a continuación.

—Es una rosca, ¿verdad? Una gran rosca que debe abrir un compartimento secreto donde ocultar objetos de valía.

—Tiene usted la intuición muy bien desarrollada —rio el agradable anciano—, desenrosque, pues, el compartimento, tenga cuidado o la imagen se girará al hacerlo —le advirtió.

—Yo la ayudaré —dijo Dorian agarrándola por el otro extremo para inmovilizarla.

—Con las dos manos al unísono —siguió indicando don Antonio—, en cada uno de los costados, trate de girar decididamente la parte baja de la imagen, que es extraíble.

—De acuerdo, voy a intentarlo —dijo Martina animada—, ¿lo tienes bien agarrado, Dorian?

—Sí. Tira con fuerza, no se moverá —aseguró Dorian.

—Bien. Allá voy. —Martina suspiró justo antes de tratar de girar con decisión la base de la figura de santa Catalina.

Con el primer intento no consiguió nada, ni con el segundo. Después se tomó unos cinco o seis segundos de asueto, en los que se concentró respirando pausadamente. Aunó toda su energía en sus manos e intentó visualizarse a ella misma consiguiendo hacer girar aquella añeja rosca.

—¡Mmmh! —gritó la joven al tiempo que empleaba toda su fuerza y conseguía, por fin, mover la fastidiosa rosca traicionera—. ¡Ya está! Ha girado un poco. El resto será más fácil —dijo entusiasmada mientras seguía girando la base con cuidado de que no se cayera al separarse del resto de la imagen—. ¡Lo tengo! —Ahora sostenía la parte inferior, independizada de lo demás. Se apartó despacio para ir al otro extremo del altar, donde posó el fragmento desprendido—. ¡Oh, Dios! No puede ser. ¡No hay nada...! —exclamó lamentando su mala suerte.

—Puede que hayamos llegado tarde —dijo Dorian con semblante sombrío.

—Es que es muy difícil poder ocultar algo durante tantos y tantos años, sin ser descubierto. Hay muchas cosas que pueden salir mal. Y aún más en Toledo, que es una ciudad donde cada piedra es objeto de estudio —comentó Matías.

—Es cierto, Matías. Hay muchas cosas que pueden salir mal. Incendios, batallas, hurtos, expolios. Pero también es cierto, convendrás conmigo, que hay cuestiones que resultan difícilmente explicables desde el punto de vista humano. Cosas que, en mi humilde opinión, deben responder a asuntos

superiores que escapan a nuestro discernimiento mortal —opinó don Antonio—, y para muestra un botón. ¿No os parece increíble que esta capilla haya soportado casi intacta el paso de los años, con la multitud de desgracias y tragedias que han ocurrido a su alrededor asolando esta preciosa ciudad innumerables veces? —Su pregunta hizo reflexionar a todos—. Yo creo que tiene que ser por algo, nada es casual. Como ya os he dicho, nuestra amiga dejó un mensaje, y el mensaje tiene que llegar a su destinatario —añadió con cierto misterio—. Mira bajo el altar, Martina.

—¿Cómo? ¿Bajo el altar? —interrogó Martina, sorprendida de nuevo con tanto altibajo emocional.

—Sí, adelante, hija. Te está esperando desde hace muchos años, no demores más tu destino.

Martina, emocionada al oír semejante comentario, cayó rendida a los pies del altar. Metió la cabeza por debajo para mirar y comprobó que había una especie de chapa de madera que cubría la parte inferior de la losa de mármol.

—Echa a un lado la hoja de nogal.

—¿Cómo lo hago?

—Posa tu mano encima.

Al hacerlo la chapa de madera se deslizó suavemente. Debía tener unos herrajes sobre los que rodaba, dejando al descubierto una hendidura de aspecto tosco que no daba la impresión de ser más que un defecto natural de la piedra.

—¿Sabes?, aunque no lo parezca tienes delante una cerradura. Y solo se construyeron dos llaves que fueran capaces de abrirla. Una está expuesta en el Museo de Santa Cruz, a buen recaudo. Y la otra desapareció hace muchos años. ¿Conoces los restos arqueológicos encontrados en el patio interior de la Iglesia del Salvador? —preguntó el anciano.

—¿Qué si los conozco? Yo participé en la puesta en valor de los restos encontrados en ese patio por el Consorcio entre 2004 y 2005, ¿por qué lo dice? —preguntó intrigadísima Martina.

—¿Y no encontró nada interesante...?

—¿Algo interesante? Todo lo hallado era sumamente interesante —dijo ella bruscamente, cansada de tanta intriga—. ¿A dónde quiere llegar, don Antonio? Un momento, no se referirá a... —insinuó mirando el bolsillo de su bolsito, donde guardaba el juego de llaves del consorcio—. ¡La llave! Encontré una llave que a día de hoy aún no sabemos qué abre. La colgué en

el juego que tenemos para entrar en los inmuebles del consorcio, tanto para las visitas como para nuestras investigaciones, con la esperanza de usarla algún día. No creo que sea la que. —Sacó nerviosa de su bolsito un gran manojo de llaves viejas y empezó a apartar torpemente unas y otras hasta que dio con la que buscaba, alzándola como un tesoro—. ¡Es esta! —exclamó llena de júbilo.

—Por favor, compruébela —la invitó don Antonio.

La introdujo en el hosco agujero y, tras un par de erróneas tentativas, encajó inequívocamente. La giró y abrió un compartimiento oculto que surgió de la parte interior del mármol, que resultó estar hueco por dentro. Albergaba un pequeño cofre del tamaño de la palma de la mano.

—Pero ¿cómo es posible? —dijo emocionada Martina.

—Todo tiene un porqué, hija, todo tiene un porqué —contestó el sabio personaje.

—¿Cómo sabía lo de la llave? —preguntó asombrada Martina mientras cogía aquella reliquia.

—Ya les he dicho que tengo muy buenas fuentes informativas... —volvió a reír agradablemente—, todo en esta vida está interconectado —dejó caer para finalizar sembrando un halo de misterio en el ambiente.

Martina, por fin, cogió aquel pequeño cofre dorado y lo puso sobre el altar entre la imagen, a un lado, y su base, al otro. Lo abrió y se encontró un pergamino enrollado sobre un colgante en forma de gran cruz que descansaba en su interior.

—Esto es lo que Catalina dejó en un principio en la base de la imagen de la Santa —confirmó don Antonio—. Muchos años después, un antepasado mío encargado de custodiarlo sintió el impulso de cambiarlo de lugar. Lo sentía en peligro —explicó el viejo—, por eso mandó construir este otro compartimiento más oculto bajo el altar. No en vano, al poco de realizar el cambio la imagen fue robada y no fue recuperada hasta muchos años después. Se podría decir que tuvo una premonición.

—Toda esta historia no deja de sorprenderme —confesó Martina.

—Ya. Sé a qué te refieres —dijo Dorian irónicamente—, ¿qué hemos encontrado en esta ocasión?

—Me da la impresión de que se trata de otra nota, y un colgante en forma de cruz medieval muy grande y recargada que debe ser antiquísimo.

Cogió el colgante, que pesaba un poco y ocupaba casi toda la palma de la

mano, y el pergamino con suma cautela. Los extrajo de aquel bonito cofre posándolos también sobre el altar.

—«Si has llegado hasta aquí, a una honorable familia amiga habréis conocido. Cuan raro una malvada bruja respetada por semejantes buenas personas. A la verdadera realidad te estás acercando, quizá las cosas no son lo que parecen, quizá lo negro pronto parezca blanco, quizá un oscuro plan se esté urdiendo, un plan oculto, un plan terrible. Continúa el camino trazado hacia la revelación» —leyó Martina alzando sus ojos hacia los de Dorian al terminar.

—Un plan terrible, oculto... —reflexionó él.

—Es muy intrigante —comentó ella.

—¿Han encontrado lo que esperaban? —preguntó don Antonio sacándolos de sus reflexiones.

—Supongo que sí —contestó Martina—, pero tenemos que seguir con la búsqueda, el problema es que no indica de forma concreta cómo hacerlo. Tenemos que llevarlo todo al laboratorio.

—Ve tú —dijo Dorian—, nos reuniremos allí a las seis de la tarde. Caballeros, ha sido un auténtico placer conocerlos, no sé qué habríamos hecho sin su ayuda —afirmó mientras les daba la mano antes de salir a toda prisa de la iglesia.

Zoe estaba emocionada. Era la primera vez que visitaba la ciudad que hacía tanto tiempo deseaba contemplar. Vivía en Toulouse, una preciosa ciudad francesa del suroeste, entre el Mediterráneo y el Atlántico, no lejos de los pirineos españoles, a unos 90 kilómetros. Habían llegado en un vuelo por la mañana. A eso de las once, Zoe, su novio y otras dos parejas de amigos por fin entraron en la ciudad metidos en un taxi. Zoe miraba obnubilada la grandeza monumental de la ciudad, que rebosaba magnificencia en cada rincón. La luz clara de la mañana no hacía sino enaltecer su primera impresión del entorno que la envolvía, sensación que albergaría para siempre en sus más bonitos recuerdos.

Los seis se hospedaban en un hotel céntrico cercano a Zocodover. Zoe traía bien aprendida la lección de lo que podía hacer en la ciudad y todos los monumentos que quería visitar. Incluso había reservado plaza para esa noche en una ruta guiada llamada «Toledo siniestro» de Rutas de Toledo. Le atraían

mucho los temas paranormales, y bien sabía que Toledo había sido y seguía siendo un aclamado enclave del esoterismo y la magia.

Eran las seis menos veinte de la tarde y las tres parejas deambulaban por las tortuosas callejuelas de Toledo con Zoe en cabeza, armada con un mapa que le habían entregado en la Oficina de Turismo. A cada poco se paraba a consultarlo o bien para contarles algo que había leído sobre el lugar por el que pasaban. Adoraba la historia y le impresionaba adentrarse en ciudades con tanto pasado a sus espaldas. Había recorrido media Europa visitando ciudades monumentales, Florencia, Roma, San Petersburgo y Cracovia, entre otras.

—Zoe, ¿no podemos sentarnos a tomar algo en una terraza? Hace mucho calor —dijo su novio, Faruq.

—Cariño, estamos cerca de la Iglesia de Santo Tomé y quisiera entrar a ver la obra más famosa del Greco, *El entierro del señor de Orgaz*, es fascinante —dijo ella fastidiada—. Si queréis después, de camino al Monasterio de San Juan de los Reyes, que está en el otro extremo, paramos a tomar algo —finalizó Zoe provocando una leve sonrisa en su novio, que sabía que nada ni nadie la pararían hasta salirse con la suya, tal era su pasión por el lugar.

—Como quieras, pero, por favor, ten compasión de nosotros —dijo riendo junto a todos los demás.

Zoe y su grupo entraron en la pequeña sala contigua a la Iglesia de Santo Tomé, al fondo de la cual se encontraba aquel lienzo de casi cinco metros de alto por más de tres y medio de ancho. El silencio de las más de cuarenta personas que allí había impresionaba, solo roto por un guía turístico de rasgos asiáticos que, mediante una especie de moderno micrófono, explicaba en voz baja a un grupo de unos veinte japoneses con pinganillos en los oídos las bondades de la obra. En ella se representaba el entierro del señor de Orgaz, fechado en el siglo XIV, un importante benefactor de la Iglesia de Santo Tomé, gran devoto y asiduo de las obras de caridad. Por ello se le quiso honrar enterrándolo en la iglesia y con el cuadro, unos dos siglos después de su muerte. Según la tradición, se produjo el milagro de que san Esteban y san Agustín descendieron de los cielos para enterrar personalmente a Gonzalo Ruiz de Toledo, señor de la Villa de Orgaz, en el lugar donde sigue enterrado actualmente, justo delante del cuadro. Aquella escena era la que se plasmaba

en el lienzo.

Zoe se acercó poco a poco al cuadro. Se abría hueco como podía entre las personas que, mirando hacia arriba, se deleitaban contemplando las caras casi reales de los caballeros de negro que acompañaban al conde en su enterramiento (es decir, con el luto propio del siglo XVI, cuando se pintó el cuadro, y no del XIV, cuando tuvo lugar el suceso que representa, pues en esa época el luto se lucía de blanco). Entre aquellos caballeros, como bien sabía Zoe, se encontraban personajes como Cervantes, amigo del Greco; su hijo, que es el que parece que mira hacia fuera; el sacerdote de Santo Tomé, e incluso Felipe II, al que pinta en la parte del cielo porque ya había fallecido. También aparecía él mismo, retratado mirando hacia el espectador. A Zoe le resultaba increíble la manera en que aquella representación parecía envolver a quien la miraba, haciéndole partícipe de la escena; los personajes que daban la espalda al espectador lograban ese efecto, como un sacerdote que parecía estar predicando la palabra de Dios. Tras quince minutos al borde de la emoción, consiguieron sacar a Zoe de la sala donde se exponía el cuadro y sentarla en la terraza de una moderna cafetería, que estaba justo en la puerta, en una bonita plaza.

Martina estaba en un pequeño laboratorio propiedad del Consorcio de Toledo, en la plaza de la Bellota, en la bajada del Colegio Infantes. Era un subterráneo conocido como los Baños del Caballel, a donde transportaban para ser estudiados los restos arqueológicos de la excavación del Cerro del Bú, primer asentamiento conocido de la zona, situado en una loma al otro lado del Tajo. Se encontraba sentada en la mesa de trabajo, con un único flexo alumbrando. Estaba sumida en la más absoluta observación del último documento que habían encontrado en la Iglesia del Salvador, junto a una gran cruz que no sabía qué pintaba en todo aquello. Por más vueltas que le daba al manuscrito, no conseguía dilucidar mensaje oculto alguno que en forma de pista le ayudase a continuar con tan descabellada búsqueda. No hacía sino releer una y otra vez aquel inquietante texto que hablaba de un plan oculto y de una revelación. Su imaginación trabajaba a destajo intentando conectar en un mismo pensamiento el plan encubierto de alguien con esa supuesta revelación. Pero, en realidad, sabía que era totalmente imposible dar con la solución, así sin más, se encontraba más perdida que nunca. No tenía ni idea

de qué iba todo aquello. Tan solo sabía que se había producido un asesinato y la muerte por puro pánico de un pobre hombre, y que en los dos casos parecía estar implicado el espíritu o lo que fuese de una bruja medieval. Cuando se veía a sí misma pensando aquellas cosas sentía que debía estar enloqueciendo.

Si has llegado hasta aquí, a una honorable familia amiga habréis conocido.

Cuán raro una malvada bruja respetada por semejantes buenas personas...

A la verdadera realidad te estás acercando, quizá las cosas no son lo que parecen, quizá lo negro pronto parezca blanco, quizá un oscuro plan se esté urdiendo, un plan oculto, un plan terrible... Continúa el camino trazado hacia la revelación.

—La verdadera realidad... —susurró en voz baja reflexionando.

De pronto, un ruido la sacó de su ensimismamiento. Una moneda llegó rodando sobre su canto desde el fondo oscuro del subterráneo hasta los pies de la mesa donde se encontraba. Instintivamente dio un respingo hacia atrás en su silla, impresionada y asustada. La moneda se detuvo sin caer por un instante, para después voltearse definitivamente sobre el suelo. Sin mover un músculo tras el sobresalto, lo primero que le vino a la mente fue el ritual que llevaba a cabo la bruja Catalina en su época, que tan bien conocía. Los demonios representados con formas animales se le aparecían con unas monedas, que ella previamente depositaba en las esquinas de la Iglesia de San Andrés. Se trataba de unos ochavos. No sabía explicar por qué, pero sentía que aquella moneda era exactamente una de esas.

Aplacando sus temores se levantó de la silla echándola a un lado con la intención de aproximarse al zaguán de los Baños del Caballel, que era lo único que se conservaba; se dirigió, por tanto, hacia la parte interior y oscura de la que había surgido misteriosamente esa moneda. Se encontraba ya frente a la entrada en forma de arco abovedado, más allá lo desconocido. Cerca de ella descansaba en el suelo la moneda, a la que no quiso ni mirar. Dio un par de pasos al frente y notó una bajada exagerada de temperatura. Martina sabía que —según los estudiosos de los fenómenos paranormales— esos cambios de temperatura eran habituales cuando se encontraba una entidad espiritual en

los alrededores. De hecho, ella misma contaba en sus rutas dedicadas a los fantasmas y las casas encantadas de Toledo algunas historias veraces donde ocurrían este tipo de cosas. Con otro par de pasos se adentró en la otra mitad de la sala, donde su aliento se dibujaba en el aire de manera alarmante. De repente un sonido a su derecha la asustó y la hizo mirar hacia allí acongojada. Solo era el extractor de humedad, que se encendía cada cierto tiempo. Dio un par de pasos más hasta perder la escasa iluminación del flexo, que quedaba ya lejos, quedándose completamente a oscuras. Su respiración se disparó, igual que sus pulsaciones. Comenzó a girar sobre sí misma presa del pánico, convencida de que había algo a su alrededor. Un susurro aterrador atravesaba la sala rebotando a uno y otro lado.

—Martina... Martina...

Apenas se podía escuchar, pero no dejaban de repetirlo. Hasta que, en uno de sus giros, se encontró frente a frente con una entidad corpórea oscura de la que emanaba una leve luminosidad, que se acercó hasta casi topar con ella. Tanto como para ver que se trataba de un horrendo ser con aspecto de bruja que sufría una terrible combustión espontánea al tiempo que vociferaba con su tremenda voz grave:

—¡Martina...! ¡Martina...! ¡Martinaaaaa...!

La sala se llenó de fuego y las dos ardían y gritaban.

—¡Martina...! ¡Martina...! ¿Martina, estás ahí? —La voz varonil de Dorian irrumpió en la sala, mientras traqueteaba el portón de los baños del Caballero. Martina, asustada, recuperó poco a poco la conciencia, sobresaltada tras su pesadilla.

—¡Ya voy...! —acertó a decir finalmente, algo aturdida—. Perdona, Dorian, creo que me he dormido, ¿qué hora es?

—Son las seis y cuarto, me he retrasado un poco. ¿Has encontrado algo? —preguntó el chico.

—No, la verdad es que no —dijo Martina impotente—, en esta ocasión no encuentro nada a lo que agarrarme, no veo ninguna pista, ni acertijo. Nada. Ya no sé qué hacer... —comentó desanimada la historiadora.

—Estoy seguro de que encontrarás la solución, Martina. —Dorian le puso la palma de su mano en un hombro, situación que, a solas en aquel lugar, excitó a ambos. Ninguno había perdido un ápice de la atracción por el otro, a pesar de las circunstancias, pero ambos sabían que no era el momento adecuado.

—¿Así que este es el famoso laboratorio del Consorcio, verdad? —dijo Dorian retirando la mano que acariciaba a Martina para no perder la cabeza —. Matías tenía razón, en Toledo la reutilización está a la orden del día —rio.

—Es uno de ellos. Eran unos baños. Seguro que ha sido reutilizado infinidad de veces durante el paso de los siglos —dijo Martina—. Un momento. ¡Reutilización...! ¡Claro!, ¿cómo no se me había ocurrido? —se emocionó la joven.

—¿Qué pasa? ¿Alguna idea?

—Es posible, gracias a ti —afirmó mientras rebuscaba frenéticamente en unas estanterías repletas de objetos, botes con líquidos y productos químicos —. Como bien dices, la reutilización era muy habitual en aquellos tiempos en que no se disponía de casi nada. Pero eso no solo concernía a monumentos, inmuebles, piezas artísticas y demás. Todo se reutilizaba una y otra vez, mientras fuese posible, incluso los pergaminos. Lo que hacían era raspar un poco las letras que había escritas con tinta para volver a escribir encima. Pero en muchas ocasiones lo que había debajo se podía leer pasando por encima un pincel con tinta de manera muy sutil. Nosotros hemos hecho eso muchas veces para rescatar inscripciones que habían sido rascadas para escribir otras, y hemos llegado a encontrar verdaderas joyas históricas en lo que a documentación se refiere. Pero ahora usaremos una técnica mucho más avanzada, la luz ultravioleta —le dijo cuando por fin encontró un pequeño tubo de luz, parecido a los convencionales que se utilizan en las casas, pero mucho más corto—. ¿No crees que sería una buena idea si quisieras dejar un mensaje invisible a simple vista?

—¡Oh, Dios!, ¿y crees que funcionará? —preguntó asombrado Dorian.

—Pronto lo descubriremos.

Cogió una alargadera con enchufes y la puso sobre la mesa de trabajo, cerca de donde tenía el papel. Conectó el pequeño tubo de luz ultravioleta y lo encendió. Tras hacerlo, pidió a Dorian que apagase la luz para, a continuación, estando los dos juntos, colocar el tubo sobre el papel.

—¡Sí, parece que tenemos algo! —dijo estallando de júbilo Martina.

—¿Qué es? No le encuentro sentido —preguntó Dorian.

Sobre el legajo y bajo las letras escritas encima, se podía apreciar con aquella luz una especie de trazo que recordaba a una gran letra T mayúscula. En uno de los costados había dibujados unos garabatos que parecían calaveras. También había otro de esos dibujos en el espacio interior que

conformaban los trazos de la T, aproximadamente en el centro, junto a una X que debía marcar un lugar y dos rayas alargadas, una paralela a la otra, justo al lado.

—Es... No sé... ¿un plano quizá? —dudó Martina.

—¿Un plano? Podría ser. ¿Pero de dónde? ¿Esos dibujitos de abajo son como calaveras, verdad?

—Calaveras. ¡Calaveras de muertos! ¡El Callejón de los Muertos! Creo que ya sé a qué hace referencia el plano, espera un momento —dijo Martina mientras encendía un portátil. Después con su móvil hizo una fotografía al supuesto mensaje cifrado, con la intención de pasarla al ordenador y digitalizarla.

—Ya lo tengo aquí, en la pantalla —dijo Martina eufórica—, esto es lo que hemos encontrado, y si superponemos esta figura encima del plano de Google Maps donde se encuentra el famoso Callejón de los Muertos, ¿qué tenemos? —preguntó mirando a Dorian.

—Si pones esas calaveras sobre la calle, ¡la figura cuadra de manera bastante exacta con ese edificio de al lado! —exclamo alzando el tono por la excitación del hallazgo. Sentía una gran satisfacción cada vez que conseguían resolver uno de aquellos acertijos. No en vano, era su trabajo y su pasión—. ¿Qué lugar es ese? —preguntó intrigado.

—No te lo vas a creer. Es la iglesia en cuya puerta hacía sus rituales satánicos Catalina Sánchez. ¡La Iglesia de San Andrés!

—El Callejón de los Muertos, rituales satánicos de una bruja medieval... esto continúa mejorando... —comentó irónicamente Dorian—. Y, por supuesto, tendremos que ir allí enseguida, ¿verdad?

Entonces Martina, sentada en su silla con ruedas, se acercó de forma sexi a él, que también estaba sentado. Comenzó a hablarle al oído, casi rozándolo, y posó una de las manos en sus muslos.

—¿De verdad dejarías que una indefensa jovencita fuese sola a semejante lugar? —le susurró de manera picarona.

—Nunca —dijo él inclinando la cabeza y mirándola a los ojos directamente. Sus labios se acercaban como imanes, su semblante era tan apasionado y serio que ruborizó a Martina, la broma se había tornado explosiva. El beso era inminente, sus corazones cabalgaban al galope. Un fuerte golpe en la puerta les sacó de su encantamiento.

—¿Martina? ¿Martina, estás ahí? —Alguien llamaba a la puerta

repetidamente.

Ella rio echándose las manos al rostro mientras miraba a Dorian, que también sonreía y maldecía su mala suerte por no haber podido completar aquel beso tan ansiado por ambos.

—Sí, estoy aquí, ya te abro.

—Hola, Martina —dijo David, su compañero de Rutas de Toledo—, necesito las llaves para poder entrar a los subterráneos, ¿has terminado ya aquí? —preguntó el inoportuno visitante.

—Sí, David. Ya nos vamos. Espera un minuto que recoja mis cosas, salimos y te las doy.

—De acuerdo.

Zoe, su novio y las otras dos parejas estaban en el coqueto patio interior toledano de la casa donde se encuentran las oficinas de Rutas de Toledo. Esperaban junto con otras diez o doce personas a que fuese la hora exacta para comenzar la ruta guiada. Luis, que sería su guía en «Toledo siniestro», salió de la oficina al patio, se presentó y pasó lista nombre por nombre para comprobar que estaban todos los que habían reservado una plaza en la ruta con antelación.

—Bueno, veo que estamos todos, para los que no me conocáis, me llamo Luis, soy profesor aquí en la universidad, aunque hago algo totalmente diferente a esto; y, nada, deciros que voy a ser vuestro guía esta noche —dijo de manera apresurada el simpático guía—. Quiero comentaros un par de cosas antes de empezar. La primera es que tenemos preparada una pequeña teatralización al final de la ruta, por tanto, si en mitad de la visita veis a un tío que viene con una garrota o un gran cuchillo en vuestra dirección, corred, que no es nadie de la empresa —comentó haciendo reír a todos a carcajadas—, no tenemos actores contratados en mitad de la ruta, así que si veis a un loco que os quiere rajar, ya sabéis... —concluyó—; y segundo, si nos desplazamos con soltura, pues mejor, ¿vale? Venga, seguidme, que vamos a empezar por los alrededores de la Catedral, aquí al lado, ¡vamos! —salió disparado del patio con una hilera de personas que le perseguían, entusiasmadas con vivir aquella experiencia tan enriquecedora.

La noche era de lo más agradable. Por suerte, el sopor de la víspera había dado paso a una agradable brisa que de tanto en tanto se colaba por entre las

laberínticas callejuelas de la ciudad, meciendo los cabellos y las faldas veraniegas de las visitantes. Zoe tiraba de su novio, que torcía el gesto. Ella quería ir junto al guía para poder colocarse lo más cerca posible de él cuando se parase a narrar alguna de sus historias. Quería escuchar perfectamente todas y cada una de sus explicaciones. Luis se detuvo frente a la Catedral, metiendo al grupo en una de las callejuelas adyacentes, no muy lejos de la Puerta de los Leones, para así estar más tranquilos y apartados del trasiego de gente que había por la zona.

—Bueno, dos pinceladas de aquí, de la Catedral. Ya que vamos a hablar de estos temas, fenómenos extraños, como yo los llamo, hay tres lugares de la Catedral que están muy marcados desde este punto de vista. Uno no nos interesa, porque atañe más al mundo de la leyenda. Se trata de la cripta, en la que no se puede entrar, que yo siempre digo que no sé por qué no dejan bajar allí, pero bueno —contaba de forma amena Luis—, si algún día pudieseis bajar, veríais una cosa maravillosa, fantástica, que hicieron el deán y sus amigos a principio del siglo XX —dijo con ironía—: en la cripta hay una mesa con sillones antiguos alrededor y demás muebles, y se les ocurrió poner allí unos esqueletos, los vistieron de época y parece que están allí de cena, en fin... —rió—. De la cripta, capitaneado según la leyenda por una caterva de esqueletos y espectros, se dice que todos los miércoles, jueves y viernes santos sale la figura del obispo Acuña para rezar, una por una, en todas las capillas como condena por interrumpir una misa en el altar mayor cuando fue proclamado arzobispo por una muchedumbre, en detrimento del impuesto por el emperador Carlos V. Es una leyenda, pero ahí está —concluyó Luis mientras todos lo miraban con devoción.

»Lo que sí nos interesa es esto —dijo sacando una foto—, se trata de la capilla de Santiago, la más grande de la Catedral, donde se encuentra la sepultura de un cardenal llamado Gil Álvarez de Albornoz, el responsable de que a los de Toledo nos digan «bolos» —continuó diciendo—, porque fundó un colegio mayor en Bolonia para los hijos de la élite aristocrática española, el Colegio España, que aún existe. Entonces, cuando en verano venían estos chicos se solía decir «ya vienen los bolos», por Bolonia. Bien, este personaje fue enterrado aquí, como dejó escrito que deseaba. En el año noventa y tres empezó a salir en la prensa local que, al parecer, se escuchaban voces que surgían de la tumba del cardenal. La noticia aparecía constantemente, había

muchísimos turistas que pasaban por allí diciendo que habían escuchado algo. La sepultura está muy profunda y cubierta por una reja donde es imposible entrar. En los artículos de prensa se reconocía que las mujeres de la limpieza quitaban día tras día un líquido verdoso que rezumaba de la sepultura —comentó ante el asombro de todos—, algunos investigadores hicieron por encargo del deán pequeños estudios que no llevaron a ninguna respuesta, pero el caso fue muy sonado. Quizá el cardenal se estaba quejando por algo, me refiero a la teoría de la impregnación, que os explicaré en un ratito.

»Por último, si entráis por la Puerta del Reloj que está justo en el lado opuesto, la única puerta por la que se puede entrar sin pagar si se viene al culto —explicó Luis—, nada más entrar a la derecha hay una de las ochenta y ocho columnas que sujetan la Catedral de Toledo. Pero esta es algo diferente porque, a poco más de metro y medio de altura, de ella surge una repisa en la que hay una especie de hucha de piedra. Encima hay una cartela de piedra que recuerda que ahí se dejan los donativos para los niños abandonados. Ahí dejaban a los niños los padres que no se podían hacer cargo de ellos, o que los habían tenido fuera del matrimonio. De ahí los mandaban al Hospital de Santa Cruz. También dejaban a niños muertos los padres que no podían procurarles enterramiento. A partir del año 2005 también apareció en la prensa que muchos turistas que pasaban por allí, sobre todo a última hora, antes de cerrar, escuchaban llorar a un niño, pero al volverse no había nadie —comentó erizando el vello a más de uno—. Volvían a escucharlo, pero no lo encontraban por ningún lado. Alarmados, los turistas comunicaban lo ocurrido a los guardas de seguridad, quienes explicaban que, en efecto, se trataba de un niño que estaba en la otra punta de la Catedral, la forma de la bóveda y las columnas provocaba que el sonido se transmitiera hasta ahí. Es curioso, ¿no?, hay ochenta y ocho columnas en la Catedral y solo se oye en esa. Más bien guardaría relación con lo que antes os comentaba, la teoría de la impregnación —volvió a repetir el guía—, que viene a decir que hay lugares donde las almas no han terminado de hacer el tránsito al más allá, básicamente por tres razones. Una, porque le tienen mucho apego al lugar; dos, porque les queda algo pendiente que hacer; o tres, porque quieren demostrar su enfado o malestar por algo.

»¡Ahhhh! —gritó de pronto Luis dando un susto tremendo a los relajados turistas, que embelesados escuchaban sus eruditas explicaciones hasta que les hizo tambalear el sistema nervioso de arriba abajo para terminar riendo

nerviosamente después—. Venga, chicos, seguidme por aquí, ¡vamos a callejear un poco! —exclamó mientras arrancaba enérgicamente la marcha por una calle angosta y oscura que hacía bajada, todos le siguieron riendo y comentando la sorpresa final de la explicación.

Martina y Dorian se encontraban cerca de la Iglesia de San Andrés. Ya veían la torre repuntar en lo alto, se trataba de la zona más medieval de la ciudad. Al llegar a la iglesia vieron que la portada principal —de estilo almohade, única en su género en la ciudad— se estaba cerrando.

—¡Espere! —Martina corrió velozmente para conseguir llegar y golpear la puerta al tiempo que gritaba—. ¡Abra, por favor, necesitamos entrar!

El párroco de la iglesia había cerrado ya, eran más de las nueve y la jornada tocaba a su fin. Al escuchar a Martina, sorprendido, abrió la puerta.

—¿Qué es lo que ocurre? ¡Oh, vaya, Martina, eres tú! —dijo el cura, que también conocía a Martina, como la gran mayoría en aquella ciudad.

—Hola, padre Gabriel. Perdone que lo moleste a estas horas, pero se trata de un asunto importante. Mire, este es mi amigo Dorian, del CNI. Necesitamos entrar a la iglesia para... hacer unas comprobaciones —se justificó sin saber muy bien qué decir.

—¿Comprobaciones? ¿Pero de qué se trata? ¿Ocurre algo, Martina? La ciudad anda revuelta esta semana, ¿no tendrá algo que ver? —preguntó el párroco curioso.

—Sí, padre Gabriel, en realidad sí. Pero le aseguro que no tengo tiempo de explicárselo ahora. Solo le pido que confíe en mí y me ayude —le dijo Martina mirándolo fijamente a los ojos, valiéndose de su poder de convicción, avalado por un intachable currículum.

—Está bien, pasad. Te ayudaré en todo lo que pueda, amiga mía. Ya me explicarás qué es lo que está sucediendo en otro momento —convino el cura.

—¡Le juro que se lo contaré todo! —exclamó animada—. Lo que ahora le puedo decir es que estamos siguiendo una pista que nos ha llevado hasta aquí, y me preguntaba una cosa: ¿la cripta tiene algún túnel aledaño? —preguntó mientras Dorian la miraba sorprendido.

—En realidad, sí, pero eso es algo que muy poca gente sabe, apenas cuatro o cinco personas. ¿Cómo es que tú tienes esa información? —preguntó el párroco intrigado.

—Bueno, digamos que una vieja amiga me lo ha chivado.

—Espera un momento, que voy a por las llaves para bajar a la cripta. Pocas son las personas que bajan ahí, como bien sabes —concluyó el viejo dándose la vuelta para ir a buscarlas.

—¿Me he perdido algo? —dijo en voz baja Dorian cuando el cura se hubo alejado lo suficiente como para no oírlos— ¿cómo sabías eso?

—Por el dibujo del plano —dijo sacando del bolsillo la copia impresa—, una vez descubierto que se trataba de esta iglesia el resto era obvio. La X marca un punto en concreto en la cripta, y las dos rayas paralelas no pueden ser sino un túnel o pasadizo bajo tierra. —Las palabras de Martina dejaron atónito a Dorian.

—Pero... hay algo que no me cuadra. ¿Cómo sabes que la X, es decir, ese punto en concreto, está en la cripta? —preguntó intrigado.

—Por esto —dijo ella riendo y señalando el dibujo de la calavera que había en el plano dentro de la iglesia.

—¿Por eso? ¿Y qué es lo que indica eso exactamente...? —rezongó Dorian mosqueado.

—Adelante, jóvenes, ya podemos bajar —dijo el cura apremiándolos tras abrir una puerta de reja y empezar a descender por unas escaleras.

—Ahora lo verás —susurró entre risas Martina mientras iba tras los pasos del padre Gabriel.

Dorian, que no entendía nada, tras unos segundos indeciso la siguió.

—Cuidado con los últimos peldaños, que están un poco deteriorados —dijo el cura, que con una candela en la mano abría el camino de bajada hasta la oscura cripta.

Una vez allí abajo los tres, y solo con el pequeño haz de luz de la vela, el padre Gabriel les indicó que le siguieran con cuidado de no tropezar hasta llegar al interruptor de la luz de la cripta. Los tres avanzaron en hilera por el húmedo lugar hasta que el párroco se detuvo, habían llegado a su destino.

—Bueno, doy por hecho que le has explicado a tu amigo lo que se va a encontrar aquí —dijo el cura.

—¿Cómo? —preguntó el agente del CNI intentando comprender lo que le ocultaban.

De pronto unas tenues luces de ambiente se encendieron alrededor de la cripta, dejando ver entre sombras una de las visiones más horribles de las que había sido testigo Dorian. Había visto cosas terribles, pero —fuera por lo

inesperado o por el exagerado número de cuerpos momificados que había allí — esa imagen dantesca de muerte le impresionó más que ninguna otra que hubiese contemplado jamás.

—¡Dios mío!, ¿pero esto qué es? —exclamó abrumado por la revelación.

—Aquí las tenéis —dijo el padre Gabriel—, las momias más famosas de la ciudad, las momias de la cripta de San Andrés. Impresionan, ¿verdad? —dijo riendo completamente orgulloso.

—Sin duda impresionan. Aunque ya las haya visto tres o cuatro veces, no dejan de asombrarme —confirmó Martina, que miraba de reojo la cara de estupefacción de Dorian—. Te debía una —le susurró al oído, él seguía alucinado con la espeluznante imagen—, por el mal trago con el pobre Aurelio —concluyó saboreando los efectos de su sutil venganza.

—Me la has colado, pero bien... —dijo él en voz baja, un poco más repuesto, ya sonriendo.

—Bueno, al margen de nuestras momias, hace unos cien años, durante unas reformas, se halló ese pasadizo al que antes te referías, no hay otro. Está justo al lado, venid, os lo enseñaré.

El anciano se acercó a las momias situándose en su costado derecho. Comenzó a tocar la pared, como buscando algo. Quitó con la mano un fragmento de ladrillo que estaba suelto y lo dejó en un lugar a la vista para no perderlo. A continuación, sacó la misma llave con la que antes había abierto la reja de la cripta y la introdujo por la cavidad que había tras el ladrillo que la tapaba. Nadie diría que en ese agujero hubiese una cerradura esperando ser abierta, pero sí, giró la llave y, con un crujido, parte de la pared de ladrillo, que resultó ser una puerta camuflada, se abrió hacia dentro. Entonces apareció frente a ellos un oscuro pasadizo en el que no se veía absolutamente nada.

—Aquí lo tenéis, el secreto mejor guardado de la Iglesia de San Andrés —dijo el viejo ante el misterioso túnel.

—Es fabuloso. ¿A dónde lleva? —preguntó entusiasmada Martina.

—¿A dónde lleva? A dónde no, sería más bien la pregunta —contestó el cura—. En un principio se cree que se construyó como pasadizo secreto a la Catedral. Seguramente como vía de escape en las dos direcciones, y sobre todo para sacar reliquias en tiempos turbulentos. Pero más adelante sus ramificaciones se extendieron y conectaron con muchos otros subterráneos de casas de toda la ciudad. Ahora todas esas salidas están tapiadas, o la gran

mayoría. No hace falta que te explique a ti la guerra que hay entre vecinos con respecto a la propiedad de los restos del subsuelo —concluyó.

—No, desde luego. Entonces, ¿si nos adentramos en el túnel no podríamos salir en ningún otro lugar? —inquirió Martina.

—Hace tiempo que nadie se aventura por ahí, por lo que no sé ni tan siquiera las condiciones en las que se encuentra —comentó el cura—. Podría ser incluso peligroso. Aunque estoy seguro de que a través de él se puede llegar a algún otro lugar. Incluso hace muchos, muchos años, había quién decía que a través de estos laberínticos túneles se podía acceder a la verdadera cueva de Hércules... Pero nadie sabe si se trata de otra leyenda de Toledo o es una realidad.

—En cualquier caso, tenemos que entrar, padre, no sé qué es exactamente lo que busco, pero sé que está ahí dentro. —Fue la respuesta contundente de Martina.

—Si crees que es lo que debes hacer. Necesitarás unas linternas y la ayuda de un viejo mapa que guardo hace mucho tiempo —dijo el sacerdote afablemente.

—Podemos usar las linternas de los teléfonos, pero, en cualquier caso, si usted tiene unas nos ayudarán a ahorrar batería —comentó Dorian.

—Creo que tengo una arriba —asintió el padre Gabriel—, cogeré el mapa y la linterna y os los bajaré. Pero, por favor, debéis tener mucho cuidado allí dentro, si os sucede cualquier cosa no podréis llamar a nadie con vuestros teléfonos, ahí abajo no funcionan.

—Tranquilo, padre, iremos con mucha cautela —dijo Martina. El cura ya ascendía por las escaleras a por el viejo mapa y la linterna, dejando atrás las aterradoras momias en compañía de Dorian y Martina, quienes, recelosos, no les quitaban la vista de encima.

La claridad de la cripta de la Iglesia de San Andrés ya quedaba lejana a sus espaldas, un punto de luz al final de la oscuridad. La linterna la llevaba Dorian, que iba delante. Martina, detrás suyo, no hacía sino darle vueltas a la cabeza intentando pensar qué era lo que debía buscar. Con la linterna del teléfono de tanto en tanto miraba el mapa para ver hacia dónde se dirigían. Veía claramente que si seguían recto iban derechos a la Catedral, pero antes de llegar había varios pasadizos que surgían del principal, por el que iban,

varios ramales que salían en distintas direcciones. Martina juraría que estaban descendiendo porque la temperatura cada vez era más fresca y había más humedad, pero apenas se notaba al caminar. Por su cabeza pasaban las muchas leyendas de la ciudad relacionadas con seres de ultratumba que merodeaban por sus viejos túneles y de vez en cuando salían al exterior. Intentó quitarse esas ideas macabras de la cabeza lo más rápido posible, pues no hacían sino sugestionarla más y distraerla de su cometido. Caminaban despacio, midiendo cada paso que daban para no tropezar, ya que de tanto en tanto encontraban grandes piedras en mitad del pasadizo. Llegaron a la primera confluencia de caminos, podían seguir recto o girar a izquierda y derecha. La imagen de los túneles adyacentes iluminados súbitamente por la linterna que portaba Dorian daba pavor e hizo que ambos respiraran un poco más rápido de lo habitual debido al nerviosismo. De repente, una rata atravesó el túnel que había frente a ellos bajo la luz de la linterna y ambos estuvieron a punto de dar un salto por el susto.

—¡Este lugar es... inquietante cuanto menos!

—Sí que lo es —aseguró Dorian—, ¿qué hacemos?, ¿hacia dónde vamos?

—No estoy segura. Ahora mismo debemos estar a la altura de la plaza del Pozo Amargo. Creo que deberíamos ir hasta la Catedral y comprobar si realmente la entrada está tapiada, y de esa manera ir descartando lugares a los que no podemos entrar —dijo Martina.

—Vale, me parece lógico. Pasaremos por todos los pasadizos a ver qué nos encontramos desde la Catedral hasta aquí.

—Adelante, entonces, primero a la Catedral. ¿Conoces la historia del pozo amargo?, debe estar a unos pocos metros de donde nos encontramos —preguntó Martina a Dorian mientras reanudaban la marcha en un intento de entretener sus mentes juguetonas.

—No, en realidad nunca he oído hablar de ella —respondió él.

—Trata de una leyenda en la que una judía llamada Raquel, hija de un poderoso judío, se enamora de un caballero cristiano llamado don Fernando —comenzó a narrar Martina—. Se dice que mantenían encuentros nocturnos furtivos en el jardín del palacio del padre de ella, donde se encontraba el susodicho pozo, convertido en lugar de encuentro para los jóvenes amantes. Tras conocer el padre (de boca de un buen amigo) el ardiente amor de su adorada hija hacia aquel cristiano, lleno de ira lo esperó una noche escondido entre las sombras del jardín y cuando el cristiano, tras saltar la tapia, pasó por

su lado, lo asaltó clavándole mortalmente su puñal —contaba con énfasis la historiadora—. Se dice que su hija se volvió loca cuando encontró a su amado muerto por el puñal de su padre. Hasta tal punto que cada noche bajaba a llorar abrazada al brocal del pozo, en busca de don Fernando. Una noche, mientras lloraba desconsolada asomada al pozo, creyó verlo en sus aguas y, sin más, se lanzó al fondo del triste lugar y allí murió. Dicen que sus aguas se tornaron amargas debido al continuo llanto de la infeliz judía.

—¿Y eso pasó justo aquí al lado? —preguntó Dorian parándose y alumbrando a Martina.

—Sí, según cuenta la leyenda.

—Uhhmmm. Es tranquilizador saberlo estando en este lugar... —dijo riendo Dorian.

—¿Verdad que sí? —continuó la broma Martina—. Venga, sigamos.

Tras un par de nuevas encrucijadas, a pocos metros de allí descubrieron el final de aquel pasadizo. El haz de luz de la linterna dejaba ver una pared de piedra que sellaba la que debía ser la antiquísima entrada secreta subterránea a la Catedral.

—¿Te das cuenta de las pocas personas que deben haber estado aquí? —dijo la historiadora dejándose llevar por su pasión—. A unos pocos metros por encima de nuestras cabezas pasan cientos de miles de personas a diario, pero ninguno de ellos verá estos túneles —comentó posando la palma de la mano en el muro, apreciando su indudable valor histórico.

—Hay tantas cosas bellas que la gente pasa por alto a diario aunque las tenga delante, ya sea porque no las conocen o porque no saben valorarlas. La belleza está en los ojos y el corazón de quien mira —comentó el chico.

—Eso es muy bonito, Dorian. —Un silencio incómodo siguió a aquella reflexión y a la mirada que cruzaron ambos.

—Bueno, la Catedral está descartada —dijo Martina volviendo al tema que en ese momento les concernía.

—Es imposible que entremos por aquí —asintió Dorian—, hay tantas cosas que pueden salir mal al buscar pistas depositadas hace tantísimo tiempo... —insinuó.

—Lo sé, es lo primero que pensé cuando todo esto comenzó —reconoció Martina—, pero hasta el momento las hemos encontrado todas y hemos conseguido avanzar en la búsqueda. No sé por qué, pero algo dentro de mí me dice que lo conseguiremos, es como una premonición.

—Yo confío en ti, Martina —afirmó Dorian demostrando la fe que le profesaba—, así que sigue tu instinto, déjate llevar.

—Gracias —respondió ella al borde de la emoción, las palabras de Dorian le insuflaban energía nueva—, continuemos. Volvamos, revisaremos el primer pasadizo que encontremos hacia la izquierda, después el de la derecha, y así hasta dar con lo que busquemos. —Se dio la vuelta con brío para volver sobre sus pasos.

La ruta guiada en la que participaban Zoe y sus amigos llegó, de la mano de Luis, al Callejón de los Muertos, justo al lado de la Iglesia de San Andrés. Antes habían recorrido callejones empinados, plazas de leyenda, cobertizos misteriosos e hicieron alguna parada en casas supuestamente encantadas, para escuchar las inquietantes historias del guía. Se decía que los espíritus moraban en ellas haciendo la vida imposible a los innumerables huéspedes que, con el paso de los años, habían vivido en ellas y tenido que abandonarlas finalmente por motivos de lo más insólitos y espeluznantes. Con la misma emoción que al principio, o incluso más, Zoe seguía de cerca a Luis para no perderse detalle de nada. Se detuvo justo debajo del nombre de la calle.

—Bueno, ¿alguien sabe por qué se le llama a esta calle el Callejón de los Muertos? —preguntó Luis sin perder un segundo en cuanto el último de sus clientes llegó a la altura donde se había detenido el grupo—. Os lo podéis figurar, ¿verdad? Yo os lo explico. En la antigüedad se solía enterrar a los feligreses de una iglesia dentro de la misma, pero llegó un momento que allí no cabían más, se quedaron sin espacio dentro. Entonces, ¿qué era lo que hacían? Pues seguir enterrándolos en las zonas exteriores, alrededor de la iglesia —se respondió a sí mismo—. Como veis, tenemos aquí al lado la Iglesia de San Andrés, supongo que ya habréis deducido que toda la zona que estamos pisando en tiempos medievales era, por así decirlo, un camposanto. Aquí la vida valía poco y si moría mucha gente llegaban, hacían un agujero y adentro, poco les importaba si había restos de otro enterramiento; bueno, imaginad lo que sería aquello. —Las palabras de Luis llevaron a Zoe a imaginar lo dantesco de aquel escenario—. Con la llegada de las obras de modernización de la ciudad, ya en la Edad Moderna, muchos cuerpos fueron extraídos, sobre todo de las capas más superficiales, para construir viviendas encima. Pero en las zonas más profundas quedan innumerables restos de

toledanos de otras épocas. De hecho, se dice que en Toledo hay más personas bajo tierra que sobre ella. Es una auténtica y gigantesca necrópolis, una de las más grandes del mundo —afirmó mirando fijamente a los asustados viajeros, cuya imaginación se hacía fácilmente a la idea de lo que suponía semejante información.

»Qué mejor forma de ayudaros a comprender esto que mostraros un ejemplo. Bueno, en este caso varios... —insinuó enigmático—. Traigo conmigo una serie de fotografías hechas tras los muros de la iglesia que tenéis detrás de vosotros (también conocida por ser donde una de las brujas más famosas realizaba sus rituales satánicos). Sí, sí, no me miréis así, justo aquí donde os encontráis —comentó Luis, volviendo a erizar el vello a más de uno—. Aunque la Iglesia de San Andrés es conocida sobre todo por albergar en su cripta un verdadero montón de momias. Montón literalmente hablando, porque están todas unidas unas con otras, la mayoría al menos. Mirad, aquí tengo las fotos para que las vayáis pasando. Si sois un poco aprensivos, mejor no las miréis —aconsejó mientras repartía unas fotos plastificadas en gran formato que traía dentro de su bolsa—. Estas momias, seguramente salidas de alguna monda y dejadas allí vete tú a saber por qué, se conservan de esta increíble manera debido a las condiciones del subsuelo donde fueron enterradas. Son impresionantes, ¿no creéis?

Los turistas pasaban las fotos de mano en mano, muchos de ellos rápidamente por la impresión que les daba ver aquellos cuerpos que parecían de cartón. Estaban entrelazados, algunos aún conservaban algo de cabello, y en sus rostros terroríficos se podían intuir facciones llenas de dolor y sufrimiento. Zoe las observó todas alucinada, después echó un vistazo tras de sí, hacia la iglesia, sin poder creer que estuvieran ahí adentro, tan cerca. Un escalofrío recorrió su delgado cuerpo.

—¿Qué es eso? —gritaron espeluznadas tres o cuatro personas de la visita guiada. La conjunción de factores empezaba a hacer mella en algunos miembros del grupo (el escenario, la noche... —Toledo impresiona más si cabe tras caer el sol—, la temática paranormal y la sugestión acumulada durante toda la ruta). O eso pensaban...

—Allí, al fondo del callejón, en el rincón donde no hay farola había algo extraño —dijo un chico de Madrid con su novia aferrada fuertemente a su brazo.

—Sí, yo también he visto a alguien. Vestía muy oscuro y escondía su

rostro bajo una capucha —corroboró su novia.

—Y yo también, llevaba una especie de túnica negra y parecía mirar hacia aquí, pero de pronto ya no estaba... —comentó alarmado pero riendo un hombre de unos cincuenta años que iba con su mujer y otra pareja de amigos —, son los actores, ¿verdad?, aquí debe concluir la ruta y van a hacer la teatralización —especuló.

—No, no. La teatralización es más abajo, en una calle sin salida que da a un palacete, en la puerta —negó Luis mientras recogía las fotos sin darle mayor importancia—. Sería algún monje o cura de las iglesias de los alrededores. Anda que no me he llevado yo sustos al cruzármelos andando de noche solo por estas calles... —aseguró simpático.

De pronto, una densa niebla fue surgiendo, sutil pero irrefrenablemente, en los callejones cargados de misticismo e impregnados de energías de Toledo ante la atónita mirada de los turistas y de Luis, que, también sorprendido, intentaba seguir con su explicación. Pretendía dar normalidad a la situación, pero la verdad era que, si bien había visto muchas veces la ciudad bajo la niebla, nunca había sido testigo de su llegada de manera tan inverosímil.

—Para que digan que en Toledo está todo visto. En mis más de cuarenta años nunca había presenciado la llegada de un banco de niebla de esta manera. Supongo que será una de esas nubes de humedad que de pronto bajan y lo cubren todo, como una bruma marina. ¿La habéis visto alguna vez? Es un espectáculo, la verdad. Una nube inmensa que surge en cuestión de segundos en lugares costeros —dijo quitando hierro al asunto, aunque la situación era realmente inquietante, estaba impresionado, apenas veían nada a su alrededor—. Bueno, no os preocupéis que volveremos sanos y salvos —rio.

—¡Ahhh! —gritaron varias personas al unísono. Acababan de ver pasar por su lado, como si tal cosa, al mismo de túnica oscura que antes habían observado los otros. Había desaparecido de nuevo en la niebla.

—¿Luis, qué está pasando? —preguntó un chico que era amigo del guía y estaba empezando a asustarse—, espero que todo esto esté preparado... ¿Lo has visto cruzar...? —le dijo en voz baja.

—Sí, no sé qué era. Qué va a estar preparado. Esto no tiene nada que ver con nosotros. Al menos conmigo. Espera, voy a llamar a la oficina a ver si es algún tipo de broma o algo así. —Empezaba a ponerse nervioso, pero trataba de que no se lo notasen los clientes—. ¡Por Dios...! —exclamó de súbito.

—¿Qué pasa? —preguntó su amigo.

—Tengo el teléfono apagado, me he quedado sin batería. Déjame el tuyo, por favor —le pidió.

El nerviosismo de los clientes iba en aumento ante tantos acontecimientos de dudosa explicación. Todos se arremolinaron en muy pocos metros cuadrados, en una esquinita que había entre dos casas del Callejón de los Muertos, muy cerca de la entrada principal de la Iglesia de San Andrés, con Luis delante de ellos.

—Toma, cógelo. —El amigo de Luis le ofrecía su móvil con el brazo extendido.

—Gracias, será un momento. Pero... ¿qué coño...? Se ha apagado también, ¿qué cojones pasa? —murmuró al ver cómo se apagaba el teléfono justo cuando se disponía a marcar el número.

—Luis, me estoy empezando a acojonar. Dime que es una ruta experimental o algo así que estáis probando, tío... —dijo el otro perdiendo la calma tras ver con sus propios ojos cómo se apagaba el teléfono en manos de su amigo.

—¡Mirad, está ahí! —gritó una voz femenina mientras dos o tres personas señalaban un bulto oscuro con aspecto humano que apenas se distinguía entre la niebla. Verlo en mitad del callejón frente a ellos, a muy pocos metros, fue suficiente para terminar de aterrorizarlos a todos.

—¡Luis, Luis, tío, dime algo! —le decía su amigo zarandeándolo una y otra vez para hacerlo reaccionar. El guía se había quedado estremecido al ver aquella cosa allí delante—. ¿Qué hacemos? —le preguntó sacándolo de su asombro.

—Señores, mantengan la calma, por favor. Estoy seguro de que debe haber una graciosa explicación para todo esto, de la cual nos reiremos todos muy pronto. Necesito un teléfono móvil para llamar a la oficina, el mío se ha quedado sin batería. Si alguien es tan amable de prestármelo un instante para llamar, se lo agradecería —dijo intentando mantener la calma propia y ajena.

Zoe abrió la funda de libro de su iPhone 6. Se disponía a prestarle el teléfono a Luis cuando, para su asombro, se percató de que también se había apagado; igual que el de todos los demás, como enseguida comprobaron al sacar sus móviles de los bolsillos, cosa que los asustó mucho más. Aquello ya pasaba de castaño oscuro.

—¿Ninguno funciona? ¿Todos apagados? —preguntó con incredulidad

Luis. Tragó saliva y volvió la vista, cual acto reflejo, hacia aquella siniestra e imponente silueta difuminada por la niebla y quieta como una estatua. Cualquiera diría que anunciaba la llegada del mal.

En las profundidades de los secretos túneles toledanos, y tras una hora de búsqueda infructuosa, Martina y Dorian llegaban al punto de partida sin haber hallado nada.

—No sé qué hacer, Dorian —dijo desmoralizada Martina arrodillándose en el suelo húmedo—, ahora sí que creo que hemos llegado a un callejón sin salida. Si no me equivoco, hemos recorrido todos los túneles hasta donde se podía, y este es el final del último. Están todos tapiados. El del Alcázar, cerrado, el de la Catedral ni qué decir. Los demás igual, y este en las inmediaciones de las Cuevas de Hércules, cerrado a cal y canto —concluyó mientras apoyaba sus manos en la tierra del suelo, agotada física y mentalmente.

—Deberíamos salir, irnos a descansar para recuperar energías y mañana volver de nuevo a buscar —dijo Dorian cabizbajo—; ha sido un día largo y duro. Cuando uno está cansado físicamente el raciocinio tampoco procesa como es debido —la consoló. Se agachó junto a ella hasta posar la palma de la mano en su delicada espalda, con un ademán cariñoso de apoyo.

—Volver... volver... volver... —susurró Martina, exhausta, mientras sus manos completamente manchadas de tierra comenzaban a acariciar el suelo con sutileza. Después, con la yema de su dedo índice lo presionó, dejando una pequeña marca. Martina se la quedó mirando con los ojos abiertos sobremanera, reflexionando. Cogió un puñado de tierra negra con la mano y la observó. Volvió a meter la mano en el mismo lugar tratando de hacer un hoyo. Se dio cuenta de que había al menos cuatro o cinco dedos de tierra muy compactada sobre la roca madre de Toledo, que halló debajo tras escarbar un poco. Estaba de cara a la puerta cegada que cortaba el paso de ese túnel. De pronto, sintió el impulso de girarse sobre sí misma y volver hacia atrás a gatas, observando el suelo con la luz que le procuraba la linterna de Dorian, que la seguía extrañado. Con sus manos iba palpando todo como si buscara algo que se le había caído.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Dorian pasmado mientras la iluminaba—, ¿qué diantres estás buscando? —preguntó de nuevo sin obtener

respuesta alguna.

Martina estaba muy concentrada, parecía estar en trance arrastrándose por los suelos. Tras recorrer de esa guisa unos ocho metros, se detuvo bruscamente. Giró su cabeza hacia la derecha, parecía mirar a la pared del túnel. Al darse cuenta de ese gesto, Dorian trató de seguir con la luz su mirada, alumbrándola. No había nada fuera de lo normal, al margen de una roca redondeada que sobresalía de la pared bastante más que las demás.

—Volver... volver... Es aquí... —susurró de repente Martina dejando a cuadros al agente, y se puso a excavar en el suelo con las manos como una auténtica desequilibrada.

Al verla cavar con semejante afán, Dorian, sin preguntar nada más, se metió la linterna en la boca al tiempo que se arrodillaba y se ponía a ayudarla, entendía que había encontrado alguna respuesta al dilema que les concernía. Por fin encontraron la maciza roca madre, sostén natural de la ciudad, tras casi un palmo de tierra muy dura. Al llegar a ella contemplaron con incredulidad lo que parecía una figura tallada en la piedra. Estaba repleta de tierra. Se miraron fascinados y, ya más calmados, se dedicaron a limpiar el interior de aquel hallazgo misterioso.

—¿Tienes algo puntiagudo? —le preguntó Martina a Dorian.

—Por supuesto —dijo él sacando un pequeño puñal que llevaba escondido.

—Perfecto.

Con el puñal en la mano, Martina comenzó a retirar, con la delicadeza de alguien que ha trabajado en excavaciones arqueológicas, la tierra que había dentro de la figura tallada en la roca. Se sacó un pañuelo que llevaba en el bolsillo para limpiar el fondo de la hendidura, dejando a las claras de qué se trataba.

—¡Una cruz! ¡Es la forma de una cruz! —exclamó emocionada—. ¿Recuerdas lo que hemos encontrado en la iglesia del Salvador?

—¡Claro, la cruz! ¿Y crees que...? —insinuó él.

—Por probar.

Rauda extrajo la cruz de su pequeño bolsito, la miró y sin más dilación intentó introducirla en la talla de la roca.

—¡Ha entrado perfectamente! —exclamó entusiasmada—, ¿y ahora? —preguntó mirando a Dorian.

—Déjame que pruebe una cosa... —dijo el chico posando la mano sobre

la cruz que estaba en el agujero. Intentó girarla y, no sin esfuerzo, consiguió que la talla se moviese, provocado a su vez que una diminuta trampilla en el suelo del túnel comenzase a abrirse a su lado, mostrando un nuevo pasadizo que discurría por debajo del suyo.

—No me lo puedo creer... —dijo alucinado Dorian—, esto sí que no me lo esperaba.

—Creo que por fin hemos encontrado lo que buscábamos —respondió Martina—. Intenta girarlo un poco más para ver si se termina de abrir.

Así sucedió. La trampilla situada en mitad del pasadizo daba acceso a una galería inferior a través de una bajada vertical de unos cuantos metros mediante burdos peldaños metálicos casi desechos. Martina y Dorian lo miraban con la linterna acucillados, sin poder articular palabra.

—Bajemos —dijo Martina, y sin más se introdujo en la estrecha cavidad.

Una vez abajo, solo podían ir en una dirección, empezaron a andar sin dudarlo por ese túnel, similar al superior, pero que parecía aún más antiguo.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Dorian.

—¿Hacer el qué? —respondió Martina esquivando.

—De pronto te has puesto a escarbar en el suelo como si conocieses lo que buscabas. Dime, ¿cómo es posible? Unos segundos antes estabas completamente perdida —comentó él mientras caminaban.

—No lo sé, Dorian. De repente sentía que había estado aquí antes, juraría que he recordado de forma difusa la entrada a este otro túnel —dijo la chica claramente desconcertada, agachando la cabeza para evitar la mirada escrutadora de Dorian—. Ha sido muy extraño, nunca me había ocurrido algo así. Creo que se trata de un *déjà vu* —concluyó añadiendo aún más intriga a la situación—; pero... ¿qué es eso? —gritó al ver lo que parecían unos mosaicos no demasiado deteriorados en las paredes de ambos lados. Había extrañas figuras que recordaban a los seres mitológicos, representaciones de personas en tareas cotidianas, casas, barcos, monstruosos animales marinos, etc—. ¡Son romanos! Esto está hecho por los romanos, eran expertos en mosaicos, y mira estas formas, sus atuendos y sus costumbres... —explicaba como loca tocando las paredes con las manos.

De pronto cogió el mapa y le quitó la linterna a Dorian para observarlo. Por la trayectoria que habían seguido dedujo que posiblemente estaban en una zona inferior a las conocidas Cuevas de Hércules.

—¿Conoces las cuevas de Hércules, Dorian? —le preguntó Martina. Cada

vez andaban más rápido.

—¿Las cuevas de Hércules? Sí, fue uno de los lugares que visitamos el miércoles al poco de llegar a la ciudad. Se trata de un depósito de agua romano que estaba maldito o algo así, ¿me equivoco?

—Sí, es algo así. En 2010 esas cuevas se reabrieron al público tras su puesta en valor a cargo del Consorcio. Se les otorgó el reconocimiento de Cuevas de Hércules, cueva mitológica a la que se hace referencia durante siglos en la tradición oral y escrita de Toledo, pero que nunca se había sabido donde estaba ubicada exactamente. Es algo que no está demasiado claro y ha creado mucha controversia en el mundillo arqueológico de la ciudad —comentaba Martina mientras caminaba a paso ligero con toda la precaución que podía—. Está claro que esas cuevas formaban parte del sistema de suministro de agua romano, por lo que muchos creen que en realidad no son las auténticas cuevas de la leyenda. Se cuenta que Hércules, mitológico fundador de Toledo, dio forma arquitectónica a unas cuevas naturales para establecer allí su palacio —continuó—. Allí se practicaban artes mágicas y nigromancia, además de almacenarse suculentos tesoros y, según algunos, una de las más valiosas reliquias antiguas, la Mesa de Salomón. Cuenta la leyenda que el rey Salomón escribió el conocimiento del universo sobre ella y que poseerla otorgaría a su propietario el saber absoluto, además de la fórmula de la creación y el verdadero nombre de Dios. Aunque, en contraposición, también se dice que el día que sea encontrada el fin del mundo estará próximo.

»Cuando Hércules dejó la ciudad cerró la puerta de su palacio poniendo un candado y ordenó que nadie entrase allí, pues de lo contrario grandes desgracias caerían sobre el que osase hacerlo y su pueblo —continuó explicando Martina ante la atenta mirada de Dorian—. Hasta veinticuatro candados llegaron a poner tras marcharse Hércules, cada uno de los reyes godos que le sucedieron añadió uno como tradición y reconocimiento de la leyenda. Pero el rey don Rodrigo, no solo no puso otro candado, sino que, movido por la codicia hacia los tesoros que allí podían ocultarse, rompió los que había y se adentró en la mítica cueva. Se dice que don Rodrigo encontró en el palacio cuadrado de Hércules cuatro salas. La primera era blanca como la nieve, la segunda negra como la pez, la tercera verde esmeralda y la cuarta roja como la sangre —seguía narrando Martina mientras apretaba el paso—. En la tercera sala halló un arca con otro candado, que también rompió,

anhelando su contenido. Pero la desgracia fue lo que encontró el que sería el último de los reyes visigodos. En su interior descubrió un dibujo con extraños personajes a caballo, con flechas, lanzas y espadas curvas, y con una inscripción que decía: «Cuando este paño fuere extendido y aparecieran esas figuras, hombres que andarán así vestidos conquistarán España y se harán de ella señores». Al poco tiempo, en el año 711, los musulmanes iniciaron la invasión de España —concluyó la ilustrada joven.

—Es una historia muy interesante. —Dorian estaba impresionado por todo lo que Martina sabía sobre Toledo.

—Se piensa que las Cuevas de Hércules (del callejón de San Ginés, 3) son las reales porque sobre ellas estaba la Iglesia de San Ginés, y mucho antes hubo otra iglesia visigoda y se cree que una mezquita. Pero, sobre todo, por la iglesia de San Ginés; la tradición dice que por allí se entraba a esas cuevas misteriosas y llenas de peligros, de ahí que se crea que la cisterna que albergan sus sótanos es dicha cueva —seguía con su erudita explicación Martina—. Incluso se hicieron, supuestamente, expediciones que acabaron con todos muertos al poco tiempo. El caso es que yo nunca he tenido claro que las cuevas adentadas por el Consorcio fuesen las verdaderas.

Justo en ese instante frente a ellos apareció un gran portón de madera y revestimiento metálico que ocupaba toda la amplitud del túnel. Estaba abierto hasta la mitad, tenía un aspecto antiquísimo y parecía estar atrancado. Martina se acercó despacio alumbrándola de arriba abajo con la linterna. Se fijó también en que a su izquierda había lo que parecía otra entrada al túnel a través de uno más angosto que tenía una escalera aledaña a la puerta, que estaba taponada con escombros, posiblemente consecuencia de un derrumbamiento o derribo de lo que hubo encima. Se centró de nuevo en la puerta, la tocó suavemente y observó su inmenso y rudimentario cerrojo, ahora abierto. Después enfocó la luz hacia el suelo, se agachó y con la mano removió un poco la tierra que había frente a la puerta.

—Creo que aquí hay algo —le dijo a Dorian pasándole la linterna para que volviese a ser él quien alumbrase, así ella podría manipular con las dos manos el pequeño objeto repleto de tierra que había encontrado—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó Martina—. Un candado... —se lo pasó enseguida a Dorian para volver a meter las manos en aquella tierra a mitad de camino del fango—. ¡Hay más! ¡En realidad son muchos! —dijo excitada—. ¿Sabes lo que esto puede significar verdad? —preguntó mirándole a los ojos—. Apostaría

cuanto tengo a que esta escalera lateral que está cegada es la verdadera entrada desde el solar donde se alzaba la Iglesia de San Ginés, que quedó enterrada tras su demolición, y que ahora estamos debajo de la cisterna romana. ¡Vamos a entrar!

—¿Martina, no será peligroso? —preguntó Dorian.

—No lo sé, pero llevo toda la vida esperando algo así. No tocaremos nada por si acaso. Adelante... —dijo presa de su vena aventurera Martina, aunque dejó que Dorian pasara en primer lugar.

Iluminó primero el hueco de la puerta que se encontraba abierta. Después bajó el haz de luz hasta el suelo, asegurándose de que aquel portón mastodónico no se podía cerrar y dejarlos allí confinados. Dedujo que no, porque estaba incrustado en más de un palmo de tierra húmeda que se había ido acumulando con el paso de los siglos, no se podía mover. Entró con sigilo, quizá sugestionado por la historia que acababa de compartir Martina con él, llena de misticismo y oscurantismo. Lo primero que vio fue que había una oquedad muy amplia donde el sonido resonaba de manera impresionante. Pasaron de la relativa estrechez del túnel a un lugar mucho más amplio. El techo debía estar a unos cuatro metros de altura, cosa que les resultó sorprendente, y el ancho sería de entre diez y quince metros. Durante las primeras pasadas que Dorian realizó con la luz de la linterna por las paredes, Martina pudo observar que había restos de lo que parecían pilares romanos tallados. Es decir, eran decorativos, no había ninguno en medio de la sala aguantando el techo, por eso dedujo que se trataba de una cueva natural. Las paredes eran de un tono claro, un blanco envejecido y oscurecido por el paso del tiempo. En aquel lugar no había nada más que otra gran puerta al fondo, que debía dar paso a otra estancia. Avanzaron hasta llegar a ella. También tenía columnas decorativas en sus costados, tan altas como la puerta. La traspasaron con cautela y enseguida vieron que algo se alzaba delante de ellos. En mitad de la oscura sala, casi negra, había un objeto que se elevaba desde el suelo hasta la altura del pecho de Martina, aproximadamente. Se fueron acercando despacio, alumbrando hacia todos lados para asegurarse de que no había nada más. Al llegar a su lado se dieron cuenta de que se trataba de un atril de mármol sobre el cual reposaba un libro abierto. Martina cogió la linterna y se puso a ojear aquel nuevo hallazgo. Enseguida reconoció la letra de Catalina Sánchez, con aquel trazo tan femenino que la caracterizaba. Por fin habían encontrado lo que buscaban, entre otras increíbles cosas.

—¡Es otro escrito de la bruja, Dorian! Veamos qué nos dice ahora.

A muchas personas relevantes presto ayuda, consuelo y consejo. Algunos tan solo quieren comunicarse con sus fallecidos para sentirse mejor. Otros anhelan mi recomendación para mantener sus haciendas, amores o estatus social, o en pos de nuevas conquistas. De las tres culturas son mis clientes, tres culturas que, por mucho que se piense, están fraccionadas por culpa de los intereses de cada una.

Recientemente muchos fueron los que me contactaron pidiéndome que les revelase qué les depararía el futuro, a muchos de ellos se les veía asustados, cuestión que alerta me puso al cavilar. Aquello solo ocurría cuando algo malo se cernía sobre la población, como antes de tener que partir los hombres a una guerra.

Hasta que, una noche fría e indeseada, mis peores temores fueron confirmados en mitad de una sesión con un significativo hombre que, si bien alardeaba de su sincera y profunda conversión al cristianismo, en su interior albergaba un plan repleto de ira, frustración y maldad, que incluso a los reyes haría temblar.

Era descendiente de un general militar musulmán de importante linaje. De alguna forma, al venir a mí, sus intenciones me fueron reveladas. Como si alguien cogiese sus pensamientos y los pusiera en mi mente, así observé claramente cómo ocurría de manera aterradora frente a mí una gran tragedia.

Gran semblante de espanto debía mostrar mi rostro, pues el astuto personaje adivinó en ella y en el miedo de mis titubeantes ojos que su atroz plan había sido descubierto, o al menos lo intuyó, con el peligro fatal que eso suponía para mi persona. Tan pronto como pudo se escabulló de mi lado, echando la vista atrás cuando se iba para dejar a las claras que sabía lo que yo pensaba. Su cruda mirada me condenaba.

Pensé en ir con el cuento a las autoridades inquisitoriales, pero no creí que la historia de una mujer con dudosa reputación fuese más influyente que la de un converso poderoso. Muchos me consideran una bruja malvada y me temen. A la más mínima oportunidad se desharían de mí. Sin saber qué hacer, desaparecí unos días en el bosque. Una noche se me ocurrió hacer un ritual de invocación para intentar descubrir qué sería de mí. A la cita se presentaron varios demonios en forma de cerdos y lobos,

que no hicieron sino confirmar mis más fatídicas sospechas, estaba sentenciada.

Pero cuando los seres diabólicos se retiraban surgió de entre la frondosidad oscura del bosque un ser espiritual totalmente diferente. Era bella en todos los sentidos. Brillaba por allí por donde pasaba, irradiaba una paz inconmensurable. Me conocía más incluso que yo misma. Susurró palabras hermosas hacia mi persona, que no hicieron sino emocionarme sobremanera, tranquilizando mi alma. Supo mirar en el interior de mi corazón y ver la bondad que rebosaba. Mi afán por ayudar a las personas honorables defendiendo siempre la verdad, la justicia y la lealtad, aunque lo hiciese de forma extravagante. El fondo era lo que le importaba.

Me hizo sentir muy bien conmigo misma. Por desgracia, no podía cambiar mi destino fatal, pero me pidió que la ayudase en su empresa y de esa manera ayudaría también a la ciudad que tanto quería, mi Toledo del alma. «Tu muerte no será en vano, y cuando cumplas tu cometido en el reino de los dichosos te estará esperando un gran lugar», me dijo dulcemente.

Me convenció sin esfuerzo en cuanto dijo todas aquellas cosas. Me hizo sentir bienestar, confianza y fe. Enseguida le pregunté qué era lo que tenía que hacer. Aquel hermoso espíritu confirmó mi premonición. El plan que de alguna manera había visto en la sesión con aquel hombre poderoso era real y estaba a punto de llevarse a cabo. Pero yo lo podía evitar. Mi arma era la oscuridad. Yo tengo la capacidad de comunicarme con el maligno, esta vez tendría que ir más allá, era inevitable un pacto. Cuando el mal se acerque dañino, con mal será repelido.

Un mal que a todo espíritu energético o ser atormentado despertará, alrededor de donde yo me halle, hasta llevar a cabo el objetivo.

Continúa la búsqueda, te estás acercando al final...

Frente a la puerta de la Iglesia de San Andrés, los turistas continuaban mirando atónitos aquella sombra que seguía plantada delante de ellos, entre la niebla. Luis no quería dar la voz de alarma, pero ya no sabía lo que debía hacer, estaba también muy asustado. De repente, procedente del Callejón de los Muertos, una esfera luminosa se aproximaba abriéndose paso entre la niebla. Irradiaba un halo celestial y misterioso mientras se acercaba más y más a donde se encontraba la amenazante figura oscura.

—¿Pero qué diablos...? —gritó Luis, anonadado, dando un par de pasos adelante, incrédulo ante aquel extraño fenómeno.

Las personas del grupo se abrazaban con fuerza a sus parejas o familiares temiendo que algo malo pudiese ocurrir. Algunas mujeres gritaban e intentaban salir corriendo, pero las agarraron. Zoe, muy valiente, siguió los pasos de Luis y se adelantó un poco para ver aquel espectáculo desconocido. La esfera energética y luminosa se acercaba flotando muy despacio, lo que no hacía sino añadir intriga a la situación. Una leve brisa se había formado a su alrededor, pero no era lo bastante potente como para despejar la espesa niebla. La bola llegó a la altura de la figura oscura y se detuvo iluminándola mejor que nunca, ahora podían vislumbrarla entre la niebla, el manto oscuro cubriéndola entera, incluso casi todo el rostro, que para nada se distinguía. Tras unos segundos inmóvil, la esfera que bullía energía en movimiento comenzó a elevarse muy despacio, tal como había llegado. Todos la seguían con la mirada y el corazón en un puño, excepto la figura oscura, que no se movió ni un milímetro. Cuando alcanzó unos seis metros de altura se detuvo de nuevo. La luminiscencia que emitía se intensificó. Daba la impresión de ser una bomba a punto de estallar. De súbito, un fogonazo muy potente dio paso a la separación de la esfera en seis luces más pequeñas que salieron disparadas en todas direcciones por el barrio medieval de Toledo, dejando una estela lumínica por donde pasaban, ante la mirada atónita de todos cuantos las vieron volar por encima de las casas.

Tras la explosión energética todo volvió a la normalidad, excepto la niebla, que persistía. Tras intentar seguir con la mirada la trayectoria que trazaba una de las luces que salieron disparadas como si de una alborada se tratase, Luis giró instintivamente la cabeza hacia el lugar donde se encontraba ese personaje oscuro, para su sorpresa, había desaparecido.

—Tranquilos, parece que ya ha pasado todo —dijo volviéndose al grupo para intentar calmar los ánimos, justo cuando un terrorífico grito resonó cercano entre la niebla de aquella noche toledana.

—Yo creo que no... —dijo Zoe impresionada y con el vello de punta.

Todos se arremolinaron mirándose e intentando descifrar qué demonios estaba ocurriendo. Luis confirmó para sus adentros que la situación había adquirido tintes insospechados. En ese momento y con un rechinar metálico, comenzó a abrirse poco a poco una hoja de la preciosa puerta de la Iglesia de San Andrés. Cuando estuvo abierta del todo a la noche, unos sonidos

extraños procedentes del interior apabullaron a los pobres visitantes, quienes vieron surgir de la iglesia unas sombras pavorosas que a todos desconcertaron. Nueve o diez siluetas difusas que salieron en fila adentrándose clandestinamente en la niebla, una a una. Se desplazaban con extraños andares —pasando no muy lejos del grupo de turistas, que no olvidarían aquella noche en su vida—, hasta perderse en la tenebrosa oscuridad...

—Vámonos de aquí. ¡Ahora! —exclamó Luis, perplejo.

Fastuoso sepulcro simulado, rodeado por pináculos a modo de cirios, se alza solemne asomado al Tajo celebrando la victoria de Toro. Tres son las cadenas cristianas donde deberás buscar, que juntas cuelgan del lugar entre las demás.

—¿Una nueva pista...? —dijo Dorian.

—Sí, eso parece —respondió Martina con desgana.

—¿Se refiere al Monasterio de San Juan de los Reyes? —preguntó Dorian sorprendiendo a Martina, quien volvió la vista hacia él sonriendo.

—¡Así es! ¿Cómo lo has sabido?

—Bueno, este monumento lo conozco un poco más. Sé que, en un principio, iba a ser el mausoleo de los Reyes Católicos, y que también se construyó en conmemoración de la victoria en la batalla de Toro. Además, está casi al borde del Tajo y las cadenas son lo más significativo que se aprecia a simple vista al contemplar el exterior. Creo que son las de los cristianos liberados tras la conquista de Granada, ¿verdad? Las trajeron como símbolo del triunfo del cristianismo —expuso Dorian.

—Me has sorprendido gratamente, veo que estoy sembrando en ti la semilla de la curiosidad y el gusto por el conocimiento —rio Martina.

Tras las risas, Dorian se acercó a la siguiente puerta, que daba a una tercera sala. Sin rebasarla alumbró el interior con la linterna y observó que, en el suelo, en mitad de la estancia, había dos cofres. Uno se encontraba abierto y el otro cerrado. Estuvo a punto de ir derecho hacia ellos, pero antes dirigió la luz al fondo, donde una nueva puerta daba acceso a la cuarta sala.

—¡Dios mío! —suspiró.

En la última sala, la luz de la linterna comenzó a reflejar un sinfín de

objetos dorados, plateados y brillantes que conformaban lo que parecía un colosal tesoro ancestral esparcido por el suelo. Debía haber permanecido oculto al paso de los siglos entre aquellas paredes naturales bajo la roca. Espadas, monedas, coronas y un montón más de codiciables reliquias se distinguían con solo un primer vistazo. No obstante, un objeto grande y dorado situado en el centro llamó poderosamente la atención de Dorian, era como una caja de oro tallada con dos pequeños ángeles encima y cuatro barras que sobresalían para poder cogerla y transportarla.

—¡Martina, corre, mira lo que he encontrado! —gritó exaltado—. En la tercera sala hay dos cofres y en la cuarta, mira, ¿es la mesa de Salomón?

A Martina se le saltaron las lágrimas de la emoción y cayó de rodillas.

—¡Santo Dios! ¡No! ¿Tú sabes lo que es eso, Dorian? —gritó la chica—, se trata del Arca de la Alianza. La joya de la corona en lo que se refiere a reliquias cristianas. Seguramente es el objeto más buscado de la historia de la humanidad. Incluso se dice que un comando especial del ejército nazi de Hitler vino en su momento buscándolo, tan grandes son los poderes que se le atribuyen —explicaba alucinada—. El libro del Éxodo de la Biblia explica que este cofre sagrado contenía las Tablas de la Ley, que no eran sino las tablas de piedra que Dios entregó a Moisés en el monte Sinaí, donde estaban escritos los Diez Mandamientos. Ahí es nada. ¡Pues esta es esa arca, Dorian! ¡Puede que sea el hallazgo más importante del milenio! —clamó Martina sin poder dejar de llorar, todavía de rodillas.

—Esto es increíble, ¿podemos acercarnos? —le preguntó Dorian cogiéndola de la mano.

—No creo que sea una buena idea, Dorian, es mejor no entrar en esas salas —contestó ella contundentemente—, ya sabes lo que ocurrió según la leyenda cuando se abrió ese cofre, y no seré yo quien abra el segundo para ver qué desgracia encierra... —dijo muy seria—. Y, por más que me muera de ganas de acercarme al Tesoro, sobre todo al Arca, todas las leyendas que hay sobre él cuentan que una maldición caerá sobre quien ose tocarlo. Además, dicen que está protegido por letales guardianes —zanjó Martina.

—Pues aquí no hay nadie —repuso Dorian incrédulo.

En ese momento, un objeto cayó desde lo alto de uno de los montones de monedas de oro, collares y demás alhajas, haciendo mucho ruido y poniendo inmediatamente en alerta a los dos jóvenes mientras el eco amplificaba el alarmante rumor producido por la caída.

—¿Qué ha sido eso?, ¿cómo se ha caído? —preguntó Dorian tras el susto. Con la linterna comenzó a recorrer desde la segunda sala la cuarta, para ver si había algo o alguien allí.

Martina recogió el libro del atril donde reposaba y donde había leído el último escrito de Catalina hacía un momento. Pensó que debían haberle arrancado las demás hojas, pues le faltaban muchas. Al llegar el haz de luz al extremo izquierdo de la cuarta sala, Dorian pudo ver acongojado a una extraña persona pegada de espalda a la pared, algo que le resultó de lo más siniestro.

—No sé por qué, pero siento que deberíamos salir de aquí, ya. Necesito respirar aire fresco —dijo Martina.

—Estoy contigo. Hay algo ahí delante, salgamos de aquí, ¡ahora! —convino Dorian, muy asustado, en voz queda.

—Antes prométeme que este hallazgo será nuestro secreto, por favor —le suplicó Martina.

—Te lo juro, pero vámonos —apremió él reculando sin apartar la vista de la amenazante cuarta sala.

Los dos salieron livianos de allí, con el libro entre las manos. Casi iban corriendo, de no ser por la precaución que debían llevar para no tropezar con las piedras que había en mitad del túnel. Subieron ágilmente por los peldaños de metal hasta salir por la trampilla secreta para deshacer lo andado por el primer túnel. Una vez hubieron salido del túnel inferior, Martina cerró la trampilla y la tapó intentando dejarla oculta, tal y como estaba antes. Cuando quedó medianamente conforme con el aspecto casual de las pisadas en el suelo, justo encima de donde estaba el paso secreto, emprendieron la marcha de vuelta hacia la Iglesia de San Andrés.

Estaban llegando al último tramo del túnel cuando escucharon un leve sonido que les hizo detenerse. Parecía un lamento o alguien que lloraba. Los dos trataron de aguzar el oído extrañados y se miraron preguntándose qué sería aquello. De nuevo lo pudieron percibir e inmediatamente Dorian alumbró la pared de donde daba la impresión que procedía aquel sollozo. Ambos se acercaron despacio, Martina puso la mano en el muro del túnel, los lamentos lastimosos provenían del otro lado. Se percataron de que era el sonido de la voz de una mujer.

—¿Hola...? ¿Hay alguien ahí? —dijo Martina en primera instancia, sin respuesta—. ¿Hola, hay alguien en problemas?

—Hola. ¿Quién eres? —preguntó una frágil voz con apenas un susurro.

—Mi nombre es Martina, ¿qué te ocurre, necesitas ayuda?

—No, habito aquí. Estoy buscando a don Fernando, ¿lo ha visto usted? — La pregunta heló la sangre en las venas de Martina.

—¿Don Fernando...? —titubeó mientras miraba a Dorian con cara de espanto haciéndole un gesto con la mano para que continuaran.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Dorian, temiéndose la respuesta.

—¿Don Fernando?, ¿eres tú? Don Fernando, estoy aquí, soy tu amada Raquel.

—No soy don Fernando —aclaró Dorian, que empezaba a marearse—, lo siento, pero tenemos que irnos.

—Don Fernando, estoy aquí, me tiré al pozo en su busca, ¡don Fernando...! —gritaba una y otra vez la mujer, ya sin respuesta, puesto que Dorian y Martina corrían sin mirar atrás—. ¡Don Fernando...! —Una fuerza sobrehumana comenzó a golpear la pared de piedra del túnel, que se movía como si una gran maza quisiera tirarla del otro lado.

Dorian y Martina se detuvieron unos metros más allá al oír semejante estruendo, para su perplejidad los golpes comenzaron a hacer ceder la pared, que se vino abajo. No podían creer lo que sus ojos estaban viendo. Se estaba abriendo un boquete.

—¡Don Fernandoooo...! —volvió a gritar aquella cosa que parecía ir sumando más y más ira a su tono, de repente su voz parecía diferente, totalmente amenazadora.

Ante la mirada estupefacta de Dorian y Martina, la pared cedió a los envites despiadados de la bestia y todo quedó en calma entonces. Dorian seguía alumbrando desde la lejanía, con más miedo que curiosidad. Pero pronto se arrepintió de haberse detenido al ver surgir de entre los escombros una figura oscura con forma de mujer, pero en estado de descomposición, que a cuatro patas cual araña y con la columna partida se plantó en mitad del túnel de cara a ellos. Una vez allí, se alzó de forma aterradora con la parte superior del cuerpo ladeada por la falta de estabilidad ósea. Los miró y con un suspiro profundo y grotesco, dejó salir de su boca unas palabras que atravesaron a Dorian como una espada.

—¡A mis brazos, don Fernando! —dijo su voz grave de ultramundo, y

echó a correr tan ágilmente que a Dorian y a Martina les flojearon las piernas. Esa cosa venía en su dirección a toda velocidad con inciertas intenciones.

—¡Correeee! —chilló Martina al tiempo que empezaba a hacerlo ella cogiendo por el brazo a Dorian que, paralizado y estremecido, miraba como se aproximaba esa cosa en su busca.

Corrían como nunca antes habían hecho. La luz de la linterna iba arriba y abajo, de un lado para otro, evidenciando el miedo de su portador. Por suerte, su ayuda ya no era capital, porque a pocos metros se veía al fin la claridad de la entrada de la cripta de San Andrés, su vía de escape. Se estaban acercando a la cripta rápidamente, pero no tanto como el espectro a ellos, ya veían la puerta iluminada de forma tenue con los apliques de la cripta. Martina entró la primera, Dorian la siguió de cerca, después se giró para ver cuánto faltaba para que llegara el espectro, se hallaba a unos quince metros.

—¡Voy a cerrar la puerta! —gritó.

—¡No hay tiempo! ¡Hay que salir de aquí, ahora!

—Pero, ¿dónde coño están las momias? —dijo con la voz entrecortada Dorian al girarse para salir de la cripta.

—Dorian. ¿Qué diantres significa todo esto? —preguntó Martina, absolutamente acongojada, mientras subían las escaleras sin poder dejar de mirar el lugar donde antes se encontraban los cuerpos momificados y ahora no había nada.

—Recuerda lo que decía la bruja al final del último escrito: «Un mal que a todo espíritu energético o ser atormentado despertará, alrededor de donde yo me halle, hasta llevar a cabo el objetivo» —respondió Dorian tirando de ella para salir a la carrera por la puerta de la iglesia. Podía escuchar cómo el espectro de la infeliz Raquel, o lo que quedaba de ella, subía por las escaleras de la cripta.

Al salir giraron a la izquierda y se escondieron tras un coche esperando que aquel engendro no los localizase. A los cuatro o cinco segundos, se asomó sutilmente a la puerta de la iglesia, despacio, como si supiera que Dorian y Martina se habían escondido. La pareja miraba por la parte trasera del vehículo. Dorian, que veía que el espectro no había pasado de largo como esperaba sino que andaba por allí cerca buscándolos, ya planeaba mentalmente la escapada por el otro lado del coche. En ese momento se dieron cuenta de que una niebla espesa cubría las calles de Toledo, en un principio con tanta carrera no se habían percatado. El engendro se volvió en

su dirección, Dorian maldijo su mala suerte y se escondió mejor para que no lo viese, imaginando ya la evasión.

—¿Qué es eso, por Dios...?

—¿Pero qué cojones es esa cosa? —dijeron, surgiendo de la niebla, un par de chavales que pasaban por allí.

—¿Don Fernando...? —inquirió la infeliz Raquel con voz grave girándose hacia ellos. Los chicos echaron a correr con el espectro a la zaga.

Cuando se perdieron en el espesor de la niebla, Dorian por fin se pudo relajar y se sentó apoyando la espalda contra el coche tras el que se escondía. Respiraba despacio, intentando tranquilizarse.

—¡Fffiu...! ¡Gracias a Dios! —comentó aliviado.

—Dorian, no me puedo creer que todo esto sea real y esté sucediendo aquí, parece una pesadilla de la que vaya a despertar en cualquier momento —dijo Martina buscando torpemente el iPhone en su pequeño bolso.

—Pues, aunque sea difícil de asimilar, así es, está pasando lo que la bruja escribió hace unos cuantos cientos de años... —afirmó irónico Dorian sacando también su teléfono del bolsillo.

—Tengo el teléfono apagado. Qué extraño, me quedaba la mitad de la carga de batería.

—Qué sorpresa, el mío también está kaput.

—¿Qué hacemos ahora con esas cosas vagando por ahí? —A Martina se le erizaba el vello al imaginarlas.

—Tenemos que ir a un lugar seguro, ponernos a salvo y esperar que pase la noche. Mañana iremos al Monasterio de San Juan de los Reyes en busca de la siguiente pista. No podemos hacer otra cosa.

—¡Chicos!, ¿estáis bien? —dijo de pronto una voz familiar que surgió por un costado del coche, procurándoles un soberano susto.

—¡Padre Gabriel! ¡Casi acaba usted con nosotros...!

—Lo siento, Martina, pero estaba muy preocupado. Pensaba que os podía haber ocurrido algo ahí dentro por los gritos que escuchaba. Yo también estaba aterrado. Las momias. Las momias se levantaron y se fueron de pronto, Martina... —explicó el cura con los ojos desorbitados mientras se santiguaba una y otra vez—, eso solo puede ser obra del maligno. Casi me da algo cuando me las he encontrado subiendo por las escaleras de la cripta en dirección a la calle. Atravesaron la puerta y se perdieron en la noche. Y, por si fuera poco, luego esa cosa que os perseguía. ¿Qué es todo esto, Martina?

Parece el fin del tiempo de los hombres... —dijo temblando.

—Espero que no, padre. Todo tendrá un porqué y lo descubriremos. Por lo pronto vaya a esconderse en lugar seguro hasta que pase la noche, como vamos a hacer nosotros —le dijo Martina intentando calmar su cerebro enfervorecido.

—Tened cuidado, hijos míos, e id con Dios. El mal inunda estas calles... —dijo retirándose con cara de desequilibrado hasta meterse en la iglesia y cerrarla a cal y canto.

—Es precisamente lo que necesitaba. Que un cura me dijese que «el mal inunda estas calles». Gracias, padre Gabriel —dijo Dorian riendo, intentaba añadir un punto de humor desestresante al trágico momento, ahora que el cura ya no le podía oír—, como si no me hubiese dado cuenta. —A Martina se le contagió su risa nerviosa y por unos momentos se desahogaron un poco del agobio vivido.

—Vamos a mi casa, es el lugar seguro más cercano al que podemos ir ahora —propuso Martina cuando se calmaron.

—Bueno... lo de seguro está por ver. Dejémoslo en el lugar más cercano al que ir —adujo Dorian con su ácido humor.

—Venga, bromista, arriba —dijo Martina tirando de él para levantarlo.

La niebla espesa se plantaba imponente frente a ellos en cualquier dirección. Decidieron ir por el Callejón de los Muertos porque, aunque el nombre no fuese muy alentador, el ser que los perseguía había desaparecido por la otra calle y temían encontrárselo. El trayecto hasta el piso de Martina no era demasiado largo, pero con esa niebla y lo que en ella se escondía podía resultar terrorífico. Andaban por el Callejón de los Muertos con mucha cautela. Dorian iba delante, Martina lo guiaba. El agente del CNI creyó conveniente arrimarse a la pared para mantener uno de los costados seguro. Al poco de hacerlo, a su lado pasó una mujer que les asustó mucho, no la vieron venir hasta que la tuvieron encima mismo. Andaba de manera extraña, muy despacio y con los brazos colgando. Fue solo un instante, pero les dio tiempo a fijarse en que sus ojos no miraban a ningún lugar, su mirada se perdía en el infinito. Dorian le daba vueltas a los detalles que había notado en la mujer, llegando a pensar que no lo era en realidad. No quiso comentarle nada a Martina para no atemorizarla aún más, aunque era posible que ella estuviese pensando lo mismo. Siguieron adelante. La cabeza era un enemigo atroz en esa peliaguda situación. Martina pensaba que si no dejaba de

recordar lo que había dicho la bruja («todo espíritu energético o ser atormentado despertará») se volvería realmente loca. Tantas eran las almas que debían haber perecido en aquellas calles que, de ser ciertas sus palabras —como parecía—, se encontraban ante un auténtico ejército del otro mundo, una pesadilla absoluta. No se le podía ocurrir peor situación.

Un sonido desagradable sacó a ambos de su breve letargo. Recordaba a un metal rozando contra el suelo o contra la pared. Se detuvieron instintivamente. Dorian se subió a un portal metiendo a Martina tras él para protegerla. El sonido se acercaba más y más, incesantemente. El suspense era insoportable, Martina pensaba que le iba a dar un ataque de ansiedad en cualquier momento. Por más que miraba a todos lados no veía nada, y solo de pensar lo que había por allí, oculto tras la niebla, le daban ganas de echar a correr gritando despavorida; pero por todos los medios intentaba mantener la cabeza fría. Ya lo tenían justo al lado, pero seguían sin ver nada, era agobiante, a Dorian el corazón le latía desbocado a mil por hora. El sonido cesó de repente. El silencio volvió a la calle, pero Dorian seguía alerta. A los diez o doce segundos, cuando ambos empezaban a relajarse un poco al no oír ni ver nada, una imagen funesta les golpeó directamente en la psiquis. A un par de metros de ellos, surgió de entre la niebla el causante de aquel ruido desagradable, enseguida comprendieron a qué se debía. Se trataba de un ser aterrador de casi dos metros de altura, una capucha negra tapaba su rostro y parte de su musculado y descomunal torso desnudo. En sus exageradas manos portaba la causante del ruido, un hacha enorme que ahora había dejado de arrastrar para elevarla como si la fuese a usar en cualquier momento. La imagen resultaba temible en medio de la niebla, que por momentos lo difuminaba. Dorian, sobrecogido, le puso como pudo la mano en la boca a Martina para que no chillase y se echó hacia atrás cuanto se lo permitió el estrecho portal, deseando absurdamente tener la capacidad de mimetizarse con el entorno para que ambos pasasen desapercibidos. Nunca en sus vidas habían pasado tanto miedo como en ese momento, ni tan siquiera sabían que era posible. El siniestro ser, que bien parecía un verdugo de otra época con su hacha justiciera, estaba alerta, como si buscase algo o alguien y supiera que se encontraba cerca. Verlo allí erguido en posición de ataque era absolutamente espeluznante. Dorian se dio cuenta de que, con semejantes brazos, incluso sin apenas moverse de donde estaba sería capaz de arremeter contra ellos si los viese. Fueron los segundos más largos y desquiciantes que

habían compartido, al menos hasta el momento. Sin embargo, cuando más crítica parecía la situación, el descomunal verdugo echó a andar pasando de largo del portal en que Dorian y Martina aguantaban el tipo como podían, completamente estremecidos. Dorian quitó despacio la mano de la boca de Martina, que aún respiraba aceleradamente y de cuyos ojos brotaban lágrimas de impotencia que habían empapado la mano del joven. Su rostro era el claro ejemplo del terror más absoluto.

—Era un verdugo. ¡Un verdugo! —dijo la chica casi sin aliento—. ¿Pero qué clase de conjuro maléfico ha desatado la maldita bruja sobre la ciudad? —se preguntó repleta de ira e impotencia.

—Debemos continuar, las calles no son seguras —dijo Dorian, aún temblaba.

Miró a derecha e izquierda antes de poner de nuevo el pie en el empedrado de la calle toledana, pero de poco le sirvió porque nada se distinguía. Sentía que estaban jugando a la ruleta rusa, solo que, en ese caso, quizá todo el tambor estaba repleto de balas. Estaban totalmente expuestos, pero no podían detenerse, tenían que jugársela. Salieron del portal y continuaron en dirección a la casa de Martina. Ahora la joven se agarraba mucho más fuerte al brazo de Dorian, que tiraba de ella. Doblaron una esquina y la niebla seguía igual de espesa. De pronto escucharon un grito atroz procedente de la zona de la que venían. Un chillido de puro pánico que se apagó enseguida. No se detuvieron. Cuando pasaban por debajo de alguna farola conseguían ver algo, pero de poco les servía.

—¡Aaaahh! —gritaron Dorian y Luis al toparse de repente.

—¡Por Dios, Luis, qué susto nos has dado!, cuánto me alegro de verte —exclamó Martina al ver que se trataba de su compañero, que se ocultaba con parte de los turistas bajo un cobertizo.

—¿Martina, qué es toda esta mierda? —dijo cabreado Luis—, es una puta pesadilla.

—Lo sé. ¡Qué nos vas a contar!

—Hay un elenco de seres, o lo que sean, de lo más variopinto campando a sus anchas por las calles.

—Ya. Nos hemos cruzado con alguno.

—Y, sabes, no parece que tengan ninguna buena intención... —continuó Luis con su habitual verborrea.

—¿Habéis visto cómo ha empezado? —se interesó Martina—. Nosotros

nos lo hemos encontrado al salir de la Iglesia de San Andrés.

—¿Que si lo hemos visto? Hemos sido testigos privilegiados. Primero llegó la niebla, y con ella una extraña figura oscura que llevaba como una túnica negra. Tras ella, de pronto, surgió de la nada una tremenda esfera, como de energía, que llegó flotando por la calle —explicaba Luis aterrado—; sí, sé que diciendo esto parece que esté loco, pero fue así. La bola se elevó y estalló en otras más pequeñas que se dispersaron por todos lados. Al poco, vimos ni más ni menos que a las momias de la cripta de San Andrés salir por su propio pie de la iglesia —concluyó.

—Tenía que ser ella... —dijo Martina mirando a Dorian, ante la atenta mirada de Luis y los turistas acongojados que solo querían salir de allí pitando.

—¿Ella? ¿Se puede saber quién es ella? —preguntó Luis enojado.

Martina lo apartó un poco antes de contestar.

—Catalina, Luis. Se trata de Catalina Sánchez.

—¿Catalina Sánchez? ¿La bruja sanguinaria? —dijo alarmado ante la ingrata sorpresa—, ¿me estás diciendo que todo esto es culpa de una bruja que vivió en Toledo hace cuatrocientos años? Madre de Dios, esto no mejora nada.

—Basta de hablar, hay que salir de la niebla —les interrumpió Dorian.

—Estoy de acuerdo con él, no creo que sea momento de confesiones —corroboró Zoe, que estaba detrás de él.

—Tenéis razón, vámonos —accedió Martina.

Ahora el grupo lo formaban unas veinte personas. Luis y Dorian iban a la cabeza, con Martina tras ellos. Caminaban en fila pegados a las fachadas de las casas. Se sentían como pequeños veleros perdidos en una portentosa tormenta en mitad del Atlántico. De repente, uno de los amigos de Zoe fue violentamente empujado contra la pared por una fuerza incorpórea y por ello aún más aterradora. Lo estamparon literalmente contra la fachada de una casa, para después arrastrarlo hacia arriba hasta que se perdió en la niebla ante el pánico más absoluto de su novia y sus amigos. Sin éxito intentaron agarrarlo cuando empezó a deslizarse pared arriba. Antes de desaparecer, su cara descompuesta por el miedo se les quedó grabada a todos en la mente. Entre los gritos de terror de su novia, Dorian y Martina convinieron en que

debían ir más rápido si querían vivir para contarlo. El grupo entero echó a correr. Las lágrimas de incompreensión que brotaban por doquier dejaron paso a las carreras en medio de una incertidumbre que podía ser mortal.

Llegaron a la plaza de las Fuentes, donde se podían ver unos antiguos baños árabes privados tras unos barrotes marrones, y allí pararon para recuperar el resuello. La niebla no cesaba, no sabían si toda la ciudad estaba sumida en aquella locura, o si se trataba solo de esa zona. Los teléfonos seguían sin funcionar, estaban incomunicados, indefensos, expuestos a ese mundo desconocido y espantoso que se había colado en el suyo. Sus mentes estresadas hasta el límite comenzaban a desfallecer, creían ver amenazas por todos lados. Zoe abrazaba a su amiga, deshecha tras perder a su novio de aquella forma atroz e impensable, cuando una mano surgida de la oscuridad de detrás de los barrotes agarró por sorpresa a uno de los visitantes apresándolo con tal fuerza que no podía ni moverse. En esta ocasión se trataba de su novio, por lo que Zoe enseguida se abalanzó sobre él como una leona para intentar liberarlo. Después de un duro forcejeo, por suerte la manga del chico cedió rasgándose por el hombro hasta ser arrancada. Todos se separaron automáticamente de las rejas poniéndose en medio de la pequeña placeta, la pesadilla continuaba.

Unas risas femeninas histéricas comenzaron a dejarse oír a su alrededor, procedían de todos lados y de ninguno. El grupo hizo piña en mitad de la plaza colocándose en forma de círculo defensivo. Esa formación les proporcionó un poco de falsa seguridad, pues eran conscientes de que para nada controlaban el devenir de la situación. Las mujeres se pusieron en medio. Las risas histriónicas iban en aumento, tanto en volumen como en número. Ya las sentían muy cerca, casi al lado, pero la niebla seguía arrojando al mal entre sus brazos, como si formara parte de él. Algo pasó junto a Dorian muy rápido y tan cerca que a punto estuvo de tocarlo. Después pasó por el otro lado, junto a Luis. Estaban jugando con ellos. Se sentían como corderos acechados por una manada de lobos despiadados. Las pasadas se sucedían por todos lados, pero solo llegaban a ver sombras... hasta que un espectro con forma de mujer medio abrasada se plantó frente a la otra pareja de amigos de Zoe agarrándolos en un abrazo que a la postre sería mortal. Los separó unos metros del resto del grupo y, como por arte de magia, sufrió una combustión espontánea que abrasó a los tres mientras el engendro reía sin parar. Cinco o seis combustiones espontáneas en otros puntos cercanos al

grupo consiguieron que el círculo de seguridad se descompusiera en un santiamén. Al ver como la pareja era literalmente incinerada, el resto de visitantes salió corriendo despavorido en todas direcciones.

—¡Son brujas...! —gritó Martina agarrando a Dorian y arrastrándolo en dirección a la plaza Colegio Infantes. Luis, Zoe y su novio la seguían tan de cerca como podían entre la niebla, había gritos y estallidos de fuego por todas partes.

Cuando se encontraban en mitad de la calle, frente a la plaza, escucharon lo que parecían unos caballos acercándose al galope de forma alarmante. Presas del pánico, solo acertaron a apartarse del centro de la calzada pegándose todos a una fachada. Al momento de hacerlo, pasaron frente a ellos diez imponentes caballeros templarios armados hasta los dientes, con sus siniestros caballos fantasmagóricos emitiendo tremendos relinchos. Una vez seguros de que se habían alejado, y sin tiempo para procesar el infierno en que se habían metido involuntariamente, los cinco reemprendieron la marcha en mitad de la incertidumbre. De repente, mientras remontaban la calle del Barco, empezaron a cruzarse con un montón de seres de aspecto terrible que habían salido de la nada, parecían enfermos terminales, parte de su cuerpo estaba ennegrecido. Eran decenas, aparecían uno por la derecha, otro por la izquierda, caminando despacio, como sin rumbo, se los encontraban de cara y pasaban de largo entre la niebla, como auténticos zombis. Los cinco ralentizaron el paso inseguros ante aquellos inquietantes seres que en principio no parecían peligrosos, hasta que comenzaron a mirarlos cuando se cruzaban. Martina pensaba que nunca se acabaría aquel torrente de seres de ultratumba, eran muchos. Uno se acercó y a punto estuvo de tocar a Dorian y a Luis, pero pasó de largo. Poco después, otro se abalanzó sobre el novio de Zoe, que no conseguía quitárselo de encima. Dorian tiró de él y consiguió liberarlo. Salieron corriendo de allí. Al llegar a una calle aledaña a la Catedral, tres seres se lanzaron otra vez sobre el pobre chico inesperadamente. Lo agarraban y lo retenían con sus desagradables manos negras que parecían transmitirle sus manchas oscuras. Pronto dejó de patear. Dorian se dio cuenta de que ya no podían ayudarlo y cogió en peso a Zoe —que habría ido a por él poniéndose en serio peligro— para alejarla cuanto pudo de allí, desconsolada.

Cuando llegaron a la calle Sixto Ramón Parro, Martina y Dorian se despidieron de Luis y una destrozada Zoe, que bajaron por la calle hasta las

oficinas de Rutas de Toledo para refugiarse allí. Ellos, en cambio, remontaron la calle unos pocos metros para girar a la derecha por la estrecha calle del Locum. Desde allí Martina pretendía atajar por un callejón para llegar a la calle Juan Labrador, donde vivía. La calle del Locum resultaba todavía más aterradora que las demás, si cabe, debido a su estrechez. Dorian abrió camino agarrando fuerte a Martina de la mano. De la niebla salieron por sorpresa una hilera de extraños monjes que, rosario en mano, desfilaban calle abajo en siniestra procesión. Tal como llegaban desaparecían. Al poco, unas detonaciones les pusieron la piel de gallina a ambos, alguien estaba disparando a su alrededor. Se agacharon instintivamente pegándose cuanto podían a la pared. Tras los tiros, contemplaron alucinados cómo un grupo de unos veinte soldados con pañuelos rojos anudados en los brazos pasaba frente a ellos en mitad de lo que debía ser una batalla atrapada en el tiempo. Martina y Dorian se levantaron cuando el batallón hubo pasado de largo, se miraron a los ojos preguntándose sin hablar qué más se podían encontrar. Continuaron su camino hasta llegar a un pequeño callejón que se encontraba a la izquierda, mucho más estrecho.

—¿Callejón del Diablo...? —acertó a leer Dorian sin poder creérselo.

—Es un atajo, ya estamos cerca de mi piso —se disculpó Martina al ver la cara que ponía Dorian.

El callejón del Diablo no era sino una callejuela en cuesta de apenas metro y medio de anchura con una barandilla para apoyarse, inmemoriales mitos explicaban el porqué de su nombre.

—¿Y supongo que esconde una oscura leyenda...? —preguntó desconfiado Dorian.

—Sí, pero esa ya mejor te la cuento otro día... —le restó importancia Martina.

La niebla casi escondía la calle bajo su espeso abrazo. Se adentraron en ella con máxima precaución, seguramente era el lugar en que más expuestos se podían encontrar, apenas tenían escapatoria. Dorian subía apoyándose en la baranda, Martina iba detrás, ambos miraban hacia arriba intentando vislumbrar lo que hubiese frente a ellos, pero resultaba imposible ver más allá de un metro, era demencial. Súbitamente, una bella silueta de mujer apareció frente a Dorian difuminada por la niebla. Se aproximaba hacia él bajando a toda velocidad. Apenas fue un segundo, pero la miró a los ojos aterradores y vacíos de humanidad mientras se abalanzaba sobre él en lo que parecía un

ataque en toda regla. Dorian esperaba lo peor, pero el espectro se desintegró dejando tras de sí una investida de aire infernal que arrasó el estrecho callejón con tanta violencia que los dos tuvieron que echarse al suelo mientras los barría. Lo peor era lo que ese aire transportaba, miles de susurros sobrecogedores viajaban con él, susurros de personas, sin duda alguna, o de lo que quedaba de ellas. Por suerte, a los diez o quince segundos el viento se detuvo sin más, tal como había llegado, momento en que ambos se incorporaron, echaron a correr y no pararon hasta salir de aquel encantado lugar.

Tras dejar atrás el fatídico callejón del Diablo y atravesar en unos segundos la calle Coliseo, por fin se plantaron en la calle donde residía Martina, Juan Labrador. La niebla persistía. Corriendo pegados a las paredes llegaron al portal de entrada, al borde de la emoción. Mientras Martina abría, Dorian se percató de que había algo o alguien unos pocos metros más allá del portal, en el centro de la calle, inmóvil y amenazante. A duras penas se intuía la silueta de aquel ser con túnica oscura que ocultaba su rostro tras una gran capucha. A aquellas alturas, era suficiente para que ambos, sin decir una sola palabra, supiesen perfectamente de quién se trataba.

Cerraron con rapidez la puerta de entrada al pequeño bloque de pisos y se lanzaron a subir las escaleras ágilmente. Al llegar al primer piso, mientras Martina temblorosa buscaba la llave correcta, escucharon un grito desgarrador procedente de la calle. Las llaves salieron disparadas de las manos de Martina por el terror acumulado. Rauda, se agachó, las recogió y por fin pudo abrir la puerta de su hogar. Una vez dentro, al sentirse mínimamente a salvo tras una hora de continuo sufrimiento y estrés, la pobre se derrumbó. Dorian, mientras tanto, confirmó que su teléfono aún no estaba operativo y se asomó para ver lo que ocurría en la calle, donde varios seres deambulaban de manera inquietante. Tras las comprobaciones se sentó al lado de Martina y la abrazó sin decir nada, simplemente la abrazó dejando que aflorasen todos sus temores en forma de lágrimas, un buen llanto era lo que necesitaba. Un llanto reconfortante y los mimos de Dorian, que al verla más calmada la cogió con sus grandes manos por la mandíbula elevando su rostro, secó sus lágrimas con el pulgar y la besó. La besó una y otra vez con más ternura que lujuria. Gesto que, sin duda, terminó de reconfortar a Martina, que se quedó por un momento dormida sobre su hombro, extenuada física y mentalmente.

Al poco tiempo despertó sobresaltada. Se encontraba en la cama, supuso que Dorian la había depositado allí. El estómago le dio un vuelco al recordar que todo lo que había ocurrido era real, tenía la esperanza de que hubiera sido un mal sueño, pero no fue así. En ese momento, Dorian salía del baño con el torso desnudo y una toalla enrollada a la cintura. Sus músculos estaban muy definidos, Martina podía distinguir cada uno de sus abdominales, su pecho parecía esculpido en piedra.

—Te he preparado un baño, Martina, te vendrá bien —dijo mientras ella se levantaba para asomarse por la ventana, aún muy asustada.

—Sigue ahí —dijo Dorian acercándose a ella, haciendo referencia a la niebla—, he estado observándola casi media hora mientras dormías. Nada ha cambiado, de tanto en tanto se escuchan gritos, algunos humanos y oíros... bueno, ya sabes... No sé el número de víctimas que puede haber, pero me temo que no será pequeño. Es una auténtica locura. En cuanto podamos saldremos en busca de la siguiente pista, hay que parar esto como sea.

—Parece imposible. Por momentos creo que estoy viviendo una pesadilla. No puede ser que toda esta locura esté ocurriendo de verdad. Es espantoso... todas esas personas... y no podemos hacer nada.

—Lo único que podíamos hacer hoy era sobrevivir, y lo hemos conseguido. Cuando nos sea posible seguiremos con la búsqueda hasta el final, ahora es absurdo. Ni siquiera tenemos comunicación con el exterior. Ven, tienes el agua preparada, intenta relajarte, aunque sé que eso ahora suena utópico. —Dorian la cogió por los hombros para guiarla al cuarto de aseo, donde una bañera rebosante de agua tibia la esperaba para abrazarla con su calidez.

Martina se introdujo desnuda en el agua, que no estaba ni muy fría ni muy caliente, sino en un acertado grado medio. Sintió un bienestar instantáneo producido por el contacto de su estresado cuerpo con el medio líquido. Las burbujas recorrían su torso, luchando para salir al exterior mientras acariciaban sus pechos. Las sales de baño que Dorian había echado en el agua habían creado una capa de espuma aromática de lo más agradable. Con una esponja suave recorrió cada rincón de su magullada anatomía. Aquel maravilloso baño estaba consiguiendo su objetivo, relajarla por completo, aunque el cansancio también ayudaba. A pesar de ello, su cabeza no paraba de darle vueltas a lo que estaba sucediendo a su alrededor, en aquellas desventuradas calles.

Tras el baño, se untó el cuerpo con crema hidratante para después colocarse únicamente un suave albornoz blanco, con el que salió del cuarto de baño; Dorian seguía mirando por la ventana a modo de guardián. Se había puesto unos *shorts* cortos de chica que había encontrado en su armario e iba sin camiseta. Martina se acercó a él y lo abrazó por detrás muy fuerte. Miró un momento a la calle, que a duras penas se intuía por la niebla y, tras el escalofrío que recorrió su espinazo, comenzó a besar a Dorian por la espalda, ascendiendo en dirección a la nuca y el cuello. Los besos, que comenzaron sutiles, cada vez eran más largos y húmedos. El albornoz se deslizó por el cuerpo resbaladizo de Martina, quedando completamente desnuda tras el chico. Se abrazó con fuerza a Dorian haciéndole sentir su piel, su cuerpo en la espalda, mientras continuaba besándole, esta vez por un costado del cuello y hasta llegar a la parte inferior de la oreja derecha. Con las manos le bajó lentamente los *shorts* dejando a la vista lo excitado que se encontraba el joven.

Martina disfrutaba frotando sus senos cubiertos de crema en la espalda de él, sentía que la efervescencia de Dorian iba en aumento, estaba a punto de estallar. Dorian se giró sin poder aguantar más y la besó como nunca antes la habían besado. Dieron por fin rienda suelta a ese deseo contenido y reprimido que habían sentido desde el mismo instante en que sus miradas se encontraron por primera vez en la azotea del Carlos V, un deseo ardiente, irrefrenable, desproporcionado, un deseo visceral y explosivo, como si de una bomba sin control se tratase. Dorian agarró enfervorecido los turgentes pechos de Martina, que gemía con la cabeza echada hacia atrás, cegada por la pasión de los bocados del chico en su cuello.

El sufrimiento experimentado durante esa noche, sintiéndose tan cerca del abismo, hizo que el sexo tomase una proyección mucho mayor para la pareja, convirtiéndose en algo grandioso, espiritual, vital. El cielo y el infierno apenas distaban unos metros el uno del otro. Dejaron aflorar todas las tensiones y el deseo que en su interior albergaban, explotando de placer con cada arremetida de Dorian, que ponía el vello de punta por todo el cuerpo de Martina, gozosa como nunca antes. Tras el estallido final de ambos y con los últimos coletazos de placer, Martina pensó que había sido la experiencia más excitante de toda su vida. Posiblemente y en gran medida por el contexto en que ambas almas se encontraban atrapadas. La perspectiva de poder perderlo todo en cualquier momento hizo de aquella noche de sexo una experiencia

incomparable.

Sábado, 25 de julio de 2015

La incertidumbre de la noche dio paso a una mañana clara en la que los rayos del sol pronto se colaron por la ventana del dormitorio de Martina haciendo que Dorian se revoliera en la cama. Este abrió un ojo, la vio desnuda a su lado y sonrió. Su teléfono comenzó a sonar. Cuando lo escuchó pasaron por su cabeza las imágenes del horror vivido durante la noche, como sinestros fotogramas que lo devolvieron a la cruda realidad. Se levantó rápidamente y cogió el móvil, pero antes de contestar a su compañero del CNI se asomó por la ventana para comprobar que la niebla había desaparecido y la calle estaba despejada.

—Sí, dime, Izan —dijo aún somnoliento.

—¡Pero, tío! ¿Dónde te has metido? Estábamos muy preocupados por ti —respondió la voz alterada de Izan.

—Es una larga historia, Izan, me vi atrapado en la niebla y lo que. Es que no te lo vas a creer —dijo Dorian, que no sabía cómo explicar lo vivido sin parecer un lunático.

—¿Estuviste ahí dentro? ¿Qué coño había en esa niebla, Dorian? Ha muerto gente, ¿sabes?

—Lo sé, lo vi con mis propios ojos —contestó apesadumbrado.

—Hay cadáveres por todos lados, Dorian, tienes que venir enseguida, esto es una locura.

—¿Cadáveres por todos lados...? ¿Cuántos? —preguntó horrorizado.

—Aún no lo sé, pero unos doce o trece al menos... —dijo Izan.

—¡Dios mío! —Dorian se echó las manos a la cabeza al ser consciente del alcance de la matanza—. Voy en seguida —dijo antes de colgar.

Se despidió de Martina diciéndole que la llamaría en cuanto supiese la

magnitud de la situación, y que no saliese del piso. Una vez en la calle, Dorian miró a ambos lados, no había nadie. Subió a paso ligero hacia la plaza de Zocodover, que estaba desértica, era muy extraño que siendo sábado no hubiese gente, aunque a tenor de lo que había pasado la noche anterior era totalmente comprensible. Todo el mundo debía estar asustadísimo refugiado en su casa. Estaba en el centro de la plaza de Zocodover mirando a todos lados cuando un estruendoso reactor del ejército atravesó el cielo sobre su cabeza a baja altura. Se quedó muy impresionado, y aún más cuando cuatro helicópteros surgieron del horizonte acercándose. Dorian miró hacia arriba al tiempo que usaba la mano para taparse los ojos y protegerse de los rayos del sol matutino. Cuando se hubieron acercado lo suficiente, dos de los cuatro helicópteros iniciaron la maniobra de aterrizaje en pleno Zocodover, otro descendía dentro del Alcázar. Se trataba de helicópteros Cougar de transporte. Dorian estaba alucinando, el ejército estaba tomando posiciones. El cuarto helicóptero pasó de largo, en dirección a la Puerta de Bisagra, pero eso no era todo; cuando, tras seguir su rastro con la mirada, Dorian volvió de nuevo la vista atrás más de veinte helicópteros se aproximaban en una visión espectacular y muy poco tranquilizadora.

Los dos helicópteros estaban a punto de tocar tierra en el centro neurálgico de Toledo y el viento era muy molesto. Dorian se cubría la cara como podía, estaban aterrizando uno a cada lado suyo. Pensó en seguir hacia el hotel donde le esperaban sus compañeros, pero decidió quedarse un instante para ver qué sucedía. Con los helicópteros ya en tierra, las hélices comenzaron poco a poco a perder intensidad en sus batidas, habían apagado los motores. En ese momento se abrieron las puertas laterales y salieron a toda prisa un gran número de soldados armados con ametralladoras y portando en la cabeza unas máscaras como las que se usan en caso de ataques químicos o bacteriológicos. Este detalle preocupó aún más a Dorian.

El grupo de soldados se colocó en formación. Del otro helicóptero salió un grupo similar que ya caminaba al encuentro del primero, y en consecuencia en dirección a Dorian, que estaba en medio. Cuando los tenía ya cerca, Dorian quiso sacar su cartera, pero al meter la mano en el bolsillo los soldados le encañonaron inmediatamente, tal debía ser la incerteza de la situación. Dorian levantó las manos mientras lo rodeaban.

—¡Soy del CNI! ¡Soy agente del CNI! —gritaba intentando mantener la calma en medio de aquel bullicio—. ¡Aquí tienen mi acreditación! —repitió

hasta que uno de los soldados se acercó a coger lo que Dorian portaba en la mano.

—¿Qué hace aquí en medio? Debería ir a un lugar seguro, ¡y estas calles no lo son! ¡La ciudad ha sido declarada en estado de sitio! —dijo ante el asombro de Dorian.

—¿Estado de sitio...? —comentó Dorian incrédulo—, ¿y por qué llevan esas máscaras? ¿Qué ocurre? —preguntó, ávido de información.

—Eso tendrá usted que preguntárselo a sus superiores. No estoy autorizado para revelar información sensible. Váyase a donde sea que esté hospedado. ¡Ahora! —gritó el soldado.

Dorian se dio media vuelta y siguió su camino con un mar turbulento de preguntas aflorando en sus pensamientos. Mientras bajaba la cuesta en dirección al hotel Abad, se cruzó con multitud de camiones del ejército que parecían dirigirse también a Zocodover. «Tiempo han estado estas calles sin ver un despliegue de fuerza similar, y nada grato es el recuerdo», pensó Dorian para sus adentros mientras veía pasar todo tipo de vehículos del ejército: grandes camiones de transporte, vehículos ligeros de movilidad táctica, etc. Cuando llegó a la puerta del hotel, Izan estaba allí observando la toma de posiciones que los militares estaban llevando a cabo.

—Izan, ¿qué está pasando? —preguntó casi sin aliento Dorian.

—¡Se ha decretado el estado de excepción en Toledo! En el casco histórico, al menos. Han cerrado el acceso desde la Puerta de Bisagra, junto con las demás entradas. Nadie puede entrar ni salir de la ciudad —explicó mientras ambos miraban anonadados cómo la flota de helicópteros Cougar surcaba los cielos toledanos distribuyéndose por grupos en lugares estratégicos de la ciudad.

—¿Por qué no me lo has comunicado antes? —preguntó Dorian embobado mirando al cielo.

—Yo también me acabo de enterar —repuso Izan, que también miraba hacia arriba—, al parecer todo se ha precipitado. Una vez la niebla desapareció de madrugada, la policía recuperó perpleja los cadáveres que yacían por las calles. Esto ya era de por sí algo dantesco. Tantos muertos, y de forma tan extraña. Pero lo peor ha sido que al examinar los cuerpos han comprobado aterrorizados que algunos de ellos portaban un agente patógeno que se creía prácticamente extinto, se trataba ni más ni menos que de la bacteria original causante de la peste negra, no una evolución, sino la

originaria que diezmó Asia y Europa en el siglo XIV. Solo en esta última mató a un tercio de la población.

—¿La peste negra? —dijo Dorian sorprendido—, ¿cómo es posible?, aunque creo que aquí ya todo lo es.

—¿Qué ocurrió ayer, Dorian? Los supervivientes cuentan historias atroces y difíciles de creer.

—Pues créelas, son todas ciertas... —dijo Dorian antes de explicarle todo lo acontecido el día anterior desde que se reunió con Martina en los Baños del Caballero.

—Así que la siguiente pista de la supuesta bruja está en el Monasterio de San Juan de los Reyes, ¿y por qué habríamos de hacer lo que dice una asesina...? —preguntó con rabia Izan tras su explicación.

—Porque es la única vía que conocemos para tratar de llegar al fondo de todo este turbulento asunto que azota Toledo. Creemos que puede haber una intrahistoria que se nos escapa... —repuso Dorian.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en venir a buscarnos los altos mandos militares para que les informemos de todo cuanto sepamos? —dijo a modo de chascarrillo Izan.

—¿Dorian Losada? —inquirió una autoritaria voz que surgió detrás suyo.

—Sí, soy yo —dijo él, al girarse topó con seis soldados armados hasta los dientes.

—¿Es usted Dorian Losada, miembro del CNI? —volvió a preguntar el soldado.

—Así es, ¿qué desea? —repitió cortésmente Dorian.

—Recojan sus cosas, usted y su equipo deben acompañarnos —explicó sin pestañear y de manera tremendamente seria bajo la inquietante máscara.

Martina se levantó de la cama con un compendio de sensaciones encontradas, un zumbido estruendoso la hizo despertar, supuso que algún avión había pasado volando bajo. La noche anterior había vivido la situación más extrema de su vida, sin lugar a dudas, algo completamente espantoso que, en contraposición, terminó con el mayor clímax sexual y emocional que había experimentado nunca. El miedo más puro dio lugar al placer más profundo y a una incipiente felicidad que empezaba a germinar en su interior y que, incluso en una situación tan dramática, hacía que se mirase al espejo,

totalmente despeinada, y riera como una tonta con una nueva y fabulosa ilusión de futuro, un nuevo amor.

Tras asearse un poco, no pudo contener el impulso de asomarse por la ventana, la calle estaba desierta; «demasiado solitaria», pensó preocupada. El fresco de la mañana le acariciaba la cara con una suave brisa cuando de nuevo las imágenes de la noche le sacudieron la cabeza, «¿cómo habrá acabado todo?», se preguntó. De pronto, su iPhone comenzó a sonar al tiempo que el mismo zumbido de antes se dejaba oír a lo lejos. Esperó unos segundos asomada a la ventana para ver cuál era el causante de aquel estruendo recurrente, después fue hacia la mesita donde tenía cargando el teléfono móvil. Cuando —por el pequeño pedacito de cielo que podía divisar desde la ventana— contempló cómo tres helicópteros pasaban sobre su calle se quedó asombrada, a medida que su mente se iba desperezando se daba cuenta de que no podía ser una casualidad. Cogió el teléfono y, sin mirarlo, salió de su piso y subió corriendo a la terraza del bloque. Al salir al cielo raso se quedó totalmente alucinada, decenas de helicópteros sobrevolaban su ciudad, su Toledo. Solo entonces contestó con voz entrecortada la llamaba de su amiga, que también estaba muy asustada.

—¿Sí...? —preguntó sobrecogida Martina mientras contemplaba el despliegue aéreo.

—¿Martina? ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien...? —A Lucía las preguntas le salieron atropelladamente—. Toledo está saliendo en todos los canales de televisión. Dicen que ayer murieron muchas personas. ¿Qué ha pasado? ¿Martina? ¿Martina, estas ahí? ¡Martina...! —gritó finalmente preocupada por su amiga.

Martina terminó por responder, aunque le costó unos segundos. Le explicó de manera resumida lo ocurrido y, todavía asombrada, bajó a su piso y lo primero que hizo fue encender la televisión. En efecto, todos los canales emitían un boletín especial informativo; unas letras mayúsculas pasaban cada pocos segundos por la parte inferior de la pantalla, de derecha a izquierda, a modo de teletipo: «Toledo declarado en estado de excepción por una serie de asesinatos sin explicación y un posible conato de pandemia». Martina se echó las manos a la cara. La información era contundente y en todos los canales que iba pasando ponía algo similar, así que debía ser cierto. Las imágenes que ofrecían recordaban a lugares en guerra, con soldados por todas partes, helicópteros sobrevolando la zona, caravanas de vehículos militares de

transporte y un revuelo como nunca había visto antes Martina en la ciudad. Tras la tremenda impresión que le causó ver lo que ocurría ahí afuera, a su alrededor, Martina cogió el teléfono y se dispuso a llamar a Dorian, pero justo en ese momento sonó el timbre de su piso. El sonido causó un pequeño sobresalto a la chica, aunque enseguida fue a contestar la llamada por el interfono.

—¿Sí, quién es? —dijo temerosa.

—Soy yo, Martina —dijo Dorian—, asómate por la ventana —concluyó escueto.

Martina colgó el telefonillo extrañada y fue en dirección a la ventana que daba a la calle.

—¡Martina, cámbiate! Tienes que venir con nosotros —dijo Dorian rodeado de tres soldados que lo escoltaban—, todo está bien, pero han solicitado nuestra ayuda.

—Claro... —adujo ella—, me preparo enseguida y bajo.

Martina y Dorian caminaban cogidos de la mano en dirección a la plaza de Zocodover, donde al parecer los militares habían dispuesto su centro de mando en un piso cedido por el ayuntamiento. Un soldado iba delante de ellos y los otros dos detrás, los tres llevaban aquellas máscaras que les otorgaban un aspecto inquietante. Una vez se encontraron en la plaza, les pusieron un traje de plástico anticontagio bastante simple en un pequeño hospital de campaña que habían instalado a toda prisa en el centro de Zocodover, a continuación entraron en un edificio en cuya planta baja estaba el Banco de Castilla la Mancha. En el segundo piso se habían establecido los altos mandos militares, tenían una vista privilegiada de la plaza a través de cuatro grandes ventanales que daban a un único balcón que recorría toda la fachada del inmueble. A Dorian y a Martina los introdujeron en otra habitación del piso, la mitad de la sala estaba sellada por un gran plástico transparente con una puerta. Dentro tenían preparada lo que parecía una zona improvisada de cuarentena provisional. Los tres soldados invitaron a la joven pareja a entrar y tomar asiento en la parte plastificada de la habitación, donde había dos sillas preparadas para ello. En cuanto Dorian y Martina se sentaron los soldados salieron de la burbuja plastificada. Antes de cerrar la puerta, dos médicos con sendos trajes amarillos de protección biológica entraron y la

sellaron herméticamente.

—Buenos días. Sentimos tener que aplicarles el protocolo antiriesgo bacteriológico, pero no tenemos otra alternativa. Solo les tomaremos unas muestras de sangre para realizar unas comprobaciones rutinarias, así que, si son tan amables, ya pueden retirarse los trajes —dijo afablemente uno de los doctores con una sonrisa tranquilizadora ocultando la importancia de la acción bajo el adjetivo «rutinarias».

—Claro, adelante. Tomen las muestras que necesiten —dijo Dorian participativo mientras se retiraba el traje, intentando aparentar una serenidad que no sentía en su interior.

Ambos médicos se acercaron a Dorian.

—Empezaremos por usted, si le parece.

Tras haber sacado sangre a ambos, los dos se retiraron al fondo de la habitación, donde tenían instalado un pequeño laboratorio con todo lo necesario. Mientras Martina y Dorian se apretaban con el algodón el punto exacto en que se había llevado a cabo la extracción de sangre, tres personas entraron en la sala y se fueron sentando en las sillas que había alrededor de una mesa colocada justo enfrente de la burbuja, casi pegada a ella. Los tres iban protegidos con otro tipo de traje de prevención biológico blanco, en este caso menos aparatoso. En la cabeza llevaban una especie de escafandra de plástico transparente que permitía ver sus caras perfectamente, parecían bastante mayores.

—Buenos días, jóvenes —dijo uno de ellos—. Mi nombre es Julián Bergara, coronel Julián Bergara. Estos son el comandante Domingo Barrón y el teniente coronel José Villalba. Como saben, la ciudad de Toledo se encuentra en situación de excepción debido a este escabroso asunto que no llegamos a comprender. Por lo que sabemos, la muerte en extrañas circunstancias de un hombre en su casa fue el pistoletazo de salida de una serie de sucesos de dudosa procedencia. Después, el asesinato también muy anormal de un joven guardia de seguridad de un museo; y ahora, ¿trece muertos en las calles la pasada noche? ¿Pero qué diantres está ocurriendo aquí, señores? El país está en vilo. ¡El mundo está en vilo viendo lo que ocurre en esta incomparable ciudad! Hemos hablado con su compañero —dijo dirigiéndose a Dorian—, pero nos ha dicho que ustedes son los que más certezas pueden conferir a todo este asunto. Bien, comencemos por el principio. ¿Cuál de los dos quiere ser el primero...? —preguntó el alto mando

mirando a ambos con determinación.

—Empezaré yo —propuso Dorian—, lo primero que quiero hacer es aclarar el motivo de mi presencia en Toledo esta semana, porque ni tan siquiera Martina lo conoce —dijo mirándola con gesto de culpabilidad—. Como saben, soy miembro del Centro Nacional de Inteligencia. De sobra conocerán también que nuestro cometido es recabar información importante en todas las cuestiones que puedan resultar sensibles para nuestro país, y ponerla en conocimiento de la administración, que actuará en consecuencia disponiendo de los mejores datos de juicio posibles —explicó ante la atenta mirada de Martina, que no le quitaba ojo—. Uno de los temas en los que, por desgracia, más trabajamos es el terrorismo, del que me encargo yo en especial. Venimos siguiendo una serie de hilos de información que nos han llevado a concluir que este verano Toledo podría ser objetivo de grupos terroristas radicales. Más concretamente, temíamos que pudiese ocurrir algo este fin de semana —confesó.

»Solo se trataba de una hipótesis sin pruebas concluyentes, por ello no se ha montado un gran dispositivo disuasorio, lo que convenimos fue establecer un operativo encubierto diseminado por toda la ciudad durante gran parte de la semana. Se trata de un numeroso grupo de agentes de paisano, mezclados entre los turistas para no llamar la atención. Yo era uno más, en este caso el encargado de la sección de infiltrados del CNI (a la que Izan también pertenece). Todos nos hospedamos en el hotel Abad. También participan en la operación muchos miembros de Policía Nacional y Guardia Civil, aunque se ha llevado todo con mucho sigilo, ni tan siquiera nosotros conocíamos el número exacto de personas involucradas —siguió explicando Dorian. Los atentados militares escrutaban cada palabra y cada gesto suyo como si fuesen máquinas de la verdad humanas. Martina, a su vez, mostraba un semblante de sorpresa ante el cual Dorian intentaba disculparse con la mirada, quedaba claro que no había sido honesto al cien por cien.

»Pero debo confesarles honestamente que, a estas alturas, no logro encontrar explicación razonable para lo que ocurre ni, sobre todo, para las cosas que hemos visto. A continuación les explicaremos lo que hemos vivido en primera persona durante los últimos tres intensísimos días —empezó Dorian—: Martina y yo nos vimos por primera vez en la azotea del Hotel Carlos V, en la madrugada del miércoles 22 al jueves 23 de julio...

—Y así es como hemos llegado hasta este punto —concluyó Dorian al cabo de unos veinte minutos, se sentía bastante desahogado al haber podido contar todo lo vivido. Miró a Martina, la cogió por la mano y volvió la vista al frente hacia los tres militares que, en silencio, intentaban procesar la información tan poco ortodoxa que habían recibido. Ellos, tan acostumbrados a protocolos estandarizados y pensamientos cuadrículados.

—Bien, señores. Les confesaré que en cualquier otra ocasión les habría tomado por locos, pero les creo —dijo el coronel—; mi ducha intuición me dice que lo que han expuesto aquí es lo que en realidad han vivido, resulta impensable que, sin previo aviso, hayan urdido semejante historia de manera improvisada y tan acompasada —comentó mirándolos fijamente a los ojos con infinita seguridad—. Además, todo lo que cuentan, aunque parezca un guion sacado de una película hollywoodiense, concuerda con las historias de los testigos y supervivientes de los ataques de la pasada noche. Pero, señores —siguió divagando en voz alta el veterano militar—, ¿qué demonios tenemos que hacer? ¿Esto es alguna nueva clase de terrorismo? ¿O se trata, como cuentan, de algún extraño asunto prodigioso o esotérico? ¿Algo relacionado con sectas satánicas, quizá...? ¿Con qué demonios nos enfrentamos? —terminó preguntando airadamente.

—Nosotros tampoco tenemos las respuestas que ustedes necesitan —dijo Dorian tomando la palabra—, lo único que tenemos es la pista a la que andábamos siguiendo el rastro hasta que ayer nos vimos inmersos en ese auténtico infierno que, como usted dice, bien podría ser un guion de película salido de una perversa mente, pero era impactantemente real. Fue demencial, señor —afirmó apesadumbrado, recordando mediante fugaces *flashes* las dantescas imágenes de la noche anterior—. Lo que sí le puedo decir, señor, es que creo firmemente que deberíamos seguir por el camino que íbamos, estábamos acercándonos a algo. Mi intuición me dice que estamos en la dirección correcta, es una corazonada. Debemos continuar con la siguiente pista, cuanto antes. Creo que es lo único relativamente fiable a lo que aferrarnos en estos momentos —concluyó Dorian.

—Están limpios —dijo uno de los doctores de pronto—, no hemos encontrado restos de la cepa *Yersinia pestis*, ni de su posible incubación.

—Eso es una buena noticia —dijo el coronel—; como ya habrán oído, hemos encontrado este agente patógeno en algunas de las víctimas de la

pasada noche. Algo del todo inexplicable, ya que al parecer se trata exactamente de la misma variante de la bacteria *Yersinia pestis* que asoló medio mundo en plena Edad Media. Este atroz hallazgo, junto con los asesinatos, por supuesto, ha sido lo que finalmente ha llevado al Estado Mayor a decidir que el ejército tomase el mando de la situación de manera preventiva, hasta saber qué es exactamente lo que está sucediendo aquí —explicó concienzudo—. Hemos diseñado un protocolo de actuación según el cual pasaremos por cada casa, hotel, edificio monumental y demás para hacer análisis a todas y cada una de las personas que se encuentren en este momento en el casco antiguo de la ciudad, hasta tener el asunto absolutamente controlado, al menos en ese sentido. En segundo lugar, les acompañaremos con el fin de ayudarles y protegerles mientras siguen con su extravagante búsqueda. Así que, díganme qué es lo que van a necesitar y cuando todo esté dispuesto continuaran lo que han dejado a medias. ¡Necesito respuestas, y las necesito ahora! —remató el coronel.

Los militares dedicaron el resto de la mañana a coger posiciones en puntos estratégicos desde donde poder obtener información del estado de las principales arterias del casco antiguo de Toledo. Pusieron hombres armados a modo de vigías en las cuatro torres del Alcázar, en la de la Catedral Primada, en el Monasterio de San Juan de los Reyes y en la Iglesia de San Ildefonso. Por supuesto, también los había en todos los accesos, así como en otros muchos torreones, campanarios de iglesias y terrazas de edificios de la ciudad con buen emplazamiento y perspectiva visual. En todos estos lugares colocaron cámaras de vigilancia para poder transmitir a los altos mandos en la base imágenes en directo de la situación de cada emplazamiento.

Otro operativo independiente, compuesto por un par de cientos de efectivos, recorría casa por casa, hotel por hotel, todas las calles de la ciudad para hacer análisis a todas las personas que encontraba y así intentar frenar de raíz una posible pandemia. De esta manera también identificarían a todos los que se encontraban en la ciudad, tanto si eran vecinos de allí como si eran visitantes ocasionales. Todos serían fichados y quedarían al descubierto posibles elementos de riesgo, si los había. Nada podía escapar al barrido de los militares, y nada dejarían a la improvisación, aunque hay cosas que no se pueden controlar...

Eran las siete de la tarde cuando todo estuvo preparado. La ciudad estaba en manos del ejército. Ni rastro de la bacteria de la peste por ninguna parte. Todas las personas que había tras los muros del casco histórico habían sido analizadas sin encontrar nada. La cepa tan solo se hallaba, inexplicablemente, en algunos de los cadáveres. Tras una clase rápida de nociones militares básicas, Martina y Dorian se fueron a casa de ella a descansar hasta la hora en que estaba previsto el inicio de la operación.

Con toda la ciudad controlada, soldados en posición en los torreones, terrazas y demás lugares estratégicos, las calles despejadas y las personas a salvo en sus casas, hoteles o apartamentos, se inició la Operación Catalina, como fue denominada por el ejército. Dorian ya veía por la ventana al grupo de Operaciones Especiales del Ejército de Tierra que los acompañaría, un equipo operativo de doce soldados, suboficiales y oficiales dirigidos por un capitán se aproximaba puntual a su cita en la puerta de la casa de Martina. Se trataba de los GOE, más conocidos como Boinas Verdes, uno de los grupos especiales más eficaces del mundo. Tras recogerlos se dirigirían juntos hacia el Monasterio de San Juan de los Reyes, a donde apuntaba la última de las pistas encontradas. Impresionada por la imagen de los soldados con sus ametralladoras, Martina salió del edificio junto a Dorian con una pequeña mochila a cuestas.

—Buenas tardes, señores —saludó el capitán poniéndose erguido—, ¿todo listo? —preguntó muy serio.

—Todo listo, capitán, estamos preparados —contestó Dorian, que sintió por un momento que marchaba a la guerra.

—En ese caso. ¡Adelante! —indicó enérgicamente.

De inmediato cuatro hombres pasaron al frente tras una señal con el brazo del capitán. Uno de ellos se adelantó unos veinte metros, mientras que los otros tres se quedaron parados en formación triangular, uno delante y dos atrás. Enseguida miraron a Dorian y a Martina, a quienes anteriormente habían enseñado que irían detrás de esos tres soldados, precedidos por el capitán. Estaban esperando a que se posicionasen. Cuando se colocaron en su lugar, otros cuatro soldados se pusieron en los costados, dos a cada lado, los cuatro restantes iban detrás en dos filas de dos, cerrando el grupo.

El día se estaba volviendo algo grisáceo, las nubes cerraron el cielo

impidiendo que se filtrasen los rayos de sol de aquella tarde veraniega, lo que restaba gran cantidad de luz. El equipo operativo de los Boinas Verdes, con Martina y Dorian en el centro, avanzaba siguiendo la ruta trazada previamente: por la calle Juan Labrador para torcer al final a la derecha hacia la calle Trastámara, de ahí subirían por la cuesta de la Mona hasta la calle Tornerías. De esta, a la calle Martín Gamero, luego pasarían por la calle del Hombre de Palo hasta la calle de la Trinidad, después la de Santo Tomé, y más tarde la del Ángel hasta llegar a la calle de los Reyes Católicos, ya frente al Monasterio.

La gente de las primeras plantas miraba asustada por las rendijas de las ventanas sin saber qué estaba ocurriendo realmente. La desinformación e incertidumbre era su peor enemigo. Los informativos especiales de todas las cadenas nacionales, y otras muchas internacionales, intentaban encontrar explicación a lo que estaba sucediendo en Toledo, sin éxito. Se especulaba con toda clase de cosas, terrorismo, una pandemia letal. Pero ninguno acertaba a contar lo que realmente pasaba con respecto a la bruja Catalina, la gente ni tan siquiera se lo podía imaginar.

Los soldados avanzaban a buen ritmo, liberados ya de las máscaras que portaban por la mañana a causa del riesgo de pandemia. Al no encontrarse ninguna persona contagiada, el nivel de alarma había bajado de forma notable. Tan solo llevaban en las mochilas unas pequeñas mascarillas de plástico transparente con un filtro, junto al resto de material, por si llegado el momento hiciese falta usarlas si detectaban un nuevo riesgo de contagio. El soldado que iba delante abriendo el camino se paraba en cada confluencia de calles, y miraba a ambos lados apuntando con su ametralladora hasta indicar con un gesto a los demás que estaba todo en orden. Las calles parecían tranquilas, nada hacía presagiar que fuese a ocurrir algo malo. El único sonido que rompía la calma del grupo —que, nueve minutos más tarde ya bajaba por la calle de Santo Tomé— era el del helicóptero que a cada poco tiempo sobrevolaba la posición de las fuerzas de élite del ejército español.

A mitad de trayecto, un dron se incorporó a la retaguardia del grupo. Seguía su trayectoria gracias a una pulsera rastreadora que llevaba uno de los últimos soldados, también podía moverlo manualmente con el mando que portaba en su mochila. El dron los seguía de forma autónoma, proporcionando una visión perfecta de cuanto ocurría a los altos mandos en Zocodover. Estaban ya en el último tramo de la calle del Ángel, desde donde

se podían apreciar no muy lejos los pináculos en forma de cirios del monasterio. Martina se sentía ciertamente intimidada, era el centro de aquella suerte de despliegue realizado en torno a su persona y a sus capacidades intelectuales. Esto no hacía sino sumarle más presión. Dorian la cogía con afecto de la mano cuando la miraba a la cara e intuía la preocupación reflejada en su rostro.

Mientras rodeaban el monasterio vieron al militar apostado en la parte más alta del torreón que, asomado con su ametralladora, custodiaba la llegada del grupo. Se colocaron en la cara de la puerta principal actual, en la relativamente nueva explanada que conforma la plaza de los Reyes Católicos (originalmente se entraba por la parte inferior, por los pies de la nave, tras bajar unas escaleras que salvan el desnivel hacia el puente de San Martín). Estaban justamente enfrente de donde se encuentran colgadas las simbólicas cadenas de los cristianos liberados en Andalucía tras la batalla de Granada. Martina abrió su pequeña mochila y sacó uno de los documentos encontrados en tan surrealista búsqueda.

—¿Y bien? Ordene y mande, señorita —invitó el capitán, que desplegó a su unidad por toda la plaza, quedando allí únicamente Dorian, Martina y él mismo.

«Fastuoso sepulcro simulado, rodeado por pináculos a modo de cirios, se alza solemne asomado al Tajo, celebrando la victoria de Toro. Tres son las cadenas cristianas donde deberás buscar, que juntas cuelgan del lugar entre las demás», leyó para sí; después alzó la mirada hacia la fachada para observar las cadenas.

—Bien, según la última pista, debemos buscar tres cadenas cristianas que cuelgan entre las demás. Si os fijáis —explicó Martina—, la mayoría de las que cuelgan están colocadas por parejas, es decir, de dos en dos, y en algunos pocos casos solas. Pero según esta pista hay tres que cuelgan juntas entre las demás, así que hay que localizarlas —dijo acercándose a la fachada.

Tras unos cuantos segundos mirando los tres hacia arriba, el capitán sugirió:

—¿Quiere que acerque el dron hasta la altura de las cadenas?

—¡No hará falta, ya las he encontrado! —exclamó Dorian—. En la serie de cadenas que llega más arriba en la fachada, en la tercera fila, si se cuenta de arriba abajo. La segunda de izquierda a derecha tiene tres cadenas. Apenas se ve, porque la tercera se encuentra detrás de las otras dos, que la tapan, pero

es ahí, sin duda, hay tres cadenas con sus grilletes —explicó.

—Es cierto, hay tres cadenas —dijo el Capitán—, buena vista.

—Muy bien, pues ahora tendremos que llegar hasta ellas —dijo Martina.

Uno de los soldados de la unidad de los GOE se introdujo en el monasterio, subió hasta la pequeña terraza, por así llamarla, que hay justo debajo del torreón. Aseguró una cuerda de escalador y en un instante ya se estaba descolgando haciendo rápel por la fachada, tratando de llegar a la altura donde se encontraban las tres misteriosas cadenas. Su compañero encargado del dron sacó el moderno mando de control remoto y lo puso en modo manual. De esa manera podrían seguir al detalle desde la pantalla del mando a distancia todos los pasos del soldado que se estaba descolgando.

Ya se encontraban, tanto el soldado como el dron, frente a las tres cadenas, que impertérritas habían esperado durante siglos la llegada de un curioso en su busca. Un curioso que diera el debido valor a la información que atesoraban. Martina, Dorian y el capitán se arremolinaron alrededor del soldado que dominaba aquel aparato volador de última generación.

—Ya estoy frente al juego de tres cadenas, ¿qué comprobación debo realizar? —preguntó el soldado por el dispositivo de comunicación que llevaba y que Martina y Dorian escuchaban a través del que portaba el capitán.

—Comprueba con mucho cuidado si las cadenas tienen algún tipo de inscripción o grabado, comprueba también si hay algo detrás suyo, directamente en la fachada —indicó Martina acercándose al micrófono del capitán para guiar al soldado—. Algunas de las otras pistas que hemos encontrado estaban escritas en viejos papeles escondidos. Pero también hemos hallado otras en forma de acertijos y pistas ocultas a simple vista, así que esta pista podría presentarse de cualquier forma... —dijo sin quitar ojo a la manipulación y análisis que el soldado comenzaba a hacer de las cadenas de forma minuciosa.

—¿Encuentras alguna diferencia entre las tres? —preguntó Dorian.

—A simple vista, no —contestó el soldado—, parecen hechas del mismo metal, ahora oxidado, el peso resulta similar, son bastante rudimentarias.

—Observa la piedra donde están ancladas y, sobre todo, el material que la une a las demás, intenta rascarlo para ver si oculta algo —dijo Martina.

—Creo que es imposible rasparlo, está demasiado compactado, no creo que haya nada ahí —concluyó el soldado.

—¡Trata de tirar de las cadenas hacia ti! —gritó Dorian de repente.

—Lo intentaré.

Con la posición asegurada y los pies apoyados en la fachada de San Juan de los Reyes, se aferró a las tres pesadas cadenas que pendían de la pared, ancladas en el mismo punto por una especie de alcayata enorme. Comenzó a elevarlas hasta que quedaron completamente tirantes en paralelo al suelo, pero no parecía que ocurriera nada, no se movían en absoluto, hasta que.

—¡Ceden! —gritó mientras tiraba con toda su energía el soldado—, ¡están cediendo! —repitió.

—¡Sigue así, tira con todas tus fuerzas! —lo animó Martina esperanzada.

—¡Lo tengo! —gritó finalmente el soldado cuando consiguió desenganchar las tres cadenas de la pared como quien tira de una planta hasta extraer la raíz.

—Buen trabajo —dijo el capitán.

Martina no quitaba ojo a las cadenas que el soldado acababa de arrancar de la pared, había algo enganchado, algo que había permanecido oculto hasta entonces. Cuando el soldado bajó hasta el suelo descolgándose rápidamente, Martina cogió las cadenas con celeridad. Vio claramente lo que traían atado del extremo surgido de la pared del bello monasterio, y enseguida le recordó al precario saquito que guardaba la pista oculta bajo el puente de Alcántara. Era muy similar. Estaba unido al extremo de la gruesa alcayata con una cuerda muy apretada, siendo el saquito alargado y más fino que la propia alcayata, para que en el momento en que tirasen de las cadenas saliese sin problemas.

—Creo que hemos encontrado lo que buscábamos —dijo Martina—, ¿tenéis una navaja? —preguntó a continuación. En apenas uno o dos segundos se encontró con tres a su disposición, la del capitán, la del soldado del dron y la del que se estaba quitando el material de rapel.

—Gracias... —dijo impresionada cogiendo el puñal del capitán.

Comenzó a cortar con suma delicadeza el apretado cordel que seguía desempeñando su función inicial con relativa dignidad, tantos años después no estaba demasiado deteriorado. Una vez quitado, sacó el extremo de la gorda alcayata del inicio del saquito y dejó las cadenas por fin en el suelo. Abrió el continente casi emocionada para vislumbrar su contenido.

—Cómo no... otra nota —musitó irónicamente, con una media sonrisa de complacencia. Comenzó a leer a media voz con la máxima atención de sus

acompañantes.

Mi sacrificio será terrible, comerciar con mi alma a cambio de proteger mi querida ciudad. Gustosamente me entrego, le dije a aquel precioso espíritu que en busca de mi ayuda vino. Me susurró lo que tengo que hacer con todo detalle, dejándolo de forma mágica grabado a fuego en mi mente. No tengo la más mínima duda sobre mi cometido. La suerte está echada. De la mano de la oscuridad, yo acabaré con los que acabar con Toledo quieren...

El martes 22 de marzo de 1616 arrasaré en la plaza de Zocodover con todo aquel que, de forma interesada, declarará en mi contra por un puñado de monedas, ayudando sin saberlo a un plan oculto que lleva años fraguándose en los sótanos y cuevas de la ciudad. Un plan que pasa desapercibido para la mayoría y que un grupo de musulmanes (supuestos conversos fervientes al cristianismo), con la financiación de judíos usureros (movidos por el interés puro y la rabia por el trato recibido) y la ayuda de un puñado de cristianos resentidos y traidores llevarán a cabo. Aquellos que declararán en mi contra matarán al rey durante una visita a Toledo, con un pequeño ejército de unos doscientos hombres que por lo sorpresivo resultarán muy peligrosos. Pero aún lo son más los miles de efectivos que, enfervorecidos, esperan la señal de que Toledo ha sucumbido para cruzar el estrecho y arrasar con todo lo que encuentren en su camino, hasta llegar a la mitad de la península en un ataque relámpago. Con la certeza de tener Toledo en sus manos, allí se rearmarán y prepararán el asalto a Madrid y luego al Norte.

Pero no lo conseguirán, porque yo cortaré la enfermedad de raíz, en su inicio. La malévola bruja asesinó a más de doscientas personas inocentes... dirán las crónicas que se atrevan a comentar el diabólico suceso. Entregaré mi alma al diablo y mi honor haré añicos ante mi gente, pero tal sacrificio será apetecible con tan solo saber la desgracia que ahorraré a mi pueblo.

El miedo atroz que despertará dicho suceso, contado desde la lejanía como un susurro siniestro, incluso calmará las pretensiones de la revuelta preparada al otro lado del estrecho. Darán por sentado que los dioses, o en este caso el demonio, se han manifestado poderosos en contra de tal ofensiva. Los que alguna duda tengan sobre a quién apoyar en caso de

una nueva guerra, de pronto la verán despejada. Las aguas volverán a su cauce natural y la historia de España pondrá un punto y aparte, corriendo un tupido velo a este asunto, para comenzar una nueva y renovada andadura. Al menos por un largo tiempo...

—Dios mío. ¿Os dais cuenta de la importancia que tendría, de ser verdad, lo que acabamos de descubrir? —preguntó Martina a Dorian y al capitán, que estaban a su lado boquiabiertos.

—Parece hablar de alguna clase de revuelta social o plan rebelde que se estaba fraguando en una pequeña fracción de la ciudadanía, ¿verdad? —comentó Dorian.

—O incluso algo más, diría yo... —afirmó Martina intrigante—. De ser verdad, Catalina Sánchez evitó claramente un conato de invasión cuyo único objetivo era la reconquista de España por parte de los musulmanes, ¡y valiéndose de un pacto con el diablo! ¡Es increíble! Explicaría muchas cosas... —aventuró alucinada—. Reescribiría una parte de la historia española y, por supuesto, la ciudad y el país le deberían estar sumamente agradecidos. Esto supera todo lo que yo podría haber llegado a imaginar acerca de esta fabulosa e inquietante historia —aseguró Martina enfervorecida—. ¿Qué más sorpresas nos deparará?, porque está claro que aquí no acaba todo. Esto explicaría el pasado, pero ¿qué tiene que ver con lo que ocurre en la actualidad?

Tras una pausa para tomar aire, les preguntó:

—Debemos tratar de completar y comprender este ancestral puzle varado en el tiempo, pero con siniestro presente. ¿Estáis listos para escuchar la siguiente pista?

Erigida cuando estaba prohibido, como excepción de Pedro I, tal era el poder de la aljama de Toledo. Entre zocos y callejones con puertas y cierres en plena calle, se encuentra, protegida por la muralla de la judería con sus adarves.

De manos de Samuel Ha-Leví, a la Orden de Calatrava. Seis son los tirantes que la sostienen, pero solo en uno deberás buscar.

—Bien. Esta pista habla de la última sinagoga que se construyó en Toledo, aun estando prohibido por ley hacerlo debido al control exhaustivo de las

minorías étnicas. Pero existía un punto de la ley que permitía a la Corona hacer excepciones a la norma —comenzó diciendo Martina—. Se erigió por orden de Samuel Ha-Leví, un importante miembro de la comunidad judía de la época, que incluso trabajó como tesorero para el Reino de Castilla durante el reinado de Pedro I —siguió explicando ante la atenta mirada de los demás, pasmados ante la erudita exposición de la brillante historiadora—. Tras la expulsión de los judíos en 1492, pasó a manos de los Reyes Católicos y estos la cedieron a la Orden de Calatrava. Por supuesto, se sitúa en la judería, donde nos encontramos, que en aquella época disfrutaba de la protección de su propia muralla dentro de la ciudad, está aquí cerca, apenas a unos cuatrocientos metros. Llegaremos en unos tres o cuatro minutos. Se trata sin lugar a dudas de la famosa sinagoga del Tránsito. En la actualidad contiene el Museo Sefardí, es decir, el museo de la historia, objetos y costumbres de los judíos españoles —terminó dejándolos a todos embelesados.

—Capitán... —dijo una voz femenina que surgió del transmisor—, una patrulla que pasaba frente a un hotel ha encontrado una extraña señal en su puerta. Me comunican que hace apenas dos minutos no existía.

—¿Cómo? ¿De qué marca se trata? ¿Una pintada o algo así? —preguntó extrañado.

—Un momento, mi capitán. Sí. Me acaban de decir que ha ocurrido lo mismo en el otro extremo de la ciudad —comunicó preocupada la soldado—. ¡Una tercera marca idéntica en el centro! No dejan de aparecer por todos lados. ¡Ya hay cinco, señor! Me comunican que surgen de la nada, como por arte de magia.

Escucharon aquella noticia perplejos, Dorian y Martina se hablaban con la mirada.

—Infórmeme cuando sepa la cifra exacta y su ubicación —exigió el capitán intrigado.

—Capitán, los altos mandos han enviado patrullas a todos los lugares marcados a modo de control y contención, hasta que averigüen la procedencia y el significado de las señales —informó la radioperadora.

—Entendido, bien hecho, manténme informado de cualquier novedad y mándame una foto de una de esas marcas en cuanto dispongas de ella. —Acto seguido, se dirigió al grupo—: Debemos movernos, ¡ahora! Algo está sucediendo y tenemos que acabar con esto de una vez por todas —concluyó a viva voz.

Terminaron de recoger el material de escalada y de nuevo se colocaron en la misma formación con la que llegaron. El día cada vez era más oscuro, apenas eran las nueve, pero los nubarrones negros cargados de agua habían ganado la partida a la luz, que desaparecía inexorablemente. Ya se intuía la tormenta llegar con fuertes truenos que precedían a los prodigiosos rayos. Se movían por la calle de los Reyes Católicos en dirección a la Sinagoga del Tránsito dejando atrás el Monasterio. Al alejarse Martina miró nerviosa al soldado apostado en la torre, este saludó al grupo con un gesto de la mano a modo de despedida justo cuando las campanas indicaban el cambio de hora. La expectación en el grupo era patente, algo empezaba a suceder en la ciudad y ellos seguían sin encontrar la luz al final del túnel en tan singular búsqueda. Algunas gotas gordas comenzaron a dejarse notar, no se trataba del mejor escenario para el dron y el soldado encargado del mismo lo sabía y lo miraba con desasosiego. Martina miró por el rabillo del ojo un escaparate de antigüedades por el que pasaron, pensaba en lo complicado que era entender cada una de las épocas que había vivido la ciudad, cada cual con su contexto social, político y coyuntural.

A unos escasos veinte metros por delante de ellos, algo asomó por un pequeño recodo de la estrecha calle escondiéndose rápidamente al ver semejante comitiva. El soldado que iba a la cabeza, al percatarse, avisó con un gesto de la mano al resto, que enseguida alzaron sus ametralladoras, preparados para utilizarlas si fuese necesario. Cuando el primero de los boinas verdes llegó al rincón y se asomó descubrió que no había nada, pero pudo observar una puerta abierta que daba a un recinto ajardinado cuyos altos cipreses sobrepasaban holgadamente los muros del lugar. Tras asomarse a dicha puerta y cerciorarse de que no había nadie detrás, salió y leyó la inscripción que había en unos azulejos incrustados en la pared, a la izquierda de la puerta:

—«Santa María la Blanca, Monumento Nacional, Antigua Sinagoga del siglo XII» —dijo el joven soldado, con el resto del grupo ya detrás de él.

—Así es, desde mi punto de vista es la sinagoga más bonita de la ciudad. En la actualidad es propiedad de la Iglesia Católica —dijo Martina agarrando a Dorian por la mano.

—Creo que alguien puede haber entrado aquí —informó el soldado que

había visto algo asomarse por la esquina.

—Entrad vosotros tres y echad un vistazo —ordenó el Capitán—, pero rápido.

Los tres primeros soldados se adentraron en el recinto sin dudar, caminando entre los árboles hasta la entrada de la sinagoga propiamente dicha. Mientras uno se preparaba para abrir la puerta los otros dos apuntaban al interior. No encontraron nada detrás, así que se adentraron finalmente en la sinagoga mientras el primero les cedía el paso antes de seguirles. Los tres se desplegaron en fila separados unos de otros un par de metros, tratando de abarcar el máximo espacio posible. Al ver el interior del edificio de estilo mudéjar, constituido por cinco naves separadas por pilares sobre los cuales descansaban arcos de herradura, con sus paredes lisas e impolutamente blancas que recordaban a una mezquita, se dieron cuenta de lo bella que era. Sintieron de inmediato que irradiaba una paz inconmensurable, no sabían explicar por qué, pero sentían buena energía. Finalmente abarcaron tres de las cinco naves, avanzaban sigilosamente con mucha precaución y sin dejar un solo rincón sin mirar. Apenas había luz en el exterior, por lo que el fondo de la mezquita estaba bastante oscuro. De pronto, algo se movió allí dentro provocando la máxima tensión en los boinas verdes, que respiraban aceleradamente al tiempo que sus cuerpos fabricaban adrenalina en abundancia.

De nuevo otro movimiento hizo que los tres se dirigiesen directamente a la esquina izquierda, por donde habían visto algo. Dejaron atrás las blancas columnas, según avanzaban había menos luz, por lo que encendieron las linternas de sus armas. La situación era inquietante, tan solo se veían los tres pequeños haces de luz que registraban cada punto del interior de la sinagoga. Solo quedaba ya una columna tras la que podía esconderse alguien. Los tres lo sabían y se miraron para avanzar hacia ella, cada uno por un lado. Cuando estaban a punto de rodearla a la vez, algo se abalanzó sobre uno de los soldados, que, gracias a Dios, pudo reprimir el primigenio acto reflejo de disparar cuando aquel niño se le lanzó encima intentando golpearle aterrorizado. El soldado lo agarró fuerte por los brazos hasta que el niño se cansó de bracear y exhausto empezó a jadear más tranquilo.

—No tienes nada que temer, somos de los buenos —dijo al pequeño.

—Estamos aquí para ayudar a la gente como tú —comentó otro—. ¿Quién eres y por qué huyes?

—Me llamo Julián, huía por miedo... —musitó el pequeño, de unos nueve años, tras un silencio reflexivo de varios segundos, con patentes signos de nerviosismo—. He salido a la calle un momento para apenas cruzarla e ir a casa de mi abuela, pero he visto una mujer que me ha asustado mucho —contaba con ojos de estupor—. Iba completamente vestida de negro, era alta y me ha mirado directamente a los ojos. Por eso he echado a correr y de pronto me he encontrado con vosotros que veníais en mi dirección. —El niño poco a poco respiraba de forma más calmada.

—Julián, ahora ya no tienes nada que temer. Solo dinos dónde has visto a esa mujer tan horrenda —le pidió el soldado al tiempo que lo liberaba.

—No tengas miedo, nosotros somos tus amigos —dijo otro.

—Venid, es aquí al lado —dijo el niño, y comenzó a andar hacia la calle haciéndoles un gesto para que le siguieran.

—Espera, Julián —dijo el tercer soldado—, déjame ir delante, nuestros compañeros están en la puerta esperándonos.

Así, el soldado se colocó el primero para salir de la sinagoga María la Blanca sin causar un sobresalto al resto de la unidad; les explicaron lo ocurrido antes de continuar la marcha tras el niño, que les indicaría el lugar exacto donde había visto a ese ser oscuro.

—¡Es aquí mismo! —dijo el niño que caminaba apresurado delante de los soldados.

—No te alejes, espera a que lleguemos todos juntos —le dijo de manera protectora el soldado que iba primero, sobre el que poco antes se había abalanzado pataleando.

Unas casas particulares colindaban con la sinagoga y justo enfrente se encontraron con una coqueta placita a la izquierda. Las copas de los árboles se movían molestas por el viento racheado que las barría a cada poco acompañado de unas escasas gotas de lluvia. Todo estaba absolutamente desierto. Martina se decía a sí misma que nunca había visto la ciudad de semejante forma, la entristecía sobremanera.

—Veis... —dijo el niño con algo de miedo al recordarlo—, estaba ahí, justo en el centro de la plaza, no se movía, solo me miró —contaba mientras un escalofrío recorría su espalda.

De pronto el móvil del capitán vibró, raudo se echó la mano al bolsillo que lo contenía y lo extrajo. Se trataba de un mensaje con una imagen.

—Esperad, me han mandado una foto de la extraña marca que está

surgiendo en las fachadas de muchos hoteles —dijo acercando el terminal a la cara de Dorian y Martina.

—¡Julián, ven aquí inmediatamente! —gritó una voz surgida de una de las casas de las inmediaciones rompiendo el silencio mientras el agua comenzaba a caer de forma más intensa y molesta.

Antes de marchar, el niño miró al soldado que lo había agarrado y con rostro agradecido se despidió sin decir nada, hablándole con la mirada, luego salió corriendo para ponerse a salvo.

—Señor, no creo que haga falta que nos la enseñe —dijo uno de los militares que se habían quedado en la retaguardia sin subir a la plaza, en la estrecha calle por la que venían. Asombrado, señalaba con la mano en la que no llevaba la ametralladora hacia el hotel San Juan de los Reyes.

Todo el grupo se apresuró a llegar a su altura para contemplar la inquietante marca. Se trataba de una señal de grandes proporciones grabada literalmente a fuego en la fachada. Tenía forma de seis, pero de él también surgía un rabito desde la derecha y hacia abajo que lo convertía en un nueve, es decir, los dos números en un solo símbolo, un círculo que hacia arriba era un seis y hacia abajo un nueve. La unidad al completo quedó totalmente impresionada, no sabían qué diantres significaba aquella alarmante marca, pero parecía una advertencia. Tan solo unos segundos antes, al llegar a la placita, prácticamente enfrente del hotel, no habían visto nada, y ahora de repente se encontraban con aquella rúbrica insólita.

—Que manden un grupo de prevención al hotel San Juan de los Reyes —dijo el capitán por radio rompiendo el silencio tenso fruto del turbador descubrimiento. Los soldados miraban por todos lados intentando ver al causante de tan sorprendente aviso—. Continuemos —concluyó, serio pero sereno, sin apartar la vista de la fachada del hotel mientras sus soldados pasaban frente a él.

La lluvia ya caía de forma rabiosa cuando llegaron a la puerta de la famosa Sinagoga del Tránsito, apenas cien metros más allá del hotel. Como era de esperar, la puerta estaba cerrada, el Capitán —con un simple gesto con la mano y la cabeza— mandó a uno de sus soldados a abrirla.

—Puedo llamar al responsable del museo para que nos abra.

—No tenemos tiempo para florituras —contestó secamente el capitán cortando a Martina, que puso gesto de enojo.

Apenas pudieron ver cómo lo hacía, el soldado se acuclilló en la puerta y

en menos de diez segundos se hallaba abierta, dejando absolutamente boquiabiertos a Martina y a Dorian, que se miraban mientras los soldados entraban y se desplegaban por la histórica edificación. Uno de ellos localizó en un periquete el automático de la corriente eléctrica gracias a la linterna de su arma. El interior de la Sinagoga del Tránsito se iluminó en todo su esplendor ante sus ojos. Se hallaban en el centro de la Gran Sala de Oración, empapados, mojando todo el pavimento a su alrededor. Giraban sobre sí mismos y daban vueltas examinando los preciosos acabados de aquel místico lugar con planta rectangular y techumbre con armadura de madera de par y nudillo, con tirantes dobles en madera de conífera. En la parte frontal se encontraron con el bellísimo muro de Hejal o muro sagrado, donde se depositaban los rollos de la Ley o Torá dentro de un arca (Hejal). Estaba protegido por una cortina dorada y un tapiz rojo. Se trataba de una magnífica decoración en yesería tallada a modo de retablo con motivos vegetales y geométricos, compuesta por tres paños verticales. En los laterales superiores, unos ventanales alternaban arcos cegados con otros ojivales decorados con lacerías, que permitían el paso de la luz muy tamizada. Bajo el muro sagrado, un pequeño fragmento del pavimento original dejaba ver cómo era antiguamente, hecho con barro cocido y vidriado. El lugar estaba lleno de preciosas inscripciones en hebreo y en árabe, además de varios escudos heráldicos.

—Vamos allá... —dijo Martina sacando con premura del resguardo de su bolsito el escrito encontrado en el Monasterio de San Juan de los Reyes—. «Erigida cuando estaba prohibido, como excepción de Pedro I, tal era el poder de la aljama de Toledo. Entre zocos y callejones con puertas y cierres en plena calle se encuentra, protegida por la muralla de la judería con sus adarves. De manos de Samuel Ha-Leví a la Orden de Calatrava. Seis son los tirantes que la sostienen, pero solo en uno deberás buscar» —leyó de nuevo—. Ya estamos en el lugar indicado, pero tenemos un problema —dijo apesadumbrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó el capitán.

—Aquí habla de seis tirantes, e indica que deberíamos mirar en uno de ellos. Nos intenta decir, si no me equivoco, que la siguiente pista debe estar en su interior. Bien, los tirantes son esas enormes vigas que cruzan el ancho de la sala justo por debajo de la techumbre y ayudan a sostener la estructura —explicó Martina mientras señalaba con la mano hacia arriba—. El

problema es que no son seis, sino cinco, y dobles, es decir... diez. Y aunque fuesen seis, no indica en cuál de las seis debemos buscar.

—¡Maldita bruja juguetona! —rezongó el capitán.

—Martina, trata de concentrarte, seguro que encuentras una explicación —la animó Dorian tiernamente cogiéndole las dos manos y mirándola a los ojos, repleto de amor y confianza.

—Lo intentaré... —suspiró ella mirando hacia arriba.

Los altos mandos seguían desde la base en el piso de Zocodover cada uno de los acontecimientos que ocurrían esa imprevisible noche de verano en la ciudad de las tres culturas. Desde su guarida observaban las cámaras fijas en las que apenas podían ver algo bajo la tormenta que azotaba las calles desiertas, impropias de un enclave tan turístico. Por la cámara del dron veían lo que ocurría en la Sinagoga del Tránsito, en ese momento comprobaban de cerca con el artilugio volador las vigas de las que hablaba Catalina Sánchez. Buscaban cualquier indicio o pista acerca de dónde había escondido la siguiente nota. En un segundo plano estaba Martina, apoyada contra la pared y con las manos en la sien, intentando descifrar junto a Dorian lo que se le escapaba a la hora de entender aquel último mensaje.

Las tropas se habían desplegado por medio casco antiguo, tomando posiciones ante las sutiles pero amenazadoras señales que habían aparecido en más de diez lugares diferentes, curiosamente solo en hoteles. Los turistas, que no hallaban explicación razonable a lo que pasaba a su alrededor, se atrincheraban en sus habitaciones pegados a la televisión, mirando atemorizados los programas especiales que emitían en directo por todas las cadenas nacionales e internacionales. Nadie sabía a ciencia cierta lo que ocurría entre aquellos muros, testigos de tantos y tantos acontecimientos únicos en la historia de nuestra frágil civilización que, recelosa, no sabía a qué atenerse. Muchas eran las especulaciones que se lanzaban en los canales más sensacionalistas, asustando aún más si cabe a los pobres turistas que tan solo buscaban disfrutar del placer de vivir la cultura y el buen hacer de la comida toledana con su variopinta oferta de bares y restaurantes. Algunos bajaban al *hall* de sus hoteles a pedir información sobre lo que ocurría. Por la tarde les habían obligado a hacerse unos análisis de sangre sin explicarles prácticamente nada, alegando que era un proceso rutinario, nada más. Al ver

que los soldados se apostaban tanto dentro como fuera de los hoteles marcados, subían corriendo de nuevo a sus habitaciones acobardados, les daba la impresión de que iban a ser asaltados en cualquier momento. Muchos habían oído hablar de los salvajes ataques de la noche anterior en las calles, pero no se sabía muy bien qué o quién era el responsable del reguero de fallecidos, a cuál en más extraña y funesta circunstancia. Los que habían sobrevivido contaban lo ocurrido como si de una historia de terror se tratase.

Thair estaba tumbado en la cama de la habitación de su hotel, seguía con preocupación por la televisión la evolución de los acontecimientos. Su madre había muerto seis años antes, ella era española y su padre era egipcio, se habían divorciado tiempo antes de su defunción. Por eso su padre, que había venido a España únicamente por amor, volvió a su tierra, a sus raíces. Igual que Thair, al quedarse sin el amparo de su madre y con un porvenir más que dudoso y problemático, decidió marcharse en busca de su progenitor a Egipto, un lugar que él apenas conocía. Cada vez que podía le gustaba volver a visitar a la familia de su madre y a los amigos que había dejado en Toledo.

La gran mayoría vivían en una urbanización cercana, donde él mismo había desarrollado gran parte de su vida. Pero Thair prefería hospedarse en el casco antiguo de Toledo, del que estaba perdidamente enamorado desde niño. Desde allí se desplazaba a tantos lugares como personas quisiera visitar. También conservaba muchas amistades en la misma ciudad, con las que salía por las noches a cenar y tomar una copa cada vez que venía.

Pero esa noche sería distinto, no podría hacer nada porque se encontraba en pleno corazón de la crisis que sacudía Toledo, en el hotel Alfonso VI, junto al Alcázar. Su habitación, con una cuidada decoración castellana, estaba en la tercera planta y era lo suficientemente confortable como para hacer las delicias de los visitantes. Había una puerta que daba paso a un estrechísimo balcón con unas vistas difícilmente mejorables. De frente se podía contemplar la calle Cuesta de Carlos V hasta más allá de Zocodover, en la calle Armas. Delante, a su derecha, se alzaba el portentoso Alcázar, sede del Museo del Ejército y de la Biblioteca de Castilla-La Mancha, esta última ubicada en la planta superior, ocupando las cuatro torres, y precisamente se entraba por la de enfrente mismo del hotel.

Thair se levantó de la cama inquieto y se acercó a la ventana porque había

escuchado gritos que procedían del exterior. Abrió la puerta exponiéndose por un momento a la virulencia de la lluvia que el viento lanzaba con rabia contra la fachada del hotel. Cuando se asomó cubriéndose el rostro con el brazo en esa inhóspita noche tormentosa, lo único que vio en un principio fue el resplandor de los rayos que sacudían la ciudad, pero al mirar hacia abajo pudo observar algunos soldados apostados en la puerta y otros que entraban en el *hall*; parecían hacer guardia, por alguna razón que desconocía. Al fijarse bien se quedó atónito, algunos señalaban algo que había en la fachada. Cuando vio la señal, prendida de fuego entre la lluvia, presagió algo terrible, se introdujo de prisa en la habitación y cerró la puerta a cal y canto. No entendía qué diantres era aquello, pero tuvo un mal presentimiento.

—Señor, creo que debería venir a ver esto... —dijo el alférez al coronel Julián Bergara en el centro de mando de la operación, en Zocodover.

—¿Qué es lo que ocurre ahora? —refunfuñó entre dientes el curtido militar, que se encontraba reunido en una de las habitaciones con otros colegas visionando las grabaciones de las cámaras de vigilancia.

—Siento interrumpirles, pero deben venir enseguida —insistió muy serio el joven. Al observar ese rostro severo, el coronel se levantó de inmediato seguido por los demás.

Llegaron hasta la puerta de cristal por la que se accedía al gran balcón con vistas privilegiadas de la plaza de las Bestias.

—Es ahí... en el centro de la plaza... —dijo señalando con el dedo índice de forma timorata, llegando a tocar la cristalera.

—¿Es ahí? ¿El qué...? —preguntó el coronel sin entender a qué se refería aquel joven con cara de estupefacción.

En el momento de decir esas palabras, y como por acto reflejo, su mirada atravesó el cristal y viajó desde el balcón hasta enfocar el centro de la plaza, el agua caía sobre ella a borbotones. Donde no debía haber nadie, de pronto le pareció ver algo, una silueta oscura. Poco a poco se acercó al cristal hasta casi tocarlo con su nariz aguileña. Sus viejos ojos se afanaban por dejar atrás las inevitables taras de la edad, y así poder ver con precisión lo que se alzaba en mitad de la plaza de manera intimidatoria. El coronel abrió los ojos asombrado en el momento que un chispazo en su mente le hizo entender lo que tenía ante sí. Sin articular palabra abrió la puerta del balcón dejando

entrar el aire y la lluvia en la habitación. Salió sin pensárselo un segundo, con la mirada absolutamente enfocada en aquel ser oscuro que desde la lejanía parecía retarlo con la suya. Se aferró con las manos a la barandilla de metal con el aire moviendo su cabello cano ante el asombro de los que salían tras él. Un relámpago atravesó el cielo en ese mismo instante, le siguió un trueno sobrecogedor, que más que un trueno parecía un sonido salido del infierno. Si tenía algún tipo de duda sobre quién estaba en el centro de la plaza, cuando su cuerpo sufrió una combustión espontánea y se vio envuelto en una especie de espiral de fuego blanquecino, casi mágico, que giraba a su alrededor, le quedó meridianamente claro. La tenían a unos pocos metros, se trataba a todas luces de lo más increíble que sus pragmáticas mentes habían procesado. La bruja medieval Catalina Sánchez, o su espíritu al menos, hacía acto de presencia, y por la puerta grande.

Mientras tanto, en la Sinagoga del Tránsito Martina hacía lo posible por desenmarañar el misterio de las vigas. Algo no le cuadraba, pero no conseguía descubrir qué era. Por más que se obcecaba en recordar las reconstrucciones y restauraciones que, según sus conocimientos, se habían llevado a cabo en aquella importante edificación, pensaba que desde un principio las vigas habían sido las mismas que, frustrada, miraba sin parar hasta que le molestaban las cervicales.

—Siempre fueron diez... siempre lo fueron —se decía a sí misma en voz baja mientras observaba el suelo con los ojos abiertos, perdidos, navegando en mitad de su imaginación—. Un momento... —dijo de pronto llamando la atención de Dorian y varios soldados—, estoy segura de que siempre fueron diez, entonces ¿por qué decir «Seis son los tirantes que la sostienen, pero solo en uno deberás buscar»? —se preguntó.

—¿Ni idea, por qué crees que lo dice de esa manera? —se interesó Dorian.

—Si te das cuenta, no solo no dice el número correcto de vigas que hay, sino que además, suponiendo que realmente fueran seis, no dice en cuál de esas seis hay que buscar —continuó con su elucubración la apuesta historiadora—; ¿por qué?, porque, como te digo, siempre han sido diez y ella lo sabía perfectamente, ¡así que poniendo seis nos indica indirectamente en cuál tenemos que buscar! —exclamó aliviada, viendo por fin claro el resultado del acertijo—. Se trata de una pista trampa con la respuesta a simple

vista, pero a la vez oculta. ¡Tenemos que arrancar la sexta viga! —concluyó enérgicamente.

—¿Y cuál de todas es esa sexta viga, señorita? —preguntó el capitán unos metros más allá, al lado del soldado que manipulaba el dron.

—Si otorgamos la importancia principal de la sala al muro de Hejal, como así creo que debe ser, la sexta viga empezando a contar desde el muro hacia aquí tiene que ser..., Una, dos, tres, cuatro, cinco y ¡seis! Es esta, justo la que tenemos encima —garantizó.

—¿Está segura? —preguntó el capitán.

—Eso creo...

—Bien, caballeros, es nuestro turno —espetó a sus hombres el líder de los soldados—, quiero a cuatro hombres en cada extremo de la viga, apuntando a donde nosotros les marquemos con un puntero laser; a mi orden dispararán al unísono para cercenar la viga con la menor destrucción posible, ¿entendido? —concluyó.

—¡Nos van a matar...! —murmuró Martina ante la inminente mutilación de la sinagoga.

El capitán sacó un puntero láser de entre su material y con él fijó un lugar concreto en uno de los extremos del misterioso tirante, para posteriormente dejarlo en manos de otro de los soldados. A continuación, le dejaron un segundo láser con el que se fue al otro extremo para marcar un nuevo punto al que disparar.

—De acuerdo, chicos —dijo el capitán—, ya tenéis las guías, quiero un corte limpio. En cuanto disparéis salid pitando para que no os caiga encima.

Martina y Dorian se fueron al fondo de la sala con el alma en vilo por la expectación ante lo que iba a ocurrir. Los ocho soldados, en dos grupos de cuatro, apuntaban a los dos puntos que les marcaban sus compañeros esperando la señal del capitán.

—¿Preparados? —preguntó—, en tres, dos, uno... ¡Ahora!

A la vez que gritaba esa última palabra se escucharon ocho disparos que bien podrían haber pasado por dos o tres, como mucho, por la coordinación de la que hicieron gala los ocho soldados al apretar el gatillo. Tan pronto lo hicieron, todos retrocedieron automáticamente ante la viga cercenada que caía como si hubiesen usado explosivos. El tirante cayó a plomo casi en perfecta posición horizontal, causando un fuerte estruendo y una pequeña polvareda al impactar contra el suelo. Todos se fueron acercando poco a

poco; Martina abría la comitiva y fue la primera que se agachó para estudiar aquel tirante medieval.

—Por favor, entre todos vamos a intentar encontrar en la viga cualquier hendidura donde creamos que puede haber algo escondido, de lo contrario tendremos que abrirla directamente.

Todos se acuclillaron sobre el fuste y comenzaron a inspeccionar cuidadosamente cada veteado, cada rincón de aquella madera añeja.

—Mirad, aquí, en este nudo —dijo uno de los soldados tras un par de minutos de búsqueda—, parece que sobresale un poco, como si lo hubiesen sacado y vuelto a meter, pero no hasta el fondo, son apenas unos milímetros, pero se nota el relieve.

—Dejadme —dijo el capitán—, intentaré extraerlo con el cuchillo —comentó sacando una gran hoja militar de proporciones extraordinarias. Lo clavó en el nudo con un golpe seco y girándolo poco a poco lo fue extrayendo de manera relativamente fácil. Al sacarlo por completo todos se dieron cuenta de que era más estrecho de lo que en un principio parecía, cosa que les llevó a pensar que en el interior debía dejar un pequeño hueco libre para ocultar algo.

Martina fue la primera en asomarse con ayuda de una pequeña linterna que uno de los soldados le prestó. En efecto, vio algo en el diminuto agujero natural producido por el nudo de la madera en forma de cilindro. Metió dos dedos, pero no le alcanzaban para llegar a coger aquello que llevaba reposando tantos y tantos años allí. Tras retirarse Martina a un costado, los soldados agarraron la viga y la giraron poniendo el agujero boca abajo, luego la levantaron y la dejaron caer bruscamente provocando que saliese el objeto por efecto de la gravedad.

—¡Otro saquito! —exclamó Dorian mientras Martina lo recogía apresuradamente del suelo.

Nerviosa, trataba de abrirlo, tenía a toda la unidad alrededor, expectante. Por fin sacó el contenido en forma, como no, de papel envejecido, pero en un aceptable estado de conservación. Lo leyó del tirón en voz alta:

Pero, por desgracia, esta intrincada historia no acabará aquí, al menos una parte... Las terribles intenciones que entre murmullos se manejan en la actualidad serán atajadas, pero en el futuro otro peligro acechará Toledo. Será de índole totalmente diferente, ajenas sus causas a mi conocimiento, pero con el mismo fin. En una Toledo de otra época

absolutamente desconocida para mí, lejana en el tiempo, atacarán la ciudad que tanto quiero para lastimar a sus pobladores. Así que mi función será doble, aguardaré paciente en un terrible lugar mi momento, para mediante un conjuro volver para salvar Toledo, mi fascinante Toledo.

Volveré de la mano de la oscuridad, pobre de quien en su busca venga, pues nada podrá hacer. Todo está escrito...

Ese bello espíritu meridianamente claro dejó todo, volveré para acabar mi cometido.

Tan solo te falta la última inscripción para terminar de saber la verdad que casi en su totalidad conoces en este momento, solo restan algunos detalles. Así que ve a por ella, te estará esperando en el lugar mágico donde todas las culturas que han habitado la ciudad colocaron sus más importantes edificaciones. Un lugar con un influjo energético sin igual. Seguro que conocerás cual es, pues sabia y verdaderamente especial eres, Martina...

La historiadora se quedó boquiabierta al observar su propio nombre en ese pequeño trozo de papel de al menos cinco siglos de antigüedad. Todos la miraban alucinados, pensando al unísono cómo era posible que esa última nota estuviese dirigida directamente a ella, además, por supuesto, del peligro que aseguraba que corría la ciudad.

—Martina... —dijo Dorian rompiendo el silencio incómodo que se había creado—, ¿estás bien? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Sí... creo que sí... —dijo con voz entrecortada, impotentes lágrimas brotaban de sus ojos sin que supiera bien por qué, intuía que todo aquello tendría finalmente una explicación extraordinaria.

—¡Señor, me comunican que en la plaza de Zocodover ha aparecido de improviso la bruja! —gritó uno de los soldados acabando con aquel extraño encantamiento que se había creado tras la inesperada lectura—. Parece ser que está justo enfrente del piso franco de los oficiales, y que a su alrededor sucede algo muy extraño.

—¿Quéeee...? —aulló el capitán sorprendido volviendo la cabeza hacia el soldado.

La bruja seguía inmóvil en mitad de la plaza, la lluvia continuaba cayendo a su alrededor, pero el extraño fuego que ardía en torno a ella no se apagaba, al contrario, cada vez era más intenso y más blanco. De pronto, lo que en un principio parecían llamas, se convirtieron en una esfera blanca y energética que giraba con Catalina en su interior. La esfera poco a poco iba aumentando de tamaño mientras ella elevaba las palmas de las manos abiertas más y más alto. Su cabello se intuía bajo la capucha y se mecía al compás del aire que provocaba la esfera luminiscente mientras giraba sin parar. Cada vez era más grande, ya debía medir unos cuatro metros y no paraba de crecer.

Todos los oficiales se encontraban para entonces cogidos a la barandilla del amplio balcón. Hipnotizados, contemplaban el espectáculo vestidos por el aire que desprendía la aparición, cada vez más virulento, en sus caras se reflejaba esa luz blanca que, de tanto en tanto, irradiaba pequeñas explosiones voltaicas que aún hacían todo aquello más grandioso si cabe. Nadie decía ni una palabra. Sin duda eran conscientes de que estaban asistiendo a una experiencia única que escapaba a todo el conocimiento del que presumía nuestra joven y soberbia civilización humana. Ante ellos se cernía una fuerza que cuestionaba seriamente la primacía de los hombres en este mundo. Era algo desconocido, algo mágico, algo alarmantemente bello.

—¡Alerten a todas las unidades que hay en la ciudad! —exclamó por fin el coronel ante el incesante crecimiento de la esfera energética, que ya alcanzaba los diez metros de longitud—, que estén preparados para cualquier cosa... —le dijo al alférez sin tan siquiera mirarlo y con voz aparentemente calmada. Este asintió acongojado con los ojos abiertos como platos, cautivado por el misterioso espectáculo. Justo después, salió corriendo hacia el interior del piso para difundir el lapidario mensaje.

En ese momento la esfera comenzaba a volverse de un blanco mucho más intenso, más brillante, en ocasiones resultaba casi cegador. Los oficiales tenían que protegerse los ojos, parecía que la energía que albergaba latía en su interior como si de un corazón se tratase, aumentando y disminuyendo de intensidad. Sentían que algo iba a ocurrir inminentemente, era como una bomba a punto de estallar. De súbito, Catalina liberó un grito gutural que estremeció a todos los que lo sintieron atravesando el aire de Toledo, y a continuación tuvo lugar la deflagración de la magnífica esfera, que al explotar

fue abarcando todas y cada una de las calles adyacentes en una onda expansiva resplandeciente que aumentaba sin parar. La energía blanca se iba extendiendo paulatinamente por toda la ciudad, ya casi cubría medio casco antiguo. Las personas, desde sus casas o en los hoteles, pudieron observar sobrecogidas cómo una ola lumínica atravesaba las calles ayudada por un impresionante viento. Se estaba expandiendo rapidísimo, prácticamente había recorrido la parte vieja de la ciudad por completo. Para más extrañeza, se detuvo al llegar a sus fronteras, las murallas por un lado y el Tajo por el otro. Una aureola luminiscente quedó por unos segundos flotando en todos los sitios por los que pasó ante el asombro de la gente, que se asomaba a las ventanas alucinada. Los soldados embobados cerraban el paso en todas las entradas a la ciudad, repletas de periodistas obnubilados que filmaban con sus cámaras el suceso más impresionante que habían visto en su vida. Las reporteras, en mitad de una entrevista en directo, se quedaron calladas con la boca abierta ante semejante espectáculo. Los micrófonos a punto estaban de caérseles de las manos. Los cámaras perdían el enfoque, incluso algunos bajaban sus aparatos para mirar directamente hacia la ciudad, que poco a poco comenzaba a volver a la normalidad perdiendo aquella luminiscencia mágica que se había colado por todos y cada uno de los rincones de la vieja urbe. El silencio de los cientos de personas apiñadas en las afueras era atronador, hasta que de pronto una reportera salió de su encantamiento y volvió a emitir en directo intentando encontrar las palabras adecuadas para describir lo que acababan de ver. Tras ella, todos los demás comenzaron a hablar como locos en lo que, en un momento, se convirtió en una vorágine desenfrenada de información sobre el misterioso suceso.

En la ciudad, los soldados distribuidos por hoteles, azoteas y torreones no sabían a qué atenerse, miraban para todos lados sin saber qué diantres ocurriría. Los oficiales, sin abrir la boca, seguían mirando hacia el centro de la plaza donde permanecía aún la bruja, ahora sumida en la oscuridad, como cuando la vieron en un principio. Alguna maniobra había llevado a cabo, pero no tenían ni idea de qué se trataba.

Y en ese instante Toledo entera se apagó.

De nuevo la ciudad se quedó absolutamente a oscuras, tal y como había ocurrido las dos noches anteriores cuando comenzaron los sucesos anómalos. Ningún dispositivo o artilugio que utilizase la electricidad del tendido municipal funcionaba. Los periodistas pertrechados en las ocho puertas de

Toledo exclamaron un gran «¡ooooohhh!» cuando vieron apagarse por completo la ciudad, otras personas directamente gritaban de miedo. Más allá de los muros donde ellos se encontraban, la luz seguía fluyendo, estaban todos asombradísimos.

En el balcón, los oficiales perdieron definitivamente la pista de la bruja en cuanto la oscuridad volvió a reinar en las calles, por lo que, sintiéndose inseguros, entraron en el piso con celeridad presas de la perplejidad más absoluta.

El grupo que estaba en la Sinagoga del Tránsito también observó sorprendido aquel barrido luminiscente que pasó por su posición de manera mágica antes de que se hiciera la oscuridad.

—¿Y ahora qué...? —exclamó Dorian, que ya no sabía a qué atenerse, cuando se quedaron en mitad de la Sala de Oración sin ver nada. Los soldados empezaron a encender sus linternas y las movían nerviosos hacia todos lados.

Thair no podía creer lo que acababan de contemplar sus ojos. La explosión sucedió justo cuando estaba mirando a través de la puerta acristalada del balcón, que vibró de manera impresionante ante la energía liberada. Tuvo el privilegio de ver aquel fenómeno en primera línea. Pero de repente todo se sumió en una oscuridad inquietante, lo que no le hizo ninguna gracia al chico, puesto que la penumbra le producía cierta ansiedad. La lluvia seguía cayendo, ahora de forma más débil. Thair estaba sin luz, sin televisión, sin información y sin la más mínima intención de bajar al *hall* a por ella, de donde le llegaba de vez en cuando algún grito de los soldados alertados por la situación.

Seguía asomado a la ventana. La perspectiva era poco tranquilizadora. La imagen de la cuesta de Carlos V desierta y a oscuras al lado del imponente Alcázar, robusto como pocos, le resultaba fantasmagórica. Thair era ciertamente supersticioso y algo asustadizo. Por eso concluyó que, al seguir mirando por la ventana en busca de no sabía qué, lo único que conseguía era sugestionar su ya más que alterado discernimiento ante el suceso extraordinario. El mayor problema residía en el hecho de no saber hasta dónde podían llegar los acontecimientos esa inverosímil noche. Al darse cuenta de que su temor aumentaba considerablemente rápido, se giró para meterse en la cama protectora, pero justo cuando estaba a punto de hacerlo le

dio la impresión de ver algo en mitad de la calle, a lo lejos. Se desplazaba despacio, pero se apreciaba su movimiento, aunque fuese sutil.

Asombrado, hizo algo contraproducente teniendo en cuenta la sensación de miedo que se iba apoderando de su interior. Abrió la puerta del balcón de par en par, movido por una siniestra curiosidad que no podía controlar. Se desplazó con cautela hasta apoyar sus manos en la barandilla de forja negra, sin quitar ojo a aquella figura que cada vez veía más clara y se acercaba por la calle caminando como si tal cosa. Tímidas gotitas caían sobre su cuerpo, pero Thair estaba concentrado en deducir quién era aquella silueta humana que se acercaba. Le parecía diferente a la de los soldados que estaban apostados abajo, los cuales comenzaron a alterarse al verla, como le había ocurrido a él.

—¿Quién anda ahí? —gritó una voz grave y autoritaria desde la entrada del hotel advirtiendo a quien se acercaba de que no era bien recibido. Solo silencio obtuvo por respuesta. Aquella silueta siguió desplazándose hasta estar relativamente cerca, de pronto se detuvo en mitad de la calle, en silencio, inmóvil, aterradora.

—¡Identifíquese, ahora! —gritó otra vez la voz del soldado—. ¡Tenemos órdenes de disparar contra cualquier agente sospechoso!

La débil lluvia caía casi flotando, Thair miraba hacia abajo, donde los nerviosos soldados advertían una y otra vez al misterioso visitante. La señal a fuego en la fachada seguía ardiendo increíblemente. Cuando se le ocurrió que la maléfica señal podía tener algo que ver con el ser que, plantado en mitad de la calle, encaraba a todo un ejército sin pestañear, un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo. Continuaba inmóvil al lado del primer edificio que se encuentra si se coge la cuesta de Carlos V en dirección a la plaza de Zocodover, a unos treinta metros.

Los soldados comenzaron a alumbrar en su dirección con grandes focos de batería. Thair se lo quedó mirando boquiabierto, su aspecto era estremecedor y cuanto más lo miraba, más le recordaba a una aparición. De pronto el ser echó a correr en dirección al hotel a gran velocidad. Los soldados no tuvieron más remedio que abrir fuego para tratar de abatir al intruso que ponía en duda el liderazgo de la ciudad por parte de las fuerzas armadas. Las ametralladoras soltaban sus letales ráfagas en dirección a la extraña figura que se aproximaba con celeridad, pero increíblemente no eran capaces de derribarla. Cada vez estaba más cerca y Thair se dio cuenta, como los soldados, de que no podrían

detener a esa cosa, que a todas luces no era de este mundo que conocemos. Se movía de forma extrañísima, casi se deslizaba por la calzada, o flotaba. Incluso en ocasiones daba la impresión de que desaparecía unas décimas de segundo y reaparecía uno o dos metros más allá, siempre acercándose.

Estaba ya muy cerca del hotel y, por consiguiente, de los incrédulos soldados, que no encontraban explicación humana a lo que sus ojos estaban contemplando. Nada de este mundo era capaz de soportar tal tormenta de balas asesinas. Desalentados, incluso dejaron de disparar al tiempo que la figura diabólica llegaba a su altura. Pensaban que era su final, que de alguna terrible manera iba a acabar con ellos, pero, para asombro de todos los presentes, el ser se detuvo en medio de los soldados durante unos segundos atroces; era peor de lo que pudiesen haber imaginado nunca, una especie de monstruo con aspecto de humano en descomposición, ropas desvencijadas que parecían de otra época y un respirar profundo como el de un gran animal. Fueron los segundos más dramáticos de sus vidas. Nadie sabía lo que iba a ocurrir, nadie movía un músculo, ni tan siquiera respiraban. De pronto el espectro hizo un gesto con la cabeza echándola hacia atrás para mirar directamente la señal que aún ardía en la fachada, acto seguido giró la cabeza rapidísimamente para centrar su atención en el acongojado Thair, que observaba todo lo que ocurría desde lo alto del balcón. Al ver que se fijaba en él casi se cayó de espaldas. Pero el miedo que sintió cuando lo miró no fue nada en comparación con el que experimentó cuando esa cosa comenzó a trepar por la fachada en su dirección a una velocidad espeluznante.

El vello de todo el cuerpo se le erizó por completo. Comprendía que venía claramente hacia él, no podía ni moverse, sus músculos se contrajeron impidiéndole huir. No entendía nada, estaba absolutamente horrorizado. El ser continuaba reptando con una agilidad pasmosa y ya se encontraba en la segunda planta, a escasos metros de su posición. Incluso en esa semioscuridad veía como lo miraba. Los soldados intentaban enfocar —con poco éxito— al escurridizo ser, lo que otorgaba aún peor aspecto a la situación. Por fin, Thair pudo despegar las manos de la baranda y llorando se introdujo en la habitación temiéndose lo peor. Cerró la puerta como pudo, muy torpemente. Sabía que aquello debía encontrarse ya muy cerca. Con la puerta cerrada retrocedió despavorido hasta topar con la cama, la saltó sin quitar la vista de la puerta y decidió meterse debajo.

Tan solo su respiración se oía allí abajo, muchos sentimientos encontrados

rondaban su mente y su corazón, tenía un mal presentimiento y, por increíble que le resultase tan solo imaginarlo, de alguna manera sabía a qué se debía todo aquello. Por un momento creyó entender la situación, fue cuando las hojas del portón se abrieron de golpe frente a su cama, entonces todo comenzó a pasar en cámara lenta ante sus ojos. La entrada despejada estaba abierta a lo intangible, a la noche, a la oscuridad. En su mente brotaron pasajes de su infancia que le retrotrajeron a lo que parecía otra vida, una muy diferente a la que ahora sentía que se le iba a escapar de las manos. Sintió rabia y miedo, se vio a sí mismo fracasado y desorientado. Pensó en cómo era posible que se hubiese visto envuelto en aquella situación, aunque en lo más profundo de su alma sabía que era culpa suya. Recapacitó sobre cómo una manera de pensar le podía haber llevado tan lejos, ¿cuándo se había desviado del camino correcto? Ahora lo entendía, pero era demasiado tarde.

Dos extrañas piernas se alzaban ya en su balcón. Dieron un primer paso, la cámara lenta que en su mente se había instalado continuaba, pensó por un instante que quizá se debía a que su cerebro, sabiendo que todo se acababa para él, creaba aquella ilusión para alargar los últimos atisbos de conciencia antes del final. Con el segundo paso de aquel ente se acordó de la gente buena de su alrededor que tantas y tantas veces había intentado ayudarlo, y a los que había despreciado sin más, pensando que su poder era mayor y que atesoraba una verdad muy superior a la que ellos le ofrecían. Buenas personas que intentaron salvarlo ofreciéndole la mano, pero Thair entonces no lo entendía como ahora. Sentía miedo, mucho miedo. Si pudiese retroceder lo cambiaría todo por completo, su vida apenas se parecería a la que en esas penosas circunstancias estaba sin duda a punto de concluir. Consciente de su inminente final, esperaba que al menos fuese rápido.

Aquella cosa estaba ya al lado mismo de la cama que lo protegía, inmóvil. Pero para su espanto, esta comenzó a elevarse como por arte de magia ante sus narices, hasta el punto de colocarse en posición vertical en mitad de la habitación, flotando en el aire. Bruscamente, salió disparada hasta topar con la puerta del balcón obstruyéndola por completo. Thair se desplazó hasta la pared arrastrándose de espaldas, y sentado, se quedó apoyado en ella mientras miraba aquella cosa, apenas se veía en la oscuridad casi completa. Una fuerza incorpórea lo alzó entonces pared arriba hasta quedar cerca del techo como si estuviese colgado de una percha. En ese momento comprobó estremecido que no solo había un ser en la habitación, sino decenas, a cual más horrendo y

temible, todos estaban en silencio, inmóviles, mirándolo fijamente. Al unísono se lanzaron sin previo aviso a por su alma.

Solo un grito breve escucharon los soldados apostados en la puerta, luego observaron perplejos cómo la señal incendiaria de la fachada desaparecía paulatinamente, tal como había venido, por arte de magia. Cuando subieron a la habitación y consiguieron entrar en ella, encontraron el cuerpo sin vida de Thair tirado en el suelo, nada más.

En la Sinagoga del Tránsito, mientras tanto, los soldados se pusieron alerta ante cualquier ataque. La falta de luz producía un estado de desasosiego máximo que volaba libre, alimentado por el desconocimiento del origen de aquellos sucesos insólitos, las pistas centenarias, las brujas y todas esas muertes escabrosas. Incluso el dron dejó de funcionar al llegar la oscuridad, estampándose contra el suelo a su lado, algo que les procuró un buen susto. Sentían que cualquier cosa podía pasar, todo era posible en aquella interminable pesadilla descontrolada en que se había convertido la ciudad de Toledo. Quizá toda esa energía mística —almacenada durante tantos cientos de años en sus calles, palacios, iglesias, sinagogas y mezquitas, plazas encantadas y subsuelos sepultados— había aflorado de repente desatando un auténtico nuevo mundo desconocido.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó uno de los soldados asustado.

—¡Creo que procedía de allí arriba! —dijo otro a su lado alumbrando con la luz de su fusil una especie de balcón superior en el costado derecho.

—Ahí está el Museo Sefardí propiamente dicho, era la galería de mujeres, desde donde seguían las liturgias ocultas a los hombres —explicó Martina.

—¿Pero qué cojones es eso? —preguntó otro soldado tras divisar una extraña silueta en el extremo más lejano de la galería de mujeres, que tenía varias aperturas hacia la Sala de Oración con barandillas negras a modo de palco. Estaba asomada como si tal cosa.

—Es una mujer... —dijo Martina.

De pronto escucharon sonidos muy cerca de ellos, justo a su alrededor, allí mismo, en la Sala de Oración.

—Señor... —empezó un soldado, pero no pudo continuar hablando cuando, al hacer un barrido con su linterna descubrió que estaban rodeados por decenas de seres que se alzaban inmóviles como si tal cosa.

—¿Pero qué es esto...? —adujo el capitán, alterado al descubrir uno justo a su lado, se había asustado sobremanera al iluminar su rostro. Para entonces también arriba, en la galería de mujeres, asomaban doce o trece espectros con actitud intimidatoria.

—Creo que debemos salir de aquí. Ahora... —dijo como pudo Dorian, a quien apenas le salía el habla—. Me parece que ya conocemos el efecto de esa extraña luz que hemos visto.

—Señor, no tengo comunicación con el centro de mando, todo está frito, la radio, los teléfonos, ¡todo...! —dijo un soldado.

—Así que estamos solos... —se lamentó el capitán, alucinado hacía pasadas lentas con su linterna sobre aquellos seres que habían aparecido a su alrededor y no se movían lo más mínimo—. ¡Es increíble!

—¡Vámonos! —concluyó Martina, agarró a Dorian y empezó a tirar de él hacia la puerta, seguida por los impresionados soldados, que dudaban del equilibrio establecido en su mente con la recia doctrina militar. Todos apuntaban muertos de miedo a aquellos terribles seres mientras se desplazaban hacia el exterior. Intuían que pertenecían a otro mundo, a otra época, a una Toledo muy diferente.

Una vez en la puerta, Martina y Dorian suspiraron profundamente, al borde del mareo, aliviados por haber conseguido su objetivo y a la vez haber salido de allí «sin más problemas». La fina lluvia humedecía el cabello de Martina, que elevó la cara al cielo y cerró los ojos, dejando que las diminutas gotas refrescasen su agotada mente. Al bajar el rostro se dio cuenta de lo que tenía alrededor... la Sinagoga del Tránsito resplandecía de manera mágica en un tono claro cercano al azul turquesa. De hecho, todo cuanto tenía alrededor resplandecía con más o menos intensidad. Los edificios mostraban sus energías, también las personas, tal como iban saliendo los soldados podía ver que cada uno poseía un aura diferente.

—Martina... desprendes una luz... —balbuceó Dorian sin ser consciente de que de él también brotaba una.

Así fue como se dio cuenta de que ella misma también mostraba su energía vital, que era blanca y brillante, y más grandiosa que la de los demás. Unos tenían colores anaranjados, otros azules o verdosos, incluso se apreciaba que algunos variaban el tono en un momento dado. El aura del capitán se mostraba de un tono rojizo brillante, la de Dorian, sin embargo, era índigo o violeta. Martina contemplaba casi emocionada aquel espectáculo de

luces difuminadas que mostraban el interior energético de todo lo que la rodeaba, personas, edificios, plantas, árboles, etc. El parque que tenían al lado resultó ser un espectáculo visual de tal magnitud que nunca en la vida podría habérselo imaginado. Los diferentes tipos de árboles rebosaban colores claros preciosos y muy distintos entre ellos, igual que los setos bajos que lo delimitaban, que contrastaban con los de las casas de alrededor, más tenues y fijos. Incluso el pavimento de la calle se veía levemente iluminado hasta donde la vista llegaba. Martina se sentía como si estuviera en el país de las maravillas. Pensó que era lo más hermoso que sus ojos habían observado jamás. Desde niña había amado Toledo por las vibraciones y sentimientos que en ella despertaba. Estas sensaciones se debían sin lugar a dudas a las energías que ahora contemplaba a simple vista, energías que albergaba esa majestuosa tierra. Al borde del llanto por la emoción, miraba las tonalidades de los edificios que flotaban en mitad de la oscuridad de la noche, incluso de la leve lluvia que caía, con la sinagoga destacando por encima de todo, tal era su energía. Todos contemplaban embelesados aquel mágico entorno dando vueltas sobre sí mismos.

—¡Dios mío! —exclamó suspirando un soldado mientras se frotaba las sienes incrédulo—, ¡nos hemos colado en Pandora! —concluyó entre las risas de sus compañeros.

—La ciudad está mostrando su poder como por arte de magia, su energía, debe ser a causa del estallido lumínico que presenciamos antes, y todo procede, si no me equivoco, del mismo lugar, Catalina —dijo Dorian.

—Me temo que también habrán aflorado otras muchas energías no tan bellas... —repuso Martina mirando contrariada hacia adelante, por donde se acercaba una figura oscura caminando de forma torpe.

Pasó al lado de los soldados sin inmutarse, semejaba una aparición. Miraba a la nada, andaba con los brazos totalmente caídos y tenía un aspecto de lo más tenebroso, sobre todo por la inquietante soga que llevaba alrededor del cuello, cuyo extremo arrastraba por el suelo. Se lo quedaron mirando al cruzarse con las armas en posición defensiva, no daban crédito a lo que veían.

—¿Es un fantasma? —preguntó un soldado boquiabierto.

—Como todos los de ahí dentro... son entes espirituales, y me atrevo a decir que no tienen buenas intenciones —contestó Dorian.

A lo lejos vieron varios espectros más que deambulaban por allí, uno los miraba inmóvil desde el parque. Otro, con apariencia de monje recién

desenterrado, se distinguía un poco más allá, y tres mujeres con muy mal aspecto pasaron aprisa por su lado riendo de forma esquizofrénica mientras los miraban con chulería. Estaban por todas partes y todos ellos portaban un halo oscuro y humeante alrededor.

En el otro extremo de la ciudad, un chico de unos treinta años llamado Samuel gateaba aterrorizado por un pasillo del hotel en que se hospedaba. Alucinaba con la luz grisácea que surgía de su persona. Todo estaba a oscuras y a cada poco miraba hacia atrás muerto de miedo al ver lo que se aproximaba. Poco antes, se encontraba en su habitación cuando comenzó a escuchar gritos enloquecedores y disparos de las ametralladoras de los soldados que provenían de la planta baja. Después el hotel quedó en silencio.

En medio de la calma tensa, algo subió las escaleras —lo pudo sentir desde su habitación— y se dedicó a ir abriendo puerta por puerta en busca de algo, o quizá alguien. Al escuchar los gritos despavoridos de los huéspedes cuando aquella cosa abría la puerta de sus habitaciones, Samuel se sintió de lo más inseguro. Por eso se asomó por la pequeña rendija de unos centímetros que abrió de la hoja de su cuarto con infinito cuidado de no hacer ruido, palideció del todo cuando vio el espectro tenebroso que se acercaba en su dirección, seguía buscando algo habitación por habitación.

El ser no era sino una aparición en forma de chica espantosa vestida con un viejo camisón blanco roído por el tiempo. Medio lloraba, medio gritaba y se desplazaba por el pasillo cortándose una y otra vez las venas ante los gritos de pánico de quienes la veían al abrirse la puerta que los protegía del incierto exterior. Con esa dantesca imagen a menos de diez metros y acercándose, Samuel decidió salir a gatas de su habitación y tratar de esconderse en otro lugar. Tenía la esperanza de no ser descubierto hasta lograr meterse en la que era la última puerta del pasillo, un pequeño cuarto de servicio. Por fin consiguió llegar, un último vistazo atrás lo hizo estremecer, aquella cosa sacudía la cabeza compulsivamente al tiempo que gritaba histérica al abrir otra habitación. Se refugió, absolutamente sobrepasado, entre fregonas y cubos de la basura en aquel habitáculo de apenas tres por tres metros, esperando que con un poco de suerte pasara de largo. Pero tenía un mal presentimiento porque los gritos no cesaban e intuía que se estaba aproximando, aún no había encontrado lo que buscaba. De repente, de nuevo

se hizo el silencio...

Samuel, con los ojos llorosos, dudaba sobre la posibilidad de que se hubiese acabado por fin aquella pesadilla. «Quizá se haya ido», pensaba esperanzado.

Pronto descubriría que nada más alejado de la realidad, su mal presentimiento no era infundado. Un desagradable quejido rompió el silencio tenso tras la puerta que lo separaba de la locura, provocando que el chico no pudiese controlar su vejiga, que reaccionó automáticamente ante lo atroz. Sintió que el corazón se le salía por la boca cuando vio que intentaba girar el picaporte por fuera, sin conseguir abrir, porque había puesto el pestillo. El espectro gritó aún más terriblemente al ver que no podía entrar, hasta que los intentos cesaron. Samuel esperaba entonces un fuerte golpe que intentase abrirla por la fuerza, pero lo que sucedió le asustó aún más, si cabe. El pestillo comenzó a girar por dentro ante su estupor, hasta que se abrió y la puerta quedó liberada.

La hoja comenzó a moverse despacio dejando ver el pasillo desierto en casi total oscuridad. No había nada, pero aun así intimidaba. A Samuel le iba a dar algo y más cuando vio que al final del pasillo surgía un ser escalofriante que se aproximaba gateando despacio en su dirección. Una larga melena morena cubría su rostro, se parecía al espectro del que huía, pero no era ella. En ese instante se percató apesadumbrado de que aquella terrible figura femenina estaba a su lado, dentro del cuarto de las escobas, esto lo sorprendió por completo. Apareció allí sin más y comenzó a chillar desagradablemente mientras con una mano señalaba su objetivo al segundo espectro y con la otra rebanaba sin parar las venas de la primera. Samuel contempló horrorizado como el que gateaba estaba ya delante de él, sus manos negras apoyándose una y otra vez en el suelo para avanzar terminaron de espantarlo; y entonces, cuando estaba solo a medio metro del chico, la aparición le dejó ver su rostro... y al poco Samuel dejó de existir.

En la puerta del Tránsito, escucharon claramente un tremendo grito que puso de nuevo en guardia a la unidad. El capitán y los demás se asomaron a la calle por la que habían venido mirando hacia atrás, donde se encontraba el hotel con la extraña señal que tanto había alertado a todos. Oyeron una ráfaga de disparos que provenía de allí, cerca del hotel, seguida de gritos

desgarradores de auténtico terror, las detonaciones se intuían en la lejanía por los fogonazos que podían percibir en mitad de la oscura noche parcialmente iluminada. Más gritos salvajes rompieron la anterior monotonía sonora, varios soldados se adelantaron al capitán empuñando sus armas con intención de ir a ayudar, el hotel debía estar siendo atacado. Pero el capitán se apresuró a cortarles el paso recordándoles que ellos ya tenían una misión, y esta era más importante que todo lo demás que ocurriese a su alrededor.

—Sabéis que no podemos, chicos —dijo apesadumbrado.

De pronto vieron que alguien venía corriendo en su dirección por en medio de la calle, todos se pusieron en posición tras una clara orden con la mano del capitán. Se trataba de una mujer que corría despavorida huyendo de algo que la perseguía, un sonido terrorífico venía de más atrás. La mujer también poseía esa aura a su alrededor, en su caso era de un tono más sombrío, entre grisáceo y marrón muy oscuro. Se acercaba más y más y los militares, expectantes, no sabían muy bien qué era lo que tenían que hacer. El capitán con un gesto les mandó aguantar la posición en mitad de la estrecha calle incandescente ocupando casi toda su amplitud. Martina y Dorian se echaron a un lado para salir del escenario de una posible refriega.

La mujer se encontraba ya a unos treinta metros de los soldados cuando, doblando la leve curva que formaba la calle, apareció tras ella una mala bestia en forma de caballo negro con un caballero también negro que les puso a todos los pelos de punta. Constituía una visión espectral y mareante. El brutal caballo galopaba desbocado tras la mujer echando espuma por la boca. La pobre chica miraba hacia atrás cada pocos metros, aterrada al ver las feroces pisadas de la bestia sobre el pavimento empedrado de las calles con el único objetivo de atraparla, luego se giraba y seguía corriendo aún más consternada. Los soldados no daban crédito. El caballero oscuro dejaba a su paso una estela de humo negro, en efecto, se trataba de su maléfica aura desalmada. Portaba una de esas lanzas medievales terminadas en punta que se utilizaban en las justas o combates de hombres a caballo. A medida que se iba acercando, se preparaba para utilizarla contra ella. El capitán no aguantó más y mandó disparar al caballero. Las ametralladoras soltaron sus estruendosas ráfagas con destellos en mitad de la oscura noche.

El escenario era dantesco. Desde detrás, Martina y Dorian tenían una perspectiva inmejorable de la escena. Se taparon los oídos con las manos ante la descarga de las armas, cuyas balas atravesaban como si tal cosa a aquel ser

que a punto estaba de atrapar a la asustadísima chica. El capitán se dio cuenta de que las balas no surtían el efecto deseado, pero no cejó en su intento hasta que el caballero atravesó sin escrúpulo alguno el frágil abdomen de aquella pobre chica, que inhaló sus últimas bocanadas de aire mientras caía al suelo herida de muerte, a unos veinte metros de los horripilados soldados que nada pudieron hacer para evitarlo.

Dos de ellos se acercaron gritando y disparando a aquel maldito caballero sanguinario que ni se inmutaba. Extrajo la lanza del cuerpo de su víctima sin empatía alguna y se colocó de costado, desafiando a los soldados con aquella horrible aura negra en torno a él. Alzó su corcel azabache exuberante y —mientras el animal relinchaba de forma temible, más como un león que como un caballo— se marchó por donde había venido, al galope, perdiéndose en la aciaga noche. En ese momento, los dos soldados llegaron a la altura de la chica, que agonizaba en el suelo con lágrimas de incredulidad atravesando su bello rostro moreno hasta perderse en su cabello negro ensortijado. Los soldados tampoco pudieron reprimir las lágrimas de impotencia al verla morir en sus brazos sin poder hacer nada por ella, al cabo de un instante su luz se apagó.

La unidad se puso en marcha para llegar a la Catedral, los ánimos estaban muy bajos. A pie desde allí tardarían unos nueve minutos. Se oían gritos por todas partes, muchos lugares debían estar siendo atacados por seres de aquella índole. Nadie decía nada, estaban en estado de *shock*. Eran militares altamente entrenados y cualificados para el combate y utilizaban estos conocimientos para proteger a las personas. Pero en esa ocasión nada pudieron hacer por la chica, ni por los que seguramente estaban sufriendo en ese momento similar suerte, sentimiento que les producía una gran frustración. Caminaban tan aprisa como podían por la misma calle de los Reyes Católicos, dejando atrás la Casa Museo de El Greco a su izquierda y los magníficos Jardines del Tránsito a la derecha, todos ellos desprendían aquellos fabulosos colores espirituales que, en aquel contexto, ya no parecían tan agradables.

—Mirad —dijo un soldado que iba más rezagado al girarse y ver la Sinagoga del Tránsito a lo lejos. El misticismo de aquel apreciado lugar de culto centenario se dejaba ver en todo su esplendor desde allí, resplandecía.

—Es precioso —dijo Martina.

—Sí, y sospecho que no es solo la sinagoga —dijo Dorian señalando más

allá—, apuesto lo que queráis que aquel gran resplandor es del Monasterio de San Juan de los Reyes —aseguró refiriéndose a una luminosidad mucho mayor que se proyectaba en el cielo nublado, más lejos, por la parte de la que venían.

La empinada cuesta cada vez se hacía más patente, aunque se llamase Bajada Descalzos, hasta que enlazaron con la calle Taller del Moro. Por allí se aproximaba gritando una familia de cinco miembros, una pareja adulta, dos niños de unos diez o doce años y una mujer de avanzada edad. Huían despavoridos echando la vista atrás a cada poco, al cruzarse con los soldados los miraron con semblante de apuro, pero ni tan siquiera se pararon un segundo.

—¡Están por todas partes! —Fue lo único que les dijo el hombre antes de meterse con toda su familia por unos callejones aledaños.

Los soldados se quedaron petrificados mirándose los unos a los otros, la gente estaba saliendo de sus escondites o refugios muerta de miedo. Sentían que habían perdido el control de la situación. Otra pareja de jóvenes venía de la misma dirección. La chica lloraba desconsolada mientras tiraba de su novio para que siguiese corriendo.

—¿Qué ocurre? —les preguntó sin más el capitán interponiéndose en su camino ante el grito de asombro de la chica, con el rostro descompuesto de pavor—, tranquilos, soy de los buenos.

—Están atacando muchos hoteles, es una masacre, hay seres terroríficos campando a sus anchas por todos lados, con hachas, con cuchillos o espadas, otros agreden a la gente con sus propias manos con una fuerza sobrenatural. Algunos desaparecen y vuelven a aparecen en otro lugar, hay mujeres horrendas que de pronto se ven envueltas en fuego mientras gritan y ríen. Son... son como fantasmas, pero a la vez reales. Es una pesadilla... —dijo el chico un segundo antes de echar a correr gritando de nuevo, al oír y ver acercarse lo que a todas luces parecían legionarios romanos de ultratumba. Eran alrededor de quince y se acercaban en formación de flecha, como si estuviesen preparados para entrar en combate y romper la línea enemiga.

Los soldados se frotaban los ojos incrédulos y a la vez asustados. Martina y Dorian no daban crédito. Se detuvieron a unos veinte metros frente a ellos ocupando inmóviles toda la amplitud de la estrecha calle. En las manos portaban sus espadas cortas llamadas *gladius*, con el doble filo tan oxidado como el resto de la coraza que les quedaba. No llevaban escudos y los tejidos,

rojos en otra época, no eran más que jirones oscurecidos y en muchos casos desechos. Su aspecto era realmente espectral, allí plantados cortándoles el paso de modo temible, con esa aureola oscura y humeante flotando a su alrededor y por encima de sus cabezas. Sin más, emprendieron la marcha al unísono con el pie derecho, se acercaban a los guerreros contemporáneos que, también en posición, les esperaban apuntándoles. El capitán dio la orden de abrir fuego ante la ofensiva romana. Los fusiles de nuevo soltaron todo su arsenal de balas, pero como en la anterior ocasión, parecía no frenar en absoluto a aquellos seres. El capitán, que ya se lo temía, disparó sobre la cerradura de un gran portón que había en mitad de un muro alto, justo a su izquierda, y que daba entrada a un jardín dentro del complejo del Taller del Moro. En cuanto consiguió abrirlo, hizo un gesto con la mano a Martina y a Dorian, que seguían los acontecimientos desde una posición más rezagada, para que entrasen. Los dos se introdujeron a la carrera en aquel jardín oscuro de altos muros que resplandecía débilmente en tonos claros.

—¡Salgan por otro lugar y continúen su camino, nos encontraremos más adelante! —les ordenó el Capitán sin dar tiempo a réplicas antes de cerrar la puerta, que atrancó desde fuera para protegerlos.

Martina y Dorian se miraron sorprendidos, se agarraron fuerte de la mano y corrieron por aquel jardín energético hasta llegar a la primera de las puertas que vieron.

—¡Está cerrada! —gritó Dorian apesadumbrado mientras escuchaban los disparos incesantes de los soldados, seguidos de gritos inhumanos que les erizaron el vello—. ¡Vamos! —exclamó tirando de Martina, que se había quedado embobada mirando en dirección a la puerta, intentando descifrar lo que estaba pasando fuera a través de los escalofriantes sonidos que oía.

Tanto los enviados de la prensa que se agolpaban en la Puerta de Bisagra, como los que se hallaban en el resto de accesos al casco antiguo, no daban crédito a lo que sus ojos contemplaban. Muchos de ellos ya no sabían qué decir a los millones de televidentes que crecían en número de manera abrumadora, en directa proporción a la espectacularidad del enigma que a todos tenía en vilo. La gente miraba y remiraba el cielo nublado de la ciudad que reflejaba una serie de luces que nadie sabía de dónde salían ni por qué. A esas horas, los recursos periodísticos de los profesionales desplazados al

lugar se acababan, junto con los de los expertos asesores en ataques a civiles de cualquier índole. Nadie tenía ni la más remota idea de lo que ocurría, ni tan siquiera los soldados encargados de cortar el paso al lugar. Todos estaban realmente asustados por los inverosímiles acontecimientos que se estaban produciendo, las luces y los gritos que en ocasiones se escuchaban y, sobre todo, los disparos incesantes...

En un descuido, un intrépido periodista ávido de popularidad y gloria, se zafó junto con un cámara, del cordón de seguridad impenetrable que habían montado los militares. Mientras uno de los soldados miraba anonadado hacia la ciudad, perplejo por las luces y las incesantes ráfagas de tiros, se colaron por debajo de la cinta que mantenía a todo el mundo alejado unos cuantos metros de la Puerta de Bisagra. Una vez consiguieron pasar sin ser vistos, tan solo tuvieron que atravesar la pequeña puerta para viandantes que hay en el extremo izquierdo. Después se agazaparon en un punto oscuro bajo el toldo sin recoger de un bar.

—¡Bien, David! —se felicitó el astuto presentador—, hemos conseguido lo más difícil; ahora, para que no nos vean los militares que hay arriba, en las torres de la Puerta de Bisagra, nos meteremos por aquí a la izquierda para subir por las calles traseras y salir un poco más allá. Una vez superemos estos primeros metros, creo que pasaremos desapercibidos porque tengo la impresión de que los militares tienen problemas más serios que nosotros... —dijo con ironía mientras escuchaba claramente disparos no muy lejos de allí. Miró en esa dirección con inquietud y asombro, contemplando ese entramado de luces superpuestas que surgían por todos lados.

Tal y como había predicho el arriesgado presentador, llamado Guillermo, se metieron por el primer callejón de la izquierda dejando por un momento la calle principal Real del Arrabal, que en una larga cuesta subía hasta Zocodover, en el mismo centro. Caminaban por la Bajada del Potro, no había nadie por ninguna parte, de tanto en tanto una ráfaga de disparos cercanos los ponía en alerta máxima. Cuando pasaban junto a la diminuta plaza Mozárabe, David sacó de una pequeña mochilita que llevaba a la espalda una cámara de pequeñas dimensiones para, a partir de ahí, grabar todo cuanto pudiese. Evidentemente, no podrían hacer una conexión en directo tan lejos de su unidad móvil de telecomunicación, pero mandarían de inmediato el material que consiguieran vía internet para que fuese editado cuanto antes y emitido en absoluta primicia.

—Vale, David, ¿preparado? —preguntó Guillermo mientras se ajustaba la corbata y se retocaba el pelo engominado, disponiéndose a dar comienzo al dramático reportaje que esperaba lo encumbrase al olimpo del periodismo. Ya se veía a sí mismo dando las gracias mientras recogía el Pulitzer; a los compañeros que, como David, lo siguieron y creyeron en él a la hora de lograr tal hazaña informativa, hasta el punto de arriesgar su vida en un desgarrador reportaje en mitad de lo imposible.

—En tres, dos, uno... ¡dentro! —exclamó David dando paso a Guillermo.

—Buenas noches, queridos televidentes, desde el centro mismo del conflicto que en este momento está teniendo lugar en Toledo, capital de Castilla-La Mancha —empezó a decir mientras caminaba de medio lado bordeando la plaza Mozárabe para enlazar con la Bajada Antequeruela, que cuesta arriba les acercaría a la calle principal de entrada a la ciudad, la calle Real de Arrabal, por la que se habían colado—. Mi nombre es Guillermo de Lucía, y si les dijera que sabemos exactamente lo que sucede en esta inhóspita noche en la hermosa ciudad de las Tres Culturas, les mentiría, puesto que el halo mágico o de misticismo que envuelve todas las informaciones únicamente nos permiten especular. Y, para muestra un botón —dijo, encantado consigo mismo por habérsele ocurrido esa expresión—: fíjense en la aureola que reflectan nuestros cuerpos. Espera un poco que me aleje, David. Espero que se aprecie correctamente en casa. Pues bien, toda la ciudad está envuelta en esta suerte de luces que, de alguna forma, parecen mostrar la energía de las personas y de los lugares. Pincha aquí, David —indicó señalando una vieja casa, Guillermo perdía el aliento a medida que ascendía por la pronunciada cuesta—. Miren ahora, señores, qué luz tan espectacular desprende esta antigua casa sin rehabilitar, es algo así como turquesa, ¿verdad? Es algo parecido a un sueño, aunque en este caso un mal sueño.

En ese mismo instante dos series de detonaciones se dejaron oír relativamente cerca, obligando a los dos a pegarse a la pared más cercana acucillados por el susto.

—A esto me refería —retomó Guillermo tras el sobresalto inicial siguiendo con la narración—, lo único que sabemos a estas horas es que, de alguna manera, Toledo está siendo atacada, porque los militares no hacen sino intentar repeler algo que no acertamos a entender, muchas son las especulaciones, ninguna la certeza. Estamos al corriente de que la pasada

noche se produjeron varias muertes horrendas y violentas por las calles y, de momento, el Ministerio del Interior no ha dado explicaciones —seguía con su elucubración el periodista desde el centro de la vorágine—. Por lo pronto, lo que les puedo asegurar es que Guillermo de Lucía está aquí para llevarles la verdad a casa —apuntó a modo de eslogan mientras se acercaban con cuidado a un pequeño túnel con entrada en arco de herradura que pasaba por debajo la calle principal hasta el otro lado. Guillermo, gran conocedor del callejero de Toledo, sabía que allí había una placeta llamada Estrella, junto a la preciosa iglesia Santiago de Arrabal. En el extremo de esa plaza, unas escaleras que estaban justo enfrente de otra pequeña iglesia daban acceso a la calle principal, prácticamente fuera del alcance de la vista de los soldados ubicados en las torres de la parte interior de la Puerta de Bisagra; por allí podrían subir sin ser vistos.

—Guillermo, Guillermo... —el cámara llamó su atención con voz queda —, hay alguien ahí, en el interior del pasadizo —añadió con premura.

—Perfecto —comentó Guillermo—, intentaremos hablar con él, vamos a acercarnos.

El atrevido presentador miró al cielo —donde aún caía esa fina lluvia resplandeciente y preciosa— antes de adentrarse en aquel agujero oscuro donde apenas se veía nada.

—Bien, tenemos una persona parada aquí delante, vamos a preguntarle si sabe o ha visto algo de lo que está pasando en la ciudad... —susurró según se acercaba al centro del túnel. Aquella persona se encontraba de espaldas a él y estaba inquietantemente inmóvil, sin prestar atención alguna a su presencia —. Perdona, señor, somos periodistas y queremos preguntarle si tiene conocimiento de lo que está sucediendo y a qué se deben esos disparos continuos —empezó el presentador cuando estuvo prácticamente al lado, pero la persona ni se inmutó—. ¿Hola?, ¿me oye? —insistió.

Cuando sus pupilas comenzaron a adaptarse a la oscuridad se dio cuenta de lo extraño de la indumentaria de aquel hombre, toda roída e incluso desecha en algunas partes. Además, notó algo en su respiración que le llamó la atención poderosamente, producía un sonido extraño, antinatural. Se dio cuenta también de que algo sobresalía por encima de su cabeza, pero no acertaba a ver bien qué era. Sobrecogido, pensó que le recordaba a unas grandes orejas erguidas apuntando hacia arriba. Guillermo hubiera retrocedido, de no haber sido porque le estaban grabando, así que, haciendo

de tripas corazón, se acercó aún más a la figura, hasta casi poder tocarla.

—¿Señor, se encuentra bien...? —No tuvo tiempo de acabar la pregunta, el ser se volvió dejando ver el objeto dantesco que llevaba en el rostro, era como una máscara de hierro que enjaulaba literalmente su cabeza por completo. Tenía pinchos que por la zona interna se le clavaban en la cara a modo de tortura y una especie de morro largo metálico similar al de un oso hormiguero. El ser empezó a gemir estridentemente, quejándose del más que seguro dolor insoportable que debía sentir, Guillermo dio un grito de asombro al ver aquella cosa y salió corriendo seguido por David, que apenas podía mantener la cámara en posición para enfocar correctamente.

—¿Qué era eso? —preguntó David al salir del túnel, una vez perdieron de vista aquella cosa y la dejaron atrás.

—No lo sé, pero ha desaparecido —contestó Guillermo jadeando al tiempo que se asomaba con cuidado para mirar hacia el interior del túnel, donde de pronto ya no había nadie.

Martina y Dorian consiguieron colarse por una ventana mal cerrada al interior de la sala de la derecha, por donde caminaban con máxima cautela, los sonidos de disparos aún resonaban fuera. Esa sala estaba repleta de piezas de artesanía en madera, casi todas empleadas en antiguas viviendas, como vigas, frisos, canecillos y tablillas talladas. Todas ellas resplandecían en mitad de la oscuridad igual que sus propias aureolas, que les seguían allá donde iban. Buscaban un lugar por el que salir al exterior por otro lado del edificio. Estaban en mitad de un gran salón cuyos grandes arcos daban a otras estancias, todos ellos decorados con minuciosas yeserías, prueba de la suntuosidad del mudéjar toledano, eran los únicos restos que se conservaban de lo que fue una casa mudéjar de la nobleza toledana del siglo XIV. De pronto y sin saber de dónde salía, una mujer con aspecto de monja apareció en mitad de uno de los arcos propinando un soberano susto a la pareja.

—Venid, es por aquí, podréis salir... —dijo sin más presentaciones.

Por un momento se sintieron aliviados, supusieron que se trataba de una mujer que se hallaba ahí escondida, como ellos, y la siguieron hasta el extremo opuesto de la edificación, casi desconocida para Martina.

—Por aquí, seguidme —les animó la inquietante monja guiándolos por unas escaleras que bajaban a través de un angosto pasillo, hacia un

subterráneo. Martina pensaba que habría algún tipo de salida secreta. Estaba muy oscuro, a parte de las aureolas, apenas veían nada por las escaleras, y la humedad era cada vez mayor. Por fin dejaron de bajar y el pasillo continuó unos veinte metros hasta una puerta que daba a una sala inferior considerablemente amplia.

—Por aquí, ya llegamos —dijo la mujer.

Al entrar en una sala circular Martina y Dorian se miraron extrañados preguntándose a dónde los había conducido aquella monja.

—¿Dónde está la salida, señora? —preguntó Dorian contundentemente. La vieja se movía de manera poco ortodoxa al fondo de la sala, donde una serie de velas encendidas iluminaba el macabro lugar, y a su vez la mente de Martina.

—Las monjas de santa Eufemia... moraron aquí en el siglo XV —susurró con los ojos muy abiertos.

—Es aquí... aquí es donde íbamos enterrando una tras otra a las hermanas que nos dejaban... en esos agujeros —decía la monja de manera siniestra señalando unas excavaciones que había en el suelo—. Pero no solo a ellas... —aseguró de forma funesta—, yo no podía verlos sufrir. Ellos venían muertos de hambre, enfermos, impedidos. Era lo mejor para todos. Yo los liberaba del sufrimiento con mi clemencia... —siguió hablando dándoles la espalda—. Pero nadie lo entendía, así que me apresaron como a un monstruo y me torturaron hasta que fui yo quien pidió clemencia.

La monja comenzó a levitar un par de dedos sobre el suelo como si tal cosa, hasta que de pronto se giró.

—¡Yo no soy un monstruo! —gritó con un tono de voz mucho más grave mientras la pareja empezaba a distinguir su cara en la oscuridad, su piel era totalmente blanca y sus ojos, negros como la noche, estaban vacíos. Las velas se apagaron de golpe, Martina y Dorian recularon aterrorizados hasta llegar a la puerta, donde se volvieron y echaron a correr por el pasillo. La vieja monja espectral abrió una boca enorme e inhumana para soltar un grito infernal al tiempo que alargaba el brazo y salía disparada tras ellos flotando a gran velocidad con afán de atraparlos.

—¡Nos va coger...! —gritó Dorian, que miraba hacia atrás mientras corría, acongojado al ver lo rápido que se acercaba. Comenzaron a subir las escaleras, las piernas les flojeaban por el terror. Volvieron de nuevo la cabeza

al unísono esperando verla justo detrás, pero no estaba. Una vez arriba de la escalera, al mirar hacia delante, se la encontraron frente a frente.

Volvió a gritar con una boca descomunal, de otro mundo. De sus ojos negros brotaban lágrimas del mismo color que surcaban su cara blanca como la nieve, esta vez pudieron ver de pleno su rostro, para horror de ambos. Estiró el brazo intentando atraparlos, pero ellos pudieron escabullirse por un costado. Dorian encontró una puerta por la que salieron a otro patio trasero y de este saltaron nuevamente a la calle, donde ya no había rastro de nadie. Exhaustos física y anímicamente, decidieron continuar solos su camino hacia la Catedral.

—Creo que era una máscara de infamante... —le dijo sin previo aviso Guillermo a David mientras, con el susto aún en el cuerpo, subían la cuesta que lleva al centro del casco antiguo por la calle del Arrabal.

—¿Cómo dices? —preguntó David sin entender.

—Lo que llevaba en la cabeza... creo que era una máscara de infamante —repitió.

—¿Y qué diantres es eso? —preguntó el cámara.

—Veo que tu cultura histórica es limitadita... —apuntilló quisquilloso el proyecto de estrella de la televisión—. En tiempos de la Santa Inquisición se usaban un gran número de artilugios para infligir dolorosos castigos y torturas a los supuestos herejes, infamantes, blasfemos, falsos conversos, supuestas brujas y demás pobres diablos... —continuó Guillermo—. Algunos eran letales, pero otros solo infligían molestia por las rozaduras y el peso, como la máscara que llevaba esa persona que hemos visto, aunque también las había con púas y cuchillas. Muchas recordaban a animales e incluso a seres demoníacos. De esta manera, la iglesia escarmentaba de manera pública a los desobedientes e inconformistas, sobre todo a mujeres —terminó.

—¿Y por qué crees que ese hombre la llevaba?

—Buena pregunta... —respondió Guillermo pensativo. A su izquierda se encontraron con el Hotel Real, donde una marca de fuego en la fachada les llamó inquietantemente la atención.

—Voy a llamar a la cadena para decirles que estamos dentro —dijo Guillermo sacándose el teléfono móvil del bolsillo sin quitar ojo a la extraña señal de la fachada.

—Las aureolas que desprende todo en la ciudad son fabulosas — comentaba obnubilado David al tiempo que comenzaba a filmar el hotel. Después anduvo unos pocos pasos más hasta encontrar una perfecta tirada de cámara de la bellísima Puerta del Sol irradiando a su alrededor un halo de un color que recordaba al violeta.

—Pero ¿qué pasa? —protestó Guillermo—, maldita sea, el teléfono no funciona, está apagado.

—El mío tampoco, ya lo comprobé antes —contestó David.

—¿Cómo, y no dices nada?, ¿te parece normal? —preguntó irónico y enojado el periodista.

—Por si no te has dado cuenta, nada aquí es normal —concluyó David—. ¡Sssshh...! —susurró al tiempo que le hacía un gesto con la mano para que se metiesen en el portal del edificio de al lado para no ser vistos—. Los soldados... —le dijo en voz baja una vez dentro—, están ahí, en la esquina del hotel.

—¿Estás grabando? —preguntó Guillermo.

—Sí, está encendida.

—Intenta asomar la cámara desde aquí, a ver qué pasa —pidió.

Así lo hizo David, que tras asomarse comprobó que eran varios, aunque únicamente veía a tres. Guillermo también se asomó con cuidado para no ser visto. De pronto, cinco soldados salieron de esa esquina hasta ponerse en mitad de la calle y unirse a otros seis o siete que estaban en el otro lado, fuera de su alcance visual. El grupo no hacía más que mirar en dirección a la Puerta del Sol. Todos se colocaron en posición defensiva, alzando sus armas de manera alarmante. Guillermo y David, expectantes, pensaban que algo peligroso se debía aproximar que explicase tal escena. No se oía nada, las diminutas gotas de agua continuaban cayendo intrascendentes en mitad de la tensión creciente. Nadie movía un músculo. Guillermo pudo notar cómo el pulso se le aceleraba ante la incertidumbre. A David el enfoque de los soldados desde la retaguardia se le movía por los nervios. Algo iba a pasar de un momento a otro.

—¡Mirad, está arriba, en lo alto de la puerta! —dijo con voz angustiada uno de los soldados, y todos automáticamente apuntaron hacia aquella posición con sus armas.

—¡No abran fuego! ¡Repito, que nadie abra fuego! —dijo el que, sin duda, debía ser el oficial al mando.

Una sombra amenazadora en forma de silueta humana se dejó ver en lo alto de la Puerta del Sol, en el torreón de la izquierda, absolutamente inmóvil entre la lluvia y el viento que arreciaban en ese momento. La tensión iba en aumento.

—Pero ¿qué...? —masculló ante la imagen tan perturbadora que se encontró al bajar la vista. Contempló estupefacto que, delante de ellos, donde no había nadie apenas un segundo antes, ahora unos nueve o diez espantosos seres, se alzaban en fila frente a ellos. Portaban tenebrosas capuchas que tapaban sus rostros y llevaban el torso al descubierto y las manos hacia atrás, como si las tuviesen atadas, al modo de los prisioneros a punto de ser ejecutados.

—¿De dónde han salido? —susurró Guillermo asombrado desde el portal donde se cobijaba junto a su cámara, David—, y, lo más importante, ¿quiénes son y qué quieren? —terminó de exponer sus temores angustiado.

—Han aparecido sin más en mitad de la calle. Aparecido... —contestó David mirando a Guillermo directamente a los ojos con el rostro compungido.

—¿Cómo aparecido...? —preguntó este sin dar crédito a la insinuación—, ¿no creerás que...? ¡Fantasmas! —dijo por fin alzando la voz ante la extravagante revelación—. ¿De eso crees que va todo esto, de fantasmas? —insinuó incrédulo y aterrado al mismo tiempo, asustándose aún más al escuchar sus propias palabras.

—¡Ssshhh, no alces la voz, que nos van a descubrir! —exclamó David—. ¿Qué otra cosa podría crear este escenario? —Su pregunta hizo reflexionar a Guillermo, que volvió a asomarse para mirar aquella espeluznante escena, mucho más impresionado si cabe—. No sé por qué, pero creo, muy a mi pesar, que campan a sus anchas por Toledo.

Entre tanto, los soldados quedaron petrificados contemplando semejante panorama, el aire que transportaba la lluvia remolineaba entre aquellos seres inmóviles y aterradores. Las capuchas negras que ocultaban sus rostros dotaban a la situación de un halo misterioso y asfixiante nunca visto.

—Que nadie dispare —insistió el oficial al mando con voz seria y serena, pero de repente una gran serie de detonaciones alcanzó casi al unísono a aquellas desventuradas criaturas, que fueron cayendo ante evidentes muestras de dolor. Unos se desplomaron hacia atrás hasta quedar bocarriba, otros de costado, alguno arrodillado con los codos apoyados hacia delante y la cabeza

gacha, enroscados en su dolor.

—¿Pero quién cojones ha disparado? —preguntó enojado como nunca el oficial con los últimos ecos de los disparos aún resonando. Quizá tan enojado porque en el fondo sabía la respuesta a su pregunta, ninguno de los suyos había apretado el gatillo.

—¡Señor, no hemos sido nosotros, señor! —gritó uno de sus soldados, absorbido por la tensión del momento.

—¿Entonces qué ha pasado? —se preguntó en voz alta el oficial, que no podía apartar la mirada de aquella dantesca escena donde unos seres sin vida y de rostro oculto plagaban el asfalto medio iluminado.

Guillermo y David, que lo estaban grabando todo, no daban crédito a lo que sus ojos veían. La gente de los dos hoteles y las casas colindantes se asomaba a las ventanas con perversa curiosidad, aunque absolutamente aterrorizada. De improviso, el oficial observó —como colofón que desafiaba su ya muy turbado aguante psíquico— cómo uno de los cuerpos comenzaba a moverse en el suelo. Más tarde, lo hizo otro, y así hasta que todos empezaron a menearse despacio, entre la lluvia, el viento y la aureola negruzca que los envolvía.

Uno de los que había caído de espaldas al suelo quedando bocarriba, se levantó haciendo el recorrido exacto pero en sentido contrario a cuando lo hizo, algo físicamente imposible. Para sorpresa de todos, el que estaba arrodillado comenzó a desplazarse hacia los soldados de manera dramática, otro lo hacía con un movimiento extrañísimo: boca arriba, ayudándose de sus cuatro extremidades, para entonces liberadas. Movimientos que dieron la puntilla a los atacados nervios de los soldados, que lánguida e inconscientemente comenzaron a dar pequeños pasos hacia atrás.

—¡Aguantad la posición! —pidió el oficial con poca convicción, parecía más lo políticamente correcto, que en realidad lo que pensaba.

David continuaba con su histórica grabación desde el resguardo del portal, Guillermo se agarraba fuerte a él; alucinados, vieron cómo el resto de seres encapuchados se levantaban —unos totalmente, otros cuanto podían— y se acercaban cada vez más a los soldados, que ya reculaban sin decoro alguno.

—¡Aaaahhhhh...! —gritó Guillermo impresionadísimo cuando apenas a un par de metros de ellos comenzaron a pasar una serie de momias caminando libremente en dirección al hotel que tenía la señal de fuego. Los soldados, sobresaltados por el chillido, miraron hacia atrás sin ver a

Guillermo y a David, que seguían en el portal escondidos viendo pasar tan funesta comitiva frente a sus ojos.

David puso una mano en la boca de Guillermo sin dejar de grabar con la otra. Aquellas criaturas ni tan siquiera los miraron, pero no tuvieron la misma suerte con otra que también pululaba por allí con una máscara negra en forma de pico de ave tan estremecedora como el resto de su indumentaria. Los miraba fijamente desde el otro lado de la calle, sin embargo, de pronto giró la cabeza hacia el hotel y también se dirigió allí. Lo mismo hicieron otras seis o siete criaturas, a cual más horrenda. Había dos cuyos turbantes apenas dejaban ver sus ojos enloquecidos, vestían unas túnicas que arrastraban por el suelo y portaban en ambas manos unas temibles espadas curvas terminadas en una punta letal. Parecían a todas luces sarracenos. Había también otra criatura oscura y femenina, llevaba el pelo largo y alborotado tapándole los costados de la cara, por lo que su rostro quedaba oculto. Portaba una vela encendida entre sus manos que, sorprendentemente, no se apagaba bajo la lluvia. Tras ella caminaban —con muchas dificultades— en siniestra procesión varios seres de lo más deteriorados, sus cuerpos y sus ropajes estaban desvencijados.

A Guillermo se le salían los ojos de las cuencas viendo aquel delirante espectáculo no apto para aquejados del corazón. Por dentro seguía gritando sin parar, menos mal que David —algo más sereno en aquella extrema situación— le seguía tapando la boca con la mano. Los soldados ya reculaban a la carrera hacia el hotel aterrorizados ante el ejército que venía del otro lado. Uno de ellos comenzó a disparar casi sin querer, por puro miedo ante lo que se aproximaba, prácticamente sin apuntar. El oficial ya no era capaz de dar orden alguna, abrumado por una situación para la que no había sido preparado. Por un lado, venían los seres encapuchados desplazándose de manera dramática y por el otro, todos los demás. Los huéspedes del hotel intuían que venían en su dirección por la extraña marca que llevaba una hora ardiendo en la fachada. Todos habían caído presa de los nervios al verla, pero tanto la gerencia del hotel como los soldados les habían tranquilizado diciéndoles que no tenían nada que temer, que allí estarían seguros. Sin embargo, muchos de ellos no aguantaban más y, despavoridos ante la visión de lo que se avecinaba, decidieron bajar e intentar escapar.

Los soldados intentaron crear un perímetro de seguridad en la puerta colocándose en semicírculo con la entrada del hotel tras ellos, supuestamente

protegida. Disparaban en todas direcciones como locos, desgraciadamente sus armas no surtían ningún efecto ante aquellas criaturas de naturaleza desconocida. Sentían que estaban sentenciados, que nada podría hacerles frente. Enloquecidos, algunos incluso lanzaron sus granadas de mano, que explotaban por los alrededores dotando de más dramatismo bélico a aquella situación límite. Las criaturas del averno estaban ya a muy pocos metros de los desquiciados soldados, que dejaron de disparar dada su nula efectividad. De pronto, varios huéspedes salieron corriendo por la entrada principal y escabulléndose entre los soldados consiguieron sortear a los seres corriendo calle arriba algunos y calle abajo otros. Eran ya unas cuantas decenas los que seguían el ejemplo de los primeros en huir, cuando uno que a punto estaba de atravesar el cerco, fue detenido en seco por una fuerza incorpórea que lo elevó y lo transportó flotando un par de dedos sobre el suelo hasta ponerlo justo enfrente de los seres encapuchados. Todos se acercaron y lo rodearon, especialmente uno de ellos, que se puso a menos de un palmo de él. Acercó su cara encapuchada a la del chico acongojado y se quitó la capucha para mostrar su rostro completamente destrozado y desfigurado por innumerables golpes y torturas. Le gritó como si fuera un león, a apenas unos centímetros, y a continuación todos los encapuchados se abalanzaron sobre él.

Los soldados, que observaban la escena impotentes, de repente fueron elevados al unísono por una energía portentosa hasta quedar pegados, completamente inmóviles ellos y sus armas, a la fachada del hotel, un par de metros por encima de la puerta principal y cerca de la marca de fuego. Ya con vía libre, los espectros comenzaron a entrar entre los gritos de los que intentaban escapar. Un chico creyó haberlo conseguido al sobrepasar la línea de espectros que había en la puerta, pero uno de los guerreros árabes le lanzó la espada atravesándolo fácilmente; una vez en el suelo, las momias se aproximaron y dieron buena cuenta del pobre.

Guillermo lloraba de angustia e impotencia ante lo que ocurría justo delante suyo, estaba muerto de miedo y ahora tan solo pensaba en escapar de allí. Los huéspedes, al ver lo que les había ocurrido a los últimos valientes, dejaron de salir y empezaron a huir hacia arriba, las criaturas estaban entrando en el *hall*. Los gritos y los golpes se sucedían por todas partes. En la calle ya solo estaban los dos cuerpos sin vida de los desventurados que intentaron huir sin éxito.

Guillermo y David decidieron que era el momento de irse del portal y

volver por donde habían venido. Sabían sobradamente que no había sido una buena idea entrar allí, algo mucho más horrible de lo que habían llegado a pensar estaba ocurriendo entre aquellos arcanos muros. Algo que seguramente nadie había visto antes, y mucho menos se había filmado con una cámara. Tenían el Pulitzer asegurado, ahora la prioridad era conseguir que el galardón no fuese a título póstumo. Pero cuando dejaron el portal y encararon la bajada se encontraron con una desagradable sorpresa... criaturas de toda índole llenaban la calle, los había de todas clases, tamaños y aspectos. Con espadas o puñales, otros que levitaban, con cadenas, mujeres que reían psicóticamente hasta soltar un grito de dolor mientras hacían extraños movimientos con la cabeza. Muy a su pesar, ambos echaron a correr hacia arriba, en dirección a Zocodover.

Simultáneamente, en el otro extremo del casco antiguo, Martina y Dorian se adentraban corriendo y cogidos de la mano por un pequeño tramo de la calle Santa Úrsula bordeando la Iglesia del Salvador hasta su misma puerta, tras salir indemnes de la encerrona de la maldita monja. Justo al doblar la esquina de la iglesia vieron sobrecogidos cómo, enfrente mismo de ellos, un cuerpo colgaba ahorcado del campanario, mientras un ser que estaba de espaldas lo miraba desde abajo, claras marcas en su cuello indicaban que debía haber sufrido la misma suerte en otro tiempo. Martina se detuvo y soltó un pequeño grito, después se echó las manos a la cara. Aquel extraño espectro se volvió entonces despacio hacia ellos. Con la mandíbula desencajada y la lengua fuera los miró de manera siniestra, hasta que su cuello se dobló cayendo hacia un lado de forma imposible. En ese momento la pareja comenzó de nuevo a correr horrorizada. Se disponían a tomar la calle Trinidad y por ahí encarar por fin su objetivo final, la Catedral. La calzada estrecha resplandecía, como todo lo demás, sus fuerzas eran las justas y los ánimos de victoria ante tan extrema situación, cada vez menores. Martina recordó el misterio que envolvía aquella fascinante historia y pensó que por un momento casi lo había olvidado, sin duda alguna por el peligro real en que se habían visto envueltos, y del que no sabían cómo protegerse. Se sentía totalmente expuesta.

Corría de la mano de Dorian, su nuevo y fugaz amor, dejando atrás la plaza del Salvador, con la sensación de que todo pasaba a cámara lenta.

Sobrepasaba las casas una a una en su carrera hacia la verdad, hacia el conocimiento y la salvación. Una carrera que ya resultaba desesperada y descontrolada. Mientras lo hacía pensaba apesadumbrada que, aunque descubriese finalmente la verdad, aunque diera con la clave de aquella increíble situación, sería demasiado tarde, ya habían perdido porque muchas personas se habían quedado por el camino. Se sentía fracasada. Y aún no era consciente de que el destino le tenía preparada alguna otra sorpresa.

Cuando llevaban pocos metros recorridos por la calle Trinidad vieron consternados que de frente se aproximaba una caterva de seres con aspecto de caballeros del inframundo. Detuvieron su carrera de golpe ante el espectáculo que se les venía encima. Alrededor de veinte guerreros cristianos medievales que portaban —además de sus armas, escudos y yelmos— unas antorchas que desprendían un fuego blanco azulado tan bello como temible, avanzaban a paso ligero. Ellos se dieron la vuelta hacia la plaza del Salvador. Al girarse encontraron por sorpresa en la parte posterior, y para mayor desasosiego, una hilera de monjas en procesión rodeadas de un halo oscuro y portando velas en las manos, que habían surgido de la nada. Tras sortearlas con el vello erizado y llegar a la plaza, Martina pensó en atravesarla e ir por la calle Camino el Salvador, que también llevaba a la Catedral. Pero, muy a su pesar, contempló que por esa dirección se aproximaba otro pequeño batallón, esta vez parecían guerreros árabes con sus turbantes, sus largas túnicas, sus espadas curvas y sus lanzas altas. Además, portaban unas fantasmagóricas antorchas que, junto con el aura energética de todo lo que los rodeaba, dotaban a la escena de un increíble halo de misterio. Se encontraban en mitad de lo que podía convertirse en una confrontación. Martina, agobiada, miraba a un lado y a otro. Pensó en retroceder, pero estaba decidida a llegar cuanto antes a la Catedral, y decidió esconderse hasta que pasaran los batallones.

—¡El pozo! —exclamó de pronto ante el asombro de Dorian.

—¿Cómo?

—Ven, corre. Justo aquí hay un gran pozo abovedado donde nos podemos guarecer —dijo señalando unas grandes puertas metálicas con tiradores que surgían directamente del suelo. Dorian enseguida se aproximó e intentó abrirlas sin éxito.

—¡Están cerradas! —gritó agobiado mientras veía acercarse a las arcaicas maquinarias bélicas por ambos lados.

—Tranquilo, tengo una copia de las llaves del Consorcio, aquí también

entramos en las rutas —le contestó del tirón mientras nerviosa trataba de sacarlas lo más rápido posible de su bolsito, sin quitar la vista de los temibles guerreros—. ¡Es esta! —dijo pasándole a Dorian el manajo de llaves e indicándole una en especial.

Tras un leve tanteo, Dorian por fin consiguió abrir el candado, levantó la pesada puerta y con la mano extendida apremió a Martina para que entrase, ambos bandos ya estaban muy cerca. Una vez dentro, Dorian cerró y se dispuso a seguir a Martina en su descenso por la peligrosa escalera de caracol; la única claridad que rompía la absoluta oscuridad de allí abajo procedía de las aureolas de ambos.

—Ten mucho cuidado o te caerás, como me figuraba la luz aquí tampoco funciona —masculló Martina.

Una vez abajo, se pegaron a la pared abrazados y se acuclillaron, completamente exhaustos, tanto física como mentalmente.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —dijo Dorian—, la ciudad está siendo masacrada, resulta impensable.

—Desde luego —convino Martina—, pero debemos esforzarnos en pensar cómo saldremos de esta.

De pronto, en mitad de la negrura del lugar, un susurro casi ininteligible se dejó sentir alrededor.

—¿Mamáaaaa...?

Aquel sonido metálico tenía un extraño tono, casi doble, e incluso un leve eco, apenas se entendía lo que decía, pero igualmente provocó que ambos se levantasen como si tuviesen un resorte en las piernas.

—¡Mamáaaaa...!

De nuevo ese alarmante sonido que llegaba despacio, como si alguien exhalase vaho por la boca hasta convertirlo en una palabra, los estremeció. Se oía por todas partes a su alrededor, como si flotase y fuese rebotando por el abovedado. Unas pequeñas ráfagas de aire empezaron a acompañar a aquella tétrica voz. Martina y Dorian miraban a todos lados compulsivamente, pero no veían nada, aunque sentían que había alguien.

—¿Mamáaaaa... eres tú?

La nueva frase no hizo sino aterrorar más, si es que eso era posible, a la pareja. La voz era absolutamente fantasmal y sabían que su origen estaba muy cerca de ellos, allí abajo, soterrados, sin escapatoria.

—Mamáaaaa... te estaba esperando... —Sonó de nuevo el susurro

fantasmagórico, en esta ocasión realmente al lado de ellos—, ¿por qué me dejaste solo...? —Martina comenzó a llorar de terror—. Me dejaste solo.

De pronto, una silueta difuminada se fue manifestando poco a poco en el extremo opuesto del pozo. Martina no daba crédito a lo que sus cansados ojos veían. Parecía que se trataba del torso de un niño cubierto por una especie de fina sábana vieja que se mecía lánguidamente. Las piernas no se llegaban a distinguir, se le veía como por encima del suelo, en forma de holograma mágico. Era una imagen espeluznante.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Martina apretando cada vez más fuerte a Dorian —, acabo de recordar que cuando el Consorcio llevó a cabo aquí la excavación arqueológica manual del pozo, en 2002, encontraron restos humanos bajo los escombros —susurró a Dorian sin quitar la vista del ser que tenían frente a ellos—. ¿A que no adivinas cómo estaban...? —preguntó mientras una nueva serie de lágrimas inundaba sus mejillas.

—¡Envueltos en una sábana...! —afirmó apesadumbrado pero seguro el intuitivo agente del CNI.

—Mamáaaaa... has vuelto.

De repente comenzaron a aflorar en Martina una suerte de sentimientos en forma de vivencias o *flashbacks* que no sabía de dónde procedían. Unas imágenes confusas, desordenadas y sin mucho sentido aparente le vinieron a la mente. Algo así como los recuerdos de cuando uno era niño, lejanos, indefinidos. En esas imágenes pudo distinguir gente que caminaba aprisa hacia algún lugar, algunas mujeres lloraban, otras clamaban a Dios. Las vestimentas le resultaron muy extrañas, había túnicas y capas por doquier, sin duda se trataba de otra época. Las imágenes iban y venían, Martina se sentía en mitad de una increíble escena que estaba segura que nunca antes había experimentado en su vida. Las personas la miraban con respeto y le dejaban pasar entre el gran tumulto de gente que clamaba y maldecía, algo terrible debía haber sucedido.

Martina se abrió paso entre el gentío hasta llegar a un viejo brocal por el que unas personas, que parecían soldados por sus atuendos y espadas, se asomaban apesadumbradas mirando al interior. Los soldados miraron a los ojos a Martina, y se apartaron agachando la cabeza con cara de circunstancias al verla aproximarse. Dejaron el brocal libre para que se asomase, retirándose respetuosamente. Martina estaba intrigadísima por saber qué habría dentro, y cuando por fin se asomó lo primero que vio en el reflejo del agua almacenada

en el pozo fue un rostro desconocido y no el suyo. Sabía que era ella, pero no reconocía esa cara, esos rasgos. Fue una situación extrañísima. El reflejo del sol en todo lo alto centelleaba deslumbrándola por un momento, pero al final sus ojos consiguieron enfocar el fondo de aquellas aguas cristalinas por donde se colaba la luz.

Un cuerpo delgado, envuelto en una fina sábana blanca, yacía en el fondo de aquel rústico pozo anclado con una gran piedra. La imagen estremeció a Martina, que no terminaba de entender por qué de pronto tenía esa especie de visión tan ajena a ella; sin embargo, en lo más profundo de su alma, de su conciencia, le resultaba trágicamente familiar. El extraño reflejo de la mujer desconocida se deformó de pronto con las numerosas gotas que caían desde los ojos más tristes del mundo. Un grito del dolor más puro atravesó el cielo e hizo que la ciudad entera enmudeciera con un respetuoso silencio. Ni tan siquiera los pájaros revolotearon ni piaron en un intervalo de segundos considerable. Un segundo grito desgarrador y aún más terrible hizo estremecer a todos los presentes de puro pavor. La ira más atroz y la peor desventura jamás pensada se entremezclaban en él.

Martina regresó de aquel escueto pero intensísimo viaje a no sabía dónde. Suspiró fuerte y profundamente, como si hubiese estado a punto de ahogarse y al salir a la superficie inhalara un aire vital. Tenía las mejillas inundadas de sensaciones húmedas. De pronto empezó a caminar. Dio un primer paso, soltándose de la seguridad del brazo de su amor. Con el segundo paso Dorian la llamó, sin fortuna puesto que ella ni tan siquiera lo escuchó. Con el tercer y cuarto paso, más certeros que nunca, encaró aquel inocente ser que tantos años había esperado en soledad. Con el quinto paso se puso justo delante de aquel milagro lumínico de la humanidad. La energía estanca aún albergaba sentimientos mortales de amor, cariño y ternura. Justo los mismos que Martina sintió cuando creyó comprender algo de aquel extraño momento que estaba viviendo. Por eso alargó la mano hasta casi acariciar a aquel desventurado niño que había quedado atrapado en el tiempo en su camino hacia el otro lado.

—Estoy aquí... he vuelto —alcanzó a decir únicamente, por fin, Martina con los labios temblorosos, su barbilla rebotando lágrimas de amor y ternura.

El niño, al escuchar esas palabras, tiró de la sábana para quitársela de encima. Cuando se liberó de ella Martina pudo ver un ángel rubio de ojos claros, un precioso infante deseoso de volver a sentir el amor que en vida le

fue arrebatado. Deseoso de volver a sentir la calidez con la que unos padres arropan a un hijo. Deseoso de avanzar y dejar atrás por fin la oscuridad. Deseoso. El niño estiró la mano de forma celestial hasta que la posó en la de Martina, fue entonces cuando giró la cabeza hacia la derecha como si hubiese visto algo.

—¿Estás viendo la luz...? —le preguntó tiernamente Martina.

—Sí, hay una luz —susurró el niño inocentemente.

—Ve hacia ella —le instó Martina.

El niño, que no dijo una palabra más, retiró la mano y sin dejar de mirarla se fue caminando en paz hacia donde lo esperaban desde hacía mucho tiempo, donde volverían a cubrirlo de amor para siempre. Tras unos segundos desapareció y Martina cayó de rodillas al suelo, llorando destrozada, pero a la vez feliz. Dorian corrió hacia ella y la abrazó.

Guillermo y David estaban ya en Zocodover jadeando por la carrera que se habían pegado. Miraban a todos lados muertos de miedo por lo que sus ojos habían visto. En su camino hasta la plaza se habían encontrado varias víctimas más por el suelo y también a sus espantosos verdugos. La plaza parecía desierta, se asomaron al hospital de campaña y nadie había en su interior, todo estaba revuelto y abandonado. Salieron al exterior y de pronto la vieron en el cielo. La luz que proyectaba la Catedral en la distancia se intuía magnífica, por lo que, si en un principio la idea era escapar de allí o solicitar ayuda, se vieron en la tesitura de no poder dejar pasar la oportunidad de ver con sus propios ojos —y sobre todo grabar— lo que estaba sucediendo en la plaza del ayuntamiento.

—¿Qué dices, vamos? —preguntó Guillermo mirando embobado la luz celestial reflejada en las nubes.

—Bueno, una vez aquí. Seremos unos bonitos y famosos cadáveres... —dijo irónicamente David con ese humor ácido que le caracterizaba, cosa que hizo reír a Guillermo, algo que su mente agradeció.

—Adelante amigo, a por la pasta —dijo muy serio y mirándolo a los ojos justo antes de volver a echar a correr en dirección a la Catedral por la desierta calle del Comercio.

—¡Martina, Dorian!, ¿estáis bien? —gritó de pronto una voz vigorosa tras abrirse sobre sus cabezas la pesada puerta del pozo de la plaza del Salvador, un par de luces hacían barridos desde arriba buscándolos.

—Estamos bien, capitán, estamos bien —dijo Dorian desde el suelo abrazado aún a Martina, que ya estaba más tranquila tras un par de minutos de paz. Ambos se levantaron despacio y comenzaron a subir por las escaleras de caracol, esta vez alumbrados por los soldados.

—Vamos a la Catedral de una vez por todas —dijo Martina en cuanto salió del pozo de manera firme y aguerrida echando a andar, seguida por todos los demás, que se miraron sorprendidos.

Recorrieron sin contemplaciones la calle Trinidad hasta girar hacia la derecha por la estrechísima calle Cuesta Ciudad, de poco más de dos metros de ancho, que estaba escalonada y tenía una baranda a la izquierda. De nuevo en formación, descendían arrojándose a un lado o al otro cuando se encontraban a alguno de esos extraños e inquietantes seres que les daban la espalda en mitad de la bajada. Algunos reían psicóticamente, otros solo los miraban al pasar, unos con aspecto desvencijado y mugroso, como indigentes, y otros bien vestidos, pero con claro aspecto espectral. La variedad de seres que habían visto hasta el momento era de tal magnitud que apenas podían creerlo. Por fin desembocaron en la pequeña plaza Consistorio desde la cual, a través de la calle del mismo nombre, pudieron apreciar al fondo por primera vez la majestuosa Catedral, que en ese momento brillaba de forma inigualable, con un halo muy especial alrededor. Su luz era clara, más clara que ninguna de las auras de las que hasta el momento habían podido disfrutar esa increíble noche, a excepción de la de Martina, que era muy parecida. Por momentos daba la impresión de que a su alrededor incluso se podía apreciar una especie de chisporroteo, como si alguien estuviese lanzando purpurina dorada desde la torre, a noventa y dos metros de altura, y esta, mecida por la brisa, se desplazase elegantemente por la parte frontal de la maravillosa Catedral de Santa María de Toledo, de exquisito estilo gótico.

Todo el grupo se fue acercando poco a poco hasta plantarse al principio de la plaza del Ayuntamiento, miraban a lo alto, embelesados por la fenomenal visión. La noche oscura se volvía clara en aquel mágico lugar. El ayuntamiento también emitía cierta claridad, igual que el Palacio Arzobispal

que completaba la plaza, pero nada era comparable a la Catedral Primada de Toledo. La lluvia de nuevo arreció en ese momento, Martina, intuitiva, miraba hacia la Catedral esperando que algo ocurriese. En efecto, de súbito comenzó a abrirse la puerta de la valla que cercaba el exterior de la portada principal. Tras esta, las tres grandes puertas principales —la del Perdón en el centro, la del Infierno a la izquierda y la del Juicio Final a la derecha— comenzaron increíblemente a abrirse también, con un estruendo importante al arrastrar su peso. Una potente luz que emergía del interior se dejaba entrever a medida que sus hojas comenzaban a desprenderse.

Martina sabía que algo la estaba esperando, había muchas cuestiones que escapaban a la razón esa noche, y estaba deseosa de comprender por fin qué era exactamente lo que ocurría. Muchas ideas pasaban en ese momento por su enfervorecida mente. Había tenido sensaciones increíbles a las que no encontraba explicación, pero algo comenzaba a fraguarse en su interior. Por fin la vio, sabía que también ella se presentaría, pues era el centro de toda esa vorágine, el principio y el fin de la historia, y allí estaba de nuevo. Una figura oscura —plantada en el hueco surgido entre los contrafuertes que apuntalaban la fachada y el rosetón que casi los ocultaba— la miraba directamente a los ojos. Las puertas terminaron de abrirse con un gran estruendo, momento en que la silueta desapareció.

Martina se encaminó hacia su destino, que la estaba esperando, eran los demás quienes la seguían a ella ahora, nadie decía una sola palabra. Ya se encontraban en mitad de la plaza cuando a su alrededor comenzaron a surgir seres que en tiempos pasados habitaron aquel lugar. Florecían a su paso mientras los soldados impresionados los apuntaban sin disparar, ya que no hacían nada a parte de girarse al paso de Martina, que en ese momento parecía ser el centro alrededor del cual todo giraba. Los había con espadas y sin ellas. Con escudos, lanzas y turbantes, con cruces y medias lunas, con yelmos corroídos y ancestrales vestimentas. A pecho descubierto o con uniformes de uno u otro bando. Niños, mujeres y hombres de otras vidas se plantaban cual increíble ejército por toda la plaza del ayuntamiento alrededor de Martina, que avanzaba entre ellos sin pestañear hacia el lugar donde la esperaban. Los demás intentaban imaginar qué diantres pasaba. «Esto es algo extraordinario, nunca visto», decía para sí Dorian, absolutamente sobrepasado por los acontecimientos.

En ese preciso momento, Guillermo y David llegaban por la hermosa calle

adyacente, Arco de Palacio, sin dar crédito a lo que sus ojos veían. Guillermo, incapaz de articular palabra, golpeaba en el brazo izquierdo una y otra vez a David, con el ánimo de hacerle entender que quería que encendiese la cámara para poder captar la escena más impresionante jamás filmada. David, sin embargo, estaba obnubilado viendo aquel espectáculo de luces, belleza arquitectónica, encantamiento mágico y, por si fuese poco, unas personas que atravesaban aquella marea de seres temibles en dirección a la Catedral, de cuyas tres magníficas puertas frontales abiertas de par en par surgía una luz cegadora.

—Voy, voy... —consiguió decir por fin obligándose a dejar de mirar hacia lo imposible para levantar su cámara y enfocar a un Guillermo que, con la cara pálida, se colocó de espaldas a apenas unos metros de los aparecidos y trataba de ajustarse la camisa.

—Y en uno, dos, tres... —dijo David haciendo un gesto con la mano para marcar claramente el inicio de la grabación.

—Aquí... —dijo el presentador carraspeando y con claros síntomas de inseguridad—. Aquí nos encontramos en el centro mismo del torrente informativo, para mostrarles lo nunca visto antes. Arriesgando literalmente la vida nos hemos adentrado de manera intrépida, mi fiel cámara David y yo, en el mismo núcleo de la noticia, para ofrecerles en rigurosa exclusiva para el Canal Diez lo que a estas horas está sucediendo ante nuestros atónitos ojos.

»Una serie de criaturas de índole presumiblemente paranormal (y os puedo asegurar que muy, muy peligrosas) han aparecido como por arte de magia en la plaza del Ayuntamiento de la milenaria ciudad de Toledo. (Siempre se ha dicho que esta ciudad está encantada, y ahora un servidor puede dar buena cuenta de ello.) De hecho, estos seres campan a sus anchas por todo el casco antiguo acabando con todo aquel que se cruza en su camino... Pero lo que nos interesa ahora son unas personas que se abren paso hacia la Catedral incomprensiblemente, entre el innumerable grupo de aparecidos. La joya arquitectónica parece realmente hechizada habida cuenta de la impresionante luz que desprende, tanto por fuera como por dentro. Es una imagen indescriptible, fabulosa... —seguía diciendo el periodista mientras David, tras tomar unos primeros planos escalofriantes de los seres que había cerca de ellos, se hallaba de rodillas captando espectaculares tomas de la Catedral con todo el encanto que desprendía. Al ir bajando el plano lentamente — Guillermo seguía describiendo con pelos y señales la situación en que se

habían visto envueltos— y tomar de nuevo un primer plano de su compañero, un rostro desencajado de ojos caídos y vacíos apareció junto al suyo, David a punto estuvo de caerse de espaldas.

Martina ya estaba frente a la Catedral, se detuvo junto a la valla y todos los que iban tras ella hicieron lo mismo. Miró entonces hacia arriba impregnándose de todo ese esplendor que la emocionaba hasta el punto de sumirla en un llanto incomprensible a la par que visceral. Después echó la vista atrás, con los sentimientos a flor de piel, hacia donde estaba Dorian, que la seguía de manera fiel y leal, aunque sin entender nada; solo sabía que algo conectaba a su amor con aquella historia convirtiéndola en su principal protagonista. De alguna manera, Martina se despidió con la mirada antes de traspasar en solitario la valla de entrada.

—¡Martina, espera!

Las palabras de Dorian llegaron tarde. Intentó cogerla y trató de seguirla, pero una barrera energética invisible le impidió el paso, también a los magníficos soldados que sin dudarle se abalanzaron tras ella para intentar acompañarla y así poder protegerla. Martina intuía que aquello pasaría, solo la quería a ella. Por eso miró a Dorian de esa manera, porque no estaba segura de si volvería a ver su rostro. Se puso la mano en la boca y, entre lágrimas, le mandó un afectuoso beso repleto de amor. Se giró y la perdieron de vista al adentrarse en la cegadora luz que surgía por la puerta del Perdón, la del centro.

David y Guillermo lo grababan todo desde otro lugar tras huir aterrados de aquel ser que se había colocado a su lado. Desde su nueva ubicación, narraban cómo de forma heroica y en solitario una chica desconocida para ellos se aventuraba en lo recóndito, en lo incomprensible. Guillermo se quedó callado por un momento, sin palabras, al verla fundirse con la potente luz que salía del interior.

—¡La chica ha entrado en la Catedral, repito, se ha adentrado ella sola en la Catedral! ¡Que Dios la guarde! —dijo de forma dramática al entender que aquella heroicidad podía ser drásticamente peligrosa para ella.

—¡Martinaaaa...! —gritaba Dorian impotente tras ver cómo su verdadero amor se le escurría entre los dedos de las manos, como un puñado de arena de la playa.

Pero Martina ya no oía nada^[1], caminaba sobre el suelo en rombos blancos

y negros del interior de la Catedral en un estado cercano al trance. De pronto se detuvo y mirando hacia arriba comenzó a girar y girar con los brazos abiertos admirando la belleza infinita que tenía ante sí. La luz clara que allí había producía un curioso efecto en los intensos colores de las vidrieras, que parecían cobrar vida y resaltaban aún más de lo normal, rompiendo la monotonía cromática. Aquellos destellos dorados que se podían apreciar flotando en el exterior también estaban dentro de la Catedral y, para gozo de los sentidos, centelleaban por todos lados dotando al conjunto de una calidez sin igual. Al girar y girar, la imagen de sobra conocida por ella del interior de la Catedral se entremezclaba con otras formas que, si bien le resultaban familiares, no tenía ni idea de dónde procedían. Gran cantidad de columnas y arcos de medio punto se colaban sin saber por qué en su mente y a su alrededor, formando otro lugar diferente, mientras ella seguía dando vueltas y más vueltas. Después vio otro tipo de construcción que, si bien parecía una gran iglesia muchísimo más antigua, sabía que nada tenía que ver con el lugar donde se encontraba en ese momento.

Sintiéndose mareada decidió detenerse, momento en que por fin volvió al lugar donde había entrado, la Catedral de Toledo. Giró la cabeza a derecha e izquierda observando las inmensas columnas que sostenían a ese gigante que contaba más de quinientos años. Después miró al frente, hacia la parte trasera del coro con sus pequeñas capillas, y comenzó de nuevo a caminar. Lo hacía despacio, disfrutando ese momento por miedo a que fuese el último, deleitándose con todo cuanto tenía a su alrededor. Cientos, o quizá miles, de veces había estado en aquel lugar explicando a sus clientes la historia de cada uno de los rincones de la Catedral, cada una de las capillas, puertas, salas, tesoros e innumerables obras de incalculable valor artístico. Toda ella era arte en sí misma, historia, tradición y magnificencia. En ese momento caminaba a solas consigo misma y con su destino, esperando a que la abordasen sin saber realmente por y para qué.

Bordeó tranquilamente el enorme coro hasta llegar a su parte frontal, donde tras la increíble reja vio, como siempre, a la Virgen Blanca que lo presidía desde su altar. Se giró emocionada hacia el altar mayor. Sentía que todo era más bonito de lo que recordaba, más especial, incluso más espiritual. Posó sus ojos en el Cristo crucificado que colgaba del techo de manera imponente y se aferró a la sublime verja del altar mayor antes de dejarse caer de rodillas. Se santiguó mientras las lágrimas volvían a hacer acto de

presencia cuando pidió ayuda mentalmente a ese Cristo que observaba su rostro desencajado. Ayuda ante la incomprensión de lo que sucedía a su alrededor, ayuda ante las atrocidades que su pueblo estaba sufriendo sin que ella pudiera hacer nada.

De pronto cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de cual era su cometido allí. La última pista solo la emplazaba a que fuese a la Catedral, pero sin más detalles. Agotada, superada y totalmente frustrada fue bajando la mirada mientras contemplaba fugazmente la hermosura del retablo del altar mayor, petición del cardenal Cisneros allá por el 1500, realizado en fabulosa madera dorada y policromada. Finalmente se quedó observando el suelo donde se había quedado tendida, aferrándose a la base metálica de donde surgían las rejas de la verja del altar mayor, con la cabeza hundida bajo los brazos. De forma inesperada, la puerta de la verja comenzó a abrirse despacio dejando el camino libre. Martina abrió las manos que agarraban el enrejado para no caer de bruces y las apoyó en el fresco suelo. Despacio se fue incorporando hasta ponerse de pie y comenzó a dar pequeños pasitos llenos de incertidumbre que la conducían al centro de la Capilla Mayor, en mitad de dos hileras de bancos que se despleaban a su alrededor, donde se detuvo temblorosa. Fue entonces cuando la luz brillante que lo inundaba todo desapareció, volviendo aquel entorno a su iluminación habitual, que era mínima. Tan solo el resplandor de su aura le procuraba algo de visibilidad, nada más. Era como si aquel brillo exagerado hubiese consumido toda la energía de ese lugar encantado.

Cuando más temerosa se encontraba la vio de pie junto al altar mayor. Tan solo era un bulto en la casi total oscuridad, pero de sobra sabía de quién se trataba. Estaba allí frente a ella de manera imponente, tanto que Martina sintió que le flojeaban las piernas y aguantó en pie como pudo. De lo más alto de la cúpula surgió un leve haz de luz que se fue proyectando liviana hacia el suelo, apenas un par de metros por delante de Martina. De pronto le pareció ver que algo caía en mitad de esa luz celestial. Algo se mecía suavemente mientras descendía formando una elegante espiral. A mitad del descenso Martina creyó saber de qué se trataba y cuando tocó el suelo delante de ella comprobó que, en efecto, estaba en lo cierto. Se agachó de inmediato para recoger aquella nueva hoja manuscrita. Era exactamente igual que las demás que había ido descubriendo de manera fabulosa por medio Casco Antiguo de Toledo. Cuando la tuvo en sus manos se la acercó a los ojos bajo

el tenue haz de luz con la intención de leer lo que ponía en ella, pero antes comprobó asustada que la bruja Catalina se encontraba mucho más cerca, a unos pocos metros de ella. En esa posición más cercana y con los resquicios de luz podía ver mucho mejor su siniestro aspecto, con una túnica negra andrajosa hecha jirones y un rostro aterrador que se dejaba adivinar tras el cabello que lo cubría parcialmente. Martina volvió enseguida la mirada al papel que, sin duda, algo importante quería decirle, obligándose a no dirigir de nuevo la mirada hacia ese espíritu perturbador.

Muchas personas han perecido a lo largo de los años en Toledo, en batallas, trifulcas, plagas, revueltas, ajusticiamientos... En este momento te preguntarás apesadumbrada qué es toda esta locura que has visto a tu alrededor. Seguramente me temes e incluso me odias como el resto de la ciudad tras el mal que he desatado en ella, pero sabes que hay algo que escapa a tu comprensión y no entiendes. Si bien has creído desde el principio que soy un malvado ser, hay algo en tu interior que te hace dudar, aunque hayas visto las atrocidades que mi presencia ha desatado. La respuesta está en tu interior, pero te ayudaré a comprender...

Una purga en Toledo era necesaria, una purga que aplacara las oscuras intenciones de todos aquellos que han caído. Una dura purga llevada a cabo por el mal, pero que el mal ha extirpado de nuestra amada población, puesto que por cada uno de los que han caído, centenares vivirán, tales eran sus planes. De nuevo se ha salvado Toledo, pero si bien yo he sido el brazo ejecutor que ha llevado a cabo el plan, el mérito primigenio es de ese maravilloso espíritu que en mi busca vino. ¿No lo recuerdas, Martina? ¿O debo llamarte Leocadia...? ¿O tal vez con otro de los tantos nombres con que se te conoció durante tus varias vidas, a lo largo de cientos de años y diferentes épocas? Sí, Martina, es muy extraño que en tus diferentes existencias consigas recordar las anteriores, aunque en ocasiones ocurre, seguro que sabes de lo que hablo, porque lo has experimentado.

He acabado mi cometido con éxito, de nuevo Toledo está a salvo y yo soy feliz. Tan solo me queda recibir la recompensa que me prometiste, limpiarás mi nombre explicando mi historia, pero no la tuya. Quizá dediquen alguna capilla o iglesia a mi recuerdo, o quizá pinten frescos con mi cara y pasajes de mi contribución. En cualquier caso, todo está

dispuesto como tú dijiste, de los escritos desaparecerá tu nombre y todo cuanto recuerde a ti, como me pediste, tan solo serás aún más conocida por descubrir y esclarecer los hechos increíbles que han ocurrido en Toledo durante lo que ha durado la purga, y yo por fin descansaré en paz. Gozosa esperaré que, si en algún momento me honran con la reencarnación, como a ti en tantas ocasiones, pueda recordar con orgullo que un día ayudé al ángel custodio de Toledo.

Sin más, se despide tu humilde sirviente, Catalina.

Martina lloraba sin consuelo porque algo en su interior le confirmaba que aquellas palabras decían la verdad. De súbito encontró explicación a tantas sensaciones, tanta pasión, tanta devoción y a esos extraños recuerdos que había experimentado en algunas ocasiones de su vida y que se habían incrementado en las últimas horas. Levantó entonces la cabeza y miró de una manera totalmente diferente a aquel funesto ser que ya ningún miedo le infundía. Lloraba y lloraba sin parar por la magnificencia de la revelación y lo que conllevaba, estaba realmente emocionada. Impulsivamente abrió su pequeña mochilita y sacó los escritos de Catalina que había ido recopilando; al revisarlos se dio cuenta de que ciertas palabras que se referían a ella habían cambiado o desaparecido, confirmando lo que Catalina acababa de explicarle. Todo resultaba tan increíble y conmovedor que a Martina le costaba respirar con normalidad.

Fue entonces cuando el haz de luz comenzó a desplazarse despacio en dirección a Catalina. Con un grandísimo sacrificio, había salvado a su querida ciudad por dos ocasiones increíblemente distantes en el tiempo de sendas catástrofes que la habrían asolado. La luz celestial se dirigía hacia ella con su máxima gratitud. La primera imagen que vio Martina cuando la luz la alcanzó fue terrible, pudo ver claramente su rostro abrasado tras el pelo oscuro que lo cubría en parte y la capucha de su túnica desecha por el fuego que caía a pedazos. Pero entonces la luz comenzó a hacer que Catalina recobrase el aspecto que en vida poseyó. Poco a poco, su cara se fue aclarando, revelando así una sutil belleza bajo las quemaduras. Con las manos recuperadas, agarró la capucha y la retiró de su cabeza echándola hacia atrás, después se despejó de la cara los cabellos que la incomodaban y no dejaban que Martina admirase el hermoso rostro de aquella a quien tanto había temido. La magnífica sonrisa que Catalina le dedicó terminó de complacerla por

completo y llenarla de felicidad, justo cuando su aspecto alcanzó el máximo esplendor y la luz aumentó en intensidad. Apenas se veía ya a Catalina. Poco a poco, empezó a elevarse a través de aquel resplandor divino que la llevaba al lugar prometido por Martina. Cuando llegó al techo de la Catedral, la luz explotó de manera abrumadora lanzando una onda expansiva lumínica que se fue abriendo paso por la enorme sala. La luz salió al exterior por todos lados y recorrió de nuevo, una a una, las calles de Toledo, igual que cuando todo había comenzado.

De repente, la campana gorda se puso a repicar para mayor asombro de todos, mientras la luz se desplazaba a toda velocidad hasta llegar a las murallas y puertas del casco antiguo de Toledo, donde se detuvo ante la admiración de la gente que se agolpaba en el exterior. Ese halo celestial perduró al menos medio minuto a la vista de todos, después, poco a poco, fue perdiendo intensidad y desapareció. En ese momento el tendido eléctrico volvió a funcionar y las farolas comenzaron a encenderse, así como el resto de aparatos que necesitaban de la energía eléctrica.

Guillermo y David estaban sin palabras ante el espectáculo que acababan de presenciar, los seres que inundaban la plaza del ayuntamiento hacía unos minutos habían desaparecido.

—¿Lo tienes? —fue lo único que acertó a decir Guillermo, que miraba fijamente hacia la Catedral con cara de tonto, el micrófono colgaba de su mano, a punto de caérsele.

—Sí. Creo que sí... —contestó alucinado David mientras observaba cómo los soldados y Dorian, ahora sí, conseguían entrar en la Catedral a todo correr en busca de Martina.

Dorian la encontró hecha un ovillo en el suelo del interior de la Capilla Mayor. Se asustó mucho al verla allí tirada porque creía que podía estar herida, enseguida se abalanzó sobre ella sin contemplaciones.

—¡Martinaaaa...! —gritó alarmado el joven, antes de comprobar aliviado que estaba llorando abrazada a su mochila, sana y salva.

—¡Dorian...! —exclamó ella sin apenas voz antes de abrazarlo con las pocas fuerzas que le quedaban, desahogándose aún más con su presencia. De reojo miraba el techo de la Catedral donde una imagen que nunca había visto antes le llamó la atención. Sí, era ella, el rostro de Catalina había quedado grabado allí antes de irse.

—En la agencia no dan crédito a lo ocurrido, como tampoco en el resto de cuerpos de seguridad del estado. Todos y cada uno de los caídos iban a participar en los atentados. Ni uno más, ni uno menos.

No ha habido una sola víctima que fuese inocente desde que todo esto empezó —al margen del pobre Aurelio, que ha sido el único daño colateral—, tampoco por parte de los soldados y demás grupos. La operación tenía tres cabecillas, hemos encontrado abundante información en sus portátiles sobre todas estas personas, y el rol que desempeñaba cada una dentro de la célula terrorista independiente. El plan que manejaban era simplemente escalofriante, nunca se había intentado nada igual. Gracias a Dios que no lo pudieron llevar a cabo —dijo Dorian ante la mirada distante de Martina, que observaba feliz la Catedral desde la Azotea del Carlos V, donde todo había empezado. Allí se conocieron hacía apenas cuatro días, que a ambos les parecían ahora meses, por cómo los acontecimientos se habían ido sucediendo.

De nuevo se encontraban cenando en ese enclave tan maravilloso, con sendas copas de vino, tras sus increíbles vivencias.

—Espero que algún día me expliques lo que ocurrió realmente en la Catedral... —dijo de pronto Dorian ante la media sonrisa pícaro de Martina, especialmente bella y resplandeciente esa noche.

—Ya sabes lo que ocurrió, Dorian. Lo he explicado una y mil veces. Simplemente entré y me encontré esa hoja manuscrita en el suelo que explicaba la fabulosa historia de Catalina y cómo nos salvó por dos veces. Esta ciudad le debe tanto... —dijo intentando resultar convincente.

—Ya, claro. ¿Y ya está? —preguntó sonriendo incrédulo Dorian—. Hay algo que no me cuadra: el papel que tú tenías en todo esto. Algo me dice que era más importante, no sé por qué... —dijo confundido.

Ni él ni los soldados recordaban el momento en que el nombre de Martina apareció escrito en el pliego de San Juan de los Reyes. El conjuro de Catalina lo dejó todo atado y bien atado. La ciudad, como muestra de su gratitud, nombró a Catalina Sánchez hija predilecta a título póstumo. Además, también se designó el día 25 de julio como el Día de la Salvación de Catalina, recordando así para la posteridad lo que fue capaz de hacer, la que en su momento fuese considerada una malvada bruja.

Martina y Dorian brindaron con sus copas, sorbieron un trago de exquisito

Muga y se besaron ardientemente con la imagen de Toledo iluminada en la noche como fabuloso telón de fondo, y la Catedral como estandarte. Se sentían enamorados y satisfechos, quién sabe si esperando la llegada de nuevas aventuras y misterios surgidos de aquella ciudad encantada cuya historia era única y seductora. Simplemente, Toledo.

NOTAS

[1] El autor recomienda leer el desenlace a partir de aquí, escuchando la canción que lo inspiró: Amaranthine, de Enya.